BENJAMIN FRANKLIN

AUTOBIOGRAFIA

Y

OTROS ESCRITOS

EDITORIAL
PORRÚA

Annotation

En los momentos en que se forja la nueva nación norteamericana, a finales del siglo XVIII, Benjamin Franklin aparece como la figura más representativa de las tendencias dominantes en el pensamiento de la época. En su obra se unen, por una parte, la tradición cultural de origen calvinista que había inspirado la fundación y el desarrollo de las colonias de Norteamérica; por otra, el espíritu de la Ilustración y la conciencia del cambio social y económico que se estaba produciendo en los albores de la industrialización. Por ello, sus obras, aun sin ser estrictamente de tipo teórico, ejercieron una inmensa influencia no sólo en Estados Unidos, sino en toda Europa, presentándose como el epítome de la burguesía liberal.

En la presente obra se recogen traducciones de sus principales escritos: la famosa Autobiografía (que va más allá de la mera narración para convertirse, conscientemente, en la propuesta de un modelo de vida), así como ensayos, cartas, diarios, etc., que muestran facetas del pensamiento frankliniano en sus aspectos teológico, moral, económico y científico.

- BENJAMIN FRANKLIN
- Sinopsis
- Autobiografía y otros escritos
  -
- INTRODUCCIÓN
  - A. EL HOMBRE Y LA OBRA
  - B. FRANKLIN COMO FIGURA PIVOTAL EN EL PENSAMIENTO NORTEAMERICANO
  - C. FRANKLIN Y LA IDEOLOGÍA PURITANA
  - D. FRANKLIN Y EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO
  - E. EL ASPECTO POLÍTICO

- AUTOBIOGRAFÍA
  -
- OTROS ESCRITOS
  -
  - A. ESCRITOS SOBRE RELIGIÓN Y CIENCIA
  - B. ESCRITOS ECONÓMICOS
  - C. ESCRITOS POLÍTICOS
- Notas
  -

BENJAMIN FRANKLIN

Autobiografía y otros escritos

Traducción de Luis López Guerra

Porrúa

Sinopsis

En los momentos en que se forja la nueva nación norteamericana, a finales del siglo XVIII, Benjamin Franklin aparece como la figura más representativa de las tendencias dominantes en el pensamiento de la época. En su obra se unen, por una parte, la tradición cultural de origen calvinista que había inspirado la fundación y el desarrollo de las colonias de Norteamérica; por otra, el espíritu de la Ilustración y la conciencia del cambio social y económico que se estaba produciendo en los albores de la industrialización. Por ello, sus obras, aun sin ser estrictamente de tipo teórico, ejercieron una inmensa influencia no sólo en Estados Unidos, sino en toda Europa, presentándose como el epítome de la burguesía liberal.

En la presente obra se recogen traducciones de sus principales escritos: la famosa Autobiografía (que va más allá de la mera narración para convertirse, conscientemente, en la propuesta de un modelo de vida), así como ensayos, cartas, diarios, etc., que muestran facetas del pensamiento frankliniano en sus aspectos teológico, moral, económico y científico.

Traductor: López Guerra, Luis
Autor: Franklin, Benjamin
©1791, Porrúa 2022
ISBN: 9789700725345
Generado con: QualityEbook v0.75

Autobiografía y otros escritos

EN los momentos en que se forja la nueva nación norteamericana, a finales del siglo XVIII, Benjamin Franklin aparece como la figura más representativa de las tendencias dominantes en el pensamiento de la época. En su obra se unen, por una parte, la tradición cultural de origen calvinista que había inspirado la fundación y el desarrollo de las colonias de Norteamérica; por otra, el espíritu de la Ilustración y la conciencia del cambio social y económico que se estaba produciendo en los albores de la industrialización. Por ello, sus obras, aun sin ser estrictamente de tipo teórico, ejercieron una inmensa influencia no sólo en Estados Unidos, sino en toda Europa, presentándose como el epítome de la burguesía liberal.

En la presente obra se recogen traducciones de sus principales escritos: la famosa *Autobiografía* (que va más allá de la mera narración para convertirse, conscientemente, en la propuesta de un modelo de vida), así como ensayos, cartas, diarios, etc., que muestran facetas del pensamiento frankliniano en sus aspectos teológico, moral, económico y científico.

Título original: *Mémoires de la vie privée de Benjamin Franklin*

Benjamin Franklin, 1791

Traducción: Luis López Guerra

INTRODUCCIÓN

A. EL HOMBRE Y LA OBRA

EL análisis de la obra y la figura de Benjamin Franklin presenta una notable dificultad. Nos encontramos ante un caso en el que ambos objetos de estudio, el hombre y sus creaciones, no se encuentran relacionados como sería de esperar. Usualmente, la obra (científica, literaria o política) del autor constituye el factor esencial a tener en cuenta, mientras que la figura personal se reduce a una fuente de explicación secundaria: por ejemplo, la «figura» histórica de Marx es hoy sólo accesoria con respecto al entendimiento de su obra. Por el contrario, en el caso que nos ocupa, hay un auténtico «mito del personaje», de tal manera que, tanto en la cultura popular norteamericana de hoy, como incluso más allá de sus fronteras, existe una imagen de Franklin que es, en gran parte, independiente de lo que fue su personalidad y, desde luego, de lo que su obra representa.

Aquí, pues, es necesario tener en cuenta varios niveles de observación. Por una parte, la influencia que sobre la cultura popular ha tenido la imagen del personaje, tal como ha sido transmitida por una tradición que podría considerarse vinculada a los medios de masas, a los clichés y simplificaciones de nuestra cultura audiovisual; influencia que deriva de una imagen que se encuentra, con todo lo que ello entraña, en lugares tan variados como manuales escolares, películas «de época» o anuncios publicitarios, y que encuentra su rechazo más expresivo en la conocida crítica de Lawrence. Pero, en un segundo plano, recordemos que existe otra imagen de Franklin; la que él mismo quiso dar y se encuentra expresada en su Autobiografía. Se trata desde luego de un nivel de análisis «personal», no tanto de principios o teorías cuanto de modelos de vida conscientemente presentados como tales mediante la técnica autobiográfica. Descubrimos de esta forma el modelo del self-made man (el Franklin aprendiz de impresor, pequeño empresario, próspero burgués), del ciudadano consciente (creador de bibliotecas públicas e impulsor de mejoras municipales), del político patriota (representante ante las Cortes inglesa y francesa, defensor de la independencia americana), del brillante científico (estudioso de la electricidad, descubridor del pararrayos). Son imágenes del personaje más precisas y menos simplistas que las transmitidas por la tradición popular de la que ha-

blábamos, y que están sin duda en la base de ésta. Y, como tales, directa o indirectamente, han ejercido, sin necesidad de concretar unos valores últimos, una notoria influencia, dentro y fuera del ámbito cultural anglosajón.

Sin embargo, a un tercer nivel, encontramos, más allá de los modelos de conducta de Franklin, expuestos por él mismo, una obra escrita, que sólo recientemente se ha sistematizado y publicado, que nos permite buscar los valores que inspiraban esos modelos. Ahora bien, a la hora de calibrar su influencia social, los valores que inspiran la obra de Franklin pasan a un segundo plano frente al carácter intencionadamente ejemplarizante de su figura histórica. Es prueba de ello la enorme distancia que separa la Autobiografía en lo referente a popularidad de obras puramente teóricas como su Dissertation on Liberty and Necessity o su ensayo On the Labouring Poor. Y aunque no se puede prescindir del análisis de su obra teórica (si se quiere descubrir, no sólo las raíces de su pensamiento, sino también la relación con el mundo de su época y los motivos de su popularidad), no hay que olvidar, en ningún caso, que nos encontramos ante un autor cuya importancia actual radica aún en la enorme difusión de algunos (pocos en comparación con la totalidad) de sus escritos más coyunturales.

B. FRANKLIN COMO FIGURA PIVOTAL EN EL PENSAMIENTO NORTEAMERICANO

EN efecto, posiblemente pocos autores norteamericanos han ejercido una influencia tan amplia y profunda en los dos últimos siglos como Benjamin Franklin. Y ello no sólo en el ámbito anglosajón. Ya en 1928, Lewis Carey contabilizaba cerca de trescientas ediciones de la obra de Franklin en lenguas distintas del inglés[1], aparte de más de mil en esta lengua, y de entonces acá este número ha aumentado considerablemente. Pero ha sido sobre todo en el contexto de los Estados Unidos de América donde esta influencia se ha convertido en uno de los principales agentes moldeadores del pensamiento nacional, culto y popular, por influjo directo o por reacción contra este influjo.

En palabras de Louis Wright, «en los dos últimos siglos, los aforismos caseros de Benjamin Franklin han influido más en los americanos que toda la sabiduría heredada de los filósofos clásicos. Desde 1732, fecha en que Franklin publicó su famoso Almanaque bajo el seudónimo de Richard Saunders, hasta el día de hoy, los dichos del pobre Ricardo han entretenido e instruido a millones de lectores»[2]. Y, dada la posición de los Estados Unidos, como punto de referencia económico, político y cultural, el influjo sobre los Estados Unidos se convierte pronto en el influjo de los Estados Unidos sobre otros países y culturas. No puede comprenderse el mundo occidental de hoy sin una referencia a los Estados Unidos; y no puede comprenderse gran parte de la «mentalidad norteamericana» sin hacer referencia a Franklin. Siguiendo con las palabras de Wright, «desde 1791, en que se publicó en París una traducción francesa de la primera parte de la Autobiografía, la narración que Franklin hace de su propia vida ha estado en circulación en múltiples versiones. Esta filosofía, tal como aparece en los Almanaques y en la Autobiografía, ha integrado el fondo común del pensamiento norteamericano y se ha convertido en propiedad de la multitud. Su sabiduría sigue tan vigente hoy como lo estuvo en el siglo XVIII. Los padres le citan a sus hijos; los directores de periódicos aún eligen textos suyos para los editoriales, e imprimen sus proverbios en sus páginas; aún hoy, sus observaciones aparecen en revistas profesionales, en

anuncios publicitarios, en la radio, en conferencias e incluso en sermones. Desde sus días, ha sido el portavoz aceptado y aprobado de las creencias del hombre de negocios: la voz y el oráculo de la burguesía»[3].

Valga esta larga cita como justificación de la afirmación que se hizo más arriba sobre la influencia de Franklin. «La voz y el oráculo de la burguesía»: de este modo es considerado generalmente y así aparece retratado en las páginas de Max Weber acerca de la ética protestante y el espíritu del capitalismo[4]. Así se nos muestra en obras de análisis del pensamiento político y de la literatura norteamericana; así lo refleja Lawrence en Studies in Classical American Literature[5]. Y, sin embargo, cuando se estudia la vida y la obra del creador de Richard Saunders, tras esa imagen de portavoz de la ideología burguesa no dejan de plantearse dudas y perplejidades, sobre todo en cuanto a las reales causas de su influencia posterior. Pues, en primer lugar, y aun con la mayor benevolencia, su obra no puede ser calificada de «profunda», no sólo comparándola con la de otros contemporáneos como Voltaire, Rousseau o Burke, sino también con la de autores de su propio país y tiempo como Paine, Jefferson o Edwards. Franklin sólo escribió un libro, su famosa Autobiografía, y ni siquiera la terminó[6]: y por lo que se refiere al resto de su abundante obra, en vías de edición definitiva[7], debemos indicar que, si bien se trata de un autor prolífico, la inmensa mayoría de sus trabajos eran ocasionales, y derivaban de las necesidades y estímulos del momento. Por otra parte, no deja de llamar la atención que, pese al relevante papel que desempeñó en el nacimiento y organización de la República norteamericana (como político en activo en el segundo Congreso Continental, como firmante de la Declaración de Independencia, participante en la Convención constitucional de 1787 y embajador plenipotenciario en París), sus obras más conocidas e influyentes se refieren poco o nada a las grandes cuestiones y acontecimientos políticos y sociales que, a partir de 1770, cambiaron la configuración del hemisferio occidental. Su obra clave, la Autobiografía, se detiene bruscamente en el momento en que Franklin inicia la parte más brillante de su vida pública, la carrera diplomática como agente colonial en Gran Bretaña. Incluso, dentro de la misma Autobiografía, son las partes que se refieren en concreto a la vida política las menos conocidas y citadas por el gran público y las menos apreciadas por los críticos. En cuanto a la otra gran sección «popular» de la obra de Franklin sus Al-

manaques y el opúsculo Los caminos de la riqueza, no pueden referirse menos a la política de la época ni a cuestiones candentes de su tiempo.

La obra de Franklin no persigue ni la profundidad, ni la polémica; y, aún más, no parece que busque tampoco lo que hoy llamaríamos autenticidad. La crítica posterior no ha dejado, en efecto, de percibir la contradicción existente entre la figura del Franklin histórico, tal como le conocemos por documentos contemporáneos, y la figura que se deriva de su obra, sobre todo de la Autobiografía y del Poor Richard's Almanack. No hay, en efecto, demasiados puntos de conexión entre el diplomático sofisticado, asiduo de los salones parisinos del período prerrevolucionario, galante y bon vivant, y el rústico Richard Saunders de los Almanaques; y tampoco los hay entre el Franklin patriota y apasionado por la política, que renuncia tempranamente a los negocios en los que se le presentaban halagüeñas perspectivas y que dedica el resto de su vida al servicio de su país [incluso enfrentándose con su propio hijo, partidario de la Corona británica], y el utilitarista burgués, frío y egoísta, del Way to Wealth y de la Autobiografía. «Educado en Boston indica Becker, ciudadano de Filadelfia, habiendo residido dieciséis años en Londres y nueve en París, se encontraba a gusto en tres países, conocía Europa mejor que cualquier otro americano, Inglaterra mejor que la mayoría de los franceses, Francia mejor que los ingleses, y se hallaba relacionado directamente o por correspondencia con un número mayor de individuos eminentes del mundo de las letras, las ciencias o la política que cualquier otra persona de la época»[8]. Y sin embargo, sus escritos más difundidos han dado lugar a que sea hoy considerado como un «hombrecito color tabaco», en palabras de Lawrence, y a que el mismo nombre de Franklin haya sido señalado como el símbolo de la autosuficiencia y filisteísmo burgués, y de muchos de los defectos de la vida y el pensamiento norteamericanos.

Hay desde luego una considerable distancia entre el Franklin histórico y el Franklin de sus escritos, y ello ha sido señalado repetidas veces. Pero habría que añadir también que la disociación entre la persona y la imagen se produjo incluso en su misma época, dando lugar a una curiosa discrepancia entre las opiniones anglosajona y europea continental del mismo personaje. Para los europeos, y sobre todo los franceses de finales del XVIII, el americano Franklin, representante de las colonias en rebeldía contra Inglaterra, simbolizaba el

mito del «buen salvaje», del «hombre natural», frente a la figura decadente del hombre pervertido por la estructura política heredada. Política y literatura venían así a coincidir, para transformar al antiguo comerciante, impresor y Postmaster General de Filadelfia en la imagen del hombre natural que encarnaba otro continente y otra forma política. Él, desde luego, no se preocupó por disipar esta impresión de bon Quackeur que le atribuía la intelligentsia francesa; y, como consecuencia, su figura ha quedado, para la tradición europea, como la del representante de algo virtualmente opuesto a lo que representa para la crítica anglosajona. Frente al snuff colored little man de Lawrence, «pocos extranjeros han gozado en Francia de una gloria semejante a la de Franklin. La sesión del 27 de abril de 1778 en la Academia de Ciencias, en la que Voltaire y Franklin se abrazan entre los aplausos de la multitud, es un acontecimiento de un alcance espectacular. Tras su muerte, la Asamblea nacional, a propuesta de Mirabeau, guarda luto durante tres días (...). ¿Qué representa, pues, Franklin, el "Sócrates de América"? El hijo del pueblo (su padre fabricaba velas), el autodidacta, el librepensador, el hombre que triunfa por sus propios medios, el sabio (inventor del pararrayos), el periodista, el filántropo (sociedades de templanza y escuelas de natación), el hombre virtuoso...»[9]. Para Francia, pues, la imagen del progreso, el liberalismo y, en último término, la revolución social y política; para el mundo anglosajón, la habilidad comercial, la previsión, el ahorro; valores no precisamente revolucionarios, y, para algunos, situados en la misma base de la mediocridad burguesa.

Pero parece que ha de buscarse precisamente, en esta disociación entre el Franklin histórico y el Franklin que se revela al mundo en sus escritos, la clave que explica y justifica su influencia posterior. Sobre todo en su obra más difundida (aparte de The Way to Wealth), su Autobiografía, cabe considerar que una narración más ceñida a lo que fue la auténtica vida de su autor, el Franklin histórico, hubiera sido quizás una interesante descripción de una época y un personaje concretos, de interés para un reducido núcleo de historiadores y especialistas y nada más: algo así (con todas las expresiones necesarias sobre la importancia de su obra) como la autobiografía de Gibbon. Por otro lado, si la obra de Franklin hubiera consistido en trabajos filosóficos sólidos, profundos y meditados, hubiera ejercido considerable influencia sobre la élite

intelectual, pero apenas habría afectado al público general tanto de su época como de las posteriores.

En el caso concreto de la Autobiografía, Franklin no llevó a cabo un relato completo y fidedigno de su vida (entre otras razones, porque sólo cubre parte de la misma) ni propone profundas reflexiones filosóficas o sociales. Se trata en gran parte de una obra de creación, con un propósito concreto. Como se ha señalado[10], si una autobiografía no es una novela, sí al menos contiene un elemento novelado, creativo, puesto que el autor selecciona aquellos aspectos más relevantes de sus memorias y que procede subrayar, al tiempo que deja a contraluz otros, que él considera de menor interés. El personaje que así surge es en gran manera ficticio, tanto que quizás no fuera reconocido por sus propios contemporáneos: un personaje creado para defender una actuación determinada, una perspectiva vital o una tesis de cualquier tipo. Y aún más: en la época y en la sociedad de Franklin, el lector se hallaba de sobra acostumbrado al artificio intelectual, heredado de la Biblia, de utilizar los acontecimientos y peripecias alrededor de un individuo concreto para simbolizar literariamente los avatares y aspiraciones de un colectivo más amplio. La literatura calvinista, inspirada directamente en el Viejo Testamento, utilizó ampliamente este recurso: uno de los libros citados por Franklin de entre aquellos de sus primeras lecturas es precisamente una obra de este tipo, el Pilgrim's Progress de Bunyan, obra clásica en la literatura piadosa calvinista. Otro caso similar sería el de la obra del compatriota de Franklin, el líder de la oligarquía bostoniana de «los Santos», Cotton Mather, que reconoce, en su Magnalia Christi Americana, su intención de utilizar relatos sobre sujetos concretos para mostrar la evolución de la comunidad cristiana en las colonias.

Franklin no deja dudas en este sentido acerca del carácter didáctico de su autobiografía, ni sobre la identificación de su propia vida con las «fortunas de un pueblo en ascenso». Cuando escribió las diversas partes de su Autobiografía era ya conocido, y, como indicamos, una figura simbólica entre los europeos, representante, primero ante Inglaterra y más tarde ante Francia, de una nación en formación. Además, el pretexto literario de la Autobiografía (dar algunos consejos a su hijo) no puede tomarse demasiado en consideración, teniendo en cuenta que el hijo tenía ya alrededor de cuarenta años y era gobernador real de Nueva Jersey.

Por ello, parece claro que Franklin, al escribir sus memorias, quería, sobre todo, mostrar y defender una concepción determinada de la vida, y sólo en segundo lugar recoger parte de su historia y andanzas. El interés del personaje se centra, pues, no en el Franklin histórico (aun cuando éste pueda resultar interesante para los historiadores y especialistas en la Revolución norteamericana), sino en «la concepción de la vida que él expuso en forma tan memorable, y a la que deliberadamente prestó su enorme prestigio. Esta perspectiva, expuesta en su Autobiografía, y en un conjunto de ensayos (por ejemplo, Advice to a Young Tradesman o The Way to Wealth) se convirtió gradualmente en un ethos normativo, que definió valores e ideales y moldeó la sensibilidad de la cultura americana»[11].

El peso específico de la obra de Franklin, considerada, pues, desde este punto de vista, como la defensa consciente de un modelo de vida, puede medirse no sólo por la influencia efectiva que ejerció, al convertirse en epítome y representante reconocido de los valores de una clase, y, prácticamente, de una sociedad, sino también por las reacciones negativas que originó en el mundo del pensamiento, y que se han traducido en el reconocimiento de la existencia de un «doble sueño americano», representado, respectivamente, por Franklin y sus detractores[1]. Sería posible en gran parte trazar un mapa del pensamiento norteamericano tomando la figura de Franklin como punto de referencia, con proyecciones históricas en los que le precedieron y los que le siguieron. Hacia estos últimos, considerando la polémica que se produce alrededor de su figura (su figura «proyectada», no el personaje histórico) hasta bien entrado el presente siglo; y hacia sus predecesores, analizando las huellas de una tradición cultural que en parte admite y en parte rechaza, conscientemente en el segundo supuesto, inconscientemente en el primero.

Por lo que se refiere al influjo «negativo» de Franklin, tomarle como punto de partida nos permite una interpretación de autores como Thoreau o Emerson (e incluso de otros como Melville o D. H. Lawrence) en cuanto representantes del rechazo de la visión frankliniana del «sueño americano». Pues no hay que olvidar que estos autores se encontraban inmersos en una sociedad en la que los valores franklinianos constituían la concepción dominante, frente a la cual habían forzosamente de tomar postura: «Vino a dominar la sociedad americana una concepción de la vida llamativamente concordante con la que

inspira la Autobiografía, concepción que se convirtió, para los escritores americanos, en algo absolutamente repugnante, exigiendo de ellos, debido a su propia moral de creadores, la creación de una crítica continua. Por ello, Franklin es indispensable para el estudio de la cultura y civilización norteamericanas. Sin comprender a Franklin no se puede comprender lo que le siguió». Tampoco, podríamos añadir, puede entenderse lo que le precede, al menos en su relación con el pensamiento y la moral social de hoy día. Pues si bien Franklin supone la consolidación y defensa pública de una nueva moral social, y la ruptura definitiva con modelos anteriores, también, dentro de esa ruptura (y como no podía por menos de producirse) mantiene valores y principios heredados de épocas anteriores, en forma consciente o, a veces, inconsciente. El rechazo frankliniano de la moral externa puritana, que había constituido la concepción dominante en las colonias hasta bien entrado el siglo XVIII, viene a mostrar hasta qué punto tal moral ya no se ajustaba a las necesidades materiales e intelectuales de la América del Norte, que habían evolucionado notablemente desde la fundación de la colonia de Plymouth. Pero el rechazo de la moral externa oculta el mantenimiento de los impulsos internos de esa moral: se mantiene el fondo de la ética social calvinista, pero se le despoja de su justificación, recubriéndolo con otra justificación distinta.

Franklin aparece así, a primera vista, como un punto de inflexión en la tradición cultural y en la filosofía social norteamericana, como el representante de la superación de una mentalidad colonial inspirada en el puritanismo calvinista (y que se manifiesta, por ejemplo, en la obra de su contemporáneo, Jonatban Edwards)[13]. Tal superación la lleva a cabo desde una perspectiva racionalista, deísta y liberal, que responde a los principios de la Ilustración, típica del siglo. Pero, a su vez, del mismo modo en que Franklin somete a revisión los principios tradicionales, los propios valores por él propugnados se van a ver sometidos a una severa crítica por generaciones posteriores: no sólo por su contenido específico, sino también, y fundamentalmente, por los resultados sociales y culturales que de tales valores se derivan.

Ahora bien, si la obra de Franklin en general se muestra como el alumbramiento de una nueva época, no hay que olvidar que lo hace desde la perspectiva de la Ilustración anglosajona, mediante una actitud conciliadora y hasta escéptica, cargada de ironía, sin ningún atisbo de dogmatismo revolucionario,

y con muchos de pragmatismo. Franklin en la práctica sí fue un revolucionario (o al menos, no vaciló en sumarse decididamente a la Revolución norteamericana y en proponer un sistema democrático radical para su país). Pero en sus escritos resulta difícil hallar (con pocas excepciones) huellas de tal radicalismo, a diferencia, por ejemplo, de Paine. Ello se debe en gran parte a que, como indicamos, Franklin es deudor de la tradición anterior, y su ruptura con ella se ve muy mitigada por su aceptación inconsciente de valores heredados. Si su obra representa un cambio de orientación intelectual, similar al propuesto por los ilustrados europeos de la época, no representa sin embargo, en ningún caso una incitación a la revolución, ni siquiera al cambio radical de la sociedad establecida: por otra parte, no hay que olvidar que la sociedad norteamericana de finales del siglo XVIII era muy diferente de la sociedad europea de la época. Las concepciones franklinianas son más un reflejo que una causa del cambio de la mentalidad social.

El papel pivotal de Franklin en la exposición de estos nuevos valores se produce en numerosos ámbitos, y de ahí se deriva en gran parte su popularidad. Resumiendo, es posible clasificar su pensamiento en tres direcciones distintas:

a) En primer lugar, como base teórica de la obra de Franklin, el aspecto filosófico-religioso, más dado por supuesto que expresamente formulado, en que Franklin postula una postura deísta frente al providencialismo puritano, postura que se traduce en su producción científica.

b) El aspecto económico-social, con el que Franklin se convierte en portavoz de la ética adquisitiva de la burguesía, frente a los valores ya superados que ponían el énfasis en el ascetismo, en la economía de supervivencia, y que pertenecen a la «moral externa», (no así interna), puritana.

c) El aspecto político, en que Franklin se alinea junto a los independentistas frente a la Corona británica, y se pronuncia a favor de un sistema democrático unicameral.

No deja de ser curioso que, si bien se ocupó de estos tres aspectos a lo largo de su vida (lo que no podría ser de otro modo, ya que se trata evidentemente de una clasificación académica, y no vital), se manifiestan con cierta independencia, y con un cierto orden cronológico, configurando etapas diversas de su obra, y, sobre todo, etapas distintas dentro de la Autobiografía. En la primera

etapa, hasta su vuelta de la aventura británica, en 1727, y su establecimiento definitivo en Filadelfia, la atención del joven Franklin, tal como él mismo lo expone, se dirige hacia cuestiones de tipo eminentemente filosófico-religioso, correspondientes al primer apartado que hemos indicado: es en esta época cuando se enfrenta con la oligarquía puritana de Boston y cuando publica en Londres A Dissertation on Liberty and Necessity, Pleasure and Pain, obra que, a pesar de su escasa difusión y su carácter temprano, sirve para interpretar toda la obra posterior. En la segunda época (entre 1727 y 1748, fecha en que se retira de los negocios para dedicarse a la ciencia y la vida pública) prima el interés por cuestiones relativas a lo que en general podríamos definir como «moral social y económica»: en esta época inicia la publicación del Poor Richard's Almanack (1733), así como la del periódico «Pennsylvania Gazette» y el «General Magazine» (1741), a la vez que lleva a cabo notables innovaciones en la vida de Pennsylvania. Y, a partir de 1748, al entrar de lleno en la vida política, y en misiones diplomáticas en el extranjero, son los temas que se refieren a estos aspectos los que le ocupan esencialmente.

No se trata de una división rígida, que por otra parte no tiene en cuenta su permanente actividad científica (la única, en opinión de algún crítico, que le preocupaba sinceramente)[14]: por otro lado, la interrupción de la Autobiografía prácticamente al iniciar la etapa más comprometida de sus actividades públicas, deja a oscuras, en gran medida, su posición política, que hay que reconstruir a partir de otras fuentes y que, por ello, han ejercido menos influencia en el gran público.

C. FRANKLIN Y LA IDEOLOGÍA PURITANA

LOS primeros escritos de Franklin, independientemente de los costumbristas Dogood Papers[15], y parte de su obra madura, como episodios de la Autobiografía, prestan atención fundamentalmente a temas filosófico-religiosos. Ello no es sorprendente, si consideramos que todavía en el siglo XVIII lo religioso no constituía un ámbito diferenciado de lo político, lo filosófico, lo científico o lo literario. La religión, en el mundo occidental, y más tenazmente si cabe en las colonias británicas de Norteamérica, afectaba a la vida cotidiana en cada detalle: en Boston, por ejemplo, y durante la juventud de Franklin, no se permitían, por motivos de moralidad, las representaciones teatrales. Él hubo de sentir profundamente el carácter omnicomprensivo de la religión: la razón que hizo emigrar a su familia de Inglaterra a Massachusetts fue religiosa. La familia Franklin fue de las primeras convertidas a la Reforma en Inglaterra, perteneciente a la disidencia calvinista y acérrima enemiga del papismo. Sin embargo, los Franklin se mantuvieron dentro, al menos sin romper formalmente, de la Iglesia anglicana oficial hasta la época de Carlos II. Así y todo, en medio de la reacción anticalvinista que siguió a la caída de la Commonwealth creada por Cromwell, Josiah Franklin, padre de Benjamin, decidió que no le era posible seguir viviendo en un país monopolizado por la Iglesia anglicana, y emigró a Massachusetts, refugio tradicional de los noconformistas, a pesar de que no se hubiera llegado a consumar la ruptura formal de la comunidad calvinista con la jerarquía anglicana. Poco después de su llegada, Josiah Franklin fue admitido como miembro de pleno derecho de la Old South Church de Boston, donde trabó conocimiento con Cotton Mather.

El celo religioso de Josiah Franklin parece haber tenido profundas consecuencias en la vida de su hijo Benjamin: no sólo en una educación religiosa estrictamente calvinista, y en una selección consecuente de las lecturas disponibles en la casa familiar (libros teológicos y obras de Mather), sino también en el hecho significativo de que originariamente Benjamin estuviera destinado al servicio de la Iglesia, destino que se vio únicamente frustrado por la falta de medios económicos suficientes.

Quizás sea por ello comprensible, como una reacción contra la autoridad paterna, la temprana toma de posición antipuritana de Franklin. El periódico de su hermano James, el «New England Courant», fue desde el principio, por su tono crítico y sarcástico, blanco de las iras de la oligarquía calvinista bostoniana. Eventualmente James Franklin fue encarcelado, y su hermano Benjamin (que trabajaba para él en una relación gremial de aprendizaje) hubo de figurar, a los dieciséis años, como director aparente del periódico, y cuidar, en gran medida, de su contenido. De esta época, anterior al encarcelamiento de James, datan las cartas de Franklin bajo el seudónimo de Silence Dogood, que, bajo la apariencia de críticas costumbristas muestran ya una posición desacorde con el estado de cosas predominante en Boston. Al no cesar en su actitud irrespetuosa, Benjamin hubo de evitar males mayores y dejó Boston en 1723, a los dieciocho años de edad.

Esta salida forzada de Boston no hizo más que radicalizar su posición antipuritana en los años que siguieron: por un lado, escogió como lugar de residencia la ciudad de Filadelfia, ciudad cuya misma fundación por William Penn tenía como causa directa la pretensión de crear un ámbito de tolerancia religiosa opuesto a la intransigente atmósfera de «los Santos» de Boston; por otro, Franklin no ocultó la decisión personal de «olvidar Boston en todo cuanto pudiera», y de hecho, vino a asociarse con personas como John Collins, James Ralph o el impresor de Filadelfia, Keimer, muy alejadas del patrón calvinista. Puede que no se tratara más que de una típica rebelión contra la figura paterna; pero esta rebelión dejó profundas huellas en toda su vida y su obra. [16]

Su viaje a Londres en 1724 y la estancia allí supuso a la vez el punto culminante de su anti-puritanismo teórico, y, posteriormente, la «conversión» a una posición más moderada. Por una parte, y en la línea de su anti-conformismo radical, Franklin entró en contacto con deístas e ilustrados ingleses como Wollanston y Mandeville, el autor de La Fábula de las Abejas. Bajo su influencia (sobre todo la de Wollanston) publicó su única obra específicamente filosófica, A Dissertation on Liberty and Necessity, Pleasure and Pain. Pero, por otro lado, y coincidiendo con el fin de su estancia en Londres, sus experiencias personales le hicieron abandonar pragmáticamente sus posiciones radicales, al menos en su manifestación pública, para refugiarse en un deísmo

abstracto que no era incompatible con la moral social puritana. Como él mismo indica, se dio cuenta de «la locura de mantenerse en malos términos con aquellos con los que se ha de convivir continuamente».

Como consecuencia, al volver a Filadelfia, Franklin prefirió evitar disputas doctrinales, y se enfrentó a la poderosa corriente del pensamiento calvinista, que iba en contra de sus más arraigadas convicciones, de una manera indirecta y mesurada. En toda su obra, trató de enfrentarse con las ideas establecidas mediante la introducción de ideas nuevas, más que mediante críticas directas. Por ejemplo, cuando se produjo el movimiento religioso popular en las colonias conocido como el Great Awakening (entre 1730 y 1740, casi paralelamente a la renovación metodista de Wosley en Inglaterra), Franklin no sólo no se opuso a él, sino que mantuvo amigables relaciones con predicadores famosos e impulsores del movimiento, como Gilbert Tennent y George Whitfield, a los que se refiere en su Autobiografía. Pero no es difícil captar el tono irónico con que se refiere a ellos, sobre todo en el famoso experimento para verificar el alcance de la voz de Whitfield: «Su voz era clara y potente, y articulaba las palabras con tal perfección que se le entendía muy bien a distancia, sobre todo por el religioso silencio con que su auditorio le escuchaba. Un día predicaba desde lo alto de la escalinata de los tribunales de justicia, en mitad de Market Street, esquina a Second Street. Se detenían numerosos viandantes a escucharle y entre ellos estaba yo, que me dedicaba a comprobar la enorme distancia a la que se dejaba oír su voz; fui bajando por las calles que daban al río y le seguí oyendo hasta llegar cerca de Front Street, donde el ruido que allí había me enturbió la audición. Imaginando un semicírculo (y yo situado a la distancia de su radio), todo lleno de oyentes que ocuparan cada uno dos pies cuadrados, llegué a la conclusión de que podrían haberle escuchado más de treinta mil personas, cómputo que me hizo verosímil lo que decía un periódico, según el cual había llegado a predicar a más de veinticinco mil en el campo, así como los viejos relatos de la historia que hablaban de ejércitos completos, y acerca de cuya exactitud había tenido yo siempre mis dudas» (infra, p. 195).

De todos modos, se percibe en Franklin el fenómeno que brillantemente ha señalado Louis Hartz[17]: la falta de virulencia crítica anticlerical, ausencia que es perceptible en el pensamiento ilustrado norteamericano (Franklin, Adams, Paine, Palmer) frente a la posición radicalmente anticlerical de los

ilustrados europeos de la época. En este sentido, y para fijar puntos de comparación españoles, Franklin (y el resto de los ilustrados americanos, en general) se situaría más en la línea de un Gaspar Melchor de Jovellanos que de un José María Blanco White.

Esta ausencia de posturas declaradamente anticlericales no prejuzga, sin embargo, la adopción de posiciones intelectuales que fueran directamente contra los puntos esenciales de la doctrina religiosa imperante en las colonias desde su misma fundación. Doctrina que puede identificarse con el calvinismo puritano, no tanto porque fuese la única confesión de las colonias (ya que había zonas de predominio de otras confesiones: cuáqueros en Pennsylvania, anglicanos en Virginia, baptistas en Rhode Island, etc.) como porque, al ser Boston el centro intelectual de Norteamérica, fijaba la pauta intelectualmente dominante, por medio de sus autores y sus universidades: Harvard fue, en efecto, la primera universidad norteamericana, y estaba desde sus inicios sometida a la disciplina calvinista, y más concretamente, a la disciplina presbiteriana.

Ello es importante, porque hay que tener en cuenta que de la doctrina puritana, más allá del aspecto estrictamente religioso, se derivaban consecuencias que afectaban a la vida filosófica, científica y política, y que de hecho, podían suponer, y supusieron, frenos al desarrollo de la sociedad colonial. Hasta bien entrado el siglo XIX, en efecto, no se consumó el proceso de secularización de la vida política y cultural norteamericana, proceso que, comenzado a finales del siglo XVII, se prolonga durante más de cien años, y cuyo exponente intelectual más destacado es precisamente Franklin.

Para apreciar la importancia de este proceso y de la labor de Franklin hay que recordar el mismo origen religioso de las colonias americanas. Los establecimientos más importantes, en Nueva Inglaterra, fueron consecuencia directa de la voluntad de grupos religiosos disidentes británicos (y más tarde de otros países) de asentarse en lugares donde no estuvieran sujetos al control y disciplina de la Iglesia de sus países de origen (en el caso británico, la Iglesia anglicana). Tal fue el caso de Plymouth (donde se establecieron los firmantes del conocido Mayflower Compact en 1620, de la Massachusetts Bay Colony (que llegaría eventualmente a absorber a Plymouth) en 1630, Connecticut (organizada definitivamente en 1639), etc. En un principio, se trataba esen-

cialmente de emanciparse de la tutela de la Iglesia anglicana, y más concretamente, de la jerarquía episcopal de la misma, sin romper abiertamente con ella: ni siquiera en Nueva Inglaterra se llegó a una separación formal, aun cuando la Iglesia anglicana se cuidó muy bien por entonces de enviar ningún obispo al Nuevo Mundo. Pero no tardaron en aparecer nuevas colonias basadas en asentamientos religiosos, que eran resultado de disidencias con la Iglesia establecida en las colonias originarias, o bien constituían vías de escape de la intolerancia religiosa en ellas reinante. Ejemplo del primer caso sería la colonia de Rhode Island (Providence) en 1636, fundada por disidentes del puritanismo ortodoxo de Boston; ejemplo del segundo caso sería la colonia de Pennsylvania, en régimen de «colonia de propietario», establecida por William Penn en 1681 y poblada originariamente por cuáqueros que querían huir de la intolerancia (y muchas veces la persecución abierta) calvinista de Nueva Inglaterra.

En estas colonias se desarrolló el núcleo calvinista originario, centrado sobre todo en la Massachusetts Bay Colony, quien siguió manteniendo la primacía y dirección intelectual del mundo colonial norteamericano. El tipo de sociedad que allí se creó era en gran parte de naturaleza teocrática, ya que, al controlar los miembros de la disidencia presbiteriana (esto es, partidaria de sustituir la autoridad jerárquica de los obispos por la del consejo de presbíteros) la Compañía a la que se había encomendado la colonización del territorio, y que había recibido una licencia real de colonización (Charter), vino a hacerse virtualmente equivalente la pertenencia a dicha Iglesia con la atribución y el ejercicio de los derechos de ciudadanía activa y pasiva, y la participación en los asuntos públicos. La pertenencia a la Iglesia (que no estaba al alcance de todos, dado el carácter elitista de la doctrina calvinista) era condición indispensable para participar en la vida pública de la colonia, lo que dejaba fuera a buena parte de los habitantes de la misma. Por ello, los puestos de poder en la Iglesia venían a coincidir con los puestos de poder político, y los atentados contra la Iglesia y sus doctrinas se convertían en crímenes legalmente penados. A los disidentes de la doctrina oficial (usualmente tan intolerantes como los representantes de ésta) no les quedaba más que el exilio o la persecución; los no interesados en cuestiones religiosas habrían de conformarse con ser ciudadanos de segunda clase[18].

A pesar de las reformas introducidas por la Corona inglesa en el último cuarto del siglo XVII (por ejemplo, ampliando en Massachusetts los derechos políticos a los no miembros de la Iglesia puritana, o modificando el estatuto de la Colonia para hacerla directamente dependiente de la Corona, y no de la compañía colonizadora), el poder de los elders, de los líderes de la organización presbiterial puritana continuaba siendo considerable a principios del siglo XVIII, como prueba la accidentada historia del New England Courant de los hermanos Franklin, a que nos hemos referido. El poder político y social y el poder del púlpito se confundían. En Boston, entre 1636 y 1728, esta confusión se manifestó en el poder e influencia de una dinastía de predicadores, los Mather, que monopolizaron el poder en la Iglesia, la enseñanza y la vida intelectual de Nueva Inglaterra, ejerciendo una considerable influencia sobre mentes y conductas, y protagonizando la famosa «caza de brujas» de Salem. Richard Mather (1596-1669) contribuyó decisivamente a la organización de la Iglesia presbiteriana, y a la redacción de su documento esencial, la Platform of Church Discipline (1648). Su hijo, Increase Mather (1639-1723) fue la figura pública predominante en Boston hasta finales del siglo XVII y uno de los causantes de la citada caza de brujas en la década de los noventa. Finalmente, el hijo de Increase, Cotton Mather, de quien hemos hecho mención, y a cuya Iglesia pertenecía el padre de Franklin, fue sin duda el más prolífico e influyente de los escritores coloniales de su tiempo (1663-1728) y sus Essays to Do Good y Magnalia Christi Americana parecen haber figurado entre las lecturas del joven Franklin[19].

Los puritanos de Massachusetts constituían una de las ramas del calvinismo, pero, como indicamos, al objeto de evitar mayores complicaciones, no habían roto definitiva y claramente con la Iglesia anglicana. Sin embargo, frente a la jerarquía episcopal de la «alta Iglesia» de Inglaterra, preferían el sistema presbiterial: es decir, basado en una organización constituida por una pirámide de consejos y sínodos que englobase a los miembros activos de la Iglesia, y cuya cúspide estuviera ocupada, no por un obispo, sino por un cuerpo colegiado. Se situaba así a medio camino entre la organización episcopal de la Iglesia católica (y heredada por la Iglesia anglicana) y la concepción estrictamente congregacionalista, que concebía a cada Iglesia como una asociación voluntaria, sin base territorial, no integrada en jerarquía alguna, y que rehusaba

tanto la jerarquía católica como la pirámide presbiteriana de consejos y sínodos. Para expresarlo en términos forzosamente simplificadores, los puritanos de Nueva Inglaterra se hallaban en el camino intermedio entre episcopalismo y congregacionalismo: los líderes «bautistas» como Roger Williams, y los predicadores aún más radicales (cuáqueros, pietistas, arminianos, etc.) se encontraban en un ambiente tan desfavorable como los católicos o los anglicanos ortodoxos. Y ello se traducía en una evidente discriminación política. Aún a finales del siglo XVIII, tras la Revolución, judíos y miembros de otras religiones se vieron privados durante algún tiempo del derecho al voto en algunos Estados de la Federación.

Las consecuencias de esta situación son claramente deducibles. Las Universidades eran centros fundados con finalidades específicamente religiosas (Harvard y Yale se concibieron desde el principio como centros de formación de predicadores puritanos) y la vida social se regía por criterios estrictamente derivados de la concepción religiosa dominante: Nueva Inglaterra, a principios del siglo XVIII era aún un God-centered world, un mundo orientado hacia Dios.

Por ello, el diálogo y la controversia intelectuales derivaban preferentemente hacia temas religiosos: la solución o la respuesta a cuestiones económicas, sociales y políticas venía a depender de las posiciones religiosas previamente adoptadas. No es de extrañar por ello que en la obra de Franklin se refleje una toma de posición al respecto, en forma a veces clara, a veces implícita. Franklin hubo de escoger, en el mismo inicio de su actividad intelectual (y ello fue muy temprano) entre las dos posiciones fundamentales que en la América del Norte de principios del XVIII se disputaban el papel predominante de la vida intelectual (pues en la vida social no había más que una concepción dominante): el puritanismo y el deísmo. En términos de sus representantes más señalados, esta contraposición podría equipararse a la contraposición (objetiva, no subjetiva) entre Jonathan Edwards y Benjamin Franklin. La posición deísta adoptada por este último constituye una de las claves necesarias para la comprensión de su Weltanschauung en otros campos, aparte del estrictamente religioso[20].

La concepción puritana, frente a la cual, con algunos matices, se alza la obra de Franklin, derivaba en sus puntos esenciales de las enseñanzas de Cal-

vino, sobre todo del Christianae Religionis Institutio (1536)[21]. Y sus puntos básicos para los temas que aquí interesan se referían a la libre elección divina de aquellos destinados a la salvación (o en términos de la época, la justificación) o a la condenación (el decretum horribilis). El rechazo calvinista de la doctrina católica de la justificación por las obras suponía que la gracia divina, garantía de la salvación eterna, era concedida, no por las buenas obras, sino por la libre voluntad de la divinidad, de una vez y por todas, sin que cupiera el ciclo católico gracia-pecado-arrepentimiento-perdón, ciclo que a los calvinistas les parecía una reliquia del paganismo y la brujería. Volviendo de nuevo a términos forzosamente simplistas, Dios salva a quien quiere, y éste no puede evitarlo, aunque quiera. Por ello, los elegidos (the Saints) no pueden sino seguir la voluntad de Dios, y por ello, no pueden sino vivir virtuosamente: todo lo que hacen lo hacen para servir la voluntad divina y por ello lo hacen bien, extremo éste que llevó a profundos problemas incluso dentro del calvinismo. A diferencia del catolicismo, las buenas obras no traen la salvación ni colaboran a ella: por el contrario, la salvación redunda irremediablemente en buenas obras por parte de los destinados a ella por la voluntad divina.

En una sociedad como la colonial, de orígenes y raíces religiosas, los efectos derivados en último lugar de esta concepción se hacían sentir en todos los ámbitos, singularmente en la vida política e intelectual. Es desde esta perspectiva como se destaca la importancia de la posición deísta frankliniana, que no suponía, en el fondo, una mera posición individual referente a sus convicciones religiosas privadas, sino un punto de partida que era a su vez una ruptura con la tradición intelectual predominante en Nueva Inglaterra, que derivaba de las doctrinas calvinistas. Tal ruptura puede comprenderse más detalladamente si analizamos los diversos aspectos de la posición calvinista y los comparamos con los trazos principales de la posición deísta, tal y como se encuentran reflejados en la obra que nos ocupa. Siguiendo el análisis de Riley[22], podemos distinguir, en cuanto a las bases del puritanismo, una serie de puntos esenciales:

Aspecto ontológico. Dios se interfiere libremente, y como considera oportuno, en los fenómenos y seres del mundo: vive fuera de él, pero actúa sobre sus componentes a su albedrío, según una libertad libre e inflexible. Los de-

signios de la Divinidad respecto al mundo y sus cosas son inescrutables, y preordenan todo lo que va a ocurrir.

Aspecto cosmológico. El mundo ha incurrido en el desagrado divino por el pecado; por ello oculta, más que muestra, a su Creador, y está destinado a volver a Ia Nada, de donde salió. En cuanto al Mal, la justificación de su existencia hay que buscarla en que Dios lo permite, por su libre voluntad.

Aspecto epistemológico. El verdadero conocimiento viene de la Revelación, más que de la Razón, y es, más que el resultado de un esfuerzo humano, una concesión divina. El hombre no puede conocer más que una débil revelación de Dios, y también se encuentra desprovisto de la capacidad necesaria para conocer y entender la naturaleza humana.

Aspecto psicológico. La falta de autodeterminación por parte del hombre constituye la diferencia esencial entre la voluntad de éste y la voluntad divina. El progreso humano, individual y social, deriva de una gracia libremente concedida o denegada por Dios, y no de las decisiones libremente adoptadas por el individuo. No existe una libertad humana en cuanto posibilidad de elección del propio destino, de autodeterminación: el creyente ha de considerarse como un Christian soldier, un soldado cristiano, que cumple sus órdenes.

Tales eran los puntos (contenidos sobre todo en la Boston Platform de 1680, documento esencial del puritanismo) contra los que debía enfrentarme el movimiento ilustrado de las colonias. Pues, aun cuando la mentalidad puritana suponía un innegable estímulo para otros aspectos de la vida social (singularmente el económico, como veremos), en el plano intelectual y político la influencia puritana era indudablemente regresiva[23]. La imagen del angry God, del Dios airado, en términos de Jonathan Edwards[24], ajeno al mundo y que maneja libremente sus destinos con fines ocultos, suponía un freno considerable tanto a las actividades de tipo especulativo como a las de tipo artístico; y, en cierto modo, a la misma actividad política. La Ilustración y sus representantes en las colonias (Franklin, Jefferson, Paine, Freneau, Palmer y, en menor medida, Hamilton y los Connecticut Wits) tenían ante sí una tarea previa, la de desmontar intelectual-mente el edificio mental creado por la teología calvinista.

Franklin fue quizás el actor más destacado en esta tarea, y el deísmo fue el arma que utilizó: deísmo que constituía una posición que, sin romper con la

tradición teológica cristiana, representaba una visión del mundo más adecuada a los objetivos científicos y políticos de la Ilustración. La postura deísta de Franklin se encuentra recogida fundamentalmente (aparte de en numerosos pasajes de su Autobiografía) en su Dissertation on Liberty and Necessity, Pleasure and Pain[25] (1721) y en Articles of Belief and Acts of Religión[26] (1728). No se trata, desde luego, de escritos innovadores: en gran parte continúan la tradición deísta, originaria en épocas modernas de los escritos de Herbert de Cherbury (1583-1648), cuya obra principal fue De Veritate (1624), tradición continuada por autores como Charles Blount (autor de Anima Mundi), John Tolland, Anthony Collins y, sobre todo, Thomas Woolston (1670-1733). Precisamente fue Franklin, entonces impresor en Londres, quien compuso tipográficamente la obra de este último, The Religión of Nature Delineated (1722): y fue la lectura de esta obra lo que impulsó al joven Franklin a escribir su Dissertation. Sin embargo, el deísmo de Franklin es anterior a esta época, o al menos así lo cuenta en su Autobiografía:

«Tenía apenas quince años, cuando, tras dudar, uno tras otro, de varios puntos, tal comolos encontraba expuestos en los libros que leía, empecé a dudar de la misma Revelación. Cayeron en mis manos algunos libros sobre deísmo: se decía que eran un extracto de los sermones predicados en las Conferencias de Boyle. Y ocurrió que ejercieron sobre mí un efecto completamente opuesto al deseado por el autor, pues los argumentos expuestos por los deístas, citados para refutarlos, me parecieron mucho más fuertes que la refutación: y, en resumen, me convertí en un deísta radical».

La Dissertation, escrita en 1721, fue considerada más tarde por Franklin, como un «erratum»: sin embargo, constituye una expresión de una forma de pensar que está en la base de toda su concepción intelectual. Franklin parece insinuar que el «erratum» consistía, no tanto en el contenido de la obra, sino en la forma de expresar tal contenido, y en el mismo hecho de su publicación; aunque, de todas maneras, su difusión debió de ser extremadamente reducida. En cuanto a los Articles of Belief and Acts of Religión, elaborados en 1728, tratan de algunas de las reglas para la organización del Club fundado por Franklin en Filadelfia, el Junto, y en ellos se contienen unos First Principies, en los que se reiteran ideas presentes o latentes en la Dissertation, ideas que

aparecen más tarde en sus diálogos sobre Virtue and Pleasure[27]. Pero en esta ocasión, y más discretamente que en la Dissertation, Franklin limita la divulgación de sus ideas a un núcleo reducido de amigos. Veremos cómo esto refleja también la mentalidad de Franklin en lo que se refiere al papel dirigente de las «élites» (pues el Junto pretendía ser un semillero de dirigentes) en la política y la vida social en general.

En estos escritos «teológicos» (aun cuando tal denominación es sin duda excesiva), Franklin se plantea el problema del Mal y su existencia en el mundo, y de cómo hacerlo compatible con la idea de un Dios todopoderoso y justo. La cuestión (clásicamente repetida ad satietatem en el pensamiento teológico) se contestaba desde la perspectiva puritana mediante una remisión pura y simple a la voluntad libre e inescrutable de la Divinidad, y a su diseño general, oculto para el hombre, del Universo. Sin embargo, y frente al pesimismo radical puritano, Franklin resuelve el tema desde una perspectiva eudemonística: un optimismo deísta. Puesto que Dios es bueno, por definición, debe querer el bien; puesto que es también por definición todopoderoso, puede hacerlo; por consiguiente, todo es bueno, y la distinción entre Bien y Mal es falsa.

«Hay únicamente necesidad, no libertad. El mundo es la máquina puesta a punto por Dios: lo que ocurre es su voluntad, y todo lo que el hombre hace, por tanto, le es grato, pues es, todo, querido por Él. Así, no hay en los hombres malos sentimientos; no hay pecado ni castigo. Como Dios ama a todas sus criaturas por igual, se cuida de que todas sean igualmente felices. Todo acontecimiento negativo, todo dolor, se verá en su momento compensado por acontecimientos de signo contrario, como esperanza o confianza. Así, en realidad, todos los hombres se comportan adecuadamente: vicio y virtud, premio y castigo son sólo diferencias aparentes. Todo el mundo está creado en todo momento, en forma armoniosa, pues al ser todo voluntad de Dios, todo es necesario».

Aparte de las debilidades lógicas del argumento (reminiscente del castizo «pudo y quiso, luego lo hizo» español), la consecuencia más relevante de esta postura es el abandono de la concepción puritana referente a la maldad del hombre («pecadores en manos de un Dios airado», en la versión de Edwards) y al desconocimiento de la esencia del mundo; éste, según el optimismo frankliniano, no sólo es bueno, sino también cognoscible. Por ello, Franklin se

sitúa radicalmente frente a los aspectos que antes mencionamos, de la posición intelectual puritana:

Aspecto ontológico. Frente al Dios continuamente interfiriéndose en el mundo, el Dios «interventor», la Divinidad, según el deísmo frankliniano, se configura como una deidad auto suficiente, como causa universal inmutable que no se interfiere con la Naturaleza por Él creada. La actuación divina se lleva a cabo mediante causas segundas, causae causatae, es decir, las leyes de la Naturaleza: la acción de los seres libres y responsables no está predeterminada ni alterada por la intervención divina.

Aspecto cosmológico. La naturaleza externa refleja la bondad divina y es el medio para su expresión; el mal, en realidad, es un medio para el bien, o, en otros términos, no es tal mal.

Aspecto epistemológico. El Universo constituye un libro en el que la razón natural encuentra suficientes datos para comprender cómo funciona. La misma Divinidad es cognoscible mediante la luz de la razón. Nuestra naturaleza racional nos permite conocer la perfección moral de la Divinidad y las leyes que rigen el mundo exterior.

Aspecto psicológico. Hay una racionalidad esencial común a Dios y al hombre. Por ello, la Humanidad es perfectible en sí y por sí misma. Y la libertad humana es demostrada por la ley de la naturaleza, en forma intuitiva existente en cada uno de nosotros.

Las consecuencias de esta posición deísta de principio son visibles en toda la obra de Franklin. La creencia en un «Dios relojero» que pone en marcha la maquinaria del mundo para que se rija por sus propias leyes (según un principio de «razón mecánica» que enseñorea no sólo las ciencias naturales, sino también la filosofía e incluso la teoría política, como es visible en el principio de «frenos y contrapesos» de la Constitución norteamericana) supone, desde luego, la existencia de leyes naturales que es necesario conocer. Pero además, frente a la teología puritana, que parte del principio de la libertad divina, significa que tales principios conductores del mundo, que tales leyes creadas por Dios persiguen los fines divinos, son buenas en sí mismas y no son susceptibles de suspensión momentánea para que la Divinidad lleve a cabo sus proyectos: la directa intervención divina, contraria a las leyes de la Naturaleza, no es necesaria. De forma que lo bueno no lo es porque Dios lo quiera (principio

puritano), sino que Dios lo quiere porque es bueno (principio deísta). El bien puede descubrirse racionalmente, y el ser humano puede, así, perseguir el bien que le muestra su razón. Desaparece de este modo el concepto de «elección» típico de la doctrina calvinista puritana, que divide a los hombres en dos grupos, los elegidos (the Saints) y los condenados desde la eternidad. Del punto de vista de Franklin se deduce que contrariamente a la posición puritana, la felicidad y el bien en esta vida, y la salvación en la otra (sobre lo que Franklin no es muy explícito), son algo a conseguir por uno mismo mediante su esfuerzo, no algo a recibir de la providencia.

Sin embargo (y nos extenderemos sobre este punto al referirnos a Franklin en relación con el espíritu del capitalismo), la posición de Franklin con respecto al puritanismo muestra una curiosa ambivalencia. Por una parte rechaza la herencia dogmática puritana, pero, por otra, refleja la innegable influencia del medio en que transcurrió su juventud. Posición ambivalente que se manifestaría en sus posturas económicas, en sus actitudes políticas (al menos en las más profundamente arraigadas en él), pero sobre todo (y más cercanamente al tema de que tratamos) en su trabajo científico.

Efectivamente, este tipo de trabajo fue quizás el que más popular le hizo entre los círculos ilustrados de la época (como expresivamente indica el lema del Almanach de la Sociedad Montyon en 1837: Montyon, genio de la beneficencia; Franklin, beneficencia del genio), creyentes en el progreso indefinido y la aportación de la ciencia a este fin. De hecho, se ha podido afirmar que, tras la continua ironía y suave escepticismo de sus escritos se oculta una única pasión realmente seria: la ciencia. Pasión que le llevó a realizar una amplia serie de estudios sobre temas tan diversos como aeronáutica, agricultura, botánica, química, electricidad, hidrografía, medicina, navegación, óptica y otros muchos. Fueron sobre todo sus experimentos sobre electricidad, recogidos por Collinson en la obra Experiments and Observations in Electricity, made at Philadelphia, in America, by Mr. Benjamin Franklin[28] (1751) los que le dieron su mayor fama. Cabe recordar que términos como batería, carga, descarga, conductor, positivo, negativo (aplicados a la electricidad), etc., fueron acuñados por él. También causaron sensación en la época sus trabajos relacionados con los fenómenos meteorológicos: así, su trabajo sobre las auroras bo-

reales (publicado en Francia en 1799), su Carta sobre las tormentas, de 1750, y, en otro ámbito, On the theory of the Earth, de 1782.

El trabajo científico de Franklin aparece, en una primera lectura (de la misma forma que el resto de su obra) teñido de matices anti-puritanos. Por una parte hay que recordar que la posición calvinista «ortodoxa» en Nueva Inglaterra era la representada, por ejemplo, por la obra de Increase Mather, Remarkable Providences, basada en la concepción de la intervención directa de la Divinidad en el mundo: el término «providence» venía a referirse precisamente a tales intervenciones concretas, atribuidas directamente a la voluntad divina, y en muchos casos, consistentes en adecuados castigos a los que se apartaban de la vía recta de la Iglesia presbiteriana. La reacción frankliniana (típica, por otro lado, de la perspectiva deísta) consistió en poner el énfasis, por el contrario, en las leyes inmutables de la Naturaleza, ordenadas a priori por el «relojero universal» de tal manera que su intervención directa quedará excluida, por innecesaria[29]. No deja de ser curioso que Mather utilizara ejemplos de tormentas y rayos como exponentes de las «providences» divinas y del adecuado castigo de los no creyentes, mientras que Franklin procurara, por el contrario, hallar las «causas» naturales de los rayos, al objeto de incluirlos dentro de la legalidad científica, arrebatando el rayo a los dioses, de los que había sido el arma tradicional. El famoso experimento de la cometa[30], con el que Franklin probó el carácter eléctrico del rayo, cobra así un significado que va más allá de lo anecdótico: el arma por excelencia de la divinidad, el rayo, es ahora comprendido y dominado por el hombre. La voluntad divina es así sustituida por la «legalidad natural»: no es de extrañar que los contemporáneos de Franklin y los que le siguieron atribuyeran un especial significado a este descubrimiento. Baste recordar la narración de Hermann Melville Lightning-Rod Man, aparecida en «Harper» en 1857[31].

Desde luego, Franklin no se limitó a una crítica sobreentendida de la concepción «científica» puritana: precisamente, algunos de sus más tempranos escritos son virulentas críticas a la situación en que se encontraban los altos centros de enseñanza y formación calvinistas de América del Norte, sobre todo a Harvard College. Harvard era la institución destinada a preparar la élite directiva puritana, y por ello mismo se encontraba sometida a una disciplina autoritaria que ahogaba toda posibilidad de conocimiento científico. Y como

lógica aunque tardía consecuencia, le cupo a Franklin ser el fundador, en Filadelfia, del primer centro laico de enseñanza superior de lo que es hoy Estados Unidos, rompiendo así el monopolio eclesiástico sobre la enseñanza universitaria[32].

Todo ello no obsta en todo caso al reconocimiento de que también en las ideas científicas de Franklin (como en sus ideas económico-sociales y políticas) es posible hallar profundas raíces calvinistas. Pues, como ya ha señalado Merton al hablar de Boyle y otros científicos del siglo XVII[33], la ortodoxia calvinista podía hasta cierto punto ser compatible con la investigación. En efecto, nada puede ser más favorable para la actividad mental del investigador científico que el profundo imperativo inserto en la ortodoxia calvinista consistente en mantener un esfuerzo continuo y metódico, sin permitirse desfallecimientos en el desempeño de la «vocación». También aquí resulta curioso considerar cómo, una vez desaparecida la causa religiosa de un fenómeno (la motivación calvinista para el trabajo continuado), éste se mantiene por su propia inercia, buscando una justificación distinta para la misma conducta. Como en el caso de la mentalidad capitalista moderna, el estímulo religioso inicial desaparece, pero no sus consecuencias.

Otra manifestación de la herencia calvinista de Franklin en su trabajo científico es el carácter eminentemente aplicado de sus descubrimientos, desde el pararrayos a la «estufa Franklin»[34]. Pues la teología y la moral calvinistas, centradas en la pobreza y nulidad de la esencia humana y su completo sometimiento (incluso en el caso del decretum horribile) a los deseos, aparentemente arbitrarios, del Creador, a su liberum arbitrium venían a condenar en principio lo superfluo y ostentoso, es decir, todo aquello no dedicado específicamente al cumplimiento del plan de Dios para el mundo, manifestado en la vocación de cada uno. Así, el mero entretenimiento intelectual, la Ciencia concebida como «autorrealización» o como divertimento se oponía radicalmente a la mentalidad puritana: y quizás pueda aquí buscarse una clave para la inclinación tecnológica de la ciencia y la investigación norteamericanas, y la búsqueda de la «applied science» frente a la desaprobación (o al menos la indiferencia) social Con que históricamente se enfrenta el científico o intelectual «teórico», el egghead o «cabeza de huevo», en la sociedad norteamericana.

La vocación científica de Franklin se manifiesta inequívocamente hacia la ciencia aplicada (de ahí la referencia que hicimos a la «beneficencia del genio»). Pero ello no significa, en cualquier caso, que no haya que efectuar en este punto una diferenciación entre Franklin y franklinismo. Pues pertenece a la idiosincrasia del personaje su famosa afirmación de que preguntar sin más cuál es la utilidad de un nuevo descubrimiento científico «tiene el mismo sentido que preguntar cuál es la utilidad de un niño recién nacido». También en esto era Franklin un hombre de su época: el utilitarismo frankliniano se muestra como profundamente racional, ya que no niega, en principio, la necesidad de ver los descubrimientos científicos desde una perspectiva utilitaria. Lo que hace es excluir la perspectiva inmediatamente utilitaria: un niño recién nacido sería, desde la perspectiva frankliniana, una inversión útil a largo plazo, aunque no inmediatamente. Se trata de una nueva posición mental, que también deriva, como veremos, de la ética calvinista, y que se manifiesta, sobre todo, en sus ideas económico-sociales. Pues de las vivencias y reacciones franklinianas referentes a la Religión es posible deducir los principios que nos permiten comprender aquella Parte de su pensamiento que le ha hecho más famoso y que ha influido hasta hoy en la mentalidad moderna, y sobre todo, la mentalidad típica de la sociedad norteamericana. La Autobiografía y The Way to Wealth son, en último término, manifestaciones «aplicadas» de esas vivencias y reacciones.

D. FRANKLIN Y EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO

A pesar de su ruptura con la teología puritana, Franklin representa la continuidad y la adaptación (de aquí el carácter pivotal, de transición, de su obra, a que hemos hecho referencia) de la ética del puritanismo. Franklin, en efecto, vino a perpetuar una ética, pero dotándola de una base intelectual más sólida, alejada del misticismo calvinista heredado de los años de la Reforma, y, posteriormente, de las guerras civiles religiosas de los siglos XVI y XVII. Nos es, pues, extraño que algunos autores, como Griswold (en su ensayo Three Puritans on prosperity)[35], hayan podido incluir a Franklin entre los representantes del puritanismo, a pesar de su carácter ilustrado, y de la distancia que le separa de sus contemporáneos calvinistas, como Mather o Edwards.

Franklin actúa, en este sentido, como un punto de conexión entre la ética puritana, heredada de otras épocas, y cargada de un pesado lastre religioso-místico, y la ética comercial que caracterizaría la América de la posguerra civil y la llamada Gilded Age, del desarrollo capitalista de los Estados Unidos. En este sentido, puede comprenderse la popularidad de Franklin en esta época si tenemos en cuenta que recoge una tradición ética profundamente arraigada en el subconsciente colectivo de las colonias, y, al tiempo, la despoja de frenos teológicos y cortapisas místico-autoritarias, dejándola a disposición de una época de innovación y desarrollo económico y técnico. Parafraseando a Weber, Franklin pone directamente la ética protestante al servicio del capitalismo; y no es extraño que Weber le tomara como el ejemplo paradigmático de su teoría, a pesar de que Franklin, desde el punto de vista estrictamente religioso, era un heterodoxo en el marco colonial.

Efectivamente, en su famosa obra La ética protestante y el espíritu del capitalismo[36], Weber cita ampliamente a Franklin como ejemplo, típico del ethos del capitalismo. En particular, se refiere al conocido fragmento franklíniano, que reproducimos aquí:

«Recuerda que el tiempo es dinero (time is money). El que, con su trabajo, puede ganar diez chelines al día, y en vez de ello, sale de casa, o haraganea la

mitad del día, aunque no gaste más que seis peniques en sus diversiones, debe tener en cuenta que no es ése su único gasto, sino que ha gastado realmente (o mejor dicho, ha despilfarrado) otros cinco chelines.

Recuerda que el crédito es dinero. Si alguien deja que siga en mis manos el dinero que le debo, pasado el vencimiento, me está regalando el interés, o al menos tanto dinero como pueda yo obtener mientras tanto de esa cantidad. Y esto puede ser mucho, cuando uno tiene amplio crédito y lo utiliza juiciosamente.

Recuerda la naturaleza prolífica del dinero. El dinero puede engendrar dinero, y su progenie puede a su vez engendrar más, y así sucesivamente. Cinco chelines se convierten en seis, de nuevo en siete y tres peniques y así sucesivamente, hasta convertirse en cien libras. Cuanto más dinero se invierte, más produce en cada vencimiento, de forma que los beneficios aumentan cada vez más deprisa. El que mata un semental destruye también sus productos en docenas de generaciones; el que despilfarra una corona destruye todo lo que podría haber producido, incluso docenas de libras.

Recuerda el dicho: «el que bien paga es el dueño de la bolsa de los demás». El que tiene fama de pagar exacta y puntualmente cuando debe, puede, en todo tiempo y lugar, obtener todo el dinero de que sus amigos dispongan. Y esto a veces es muy útil. Aparte de la laboriosidad y la frugalidad, no hay nada que contribuya más al progreso de un joven que la puntualidad y honestidad en sus transacciones: de forma que no mantengas en tus manos dinero prestado ni una hora más de lo acordado, para evitar que la decepción cierre para siempre la bolsa de tus amigos.

Hay que tener en cuenta los menores detalles que puedan afectar el crédito de una persona. El sonido de tu martillo a las cinco de la mañana, o a las ocho de la noche, si lo oye un acreedor, le tranquiliza otros seis meses; pero si te ve jugando al billar, o te oye en una taberna durante las horas de trabajo, vendrá a pedirte su dinero al día siguiente; y lo pedirá antes de lo que le corresponde.

Tu trabajo muestra además que te preocupas por pagar tus deudas y te muestra como un hombre cuidadoso y honesto, lo que aumenta tu crédito.

No creas que eres dueño de todo lo que posees, ni vivas como si así fuera: es un error en que caen muchos que tienen crédito. Para evitarlo, mantén durante algún tiempo una contabilidad exacta de tus ingresos y tus gastos. Y si te

molestas en anotar todos los detalles, verás cómo gastos aparentemente minúsculos se acumulan hasta suponer grandes sumas, que pueden ser ahorradas cara al futuro, sin que suponga ninguna molestia.

Por seis libras al año podrás disponer de cien libras, si eres persona de crédito y honestidad reconocidas.

El que gasta unos céntimos al día inútilmente, gasta inútilmente más de seis libras al año, es decir, el precio del uso de cien libras.

El que gasta inútilmente todos los días su tiempo, por valor de unos céntimos, gasta inútilmente la posibilidad de utilizar cien libras.

El que pierde ociosamente cinco chelines en términos de tiempo de trabajo, pierde cinco chelines y ello equivale a haber tirado dinero al mar.

El que pierde cinco chelines, no sólo pierde esa suma, sino todo el provecho que hubiera derivado de su inversión; lo que, a lo largo de una vida, puede ser una considerable cantidad de dinero» (fragmentos de Necessary Hints to Those That Would Be Rich, 1736, y Advice to a Young Tradesman, 1748. Weber utiliza la versión de Sparks, 1836-40).

Como es sabido, Weber se refiere al ethos representado por Franklin no como una «inclinación personal moralmente neutra» o «como una expresión de atrevimiento comercial», sino como la idea de un deber: la peculiaridad de la filosofía de Franklin parece ser en palabras de Weber en la citada obra La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo, al referirse a este tema, «el ideal del hombre honesto, de reconocido crédito, y sobre todo la idea del deber del individuo hacia el incremento de su capital, que se considera un fin en sí mismo. Realmente, lo que predica aquí no es únicamente una forma de abrirse camino en la vida, sino una ética determinada. La infracción de estas reglas se considera, no un error, sino un abandono del deber. Y ésta es la clave del tema. No se trata de astucia comercial común: es un ethos. Y tal es la cualidad que nos interesa»[37].

En múltiples trabajos, como Necessary Hints to Those who would be Rich o Advice to a Young Tradesman y a lo largo de la Autobiografía, el Poor Richard's Almanack y el Way to Wealth, Franklin expone una filosofía utilitarista que llega a afectar incluso a las virtudes «morales»: «La honestidad para Franklin es útil porque asegura el crédito; y tal es también el caso de la pun-

tualidad, frugalidad y laboriosidad, y es por eso por lo que son virtudes», indica Weber. «De aquí se deducirá lógicamente que, si la mera apariencia de la virtud resulta suficiente para conseguir el mismo propósito que conseguiría la virtud, basta desde luego con la mera apariencia». Y, para Franklin, un exceso innecesario de virtud sería un «derroche improductivo». Ya veremos que precisamente en este punto se basan las críticas a Franklin de las generaciones intelectuales norteamericanas posteriores.

Obsesivamente se repite en gran parte de la obra frankliniana la prédica de una posición mental adquisitiva, ahorrativa y encaminada al incremento incesante del capital propio: todo el texto de The Way to Wealth (a pesar de su humorística conclusión final) es una interminable serie de proverbios, refranes y dichos en ese sentido. Y es precisamente éste el aspecto más influyente, cara al gran público, de la obra de Franklin, fuera cual fuera la posición subjetiva con que Franklin escribió sus obras. Se trata del aspecto contra el que se rebelaba D. H. Lawrence. Sin embargo, no se trata (como ha puesto de relieve Weber, suscitando una larga polémica posterior)[38] de un mero afán éticamente neutro, ni siquiera de una característica personal de Franklin, sino de la expresión de una ética que responde al espíritu de una época.

Por lo que se refiere a la posibilidad de que estas admoniciones franklinianas en favor del ahorro y la productividad del capital propio pudieran interpretarse como derivadas únicamente de su idiosincrasia personal, ya indicamos que su propia vida es un alegato en contra: tras haber sido (según confesión propia) el ejemplo del self made man, en un modelo ampliamente difundido en la cultura norteamericana, tan pronto como consigue una posición desahogada, abandona los negocios y dedica su vida a actividades de servicio público, diplomáticas y políticas. No se trata, pues, de la exposición de una preferencia personal, y parece que cuando Franklin trabajó en las últimas partes de la Autobiografía fue consciente de que no se estaba limitando a exponer una experiencia propia: se trataba de proponer más bien una vía, un método, que eventualmente se convertiría para muchos en elemento integrante, principal, del American Way of Life. Como se ha indicado, la Autobiografía no es la historia de un éxito, sino una obra sobre la formación del carácter que hace posible el éxito[39]. Y este éxito se da por supuesto que coincide necesariamente con el éxito económico; y Franklin, asimismo, da por supuesto que se trata de

un objetivo socialmente válido y aceptado unánimemente por la comunidad. Mejor dicho, este éxito se convierte en el objetivo vital, ya que el éxito es una vocación, y constituye una llamada que se autojustifica en sí misma. To be successful se convierte en el Evangelio social norteamericano: como veremos, la Revolución norteamericana se propone defender los derechos a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad (life, liberty, and pursuit of happiness).

La posición de Franklin supone a la vez una continuación y paralelamente una ruptura con respecto a la mentalidad puritana anterior; de hecho, puede afirmarse que mantiene una moral muy similar, pero la asienta en bases teóricas distintas y aún opuestas. Pues, desde luego, Franklin actúa como portavoz de una conciencia colectiva. No fue la influencia frankliniana lo que hizo prosperar las colonias de América del Norte, ya que esa prosperidad se había iniciado incluso antes de su nacimiento. El espíritu comercial de Nueva Inglaterra antedata claramente la vida de Franklin, y estaba ya allí antes de su obra. Pero fue a Franklin a quien le correspondió justificar ese espíritu, buscando unas bases nuevas, separándolo de toda consideración teológica. Consideración que, si pudo haber sido útil en un momento histórico determinado, había dejado evidentemente de serlo en una sociedad que tendía hacia una mayor secularización.

La polémica desatada por Weber ha puesto el acento en la importancia que las creencias religiosas pueden llegar a tener en el comportamiento humano económicamente significativo. No se trata tanto de poner el acento en una ética económica, es decir, en el conjunto de mandatos coherentemente integrados en un cuerpo de creencias (religiosas o no), cuanto de destacar las consecuencias que en el comportamiento económico de los hombres pueden tener mandatos y dogmas derivados de ese cuerpo de creencias, aunque tales mandatos y dogmas no estén directamente referidos al comportamiento económico, de forma que actúen sobre él, por así decirlo, no directa sino indirectamente. Con respecto al protestantismo (y más específicamente, respecto a su variedad calvinista), la corriente iniciada por Weber ha mantenido la conocida posición de que sus principios han posibilitado en gran parte el nacimiento de la ética capitalista que caracteriza el desarrollo del mundo contemporáneo.

Desde luego, y desde sus orígenes, el protestantismo procedió a una revalorización de la actividad humana cotidiana, frente a la tradición medieval que

ponía el acento en las actividades piadosas. Así, Lutero, en su obra Sobre las buenas obras, viene ya a indicar que los tradicionales consilia evangélica (pobreza, castidad, obediencia) no constituyen la vía óptima para la vida buena del cristiano, ya que, en definitiva, representan una retirada, o evasión, del plan divino sobre el funcionamiento de la sociedad. Pero, siguiendo de nuevo a Weber, hay que destacar que no fue la variante luterana de la Reforma, sino la variante calvinista, la que proporcionó el empuje ético que haría posible la consolidación definitiva de la mentalidad capitalista, y la aparición de las condiciones psicológicas (en palabras de Tawney)[40] qué facilitarían el desarrollo del capitalismo como forma económica predominante en la sociedad moderna, y definitoria de su esencia.

Evidentemente, impulso hacia la adquisición de riquezas lo ha habido siempre, y es presumible que lo siga habiendo, en contextos económicos pre— o no-capitalistas. Y sin duda también anti-capitalistas. Pero capitalismo no equivale, únicamente, a impulso hacia la adquisición de bienes, va más allá: la búsqueda de beneficios continuos y renovados, búsqueda que excluye el aventurerismo, y la visión centrada intensiva y exclusivamente en el corto plazo. Precisamente, cabe suponer que estos últimos factores, aventurerismo y búsqueda del beneficio rápido, unidos a la falta de un código ético, pueden tener como consecuencia la imposibilidad de desarrollo del capitalismo. Analizando al respecto la obra de Franklin, el ideal que se deduce de ella es (frente al aventurero codicioso) el representado por la figura del «hombre de bien» que goza de reconocido crédito en su comunidad y que, al perseguir metódicamente el aumento de su capital, lo hace impulsado no tanto por la auri sacra fames, como por una exigencia interna que llega a convertirse (y a aceptarse socialmente en forma dominante) como un deber justificado por sí mismo. El «capitalismo» de Franklin no consiste en una exuberante iniciativa industrial o comercial (que, por otra parte, no hubieran permitido las condiciones del lugar y la época en que vivió), sino en una disposición psicológica. Esta disposición se centraba en tratar de aumentar, en forma metódica y como un deber, el capital propio, siguiendo unas normas de comportamiento que admitían la posibilidad (y la necesidad) de que los demás hicieran lo mismo, de forma que la propia conducta era la base de la prosperidad de los demás, y la conducta de éstos la base de la prosperidad propia. Se trata pues, frente al aventurerismo comercial

tradicional, de una postura no individualista, sino de moral social. Franklin ve al empresario capitalista necesariamente en un contexto social capitalista, con unas reglas éticas imprescindibles para el mantenimiento de todo el edificio social.

En esto, Franklin era hijo de su tiempo, el siglo XVIII, y de su lugar de nacimiento, la Nueva Inglaterra calvinista de la época. Pues, enlazando con lo que indicábamos anteriormente, el calvinismo (y más los herederos espirituales del fundador que éste mismo) había venido a reforzar aquellos elementos primitivos de la teología protestante que, como «subproducto», iban a coadyuvar a la consolidación de la psicología capitalista: la concepción de la vida del hombre en torno al concepto de «vocación» y la doctrina de la predestinación. Con respecto a esta última, ya vimos que Franklin discrepaba de la teología puritana; pero en cuanto a sus consecuencias éticas, Franklin puede ser (y ha sido) considerado como un exponente de la moral puritana.

Ambas concepciones, la relativa a la predestinación y la que consideraba a la vida como vocación, influían en la aceptación de la vida humana como el cumplimiento de una llamada de la divinidad. El hombre estaba en el mundo, argüía la teología calvinista, para cumplir los designios divinos respecto a la organización social de la colectividad: el deber del hombre es, por lo tanto, seguir esos designios divinos, cumplir disciplinadamente la tarea impuesta, de acuerdo con la vocación a él asignada, sin dejar cabos sueltos ni desaprovechar oportunidades. Frente a los consilia evangélica medievales (pobreza, castidad y obediencia), la tarea del cristiano, desde el punto de vista calvinista, está en el mundo, no fuera de él. Y esta tarea ha de cumplirse por sí misma, no buscando el beneficio personal, sino simplemente ad maiorem Dei gloriam. El trabajo continuo, la aplicación al deber, el aprovechamiento de todas las oportunidades ofrecidas (comerciales o profesionales) se convierte en la esencia de la moral, y no, como era el caso en la Edad Media, en una conducta codiciosa censurable.

La doctrina de la predestinación, que asumía la existencia de un decreto divino referente a quienes estaban destinados desde la eternidad a la salvación o a la condenación, decreto preordenado e inalterable, completaba la concepción de la vida como vocación. Pues Dios opera por medio de sus elegidos, y las obras de éstos reflejan por lo tanto la voluntad divina. El éxito en las tareas

emprendidas se convierte así en un apoyo de la convicción de que se está actuando virtuosamente, dentro de los designios divinos, de que se es uno de los elegidos a los que se ha encomendado la tarea divinamente ordenada. El deseo de llegar a una seguridad sobre la propia salvación lleva al exacto cumplimiento de los deberes de cada uno de los miembros de la comunidad, y este exacto cumplimiento, a su vez, produce resultados que indican que se está en la vía de lo divinamente querido: de modo que el calvinismo, como se ha indicado, crea su propia salvación. Además, la exclusión de los dogmas católicos referentes a la penitencia, el perdón y la recuperación de la gracia divina supone que el calvinista, en todo momento, ha de mantenerse en el camino marcado, pues, dada la inexistencia de métodos «mágicos» para recuperar la gracia divina, su apartamiento del camino recto sería muestra de su no pertenencia al número de los elegidos. Se impone así una vigilancia continua, una vida metódica que se aplica al trabajo y a la moral. Franklin llegó (y no descubrió nada nuevo, pues no faltaban los antecedentes puritanos) a elaborar un auténtico libro de contabilidad en que apuntaba sistemáticamente sus victorias y fallos morales, como narra en su Autobiografía.

Debido, entre otros factores, a este efecto psicológico no querido de la doctrina puritana, Nueva Inglaterra, en cuanto refugio de heterodoxos calvinistas, se había ido convirtiendo en una sociedad en que predominaba culturalmente la mentalidad capitalista, incluso antes de que se produjera una situación económica efectivamente capitalista. Sin embargo, la motivación religiosa, que había sido el factor vital en la sociedad del siglo XVII, iba perdiendo paulatinamente influencia a lo largo del XVIII. Y ya no era posible basar sobre tal motivación la vida política (basta observar la paulatina erosión del poder político de la oligarquía de los Santos calvinistas), la moral pública (como muestra la progresiva liberalización en el campo de los espectáculos públicos y manifestaciones culturales), o la intolerancia religiosa. En este sentido, Franklin representa el espíritu de la época mediante su apartamiento moderado en la forma y radical en el fondo, respecto del Puritanismo.

Precisamente, una de las razones de la importancia que revistió la obra de Franklin, y una de las causas de su instantánea celebridad, fue el que, prosiguiendo la tradición de la ética protestante en la práctica, independizó de ella el espíritu del capitalismo en la teoría. Hasta principios del siglo XVIII no

faltaron las obras de todo tipo (libros, sermones y hasta piezas de teatro) dedicadas a subrayar la importancia de virtudes como el ahorro, la frugalidad y la aplicación en el trabajo: así, una obra tan anterior a Franklin como la del reverendo William Ferkins, A Treatise of Vocations, publicada en 1603, contiene ya muchos de los principios y máximas expresados por Franklin[41]. Pero se trataba de obras que venían a fundarse expresamente en principios religiosos que a Franklin no le eran ya necesarios. Así, en The Way to Wealth no hace falta ya introducir referencias a la predestinación o a los mandatos divinos, aunque los principios expuestos no difieran sensiblemente de A Treatise of Vocations.

Ello no quiere decir, como a veces se ha sostenido, que la posición franklíniana sea de craso materialismo, reconociendo pura y simplemente el valor de la riqueza por sí misma. Franklin mantiene en sus obras los mandatos de la tradición calvinista: trabajo metódico, frugalidad, deber implícito de aumentar continuamente el capital original sin enterrar los talentos bíblicos, respeto hacia los demás y mantenimiento de la palabra dada. Y sin embargo, el abandono de la justificación teológica calvinista no supone radicalmente la renuncia a toda justificación. La imagen de Franklin como personificación de la avidez y avaricia mercantil, tal como se manifestó en la Gilded Age norteamericana, en la época del apogeo de los Robber barons, ha sido popularizada por la crítica de Lawrence. Pero, como ha indicado Barbour, la ética capitalista franklíniana abandona la justificación religiosa para adoptar una justificación secular no menos relevante: la idea de la libertad[42]. Se trata de una concepción negativa de la libertad, frente a algo o a alguien, concepción que no es del todo expresada en el análisis weberiano. En efecto, la construcción weberiana sobre la filosofía económica de Franklin se basa en uno de sus puntos esenciales, al que hay que tener en cuenta pero que no es el único: la idea de la vocación. Deja, sin embargo, de lado la idea de libertad, no menos trascendente. «Si nos preguntamos», dice Weber, «por qué hay que convertir a los hombres en dinero, Franklin, a pesar de ser un deísta incoloro, nos contesta en su autobiografía con una cita bíblica que su padre, calvinista fervoroso, le había repetido continuamente en su juventud: "Un hombre que sigue su vocación puede mirar cara a cara incluso a un rey". La ganancia económica es la expresión de "seguir la vocación", y esta aplicación es, como se puede suponer, el alfa y el

omega de la moral de Franklin». Ahora bien, y como señala Baumgarten, Weber pone el acento en un aspecto, subrayado por el término «vocación» (Beruf), y así, partiendo de la primera parte de la cita bíblica puede hablar de una ascesis vocacional, que consistiría en la búsqueda del dinero por el dinero, o, si se quiere, del trabajo por el trabajo. Pero queda por explicar la segunda parte de la cita, la referente a que el hombre que se aplica en su vocación podrá mirar a los reyes cara a cara. Esta sería la justificación o el objetivo final de la ética frankliniana, la no dependencia respecto a otros, el poder situarse en «plano de igualdad» incluso ante los poderosos[43]. Una comunidad en que cada uno cumple su oficio es por ello una comunidad igualitaria, frente a la estratificada sociedad europea. Hay que recordar además el origen humilde de Franklin y el hecho de que en gran parte debiese su ascenso social a su habilidad y trabajo en los negocios, de lo que no deja de vanagloriarse en su autobiografía:

«Mi posición, sin embargo, se hace cada día más cómoda. Por una parte, continúan mis hábitos frugales; por otra, desde que en mi juventud mi padre me repetía el proverbio de Salomón, "un hombre que sigue diligentemente su vocación podrá mirar a los reyes cara a cara, y no figurará entre los inferiores", he considerado el trabajo como una forma de conseguir riqueza y distinción, lo cual me ha servido siempre de inspiración. Y aunque yo, al oír a mi padre, no pensaba que alguna vez miraría cara a cara a un rey, ello sin embargo ha ocurrido, pues me he entrevistado personalmente con cinco e incluso he tenido el honor de cenar con uno, el rey de Dinamarca».

Se comprende por ello, desde esta perspectiva de «riqueza como vía de libertad», su decisión de abandonar toda actividad comercial tan pronto como alcanzó la independencia económica (esto es, poco después de cumplir los cuarenta años), al objeto de dedicarse a la vida pública. Como indicaba en una carta a su hermana, escrita en 1770, consideraba que había alcanzado ya la independencia suficiente (gracias a sus bienes) para que «ahora ya no se pueda esperar de mí que tenga que cambiar mis opiniones personales cada vez que Su Majestad considere apropiado cambiar de ministros».

Toda la Autobiografía, en desarrollo de este punto de vista, responde, consciente o inconscientemente, a un temor continuo, al miedo al poder arbitrario, a la tiranía que impide que el hombre se desarrolle plenamente en todas sus li-

bres potencialidades. Franklin encuentra que ante el poder de los demás existe un arma necesaria, que le liberará de la influencia de «los ministros de Su Majestad»: es necesario disponer de un mínimo de riquezas para ser libre, para no depender de prestamistas, acreedores, favores de los poderosos o acontecimientos infortunados que pudieran producirse.

En este sentido, Franklin aparece como el precursor del American dream, del sueño americano; o mejor dicho, de uno de los dos «sueños» que aún hoy se disputan la primacía en cuanto utopías dominantes de la sociedad norteamericana[44]. Franklin es el abogado del ciudadano autosuficiente, que se ha hecho a sí mismo (toda la Autobiografía es un ejemplo de la carrera de un self made man), que dispone de una parcela de poder económico propio, elaborada metódica e individualmente. No debe olvidarse este carácter individualista que separa a Franklin del fondo comunitario último del pensamiento calvinista. Pero al mismo tiempo, la autosuficiencia frankliniana no deja de presentar puntos débiles: si de lo que se trata es de conseguir una libertad basada en la independencia económica, y si ésta se configura como el objetivo último a conseguir, los medios a utilizar han de valorarse con arreglo al fin que se busca, y no con arreglo a una tabla independiente de valores. Si la apariencia de la virtud consigue los mismos objetivos que la virtud, y es más cómoda (y más económica), ¿por qué no contentarnos, en lugar de la virtud real, con su Ersatzy? Es famoso el párrafo de su Autobiografía en que se enfrenta con el tema:

«Para confirmar mi crédito y carácter como hombre de negocios, me ocupé no sólo de ser realmente industrioso y frugal, sino también de evitar todas las apariencias en contra. Me vestía modestamente y no aparecía por lugares de ocio y diversión. Nunca iba a cazar o pescar; a veces, desde luego, un libro me apartaba de mi trabajo, pero ello ocurría calladamente, pocas veces, y sin dar ocasión a escándalo. Y, para probar que no me consideraba a mí mismo por encima de mi negocio, a veces llevaba por las calles, en una carretilla, el papel comprado a mi proveedor. Así, al ser estimado como persona joven, industriosa y próspera, y al pagar puntualmente todo lo que adquiría, los comerciantes que vendían papel me querían como cliente, otros proponían suministrarme libros, y yo prosperaba con facilidad».

Es aquí donde debe trazarse la línea divisoria entre la posición de Franklin y el franklinismo desarrollado en el siglo siguiente (aunque sin duda la importancia de una concepción de la vida supera la de los deseos objetivos de su creador). Pues, como indicamos, Franklin no llevó a cabo en la práctica los principios teóricos que predicaba, y, desde luego, no se conformó con la mera apariencia externa de la virtud del trabajo. Sin embargo, e independientemente de su figura, en la misma forma en que éste había alterado la fórmula calvinista de «enriquecerse para salvarse» por la de «enriquecerse para ser libre», la tradición frankliniana posterior la alteró a su vez, convirtiéndola en «enriquecerse por enriquecerse», transformando en fin lo que originariamente era un simple medio. El método, la frugalidad, el trabajo continuo vinieron (en la línea del ascetismo capitalista indicada por Weber) a justificarse por sí mismos.

Contra esta versión del American dream se levanta la crítica de los creadores del sueño americano alternativo, autores como Thoreau o Emerson. Frente a la libertad negativa, freedom from, representada por la posición de Franklin, se opone la tendencia a obtener la libertad para algo. Se trataría, no de partir de una posición defensiva de temor a algo, utilizando como parapeto una riqueza metódicamente adquirida, para defenderse frente a posibles amenazas a la libertad, sino, por el contrario, de preguntarse para qué sirve esa libertad, qué objetivos vitales se pueden perseguir con ella. Así, Thoreau inicia su Walden con un capítulo, «Economy», que constituye una consciente sátira de la Autobiografía frankliniana: frente al objetivo vital de acumular bienes, meros medios, propone «enfocar la vida hacia un fin espiritual, sin que el tiempo lo erosione». No es de extrañar la renovada popularidad de Thoreau entre las generaciones jóvenes norteamericanas, que se vieron afectadas por la ola de rechazo hacia la mentalidad dominante a raíz de la crisis de los años sesenta del presente siglo. Pero, anteriormente a esta crisis, la crítica al «franklinismo» se repite en la obra clásica de Fitzgerald, The Great Gatsby, donde los dos «sueños americanos» se enfrentan: a un lado los Buchanan, representantes de la tradición frankliniana, y al otro Jay Gatsby, que representa la posición contraria, la mera consideración instrumental de los bienes materiales en la línea del idealismo emersoniano[45].

En todo caso, no cabe aceptar sin más una crítica como la de Lawrence, que condena sin apelación la perspectiva frankliniana sin tener en cuenta las circunstancias en que se originó y sin reconocer su alteración posterior. Pues hay que recordar el leit motiv de la Autobiografía, que ya citamos: «Seest thou a man diligent in his business? He shall stand before Kings» (Proverbios, XXII, 29). Pues en la época de Franklin un hombre diligente en sus negocios (sin otra calificación) no sólo no podía mirar cara a cara a los reyes, sino tampoco a otra mucha gente. El individualismo metódico capitalista de Franklin, destinado a posibilitar que el hombre que cumpliese su vocación pudiese «alzarse» ante los poderosos y mirarlos de igual a igual suponía una amenaza (como se vio durante la misma vida de Franklin en América del Norte, y, casi inmediatamente tras su muerte, en Europa) para un orden basado en la tradición sedimentada que petrificaba la desigualdad y «el lugar de cada uno en la vida».

E. EL ASPECTO POLÍTICO

LA tensión planteada entre la (consciente o inconsciente) carga calvinista en el pensamiento de Franklin y su incontenible tendencia «ilustrada» se manifiesta también en el campo de sus preferencias políticas[46]. Franklin participó activamente en la vida pública de su época, primeramente en el marco de la propietary colony de Pennsylvania, y posteriormente en ámbitos de más amplia proyección. Probablemente fue el primero en proponer una unión de las colonias, rompiendo los límites y desconfianzas impuestos por la diversidad de orígenes, credos y constituciones existentes entre ellas. Actuó también, dentro de esta misma línea, como virtual representante de las colonias ante la corte de Londres, firmó la Declaración de Independencia y participó en los debates de la Convención constitucional que dio origen a la Constitución norteamericana aún vigente.

En esta vida pública, Franklin, desde el primer momento, se situó indudablemente en el sector «ilustrado», y, como consecuencia, todo a lo largo del siglo posterior, Franklin se vio asociado a las ideas de liberalismo y democracia que se vinculaban a la Federación norteamericana. Desde luego, la trayectoria progresista de Franklin es evidente desde los primeros momentos: prueba de ello son las dificultades que desde muy joven tuvo con las autoridades de Boston a cuenta del New England Courier. Y a lo largo de su vida y obra se repiten continuamente los temas básicos del liberalismo, comenzando por su acusado individualismo. Deísmo e individualismo forman un todo coherente en su obra, traduciéndose en un rechazo hacia estructuras intermedias que aspirasen a conseguir una lealtad y vinculación del individuo cara a fines supuestamente trascendentes. El principio del self love, por el contrario, aparece inspirando todo el pensamiento frankliniano: en último término, la utilidad se convertiría en principio moral decisivo[47].

Esta posición individualista como punto de partida lleva al rechazo de toda justificación que no sea la basada en el contrato o acuerdo interindividual libremente acordado. La legitimidad tradicional se ve así negada a priori. Legítimo es aquello que los individuos han determinado libremente como útil y

acordado como tal. Buena prueba de esta actitud es la posición adoptada por Franklin en la Asamblea de Filadelfia (posición ampliamente recogida en la Autobiografía) con respecto a los derechos del «propietario» de la colonia. Como es sabido, el régimen jurídico público de los establecimientos británicos en Norteamérica variaba considerablemente de unos a otros: podían ser colonias reales (como Virginia), colonias con gobierno autónomo (Connecticcut) o «proprietary colonies», es decir, colonias atribuidas por concesión real a un promotor o propietario que asumía poderes cuasi-soberanos. Tal era el caso de Maryland (cuyo propietario inicial fue Lord Baltimore), Georgia (cedida a James Oglethorpe) o Pennsylvania (cedida a William Penn y sus descendientes). La evolución de estas proprietary colonies tras su fundación llevó en general a un fortalecimiento de los órganos representativos, que expresaban la voluntad de los ciudadanos, y a su progresivo enfrentamiento con los derechos del «propietario», que en un principio representaba la autoridad tradicional y que era quien designaba al titular del poder ejecutivo: el gobernador colonial[48]. Se trataba (más claramente aún que en el caso del enfrentamiento producido entre las Colonias y el Parlamento de Londres) de una contraposición entre lo nuevo y lo tradicional, entre el principio contractual-representativo y el principio patrimonial-tradicional. Franklin se situó sin vacilación al lado del primero. Situación que se repite al producirse el enfrentamiento entre las colonias y la metrópoli, convirtiéndose Franklin, al llegarse al enfrentamiento definitivo, en defensor a ultranza de la independencia. Y aún más: pues en el transcurso de los debates que dieron lugar al nacimiento de la Constitución norteamericana, Franklin se situó en la postura democrática radical, en favor del monocameralismo y frente a las propuestas bicamerales como «técnica de enfriamiento» y, por lo tanto, como técnica de protección del statu quo, defendidas por Washington y que finalmente prevalecerían.

Sin embargo, y a pesar de su clara trayectoria liberal, late en el fondo de la obra de Franklin la herencia de la tradición calvinista, como sigue latiendo aún en la teoría y la práctica política norteamericana actual. De nuevo nos encontramos ante las consecuencias mediatas de la teoría de la predestinación. En el campo puramente religioso, y desde la perspectiva puritana, había que distinguir a los electi de los condenados por toda la eternidad, y tal distinción lleva forzosamente a la constitución de una élite, los Santos puritanos, a quie-

nes naturalmente les corresponde la ejecución de los planes divinos. Políticamente, y como resultado, el calvinismo produce un curioso efecto doble. Por un lado, al acentuar la responsabilidad individual ante la Divinidad da lugar a una reafirmación de la propia independencia, a una tendencia poderosamente individual y particularista, que rechaza una sujeción religiosa de tipo clerical-institucional, ya que es Dios, no la Iglesia, quien salva voluntaria (y arbitrariamente) al individuo[49]. Pero al mismo tiempo, esta conciencia de la justificación individual lleva al convencimiento de la propia superioridad, a la autoinclusión en la élite «natural» de los Santos, élite designada para dirigir la sociedad. De ahí la tendencia, innata en las comunidades calvinistas, a la constitución de una oligarquía política, centrada en la Iglesia puritana, y, al mismo tiempo, al surgimiento de tensiones, dentro y fuera de esa oligarquía, tensiones derivadas del nuevo papel independiente del individuo, en relación directa con la Divinidad.

Por ello no es de extrañar que, desde el establecimiento de las primeras colonias en el norte de América hasta la misma época de la Revolución, la historia de la América anglosajona se caracterizara por dos elementos contrapuestos: la idea de la comunidad libre (representada sobre todo por el pensamiento de Jefferson) y la idea contraria que pone el acento en el poder del Estado (a su vez clásicamente representada por Alexander Hamilton)[50]. Ambos elementos se habían manifestado durante el siglo XVII. «La idea del pacto, de la comunidad igualitaria, se hace presente en el Mayflower Compact, en la obra de Roger Williams, en la comunidad cuáquera; el movimiento opuesto, la tendencia hacia una organización autoritaria del poder político, está representada por la teocracia bostoniana de los Winthrop, John Cotton, Nathaniel Ward» (Baumgarten)[51]. En el siglo XVIII se produce una cierta conciliación de ambas tendencias en lo religioso, en la obra del «último teólogo puritano», Jonathan Edwards, que trata de sintetizar, superando su contraposición, el congregacionalismo y el presbiterianismo. Y en el ámbito de lo político le corresponde tal tarea de conciliación a Benjamin Franklin, que, mediante el recurso al common sense, lleva a cabo una tarea paralela a la de Edwards. No se trata, desde luego, de una síntesis definitiva, sino meramente capaz de unificar las diversas tendencias en la labor revolucionaria e independentista: pues las dos corrientes del pensamiento norteamericano (la demócrata-populista y

la autoritaria-aristocrática) continuarían en su forma primitiva por lo menos hasta la guerra civil, como demuestran los nombres de Jefferson y Jackson por un lado, y de Hamilton, Adams y Calhoun por otro. Pero, precisamente, el papel de Franklin en su momento (y, como vimos, una de las causas de su posterior extendida influencia) consistió en llevar a cabo una labor que conjuntaba tendencias opuestas, poniéndolas al servicio de la oportunidad histórica de la independencia.

Lo que permitió a Franklin llevar a cabo esta síntesis práctica fue una Weltanschauung que derivaba de su original postura deísta. Esta suponía un orden natural puesto a punto por el «relojero divino», y era, pues, consecuente buscar, junto al orden natural, el «orden moral» que permitiera reducir a la unidad tendencias aparentemente contrapuestas. Desde esta perspectiva, Eduard Baumgarten ha llevado a cabo una interesante comparación entre las teorías franklinianas respecto a la electricidad (campo éste en que Franklin llevó a cabo una serie de experimentos sobre la tensión entre los polos negativo y positivo) y su punto de vista sobre la vida política[52]. Pero, incluso antes, en su Dissertation, es posible intuir ya en el pensamiento frankliniano esa concepción teológico-natural-moral del orden:

«¡Cuán exacto y regular es todo en el mundo natural! ¡Cuán sabiamente se halla todo diseñado! No podemos encontrar en él el menor defecto. Los que han estudiado la creación, en sus manifestaciones animal y vegetal, han demostrado que nada puede ser más armonioso y bello. Todos los cuerpos celestes, las estrellas y planetas, están regulados con la mayor sabiduría. Y ¿podemos suponer que se haya puesto menos cuidado en el orden moral que en el orden natural?»[53].

Franklin, en todo caso, no se hacía ilusiones con respecto a la realidad política de su tiempo, siendo un político y diplomático que conocía el tema de primera mano. En cierto modo, y en varios fragmentos de su obra, viene a contraponer la aleatoriedad de la política, concebida como un juego de dados, a la dirección racional de otras empresas, que puede simbolizarse mediante el juego de ajedrez (no hay que olvidar tampoco la importancia que da Franklin al juego de ajedrez, como forma de educación del carácter: así en su «Bagatelle» Morals of Chess, de 1779)[54]. Pero, aun habiendo renunciado por razones de conveniencia al deísmo mecanicista de su Dissertation, se percibe

continuamente a lo largo de su vida y su producción literaria el intento de organizar y racionalizar (en nuestra época podríamos decir planificar) la vida pública, introduciendo orden en el desorden. De aquí proceden sus tendencias conservadoras, que se contradicen con su vertiente vital «progresista». Pues Franklin fue un organizador incansable que, aparte de su famoso Club Junto de Filadelfia, creó la primera biblioteca de préstamo norteamericana, la primera fuerza de bomberos, la milicia de Pennsylvania, la American Philosophic Society y la Academia (después Universidad) de Pennsylvania. Además, en el plano estrictamente político, elaboró el Plan de Albany (1754), destinado a organizar el Imperio británico basándose en una mayor autonomía de las colonias. Participó también en la Convención Constitucional de Pennsylvania y, como indicamos, en la Convención Constitucional norteamericana de 1787.

Esta actividad organizadora, a la busca de un orden que se entendía también como ordenación política, partía, de acuerdo con las ideas de la época, del concepto de contrato, mediante el cual se establecían las reglas del juego. El contrato, para los ilustrados, era no sólo la justificación de la comunidad, sino un medio técnico para simplificar su funcionamiento. El mismo Franklin atribuye el éxito de sus empresas a que «todas se emprendieron y se acabaron amigablemente, debido, creo, en gran parte, a la precaución de haber expresado muy explícitamente, en los artículos del pacto, todo lo que cada socio debía hacer, y lo que se debía esperar de él, de forma que así nunca hubiera disputas; precaución ésta que recomendará a todos los que entran a formar sociedades...»[55]. Y el contrato supone una igualdad básica entre las partes, de forma que cada una de éstas pueda expresar su opinión e influir, no sólo en el pacto, sino, tras éste, en la marcha de la sociedad. De ahí las propuestas de franklin de remodelar el Imperio británico mediante un acuerdo pactado entre las colonias y la metrópoli, incluso en fecha tan tardía como 1774, en que aún consideraba que el contrato podía servir para remediar una situación de crisis: «Deseo sinceramente que se redacte una Constitución para América, para que podamos saber lo que somos y lo que tenemos, cuáles son nuestros derechos y nuestros deberes, desde la perspectiva británica y desde nuestra perspectiva. Hasta que se redacte tal Constitución, la diferencia de opiniones causará con-

tinuos desórdenes» (carta a Joseph Galloway, Londres, 18 de febrero de 1774)[56].

Es necesario tener en cuenta que, en el pensamiento frankliniano, la idea de contrato surge como consecuencia de la idea de orden, y no al contrario. Como ha indicado Allan Grimes, la teoría política de la Revolución norteamericana hay que considerarla, en primer lugar, relacionada con un problema «interno» de organización imperial, referente a la Constitución británica y a los derechos de los ingleses de una y otra parte del océano; y sólo secundariamente (y cuando la posibilidad de un arreglo con Gran Bretaña había desaparecido), como «la expresión de una filosofía política radical, referente a la teoría contractual y a los derechos naturales del hombre»[57]. El predominio de la preocupación por el orden conllevó que Franklin como otros muchos políticos coloniales intentara, sobre todo, resolver los problemas de Norteamérica mediante una nueva remodelación del Imperio, sin llegar a una separación de la metrópoli. Por ello, las primeras apelaciones franklinianas no se dirigieron a unos supuestos «derechos del hombre», sino a los derechos del ciudadano que se derivaban de la misma Constitución británica (o de su más o menos interesada interpretación). Unicamente cuando pareció evidente que las aspiraciones de las colonias eran inalcanzables por medios derivados de la Constitución británica, utilizó la idea de los «derechos naturales» del hombre. Pero, hasta fecha tan tardía como 1775, Franklin creía que el problema podría resolverse mediante una adecuada reforma de tipo jurídico-constitucional.

Efectivamente, y hasta 1775, la cuestión era predominantemente de tipo jurídico, y se refería a «la naturaleza de la Constitución, las Cartas coloniales, la relación del Parlamento británico con las Asambleas de las colonias y los derechos tradicionales de los ciudadanos ingleses» (Grimes)[58]. Los colonos aducían que ellos eran tan ingleses como los habitantes de la metrópoli: en tal caso, ¿cómo podía imponer impuestos sobre ellos un Parlamento en el que no se hallaban representados? La posición de Franklin al respecto fue evolucionando progresivamente, pero sólo se avino a adoptar una postura radicalmente separatista cuando fue evidente que la rebelión era inevitable. En su Autobiografía se refiere a su Plan de Albany (1754)[59], formulado en un momento en el que se cernía sobre las colonias una doble amenaza, francesa e india, y en que era por lo tanto necesario allegar los medios económicos y hu-

manos capaces de garantizar la defensa del territorio colonial. El plan incluía medidas de tipo organizativo, como la creación de un gobierno común a todas las colonias, presidido por un gobernador general, nombrado por la Corona y asistido por un «gran consejo» nombrado por las asambleas coloniales. Por otro lado, y para solventar el problema de los «derechos de los ingleses», preveía la representación de las colonias en el Parlamento de Londres. Se trataba de un auténtico «plan imperial», en el que la idea de independencia no figuró en ningún momento: incluso en 1788, después de la Revolución, podía decir Franklin: «todavía soy de la opinión de que hubiera sido mucho mejor para ambas partes que el plan se hubiera adoptado». Aun cuando Franklin abandonó pronto la pretensión de que las colonias estuviesen representadas en el Parlamento, ésta parece haber sido para él la solución ideal.

Cuando, diez años después del Plan de Albany, el Parlamento, pese a la opinión unánimemente contraria de las colonias americanas, aprobó la Stamp Act (1765), Franklin tuvo la oportunidad, gracias a la intervención de varios amigos, de defender, ante la Cámara de los Comunes, constituida en Comité plenario (Committee of the Whole), una solución que, menos detallada que el Plan de Albany, suponía al menos una división de competencias en cuanto a los poderes impositivos del Parlamento y las Asambleas coloniales. Tal solución se basaba en la distinción entre imposición interna (relativa a la economía y las transacciones internas dentro de las colonias) y la imposición externa (relativa al comercio, aduanas, etc., entre las colonias y el exterior).

P. «¿Existía, antes de 1763, en América la opinión de que el Parlamento no tenía derecho a imponer impuestos en las Colonias?

R. Nunca oí objeción alguna al derecho parlamentario de imponer tributos para regular el comercio; pero, por otra parte, nunca se aceptó que el Parlamento tuviera derecho a imponer tributos internos, ya que nosotros, los habitantes de las Colonias, no tenemos representación parlamentaria.

P. ¿En qué fundáis vuestra opinión de que el pueblo americano hace esa distinción?

R. Sé que cada vez que surgía una conversación sobre el tema en la que yo estuviera presente, la opinión de todos era: no podemos ser sometidos a imposición por parte de un Parlamento en el que no estamos representados. Pero na-

die discutía que hubiera que pagar los impuestos derivados de una ley parlamentaria que regulase el comercio».[60]

Tampoco esta propuesta de delimitar «impuestos internos» e «impuestos externos» tuvo, como es sabido, excesivo éxito, y, por otra parte, sus fundamentos constitucionales nunca fueron muy claros. A partir, sobre todo, de 1770, fue haciéndose evidente que sólo la independencia de las colonias podía garantizar los derechos que éstas consideraban propios. Y aquí, de nuevo, se manifiesta el carácter internamente contradictorio de todo el pensamiento frankliniano ante la cuestión de cómo hacer compatible una ruptura del orden establecido con el mantenimiento del «virtuous order», inherente a todas sus concepciones de la sociedad. Franklin, como el resto de los políticos revolucionarios norteamericanos (o, al menos, la mayoría de ellos), distinguía, como en el caso de la imposición, entre la Revolución externa (es decir, la ruptura de las relaciones de dependencia con Gran Bretaña) y la Revolución interna (es decir, la ruptura de las relaciones de poder determinadas por el statu quo dentro de las colonias). La cuestión era precisamente conseguir lo primero sin que se produjera inmediatamente lo segundo.

A pesar de su identificación con el movimiento ilustrado de su siglo, con la teoría del contrato como fundamento del orden, y con el principio de «no taxation without representation», y a pesar de ser considerado en Europa como la encarnación de la democracia norteamericana, Franklin no puede evitar que, en su apreciación de las circunstancias políticas y de la vía a seguir, surjan, sin ninguna duda, las huellas de su herencia calvinista. Como en ocasiones posteriores, la idea de «orden», derivada de una concepción religiosa, y la idea de «libertad», derivada de una concepción humanista-individualista, no llegan a compenetrarse sin contradicciones. Franklin intenta como otros políticos y pensadores de la época resolver la antinomia mediante el tercer leit motiv de la Revolución; más allá del derecho a la vida y a la libertad, se apoya en el derecho a la búsqueda de la felicidad (pursuit of happiness).

Ello no supone que la libertad y la igualdad sean valores «inferiores». La defensa de los principios de libertad e igualdad aparece repetidamente en los escritos de Franklin; ya indicamos cómo, en último término, la justificación de su ética del trabajo se basa en «poder mirar, incluso, a los reyes cara a cara». Su apreciación del trabajo como fuerza creadora le lleva a criticar severamente

el orden estamental existente en Europa, sobre todo en su sátira The Sale of the Hessians, en que pone de manifiesto la codicia y la falta de principios subyacentes en las instituciones feudales del Antiguo Régimen. Su defensa de la igualdad, sin embargo, no se basa, en general, en consideraciones de Derecho natural, sino, bien en el principio de la utilidad del trabajo (que iguala a los que lo llevan a cabo) o bien en la observación «antropológica» de la realidad de los pueblos primitivos, sin entrar en consideraciones teóricas iusnaturalistas. En lo referente al primer punto, el valor igualizante del trabajo, no faltan en el Poor Richard's Almanac las alusiones:

«Un campesino de pie es más alto que un noble de rodillas».

«Un campesino virtuoso vale más que un príncipe vicioso».

O su composición, también del Almanac:

Sólo un impío puede dudar
que todos los hombres vienen de Adán;
y que su hijo y sus sucesores
fueron sin excepción simples labradores.
Por eso, la única diferencia estriba
entre los de abajo y los de más arriba,
en que los hoy nobles dejaron pronto el trabajo
y siguieron trabajando los de más abajo»[61].

La idea de igualdad le conduce a una visión bucólica de Norteamérica, que él imagina (dando lugar a una corriente de pensamiento que llega hasta nuestros días) como un país en que reina la happy mediocrity, derivada de tratarse de una tierra de pequeños campesinos independientes e iguales en derechos y fortuna. En su Information to Those Who would Remove to America (1787) y en The Internal State of America (1786), Franklin expone ante el público extranjero (a quien los escritos van dirigidos) el ideal de una Arcadia igualitaria, frente a una Europa en que primaban las diferencias estamentales:

«Cualquiera que haya viajado por las diversas partes de Europa y haya observado cuán reducida es la población que vive en aceptables condiciones económicas, en comparación con el número de pobres y miserables; los pocos ricos

y orgullosos señores, la multitud de pobres, andrajosos y abyectos campesinos, y de mal pagados y mal alimentados jornaleros, si ven aquí la feliz medianía que predomina tan generalmente en estos Estados, en los que el campesino trabaja para sí mismo, manteniendo a su familia en decorosa abundancia, verá, en mi opinión, numerosas razones para bendecir a la Divina Providencia por la grande y evidente diferencia en nuestro favor, y se convencerá de que ninguna otra nación conocida disfruta de mayor felicidad» (Internal State of America, 1786)[62].

Franklin, además, llevó a cabo, a lo largo de su vida, una actividad continua en favor de la desaparición en Norteamérica de los restos de la desigualdad estamental en formas diversas: criticando la orden hereditaria de los «Cincinnatti» por lo que tenía de imitación de la aristocracia del Viejo Mundo, oponiéndose a la emigración a América de personas pertenecientes a la nobleza, luchando contra las propuestas a favor de una segunda cámara elegida por sufragio censitario en Pennsylvania y defendiendo el sufragio universal en Norteamérica y en Inglaterra. Pero no parece que hubiera tratado de buscar razones filosóficas profundas para justificar su defensa del principio de igualdad. Incluso cuando se trata de mantener disputas teóricas sobre el tema, Franklin se ciñe austeramente a la realidad. Así, cuando Allan Ramsay publicó una defensa del sistema estamental (Thoughts on the Origin and Nature of Government, 1769) en que mantenía que la jerarquía es la forma «natural» de organización social, Franklin basó su crítica de esta posición, no en los principios filosóficos de Locke, sino en observaciones que él había hecho personalmente:

«El autor (Ramsay) ignora que todos aquellos indios de Norteamérica que no se hallan bajo el dominio de los españoles, se encuentran en ese Estado de naturaleza y no están ordenados por ley alguna, no tienen tribunales ni jueces, no hay querellas, prisiones o gobernadores revestidos de autoridad legal. La fuerza persuasiva de aquellos que se distinguen por su sabiduría constituye el único medio por el que los demás se ven gobernados, o, mejor dicho, orientados. Y el estado de estos indios fue probablemente el estado original de todas las naciones…»[63].

Al mismo tiempo, y junto a esta posición ilustrada, laten en Franklin temores heredados de la posición elitista propia del calvinismo. No se trata de

una posición representada únicamente por él: ya se ha señalado repetidamente la postura conservadora de la mayor parte de los «revolucionarios» norteamericanos. El principio de igualdad en Franklin ha de entenderse considerablemente matizado y reducido esencialmente a sus aspectos jurídico-formales, en el sentido de admitir una igualdad de oportunidades, que sin embargo no suponía una radical nivelación económica, ni siquiera (a pesar de sus bucólicas consideraciones sobre Norteamérica) como objetivo final, por utópico que fuese. No han faltado autores, como Vernon Parrington[64], que hayan considerado a Franklin como un demócrata radical igualitario: pero esta concepción desaparece ante la evidencia que se desprende de sus obras. Franklin no era ajeno a la noción de que el destino de Norteamérica era en gran parte el de una nación industrial, con lo que ello supone como destrucción del igualitarismo de la sociedad «campesina». Y en su escrito On the Labouring Poor (1768) [65], publicado en relación con la situación de la clase trabajadora industrial en la Inglaterra de la época, deja bien claro que no considera justificada la rebelión ni siquiera el descontento como postura a adoptar por un grupo social cuya lamentable situación era evidente. La vía para superar una situación penosa no era ciertamente, a los ojos de Franklin, la «sedición».

La idea básica frankliniana del «orden» se opone, en efecto, a toda alteración de la tranquilidad pública y se traduce en un miedo manifiesto a «las turbas», the mob, esto es, a las fuerzas populares que escapan de la dirección ilustrada de sus mayores en dignidad y gobierno. Franklin no deja de mantener, en el fondo, un remanente hobbesiano: la teoría de Hobbes con respecto a la guerra de todos contra todos le parece algo más cercana a la realidad que aquella que considera el estado de naturaleza como una situación de «amor mutuo» (carta a J. Logan, 1737)[66]. En su informe Plain Truth, y en otros escritos referentes a las alteraciones populares de Pennsylvania en 1736[67], expresa su temor frente a las masas sin guía ni «disciplina espiritual». Y, pese a sus largas estancias en Francia, y a su relación con la intelligentsia ilustrada, la Revolución francesa le causa «sorpresa y miedo»[68].

Por ello, no es de extrañar que la corriente de pensamiento que pone el acento en la idea de poder, corriente que va de la teocracia puritana a los conservadores de la preguerra civil (incluyendo a Calhoun), encuentre un fuerte reflejo en Franklin, a pesar de su compromiso con los principios de libertad e

igualdad. Franklin era consciente de que el poder era la condición sine qua non para la consolidación y la obtención del orden político, hasta tal extremo que, como él mismo indica en su Autobiografía, uno de los motivos por los que su Plan de Albany fue rechazado por las colonias fue precisamente el exceso de poder que confería al gobierno central. Y, pasada ya la guerra revolucionaria, puede escribir a Jefferson, el líder del partido popular: «Nos hemos estado defendiendo frente a un mal que aqueja sobre todo a los viejos Estados, es decir, el exceso de poder en los gobernantes, pero nuestro peligro actual parece ser, sobre todo, la falta de espíritu de obediencia por parte de los súbditos»[69].

La traducción práctica de esta posición es la división, aunque ésta sea tácita, de la sociedad entre la élite y la mayoría por ella dirigida. La «razón natural» de cada uno de nosotros no es muy de fiar: Franklin, en su Autobiografía, ironiza sobre lo fácil que resulta «racionalizar» nuestras preferencias a posteriori. Por ello, es conveniente que los individuos ilustrados y bien intencionados orienten al pueblo sobre sus verdaderos intereses. Prueba de ello es que Franklin, pese a ser un «deísta incoloro sin confesión religiosa alguna», reconociera, siendo aún muy joven, que si la forma ilustrada radical del deísmo era probablemente válida en la teoría, no era útil como moral social, y que «atacar a la religión es como poner en libertad a un tigre: el animal, una vez libre, puede atacar a su libertador». Una cosa era la inspiración filosófica que debe guiar la conducta de la élite directora, y otra la moral que el pueblo debía seguir.

Aún más: para Franklin, tal élite debía constituir un todo unificado, no dividido por tensiones partidistas. Persiste en él como en otros contemporáneos suyos (piénsese en George Washington) la identificación entre partido y facción. «Las distintas opiniones de los diferentes partidos son únicamente causas de tensión», ya que «tan pronto como un partido consigue sus objetivos generales, cada miembro comienza a conspirar en favor de sus intereses particulares, lo que, al enfrentarle a los demás, divide al partido y ocasiona aún mayor confusión»[70]. Y no obstante, Franklin, lo quisiera o no, fue siempre conceptuado por sus contemporáneos como un hombre de partido. El mismo David Hume, en una carta a Adam Smith, pudo afirmar de él que «siempre consideré que era un hombre muy partidista (a very factious man)»[71]. Pero la explicación de tal contradicción pudiera encontrarse en la misma idea frank-

liniana del «orden». Opinaba que su posición partidista no era sino la misma encarnación de la razón y de la conveniencia. Prueba de ello es la descripción que lleva a cabo en la Autobiografía del proyecto de crear, a partir del club o Junto, un United Party for Virtue, un partido unificado que agrupase a la élite de los Wise and Good Men, los hombres sabios y virtuosos[72]. En este sentido, la idea del orden moral se traducía forzosamente en un orden moral concreto. También en esto fue deudor Franklin de su herencia calvinista, de la permanente contradicción entre la visión centrada en el individuo que se salva a sí mismo (religiosa y políticamente) y la concepción de la sociedad como un orden armónico parte de un plan superior.

AUTOBIOGRAFÍA

LA *Autobiografía*, la obra más conocida de Franklin (sus «memorias», como él la llamaba), fue escrita de modo accidentado y discontinuo. La primera parte fue resultado de una estancia en Twyford, Inglaterra, en agosto de 1771, en casa del amigo de Franklin, el Obispo Shipley, y a raíz de la curiosidad de las hijas de éste, que pidieron al autor una breve exposición de su vida. Franklin fue más allá, y durante dos semanas llevó a cabo una primera redacción, dirigida a su hijo.

No reanudó este trabajo hasta 1784, en Passy, Francia, instado por varios amigos, como se comprobará en el texto. Esta parte, en lo que se refiere a las bases del pensamiento de Franklin y su papel de mentor del pensamiento burgués, es la más interesante del libro.

Una tercera parte fue finalmente redactada en 1788, hallándose ya Franklin muy enfermo; y unas pocas páginas más, en 1789, pocos meses antes de su muerte. En todo caso, su relato quedó interrumpido en los sucesos del año 1757.

TWYFORD. EN CASA DEL OBISPO DE ASAPH, 1771

Querido hijo:

Siempre me ha gustado conocer pequeñas anécdotas de mis antepasados. Recordarás las pesquisas que hice entre los parientes que me quedan cuando estuviste conmigo en Inglaterra, así como del viaje que emprendí a tal fin. En la creencia de que podría ser igualmente agradable para ti saber las circunstancias de mi vida muchas de las cuales ignoras, y ante la perspectiva de una semana de inactividad en mi actual retiro campestre, me dispongo a poner por escrito, pensando en ti, el resultado de aquellas pesquisas. Por otro lado, existen otros estímulos que me impulsan a hacerlo. De la pobreza y medianía en las que nací y viví mis primeros años, he logrado elevarme a un estado de desahogo y en cierto modo a un cierto nivel

de celebridad mundana. La fortuna me ha sido fiel, incluso en lo más avanzado de mi existencia, y pienso que la posteridad quizá sienta deseos de enterarse de los medios de que me valí, y con los que, gracias a la Providencia, alcancé el éxito. Incluso puede que alguien piense en imitarme, caso de encontrarse en circunstancias parecidas a las mías. Al pensar en la buena suerte que he tenido, cosa que suelo hacer con frecuencia, me inclino a veces a pensar que, si me dieran esa opción, no me importaría volver a vivir mi vida desde el principio al final; aunque, eso sí, solicitando se me diera la oportunidad que tienen los escritores de corregir en la segunda edición algunas de las faltas que se cometieron en la primera. Querría cambiar, también, ciertos acontecimientos por otros más agradables. Aunque eso no fuera posible, aceptaría la oferta, pero como, de todos modos, no habrá otra segunda oportunidad de vivir la misma vida, haré lo que más se parece a ello, que es evocar los momentos de la que viví, poniendo por escrito mis recuerdos para darles una mayor permanencia. Al aplicarme a este empeño, cederé a esa inclinación tan corriente en los viejos de hablar de sí mismos y de sus hechos, pero, en mi caso, no aburriré a los que puedan creerse obligados a escucharme por respeto a mis canas, ya que, en todo caso, siempre serán libres de leerme o no. Y además (y en esto también he de ser sincero, pues de no serlo nadie me creería), en no poca medida, complazco así mi vanidad. A decir verdad, nunca he visto a nadie que comience con la frase «lo digo sin ninguna vanidad…», que no se deje llevar poco después por esa debilidad. A la mayor parte de la gente le desagrada la vanidad de los demás, sin ver la suya propia. Yo siempre me muestro comprensivo en esto, persuadido como estoy de que, a menudo, resulta bueno no sólo para el que la siente, sino para los que se encuentran en su esfera de acción. Por consiguiente, hay que reconocer que no resulta absurdo en absoluto que alguien dé gracias a Dios por su propia vanidad, como las da por otros dones que la vida le proporciona.

Ahora que hablo de dar gracias a Dios, debo reconocer con toda humildad la deuda de felicidad que tengo con la Divina Providencia

por todo lo que he recibido en esta vida, por cuanto hizo posible que yo dispusiera de los medios idóneos y los utilizara con éxito. Esta creencia me induce a esperar, aunque sin darlo por sentado, que la divina benevolencia me seguirá deparando la misma felicidad que hasta ahora, y, en caso contrario, me dará fortaleza para soportar la adversidad que, como a otros, pueda sobrevenirme. Solo Dios conoce mi futuro, y en sus manos está llenarme de bendiciones, incluso en medio del infortunio.

Ciertas notas, que un tío mío (dotado de mi misma curiosidad por recordar anécdotas familiares) me proporcionó, valieron para facilitarme información acerca de mis antepasados. Gracias a ellos me enteré de que habían habitado en el mismo pueblo, Ecton en Northamptonshire, en una propiedad de treinta acres de extensión, durante trescientos años por lo menos, y quizás más. Tal vez desde que adoptaron el nombre de Franklin, que antes había sido el apelativo de una determinada clase social, como apellido: lo que hicieron muchas gentes a lo largo y a lo ancho del reino[1].

Esta pequeña finca no debió resultar suficiente como medio de subsistencia. Por eso, comenzaron a dedicarse a la profesión de herreros, que perduró en la familia hasta la época de mi tío, siendo costumbre educar al primogénito en dicho oficio, como efectivamente hicieron mi tío y mi propio padre. Investigando el registro civil de Ecton, pude averiguar sus nacimientos, matrimonios y defunciones, desde el año 1555 solamente, por no existir registro anterior. Así me enteré de que yo era el hijo menor del menor de los hijos en cinco generaciones. Mi abuelo Thomas, nacido en 1598, vivió en Ecton hasta que, por su avanzada edad, hubo de abandonar sus negocios, retirándose a Banbury en Oxfordshire y viviendo en casa de su hijo John, un tintorero al que mi padre ayudó como aprendiz. Allí murió, y fue enterrado, mi abuelo. Pudimos ver su tumba en 1758. Su hijo mayor, Thomas, vivió en la casa de Ecton, dejándosela con todas sus tierras a su hija única, casada con un tal Fisher Wallinghorough; ellos la vendieron más tarde a Mr. Isted, su actual propietario. Mi abuelo tuvo cuatro hijos: Thomas, John,

Benjamin y Joseph. Como no tengo mis notas aquí, trataré de recordar lo que dicen, y, si no se han extraviado en mi ausencia, tú podrás completar mi información con ellas cuando las veas.

Thomas aprendió el oficio de herrero con su padre. Tenía talento y, como un hidalgo llamado Palmer, que por entonces era el vecino más importante de aquella parroquia, le animó a estudiar (lo que hizo también con los restantes hermanos), Thomas se hizo amanuense, y llegó a ser un personaje descollante en los asuntos de la provincia: fue uno de los principales promotores de todas las empresas comunales que se llevaron a cabo en su provincia, en la ciudad de Northampton, y en su pueblo natal de muchas de ellas nos hablaron en Ecton, y consiguió que Lord Halifax le tuviera en gran estima y le ayudara. Murió en 1702, el día 6 de enero, cuatro años justos antes de nacer yo. Los relatos de los viejos de la localidad sobre su vida y su personalidad, según mis recuerdos, te resultaron bastante sorprendentes, pues se parecían a lo que tú sabías de mí. De haber muerto el mismo día, pero cuatro años más tarde, dijiste, «podría haberse pensado en una transmigración». A John le enseñaron el oficio de tintorero de lana, según creo. Benjamin aprendió ese mismo oficio para la seda, tras el correspondiente aprendizaje en Londres. Era hombre de ingenio. Le recuerdo bien de cuando yo era pequeño, porque vino a casa de mi padre, en Boston, y estuvo con nosotros varios años. Mi padre y él se tuvieron un gran afecto, y yo fui su ahijado. Vivió muchos años, y dejó escritos dos volúmenes en cuarto de manuscritos con poesías suyas. Son composiciones de valor efímero, dedicadas a amigos y parientes, entre las que figuraba la siguiente, que me envió, y puede valer como ejemplo:

A mi tocayo, con ocasión de saber sobre su vocación por la milicia (7 de julio de 1710).

Créeme, Ben, la guerra es asunto peligroso

La espada marra tanto como alerta

Y más destruye que edifica

A muchos empobrece, a pocos enriquece y a menos ilustra.

Siembra la ruina en las ciudades, de sangre los campos,
Y es el aliado de la desidia y el escudo del orgullo
Florecientes ciudades de hoy, tras la guerra
Pronto se ven sumidas en aflicción y penuria
Las propiedades quedan en ruinas, el vicio se expande
La destrucción, el vicio, las cicatrices y los miembros mutilados:
Esos son los efectos de las guerras asoladoras.

ACRÓSTICO

Bendice y venera a tus progenitores
Encuentra constancia en hacer tu deber diario
Niégate a la pereza, la lujuria o la soberbia
Jamás te pesará seguir estos consejos.
Ante todo, evita la enfermedad del egoísmo;
Mira que el mal está en nosotros tanto como en Satanás.
Intenta enriquecerte en prudencia, saber y virtud:
Nunca temas soportar el sufrimiento por el Salvador,
Fuera de tus tratos la falsedad o el engaño,
Recuerda ser religioso en pobreza y en riqueza,
Adora al que te creó,
No dudes en entregar tu corazón a Dios. Ahora es tiempo:
Conciencia limpia es el mejor amigo.
La conciencia sea tu juez y tu testigo;
Inclínate, y adora de corazón a Nadie más que a la Trinidad.

Mi tío inventó un método propio de taquigrafía que me enseñó, aunque luego lo olvidé por falta de práctica. Era piadoso, y asistía con asiduidad a los sermones de los predicadores más conocidos, cuyas pláticas transcribía al papel, con su método taquigráfico, hasta llegar a reunir varios volúmenes de Sermones. Tampoco le faltaban dotes políticas, incluso le sobraban si pensamos en su vida profesional. Hace poco cayó en mis manos, en Londres, una colección que

mi tío había reunido, con los principales folletos relativos a los acontecimientos políticos ocurridos entre 1641 y 1717. Faltan muchos de sus volúmenes, según se deduce de su numeración: ocho en folio y veinticuatro en cuarto y en octavo. Un librero de viejo los descubrió y, como me conocía por haberle comprado libros, me los proporcionó. Al parecer mi tío los dejó aquí antes de marcharse a América, hace cosa de cincuenta años. Hallé muchas notas marginales suyas. Su nieto Samuel Franklin vive todavía en Boston.

Nuestra humilde familia abrazó desde un principio la Reforma. Nuestros antepasados siguieron siendo protestantes durante el reinado de María, estando en frecuente trance de ser perseguidos, debido a su celo antipapista. Tenían una Biblia inglesa y, para ocultarla, la guardaban abierta bajo la tapa de un escabel sujeta con cintas. Cuando mi tatarabuelo deseaba leerla en familia, no tenía más que darle la vuelta al escabel para, poniéndolo sobre sus rodillas, pasar las páginas por debajo de las cintas. En tales ocasiones, uno de los hijos se apostaba junto a la puerta para avisar de alguna visita inoportuna, como la de algún funcionario del Tribunal espiritual. Si se producía esa visita, la banqueta volvía a su posición primitiva, quedando oculta de nuevo la Biblia. Esta anécdota me la contó mi tío Benjamin. La familia siguió siendo fiel a la Iglesia anglicana hasta finales del reinado de Carlos II. Algunos clérigos, que habían sido destituidos por inconformistas, celebraban por entonces conventículos en Northamptonshire, y Benjamin y Josias se unieron a ellos, y con ellos continuaron de por vida. El resto de la familia siguió perteneciendo a la Iglesia episcopaliana.

Josias, mi padre, se casó joven, trasladándose con su esposa y sus tres hijos a Nueva Inglaterra en 1682. Como, por entonces, las reuniones religiosas no conformistas habían sido prohibidas, y eran con frecuencia interrumpidas por las autoridades, hubo personas prominentes conocidas suyas que decidieron irse a dicho país, y que convencieron a mi padre para que les acompañara en su viaje, en la esperanza de poder practicar allí su religión en completa libertad. Mi padre tuvo cuatro hijos de la misma mujer, que nacieron en Nueva

Inglaterra, y luego diez más de su segunda esposa, sumando en total diecisiete. Recuerdo haber visto, con frecuencia, hasta a trece reunidos a la mesa. Todos se criaron con normalidad y luego se casaron. Yo era el más joven de todos los varones, y tuve dos hermanas menores que yo. Nací en Boston, en Nueva Inglaterra.

Mi madre, segunda esposa de mi padre, era Abiah Folger, hija de Peter Folger, uno de los primeros colonizadores de Nueva Inglaterra, a quien menciona encomiásticamente Cotton Mather en la historia eclesiástica del país, publicada bajo el título de *Magnolia Christi Americana*, llamándole «culto y piadoso inglés», si no recuerdo mal. Según he oído, escribió algunas obras sueltas, de las que solamente una fue publicada recuerdo haberla visto hace años. Fue escrita en 1675, en verso sencillo, al uso de la época y de la gente, y dedicada a los que se ocupaban de los asuntos de gobierno en Nueva Inglaterra. Aboga por la libertad de conciencia, defendiendo a los anabaptistas, cuáqueros y otras sectas perseguidas. Atribuye las guerras contra los indios y otras calamidades a dicha persecución, considerándolas como castigos de Dios por tantas ofensas, y exhorta a abolir aquellas leyes tan faltas de caridad. Esta obra me pareció escrita con un viril sentido de la libertad y con una grata sencillez. Aunque he olvidado los dos primeros versos, recuerdo los seis últimos, que se referían a la buena voluntad que había guiado, en sus críticas, al autor, cuyo nombre debía, por ello, darse a conocer:

Porque dice odio ser un libelista
con todo mi corazón,
desde Sberburne Town[2], donde vivo,
hago aquí constar mi nombre,
sin ofender a ningún sincero amigo:
Y ese nombre es Peter Folgier.

Mis hermanos mayores trabajaron de aprendices en oficios diversos. A mí me mandó mi padre a un colegio a los ocho años, con la idea de que cursara estudios superiores y me entregara al servicio de Dios. Mi facilidad para leer (que debió ser temprana, pues no re-

cuerdo cuándo no sabía leer), y la opinión de todos sus amigos de que yo sería un buen estudiante, le animaron en su propósito. Por su parte, mi tío Benjamin mostró también su aprobación, y me ofreció todos los sermones escritos en su peculiar taquigrafía, por si yo la quería aprender. No obstante, permanecí en el colegio durante bastante menos de un año, aunque en ese tiempo llegué a los primeros puestos de la clase y pasé a la inmediatamente superior, de la que iba a ser transferido al grado siguiente al final del curso. Pero mi padre, abrumado por una familia numerosa, se las veía y se las deseaba para pagar mi educación, considerando sobre todo (según le dijo a un amigo suyo en mi presencia) lo poco que los estudios superiores compensaban a los que los seguían. Así que abandonó sus intenciones sobre el colegio para meterme en una escuela elemental de escritura y aritmética, regentada por un personaje famoso: Mr. Geo. Brownell. Era un profesor muy diestro; tenía grandes éxitos en su profesión con sus métodos docentes, suaves y convincentes. Bajo su dirección aprendí buena caligrafía en seguida, si bien fallaba en cuestiones de aritmética, sin progresar casi nada en ella. Con diez años ayudaba a mi padre en su negocio de velas de alumbrar y jabonería, oficios que no aprendió de pequeño, sino que adoptó a su llegada a Nueva Inglaterra, al darse cuenta de que su oficio originario de tintorero no tenía porvenir como medio de subsistencia familiar. De esta suerte aprendí a cortar los pabilos de las velas, llenar los moldes de cera, atender la tienda, hacer recados, etc.

El tal oficio no me gustaba nada, y mi inclinación era en realidad ser marino, cosa en la que me encontraba con la oposición de mi padre. Al vivir a orillas del mar tenía, sin embargo, mucho contacto con ese mundo. Así fue como aprendí pronto a nadar bien y a gobernar embarcaciones. Cuando montaba en alguna barca, en compañía de otros chicos, solían dejarme llevar el timón, sobre todo cuando había dificultades. En general, yo era un poco su jefe en muchas ocasiones y aventuras, de las que mencionaré una, porque quizá sea un poco precursora de lo que después sería mi vida pública, aunque en aquella ocasión no anduve muy acertado.

Existían unas salinas, en torno al estanque del molino, junto al mar abierto, donde solíamos entretenernos en pescar pececillos. De tanto patearlo, habíamos llegado a hacer del lugar un verdadero cenagal. Mi idea era construir un pequeño muelle, para poder andar más cómodamente sobre él. Cerca de allí había un montón de piedras, con las que pensaban construir una casa, y yo les dije a mis camaradas que con ellas podíamos hacer el muro. Esperamos a que los obreros se fueran a sus casas por la noche, y un grupo de amigos y yo nos pusimos a trabajar con denuedo; trasladamos de lugar todas las piedras amontonadas para construir la casa, y con ellas levantamos nuestro pequeño muelle. Al día siguiente, los obreros quedaron sorprendidos al observar que las piedras habían desaparecido; se indagó sobre los autores del hecho, nos descubrieron y dieron parte de nosotros a las familias, algunas de las cuales nos aplicaron el correspondiente escarmiento. Aunque yo procuré demostrar a mi padre lo útil que podía ser aquel muelle, él me convenció de que lo que no se hace honradamente no puede ser útil.

Supongo que te gustará saber qué tipo de persona era mi padre. Pues bien: era de mediana estatura y vigorosa constitución. Era mañoso, dibujaba bien y sabía algo de música. Tenía una voz sonora y agradable, de suerte que cuando cantaba salmos acompañándose con su violín como recuerdo que hacía alguna que otra noche, tras acabar su trabajo resultaba muy agradable oírle. Poseía ciertos conocimientos de mecánica y utilizaba con destreza herramientas de otros oficios. Pero lo más sobresaliente en él era su prudencia al juzgar temas de carácter público o privado. Es cierto que nunca se mezcló en asuntos públicos, atado siempre por las obligaciones que le imponían su numerosa familia y su oficio. Pero recuerdo que le visitaban con frecuencia personas influyentes para pedirle su parecer en asuntos de la ciudad o de la iglesia a la que él pertenecía, y en todas esas ocasiones demostraban ellos el respeto que sentían por sus prudentes consejos. También le consultaban mucho en asuntos personales, cuando surgían problemas, y era frecuente que designara un árbitro para dirimir los conflictos. Le gustaba sentar a su mesa a

algún amigo o vecino sensatos, para conversar, cuidándose siempre de suscitar algún tema ingenioso o instructivo, para que la conversación resultara educativa para sus hijos. Así es como dirigía nuestro interés hacia lo justo, lo bueno y lo prudente en la vida, sin ocuparse mucho o nada de los manjares que se servían, o de si estaban bien o mal sazonados, si eran o no sabrosos, si eran peores o mejores que otros parecidos. Así que me educaron en un ambiente en el que se daba tan poca importancia a la comida, que luego me ha dado igual que me sirvieran un plato u otro. Tan poca atención he prestado a esas cosas que, incluso hoy en día, no recuerdo, a las pocas horas de una comida, qué manjares me han servido. Creo que esto me ha ayudado bastante en mis viajes, en comparación con mis compañeros, que a veces padecían a causa de sus más delicados gustos culinarios.

Mi madre tenía también una constitución física vigorosa. Amamantó a sus diez hijos, y no recuerdo que ni ella ni mi padre padecieran enfermedad alguna, excepto aquella de la que murieron, ella con ochenta y cinco años y él con ochenta y nueve. Les enterraron juntos en Boston, donde yo me encargué años después de colocar una lápida de mármol con la siguiente inscripción:

Aquí yacen
Josiah Franklin
y Abiah su esposa.
Vivieron amorosamente juntos en matrimonio
durante cincuenta y cinco años.
No poseyeron tierras ni empleos lucrativos;
sólo con su constante trabajo y tesón,
y con la ayuda de Dios,
mantuvieron una numerosa familia adecuadamente,
y criaron trece hijos y
siete nietos con todo decoro.
Con este ejemplo, si me lees,

Siéntete animado a seguir tu vocación,

y confía en la Providencia.

Él fue prudente y piadoso;

Ella, discreta y virtuosa.

En reconocimiento de su amor

filial, su hijo menor hizo colocar esta lápida.

J. F. Nacido en 1655. Muerto en 1744, a la edad de ochenta y nueve años.

A. F. Nacida en 1667. Muerta en 1752, a la edad de ochenta y cinco años.

Noto que me he hecho viejo, por todo lo que divago. Antes solía escribir con más método. Pero uno no se arregla para estar en confianza igual que para ir a un baile de sociedad: por eso debo pensar que se trata simplemente de negligencia.

Volviendo al tema de mi vida: seguí en el negocio de mi padre durante dos años, es decir, hasta que cumplí los doce años. Mi hermano John, que había sido criado expresamente para encargarse de ese negocio, se separó de mi padre y se casó, estableciéndose por su cuenta en Rhode Island. Todo parecía indicar que yo sería el continuador del negocio de velas de alumbrar, lo cual me desagradaba hasta tal punto que mi padre se dio cuenta de que, si no trabajaba en algo más de mi gusto, terminaría en el mar, cosa que mi hermano Josiah había hecho ya, con gran disgusto de nuestro progenitor. En consecuencia, empezó a llevarme con él a ver trabajar a los carpinteros, albañiles, torneros, broncistas, etc., para ver hacia dónde me inclinaba y tratar de darme un oficio que me permitiera ganarme la vida en tierra. Desde entonces me ha resultado siempre placentero ver cómo los buenos operarios manejan sus herramientas, y, sin duda, me ha sido de utilidad todo lo que entonces aprendí, pues me ha permitido hacer algunos pequeños arreglos y trabajos en casa, cuando no encontrábamos al especialista correspondiente, así como construir pequeños aparatos para realizar los experimentos que se me ocurrían. Mi padre se decidió por fin por el oficio de cuchillero,

confiándome a tal efecto a Samuel, hijo de mi tío Benjamin, que lo había aprendido en Londres y se había establecido en Boston. Pero la cantidad que exigía, a cambio de aceptarme como aprendiz, no le pareció bien a mi padre, que decidió llevarme con él de nuevo.

Desde la infancia me encantaba leer, y todos mis ahorrillos los gastaba en libros. Sobre todo me fascinaban los libros de viajes. Lo primero que compré fueron las obras de Bunyan en tomos sueltos. Más tarde los revendí, y, con lo que saqué, me compré las colecciones históricas de R. Burton, que eran pequeños volúmenes, en número de cuarenta o cincuenta. La pequeña biblioteca de mi padre se componía principalmente de libros de apologética religiosa, que yo leí en su mayor parte. A menudo he lamentado que en aquella época, en la que sentía tanta avidez por saber, no dispusiera de libros más idóneos, sobre todo una vez que se decidió no prepararme para la carrera eclesiástica. Entre aquellos libros figuraban las *Vidas* de Plutarco, que leí con fruición y que pienso que no me hicieron perder el tiempo. También había un libro de Defoe titulado *Essay on Projects* y otro del doctor Mather titulado *Essays to do Good*, que quizás influyeran en mi forma de actuar ante algunos de los más importantes acontecimientos de mi vida posterior.

Esta inclinación libresca mía indujo por fin a mi padre a darme el oficio de impresor, a pesar de tener ya un hijo (James) en esa profesión. En 1717 regresó mi hermano James de Inglaterra trayendo con él una prensa y los tipos de imprenta necesarios para iniciar un negocio de impresor en Boston. Ese oficio me atraía bastante más que el de mi padre, aunque seguía sintiendo una añoranza por el mar. Para prevenir los perniciosos efectos de tal inclinación, mi padre no veía el momento de verme de lleno vinculado como aprendiz en el negocio de mi hermano. Me resistí durante algún tiempo, pero terminé por dejarme persuadir y firmé el contrato de aprendizaje cuando no tenía más que doce años. Debía servir como aprendiz hasta los veintiún años y solamente recibiría jornal como oficial el último año. En breve espacio de tiempo aprendí mucho y empecé a ser una buena ayuda para mi hermano. Pude disponer de mejores li-

bros. Mis relaciones con los aprendices de los libreros me permitieron tener libros prestados, que leía en seguida y devolvía con gran cuidado de no estropearlos. Frecuentemente me ponía a leer en mi cuarto casi toda la noche para devolver al día siguiente el libro, sin que lo echaran en falta.

Después de algún tiempo, un comerciante de libros llamado Mr. Matthew Adams, hombre culto y prudente, poseedor de una hermosa colección de libros, que frecuentaba nuestra imprenta, se fijó en mí y me invitó amablemente a ver su biblioteca y a tomar prestados los libros que yo deseara leer. De aquella época viene mi gusto por la poesía; incluso llegué a hacer pequeñas composiciones. Mi hermano, pensando que quizá fuera provechoso, me animó a componer dos baladas. Una de ellas se titulaba *La tragedia del faro* sobre el naufragio del capitán Worthilake y de sus dos hijas; el otro se titulaba *Canto de un marino cuando se apresó al famoso Teach, también conocido por «Barbanegra el Pirata»*. Eran unas composiciones horribles, de un estilo popular, y cuando se editaron mi hermano me mandó a venderlas por la ciudad. La primera se vendió sorprendentemente bien, quizá porque el hecho que relataba era de gran actualidad y había tenido gran resonancia. Tal éxito halagó mi vanidad, aunque mi padre se encargó de desanimarme ridiculizando mi publicación y diciéndome que los versificadores eran en general poco menos que mendigos. Así es como me libré de convertirme en poeta probablemente malo. Sin embargo, como escribir en prosa me ha sido de gran utilidad a lo largo de mi vida, y una de las principales causas de mi progreso, explicaré cómo en tal situación adquirí la escasa habilidad que puedo tener al respecto.

En la ciudad vivía otro muchacho muy dado a los libros, llamado John Collins, con el que llegué a tener una amistad íntima. Con frecuencia discutíamos porque la controversia nos gustaba y deseábamos enfrentarnos uno a otro con nuestros argumentos, cosa que, por cierto, puede convertirse en una mala costumbre y hacer a los que la tienen muy desagradables, porque siempre llevan la contraria. Además de servir para agriar cualquier conversación, dicho há-

bito da ocasión a disgustos y tal vez enemistades, en lugar de reforzar la amistad. Adquirí esta mala costumbre leyendo los libros de mi padre sobre polémicas religiosas. Las personas de buen juicio, según luego he podido apreciar, rara vez caen en el vicio de discutir salvo los abogados, los universitarios o los que se han criado en Edimburgo. En una ocasión surgió entre Collins y yo una disputa a propósito de si había que instruir a las mujeres y fomentar su capacidad para el estudio. Según él, ello no procedía, y además las mujeres no valían para el estudio. Yo sostenía la teoría opuesta, quizá por aquello de llevar la contraria. Collins se mostraba más elocuente y encontraba fácilmente las palabras adecuadas y tengo para mí que a veces me vencía más por su elocuencia que por la solidez de sus razonamientos. Como nos separamos sin haber llegado a un acuerdo, yo me puse a escribir mis razonamientos, hice una copia en limpio y se la envié a mi contrincante. El contestó y yo volví a replicarle y así varias veces hasta que mi padre encontró por casualidad unas de aquellas cartas y las leyó. Sin entrar en el fondo de la cuestión, mi padre me comentó el estilo literario que yo empleaba, haciéndome notar la ventaja que yo tenía sobre mi antagonista en materia de ortografía y sintaxis (que eran fruto de mi experiencia como impresor), pero subrayándome también que en elegancia de expresión, en método y en perspicacia, yo era inferior, y me convenció de ello señalándome varios pasajes de las cartas. Me di cuenta de lo atinado de sus opiniones y, en consecuencia, me apliqué a mejorar mi estilo.

Fue hacia esta época cuando cayó en mis manos un tomo del *Spectator*, el tercero para ser preciso. No había tenido la ocasión de leerlo, y cuando lo hice repetidas veces me pareció delicioso. Encontré su expresión excelente y deseé ser capaz de imitarla. En este empeño me fijé en algunos de sus ensayos, resumí en un papel, con poquísimas palabras, las ideas que se exponían en cada una de sus frases y lo guardé. Pasados unos días y sin consultar el original, intenté rehacer los ensayos de *The Spectator* a partir de mis resúmenes, completando éstos con cuantas palabras me parecían adecuadas para reconstruir su primitiva elegancia y amplitud. Luego cotejé mi tra-

bajo con el original y corregí las faltas que había cometido. Me di cuenta de que me faltaba vocabulario o mayor presteza para recordar y utilizar las palabras idóneas. Pensé entonces que tal vez hubiera podido conseguir ambas cosas si hubiera seguido escribiendo versos, ya que el buscar palabras del mismo significado pero de longitud o sonido diferentes para encajarlas en el ritmo y en la rima correspondientes, me hubiera obligado a perseguir constantemente la variedad expresiva y a fijar en mi mente y dominar una gran multiplicidad de vocablos y giros. En consecuencia, tomé algunas de las narraciones del *Spectator* y las puse en verso para volverlas después a su prosa original, cuando había pasado tiempo y casi me había olvidado de ésta. Otras veces formaba un revoltijo con los resúmenes que había hecho y, transcurridas algunas semanas, procuraba restablecer el orden lógico que tenían en *The Spectator*, para luego proceder a reconstruir y completar las frases del ensayo original. Este método me valió mucho para la correcta ordenación de mis ideas, al proporcionarme la ocasión de comparar mi trabajo con el original y poder corregir mis fallos. En ocasiones incluso me hacía la ilusión de que había acertado a mejorarlo en algunos detalles de poca importancia, lo que me animaba a esperar que con el tiempo podría ser un buen escritor, cosa que ambicionaba sobremanera.

Dedicaba a estos ejercicios y a leer las horas de la noche, acabado mi trabajo, o las de la madrugada, antes de empezarlo, así como los domingos, en que procuraba refugiarme en la imprenta, evitando en lo posible la asistencia al culto colectivo, al que mi padre me obligaba a ir cuando vivía con él. Aunque seguía pensando que tenía la obligación de asistir a él, me parecía justificado el no ir por falta de tiempo.

Cumplidos los dieciséis años, tuve ocasión de dar con un libro escrito por un tal Tryon, en el que se recomendaba una dieta vegetariana y decidí adoptarla. Mi hermano aún no se había casado y vivía de pensión, en compañía de sus aprendices, con una familia. El que yo me negara a comer carne causaba molestias y ello me valió no pocas críticas. Me familiaricé con algunas recetas del vegetariano

Tryon, las de las patatas y el arroz cocidos, por ejemplo; las de los puddings rápidos y algunas otras, y terminé por decirle a mi hermano que si me daba la mitad de lo que pagaba a la semana por mi pensión, yo viviría por mi cuenta. Aceptó de buen grado y yo me encontré con que podía ahorrar la mitad de lo que me daba y comprar más libros. Aparte de ello, encontré en esto otra ventaja: al irse mi hermano y los demás a comer, yo podía quedarme solo en la imprenta, hacer mi frugal colación (que no consistía sino en una galleta o una rebanada de pan, unas pocas uvas pasas, un pastel y un vaso de agua), y dedicarme al estudio hasta que ellos volvieran. Aquella frugalidad contribuyó a que mis progresos en el saber fueran más rápidos, pues sabido es que la claridad de mente y la prontitud de asimilación intelectual son, por lo general, compañeras de la templanza en comer y beber. Ocurrió, por ejemplo, que alguien me puso en vergüenza por lo poco que yo sabía de cuentas, asignatura en la que, por cierto, me suspendieron dos veces cuando estaba en la escuela, y ante ello, me puse a estudiar la aritmética de Cocker y, sin ayuda de nadie, me la aprendí de cabo a rabo con gran facilidad. Leí también un libro de Seller y Sturny sobre navegación y me familiaricé algo con la geometría sin llegar a profundizar en esta ciencia. Leí también la obra de Locke *On Human Understanding* y *El arte de pensar*, de los filósofos de Port Royal.

Mientras continuaba con mi propósito de mejorar mi lenguaje, encontré un libro de lengua inglesa (creo que era de Greenwood, en el que se insertaban al final dos apéndices con los rudimentos del arte de la lógica y la retórica, el primero de los cuales concluía con un debate siguiendo el método socrático. Poco después leí los Recuerdos memorables de Sócrates, escritos por Jenofonte, donde se recogen numerosos ejemplos de dicho método. Me entusiasmó y decidí adoptarlo. Abandoné mi forma de argumentar obstinada y positivista y llena de seguridades y me transformé en un humilde buscador de la verdad. Tras leer a Shaftessbury y Collins, las dudas que ya tenía acerca de algunos aspectos doctrinales de nuestra religión se extendieron a otros campos y llegué a Ia conclusión de que este mé-

todo era el más seguro para mí y que ponía en graves aprietos a aquellos contra quienes lo utilizaba. Así pues, me complacía en practicarlo de continuo, llegando a adquirir cierta maestría en obligar a gentes incluso de mayor talento que yo, a reconocer y admitir cosas cuyo alcance no sospechaban y a ponerlas en situaciones de las que no les resultaba fácil salir, con lo que me apunté triunfos que ni yo ni mis argumentos merecían siempre. Utilicé este método durante algunos años y lo abandoné después paulatinamente, conservando sólo un cierto hábito de expresarme con frases de modesta timidez, evitando utilizar, si preveía discusión, términos demasiado categóricos tales como «ciertamente» o «indudablemente». Prefería expresarme con frases tales como «pienso o entiendo que tal cosa es así o de tal forma», o «me parece», o «en mi opinión», o «si no me equivoco». Tal costumbre, pienso, me ha ayudado mucho a inculcar a los demás mis propias opiniones o a persuadirlos a que adoptaran ideas o actitudes que en ocasiones me he dedicado a propagar.

Y puesto que los objetivos de la conversación consisten al fin y al cabo en informar o ser informado, en agradar o en persuadir, creo que los hombres sensatos y de recto juicio no deben mermar su capacidad de hacer el bien, adoptando una postura dogmática que suele disgustar a los interlocutores, crear oposición y contrariar los fines aludidos del don de la palabra. De hecho, si se trata de instruir a los demás, toda forma apriorística o contundente de manifestar lo que sentimos puede provocar oposición y poner en guardia a los demás contra nosotros. Si uno busca aprender y perfeccionarse con los conocimientos de los demás, es importante no aparecer uno mismo como anclado en prejuicios. Los hombres sensatos y modestos que no son partidarios de discutir no se sentirán animados a sacarnos de nuestros errores. Con esta disposición dogmática, rara vez se contenta al auditorio y menos aún se le persuade de que nos enseñe lo que sabe. Pope observa con acierto:

Los hombres deben ser enseñados sin notarlo
e instruirles en lo que ignoran como si
se tratara de cosas que han olvidado.

Pope recomienda asimismo:

Hablar, por muy seguro que se esté, con humildad.

Y podía haber completado esta frase con otra que utiliza, creo que con menos propiedad, en otro contexto:

«Pues la falta de modestia es falta de sentido».

Si me pregunta por qué lo de la menor propiedad, les diré que los versos eran:

«Las palabras inmodestas no admiten defensa, pues la falta de modestia es falta de sentido».

Pues bien: ¿no es la «falta de sentido» (si alguno es tan desafortunado de no poseerlo) cierta apología de su falta de modestia? Por ello pienso que la expresión correcta debería ser:

«Las palabras inmodestas sólo pueden disculparse teniendo en cuenta que la falta de inmodestia no es sino falta de sentido».

Pero dejemos esto para gente más sabia que yo.

Mi hermano comenzó en el 1720 ó 21 a imprimir un periódico. Era el segundo que aparecía en América y se llamaba *The New England Courant*. Antes se había imprimido el *Boston Newsletter*. Recuerdo cómo trataron de disuadirle algunos de sus amigos diciéndole que para América bastaba con un periódico. ¡Y pensar que ahora, en 1771, existen más de veinticinco! El persistió en el empeño y me empleó para que lo repartiera después de concluir la tarea de componerlo e imprimirlo. Contaba con amigos con ingenio que colaboraban con artículos y crónicas en aquel periódico que fue ganando prestigio y distribución. Aquéllos nos visitaban con frecuencia, y oyendo sus conversaciones acerca del éxito que obtenían sus artículos, me entraron grandes deseos de probar fortuna como periodista, pero como era todavía un muchacho y sospechaba que mi hermano no pasaría por publicar nada mío en su periódico si sabía que lo había escrito yo, decidí escribir en plan anónimo, desfigurando mi letra y metiendo el texto bajo la puerta del taller. Cuando lo encontró por la mañana lo comentó con sus amigos, y tuve la satisfacción de oír que les gustaba y de ver cómo lo atribuían a personas de

reconocido talento. Ahora pienso que quizá lo único que me sucedió es que tuve suerte con mis jueces y que, a lo peor, no eran tan prominentes como yo pensaba. Animado por la prueba, no obstante, proseguí en mi intento, escribiendo otros textos que entregué del mismo modo, recibiendo nuevas críticas favorables y manteniendo el secreto hasta que mi escaso saber del oficio se agotó. Lo revelé todo cuando me di cuenta de que los amigos de mi hermano empezaban a tenerme en mayor estima. Con todo y con eso, la cosa no agradó del todo a mi hermano porque pensaba que contribuiría a hacerme demasiado vanidoso.

Quizá en esto residió la causa de las diferencias que surgieron entre nosotros por entonces. A pesar de ser hermanos, él se consideraba sobre todo el amo; y yo era el aprendiz, y quería que yo le prestase los mismos servicios que cualquier otro aprendiz que no estuviese ligado a él por lazos de familia. Pienso que en ocasiones me humilló mucho con cosas que yo no esperaba de un hermano. A menudo nuestro padre tenía que intervenir para arreglar nuestras diferencias, y sospecho que, por lo general, o yo tenía razón o superaba a mi hermano en la manera de defender mi causa, ya que, de ordinario, nuestro padre me daba la razón. Pero mi hermano era apasionado y a menudo llegaba a pegarme, cosa que yo llevaba francamente mal. Imagino que la aspereza y tiranía que caracterizaba su trato sirvieron para imbuirme de la aversión que he sentido toda mi vida por el poder arbitrario. Pensando en que mi aprendizaje empezaba a hacerse pesado, no dejaba de explorar cualquier oportunidad de abreviarlo, cosa que sucedió de la forma más inesperada.

En uno de los artículos políticos en nuestro periódico a propósito de algún tema público que fue olvidado, se ofendía a la Cámara Baja. Mi hermano fue detenido, recriminado y encarcelado durante un mes por orden del presidente de la Cámara, probablemente porque no quiso revelar el autor del artículo. A mí me detuvieron también y me tomaron declaración ante el consejo. Mis respuestas no satisficieron al tribunal, pero éste se contentó con reprenderme dejándome en libertad, tal vez por considerar que mi obligación como

aprendiz era no revelar los secretos de mi maestro. Durante el encarcelamiento de mi hermano, que a pesar de nuestras desavenencias sentí de veras, me hice cargo de la dirección del periódico y tuve el atrevimiento de criticar duramente a nuestros gobernantes. A mi hermano le pareció muy bien, pero a otros les empecé a parecer un joven genio con un gran talento libelista y satírico. La absolución de mi hermano fue acompañada de una resolución de la Cámara (bastante extraña, por cierto), según la cual «James Franklin no debía volver a editar el periódico titulado *New England Courant*». Tuvimos una reunión en nuestro taller con nuestras amistades y algunos propusieron eludir esta prohibición cambiando de nombre al periódico, pero mi hermano veía inconvenientes en ello, por lo que se decidió que lo mejor sería que en el futuro apareciera como director Benjamin Franklin; y para evitar que la Cámara legislativa tomara medidas contra él por considerar que iba a seguir publicando el periódico utilizando el nombre de su aprendiz, mi hermano se decidió a que mi contrato de aprendizaje me fuera devuelto con una dotación al dorso en la que se diera por terminado, por si había que presentarlo a la justicia. Para que mi hermano siguiera contando con mis servicios, yo tendría que firmar otros compromisos con él por el tiempo pendiente, en documento privado. A pesar de lo endeble del plan, se llevó adelante, con lo que durante algunos meses figuré como director del periódico. Pero surgieron nuevas diferencias entre mi hermano y yo, por lo que decidí independizarme, en la creencia de que nunca se atrevería a hacer valer sus documentos privados. Aunque reconozco que no estuvo bien por mi parte, me pareció disculpable ante la frecuencia con que mi hermano me maltrataba y golpeaba, a pesar de no ser hombre de mal fondo y de que, quizá, todo fuera culpa de mi carácter provocador y descarado.

Cuando se enteró de que le dejaba, se cuidó de que no pudiera encontrar empleo en otra imprenta de la ciudad, contándoles a todos los propietarios lo que había pasado, gestión que surtió los efectos apetecidos. Fue entonces cuando pensé en irme a Nueva York, que era el sitio más cercano donde existían entonces imprentas.

Además, quería dejar Boston porque me había hecho odioso al partido que estaba en el gobierno y porque los procedimientos arbitrarios que la Asamblea había seguido en el asunto de mi hermano me auguraban nuevos problemas. Por otra parte, a causa de mis imprudentes polémicas religiosas, la gente de buenas costumbres empezaba a señalarme con el dedo, horrorizada, porque me consideraba una especie de ateo o infiel. Me decidí a dar el paso, pero mi padre estaba entonces de parte de mi hermano y yo me di cuenta de que si trataba de marcharme abiertamente, me lo impedirían. Fue mi amigo Collins quien dispuso toda mi escapada. Habló con el capitán de una balandra que zarpaba para Nueva York; arregló mi pasaje presentándome como un joven conocido suyo que tenía un asunto galante con una joven poco recomendable cuyos padres pretendían casarle, por lo que yo no podía hacer pública mi personalidad. Vendí algunos de mis libros para reunir un poco de dinero embarqué discretamente. Salí del puerto con viento favorable y llegué a Nueva York a los tres días. Allí me encontré a trescientas millas de mi hogar con diecisiete años, sin la más mínima recomendación o conocimiento de persona o sitio alguno y con escaso dinero en mi bolsillo.

Si mi inclinación natural por el mar no se hubiera desvanecido por entonces, la experiencia habría sido de lo más agradable. Pero orientado hacia otra profesión y considerándome un buen trabajador, decidí presentarme al impresor del lugar, el viejo Mr. Wm. Bradford (que antes había sido el primer impresor de Pennsylvania, de donde había tenido que irse debido a ciertas disputas con el gobernador Geo. Keith). No pudo darme trabajo porque no tenía muchos encargos ni necesidad de operarios. No obstante, dijo: «Mi hijo que está en Filadelfia se ha quedado sin su principal ayudante, Aquila Rose, por fallecimiento; así que si va usted allí, quizás pueda emplearse con él».

Filadelfia está a cien millas de distancia. Embarqué con rumbo a Amboy, dejando mi equipaje para que me fuera enviado por barco después. Crucé la bahía bajo una tormenta que hizo pedazos el velamen y a punto estuvo de mandamos a pique lanzándonos contra

Long Island. En la travesía, un holandés borracho que iba en el pasaje cayó al mar y cuando estaba a punto de ahogarse pude agarrarle por las melenas salvándole de la muerte. El chapuzón le serenó un poco y se fue a dormir, no sin antes darme un libro que llevaba en el bolsillo para que se lo secase. El libro resultó ser uno de mis favoritos, el *Pilgrim's Progress* de Bunyan, en una hermosa encuadernación con cantos de metal y en lengua holandesa, de lo mejor que yo había visto. Después he sabido que esta obra estaba traducida a casi todos los idiomas de Europa y que con excepción, quizás, de la Biblia era la más leída. El honrado John, que yo sepa, es el primero que mezcla lo narrativo con el diálogo con un método literario de lo más sugestivo para el lector, que a veces se siente incluido en la acción y conservando con los personajes. Defoe lo imitó con éxito en su *Robinson Crusoe*, en *Moll Flanders* y alguna otra de sus obras, y Richardson hizo otro tanto en su *Pamela* y otros libros.

Al acercamos a la isla vi que había un lugar donde no se podía desembarcar a causa de la rompiente y de lo pedregoso de la playa. Se echó el ancla y se tendió un cable a tierra. Se acercó gente de la costa que nos saludó. El viento, sin embargo, soplaba con tal violencia y la marea era tan fuerte que no podíamos entender lo que nos decían. Algunas personas se acercaron a la orilla del agua y nos acogieron con saludos, a los que correspondimos con los nuestros, pero el ruido de la rompiente y del viento nos impedía oírnos. En la costa había varias canoas y les hicimos señas de que se acercaran a recogernos. O no nos comprendieron o pensaron que no les era posible, porque al poco tiempo se marcharon. Se estaba haciendo de noche y no quedaba más remedio que esperar con paciencia a que amainara el viento. El patrón y yo decidimos irnos a dormir si podíamos, retirándonos bajo cubierta para tendernos amontonados junto al holandés, que aún estaba mojado. El agua salpicaba la cubierta y goteaba sobre nosotros, con lo que acabamos todos casi tan empapados como él. Así transcurrió la noche sin que pudiéramos apenas descansar. Al día siguiente cesó el viento y nos las arreglamos para llegar a Amboy antes de anochecer. Llevábamos embarca-

dos treinta horas sin alimentos y sin más bebida que una botella de ron infecto, ya que el agua por el que navegábamos era salada.

Al anochecer me encontraba febril y me acosté. Había leído en algún sitio que el agua fría era buena en estos casos, por lo que bebí en abundancia. Sudé mucho durante toda la noche y remitió mi fiebre. Por la mañana crucé con la barca que hacía el trasbordo y seguí mi viaje a pie, recorriendo cincuenta millas hasta llegar a Burlington, donde me habían dicho que encontraría un barco que me llevaría hasta Filadelfia.

Llovió copiosamente todo el día. Estaba empapado hasta los huesos y al mediodía me sentía bastante cansado. Me detuve en una mísera posada del camino y allí pasé la noche mientras empezaba a deplorar haberme marchado de casa. Tenía un aspecto tan lastimoso, que por las cosas que me preguntaban deduje que me tomaban por algún criado que andaba huido, llegando a temer que me denunciaran. No obstante, reanudé mi camino al día siguiente y por la tarde llegué a otra posada a unas ocho o diez millas de Burlington, regentada por un tal doctor Brown.

Entró en conversación conmigo mientras yo tomaba un refrigerio y al apercibirse de que yo había leído algo, se mostró más amable y sociable. Hicimos una amistad que perduró después toda la vida. Pienso que había sido médico ambulante porque no había ciudad inglesa o de otro país europeo de la que no fuese capaz de dar pelos y señales. Era hombre algo instruido y tenía ingenio, pero era un impío que había tenido la humorada de poner la Biblia en coplas de ciego, como hiciera Cotton con Virgilio. De esta manera aparecían algunos de los pasajes bíblicos con un aire tan ridículo, que de haberse publicado, que no lo fueron, podrían haber escandalizado a algunas mentes. Pasé la noche en su casa y a la mañana siguiente llegué a Burlington, si bien hube de pasar nuevas penalidades al encontrarme con que los barcos de servicio regular habían salido ya y que no había ninguno más hasta el martes (aquel día era sábado). Me dirigí, por tanto, a una vieja que me acababa de vender pan de jengibre y le pedí consejo. Ella se prestó a alojarme en su casa hasta que

pudiera proseguir mi viaje. Cansado como me encontraba de tan largo viaje a pie acepté su invitación. Al enterarse de que era impresor expresó sus deseos de que permaneciera en el pueblo y ejerciera mi oficio, ignorando sin duda lo costoso del equipo y los gastos que ello entrañaba. Se mostró muy acogedora; me dio de cenar morro de buey y me dispensó todo género de amabilidades, aceptando a cambio una jarra de cerveza. Y allí esperé dispuesto a que llegara el martes. Pero sucedió que en uno de mis paseos por la orilla del río vi que llegaba una embarcación que, según averigüé, se dirigía a Filadelfia con algunos pasajeros. Me aceptaron a bordo y como no había viento tuvimos que remar todo el camino. Hacia medianoche todavía no habíamos avistado la ciudad, por lo que algunos creyeron que la habíamos dejado atrás y que no debíamos remar más. Los demás no sabían dónde nos encontrábamos, por lo que pusimos proa a la costa, yendo a parar a una ensenada y desembarcando junto a una vieja empalizada, con cuyos maderos hicimos una fogata para defendernos del frío de aquella noche de octubre hasta que llegara el día. Uno del grupo reconoció el lugar como «la ensenada de Cooper», situado un poco al norte de Filadelfia, que, efectivamente, pudimos ver al salir de la ensenada. Llegamos a la ciudad entre las ocho y las nueve de la mañana del domingo, desembarcando en el muelle de Market Street.

Me he extendido con detalles al describir este episodio y seguiré haciéndolo al hablar de mi primera aparición en la ciudad, con el propósito de que puedas comparar estos principios con el papel que luego llegué a tener en Filadelfia. Iba vestido con mi ropa de trabajo, ya que mis trajes mejores habían quedado en mi baúl en Nueva York y me iban a ser enviados por barco. Estaba sucio del viaje y mis bolsillos rebosantes de camisas y medias sucias. Allí no conocía ni a un alma ni tenía idea de dónde alojarme. Estaba agotado de tanto andar, remar y no dormir, me encontraba hambriento y no tenía más fortuna que un dólar holandés y un chelín de cobre que tuve que dar al barquero por el pasaje y que él rechazó al principio, argumentando que yo también había tenido que remar.

A veces cuando no se tiene dinero se es más generoso que cuando nos sobra, tal vez para que no se den cuenta de que no lo tenemos. Caminé calle arriba atisbando los alrededores de Market Street y allí encontré a un muchacho con pan. El pan había sido ya mi único alimento en otras ocasiones, y le pregunté dónde podía comprar. Siguiendo sus indicaciones, me encaminé a la panadería que me dijo y pedí un bollo de los que compraba en Boston. Pero en Filadelfia no los hacían; pedí entonces un pan de tres peniques y me contestaron que no tenían. Al no estar enterado de los precios, o las denominaciones de las diferentes clases de pan, opté por darle al panadero tres peniques para que me los diera de lo que quisiera, y para mi gran sorpresa me entregó tres hermosas barras de pan. A pesar de la cantidad, las cogí, y no teniendo sitio en los bolsillos, me dispuse a comerme una de ellas mientras sostenía las otras dos, una bajo cada brazo. Así fui subiendo Market Street hasta llegar a Foutrh Street, pasando ante la casa de Mr. Read, que andando el tiempo sería mi suegro. Allí estaba mi futura esposa mirando desde la puerta mi grotesco aspecto. Luego bajé por Chestnut Street y parte de Walnut Street, siempre comiendo mis panes; di una vuelta y terminé de nuevo en el muelle de Market Street, cerca del barco en el que había llegado, al cual me dirigí para echar un trago de agua en el río. Como me había llenado con una de las barras de pan, le di las otras dos a una mujer con un niño que también había llegado por barco con nosotros y que estaba esperando para continuar viaje. Una vez refrescado, remonté de nuevo la calle donde se veía ya más gente y mejor vestida y que se encaminaba hacia el mismo sitio. Decidí seguir la corriente y terminé en un local donde se celebraba una reunión de cuáqueros junto al mercado. Me senté entre ellos y tras echar un vistazo a mi alrededor, como nadie decía nada interesante y yo estaba amodorrado del cansancio, me quedé dormido hasta que acabó la asamblea y alguien tuvo la amabilidad de despertarme. Esa fue la primera vez que dormí bajo techado en Filadelfia.

Luego volví a bajar hacia el río mirando a los viandantes y me crucé con un joven cuáquero cuyo aspecto me agradó. Le abordé y

le pregunté dónde podría alojarse un forastero, y como estábamos cerca de una posada con el letrero de «Los tres marineros», me dijo: «Aquí dan alojamiento a forasteros, aunque no es un sitio muy recomendable; si quiere le acompaño hasta otro mejor». Así me llevó hasta el «Crooked Billet», en Water Street, donde comí. Mientras comía me hicieron un conjunto de preguntas aviesas, sin duda por mi aspecto, que era el de un joven que se había fugado de casa. Al terminar de comer me sentí somnoliento y cuando me indicaron mi cama me quedé dormido sin desnudarme siquiera, despertándome a las seis de la tarde, en que me avisaron para cenar. Me vestí y aseé lo mejor posible y me dirigí a visitar a Andrew Bradford, el de la imprenta. En su almacén encontré a su anciano padre, al que había conocido en Nueva York y que había viajado desde allí a caballo, llegando antes que yo. Me presentó a su hijo, que me acogió con cortesía y me dio de comer, pero me dijo que de momento no necesitaba ayuda, pues había contratado a un operario hacía poco. Había, sin embargo, otro impresor en la ciudad recién establecido, cuyo nombre era Keimer, y me indicó que tal vez necesitara a alguien. En caso negativo, dijo, podía volver a alojarme en su casa y me daría algún trabajillo eventual hasta que surgiera otro mejor.

El anciano se prestó a acompañarme a visitar al nuevo impresor y al llegar le dijo: «vecino, he aquí un joven de su profesión que quizá le convenga». Me hizo una serie de preguntas, me dio una caja de componer para ver cómo me desenvolvía y me comunicó que podría darme empleo en breve, aunque de momento no le fuera posible. Creyendo que el viejo Bradford al que era la primera vez que veía le miraba con buenos ojos, se enfrascó en una conversación con él acerca de sus planes profesionales. Bradford, sin revelar que era el padre del otro impresor, al decir Keimer que tenía el propósito de hacerse con la mayor parte del negocio de imprenta del lugar, le fue sacando con arteras preguntas quién le apoyaba, cuáles eran sus planes y cómo pensaba ponerlos en práctica. Yo escuchaba callado, pero me di cuenta de que uno de ellos era un intrigante, que estaba cerca de lo más taimado y el otro un infeliz total. Bradford me dejó

con Keimer, que se mostró extremadamente sorprendido cuando le revelé la personalidad del viejo.

La imprenta de Keimer, según pude ver, consistía en una vieja y destartalada prensa y en un pequeño y desgastado cajetín de tipos ingleses que en aquel momento estaba utilizando en componer una elegía a Aquila Rose, ingenioso joven al que ya me he referido, que era una figura simpática y querida en la ciudad y a la vez Secretario de la asamblea, aparte de aceptable poeta. Keimer también hacía versos pero bastante malos. No podía decirse que los escribiera porque los iba componiendo con los tipos según se le ocurría, y como no tenía copia y la elegía necesitaba todos los tipos, nadie podía ayudarle. Yo me esforcé por reparar su prensa (que aún no había sido utilizada y que además él no conocía muy bien), y le prometí que volvería para imprimir su elegía tan pronto como la terminase. Volví a casa de Bradford, que me hizo algunos encargos y me alojó y me alimentó. Días después me mandó aviso Keimer para que le imprimiera su elegía. Entonces ya disponía de otro par de cajas y tenía un prospecto para reimprimir en el que me encargó trabajar.

Ambos impresores me parecieron de lo menos calificados profesionalmente. Bradford era bastante analfabeto y no había recibido la adecuada preparación, y Keimer, aunque tenía estudios, era sólo un cajista y no sabía nada de prensas. Pertenecía a la secta de los «profetas franceses» y participaba en sus reuniones. Entonces no tenía creencias religiosas especiales, y según pude descubrir después, era bastante ignorante y al propio tiempo bastante chapucero al componer. No le gustó que me alojara con Bradford estando a su servicio. Poseía una casa, pero no estaba amueblada, por lo que no podía darme alojamiento. Sin embargo, me lo encontró en casa de Mr. Read, a quien ya he mencionado, y que era el propietario de su casa. Como para entonces ya había llegado el baúl con mis cosas me presenté ante la señorita Read con mejor aspecto que cuando me vio por primera vez comiendo la barra de pan por las calles.

Empecé a tener conocidos entre los jóvenes de la ciudad amantes de la lectura, con los que pasaba las noches agradablemente ahorran-

do dinero, dado mi natural sobrio e industrioso. Vivía feliz, procurando olvidarme lo más posible de Boston, sin ninguna gana de que nadie supiera dónde paraba, excepto mi amigo Collins, que estaba en el secreto y con el que me escribía. Pero sucedió algo que me obligó a regresar antes de lo que me proponía.

Yo tenía un cuñado llamado Robert Holmes, capitán de una goleta, que transportaba mercancías de Boston a Delaware y viceversa. Estando en New Castle, a cuarenta millas de Filadelfia, supo de mí y me envió una carta donde me hablaba de la preocupación de mis familiares y amigos de Boston por mi brusca desaparición; hablaba de su buena voluntad hacia mí y de que todo se haría conforme mi deseo si volvía, a lo que me animaba con el mayor encarecimiento. Le contesté agradeciendo sus deseos, pero especificando mis razones para salir de Boston con tanta brillantez, que quedó convencido de que no había obrado tan mal como él había creído.

Sir William Keith, gobernador de la provincia, estaba entonces en New Castle, y el capitán Holmes, que casualmente estaba con él al recibir mi carta, le habló de mí y le enseñó la misiva. La leyó el gobernador y pareció sorprenderse al saber mi edad. Dijo que parecía un joven bien dotado y que merecía que me ayudasen. Los impresores de Filadelfia eran bastante ruines y, en su opinión, si yo me establecía allí lograría prosperar. Por su parte estaba dispuesto a darme trabajo y ayudarme en lo que pudiese. Todo esto lo supe después por mi cuñado en Boston, pero no entonces. Cierto día, estando trabajando junto a la ventana, Keimer y yo vimos al gobernador y a otro caballero (que resultó ser el coronel French, de New Castle), muy atildados, que cruzaban juntos la calle dirigiéndose hacia nuestra imprenta. Se les oyó en la puerta y Keimer bajó deprisa pensando que era a él a quien iban a visitar. El gobernador preguntó por mí, subió las escaleras y con una educación y deferencia a las que yo no estaba acostumbrado, me llenó de cumplidos y mostró sus deseos de conocerme, regañándome amablemente por no haber hecho nada por verle al principio de llegar. Después me instó a ir con él y el coronel a una taberna cercana a tomar un trago de exce-

lente vino de Madeira, ante el asombro de Keimer y el mío. Accedí a la invitación y nos dirigimos a la esquina de la Calle Tres (Third Street) y ante un vaso de Madeira me propuso que me estableciera como impresor. Habló de las posibilidades de éxito, y tanto él como el coronel French me aseguraron que podía contar con su influencia para obtener trabajo del gobierno. Al hablarme de mis dudas cerca del apoyo que pudiera recibir de mi padre, Sir William dijo que me daría una carta para él, exponiendo las ventajas de la opción y disipando cualquier duda sobre su apoyo. En ese entendimiento se decidió mi regreso a Boston en el primer buque, provisto de la carta del gobernador. Entretanto este plan habría de guardarse en secreto, por lo que seguí trabajando para Keimer como si tal cosa. De vez en cuando el gobernador me invitaba a cenar, cosa que me honraba, sobre todo por el tono afable y la familiaridad con que me dispensaba su trato.

Hacia finales de abril de 1724 salió un barco para Boston y me despedí de Keimer diciendo que iba a visitar a unas amistades. El gobernador me dio una extensa carta, poniéndome por las nubes, dirigida a padre y recomendando muy insistentemente que me dejara establecerme en Filadelfia porque ello sería mi fortuna. Al salir de la bahía tocamos un bajo y se abrió una vía de agua, con lo que tuvimos una travesía horrible, pasándonos el viaje dándole a las bombas. Llegamos, no obstante, sin novedad a Boston en quince días aproximadamente. Como había estado ausente siete meses y mis amigos no sabían nada de mí al no haber regresado todavía mi cuñado, que no había dado tampoco noticias mías, mi reaparición inesperada causó sorpresa a la familia. Se alegraron, desde luego, de volverme a ver y me hicieron un gran recibimiento, excepción hecha de mi hermano. Fui a visitarle a la imprenta y me presenté mejor vestido de lo que solía cuando estaba a su servicio. Con un terno nuevo muy elegante, con reloj y con casi cinco libras esterlinas en plata en los bolsillos. No me acogió nada bien; me miró de arriba abajo y se reintegró a su trabajo. Los oficiales de la imprenta mostraron una gran curiosidad por mis andanzas y por el lugar donde

había estado. Hice muchas alabanzas de él y de mi existencia feliz allí, y manifesté mi decidida intención de regresar. Al preguntarme uno de ellos sobre la clase de moneda utilizada en aquel lugar, saqué un puñado de monedas de plata, cosa que les extrañó por no estar acostumbrados a ver más que billetes, que era lo normal en Boston. Les enseñé mi reloj y finalmente les di una moneda de ocho peniques para que echaran un trago a mi salud y me despedí, siempre ante la actitud hosca de mi hermano, al parecer muy ofendido por mi visita. Cuando mi madre le pidió, poco después, que nos reconciliáramos porque deseaba volvernos a ver en buenas relaciones y ayudándonos como hermanos, él dijo que yo le había insultado ante sus empleados, cosa en la que estaba equivocado, y que jamás podría olvidarlo.

Mi padre recibió con sorpresa la carta del gobernador, aunque nada me dijo de ella durante algunos días. El capitán Homes regresó y mi padre le enseñó la carta, al tiempo que le preguntaba si conocía a Keith y qué clase de persona era, toda vez que no le parecía muy sensato por su parte animar a establecerse a un muchacho al que aún le faltaban tres años para llegar ala mayoría de edad. Por su parte, Homes se mostró favorable a la idea. Mi padre, en cambio, se opuso totalmente a ella, negándose en absoluto a dar su aprobación. Escribió una carta muy atenta a Sir William agradeciéndole el interés y el apoyo que me había prestado, pero expresando su decisión de no ayudarme a establecerme, por encontrar que yo era demasiado joven para emprender un negocio tan importante, que exigiría además abundantes gastos.

Mi antiguo camarada Collins, que era empleado de correos, escuchó complacido lo que le conté de mi nuevo lugar de residencia y mostró deseos de trasladarse allí también. Mientras yo esperaba la decisión de mi padre, Collins partió por tierra hacia Rhode Island antes que yo, dejando su hermosa colección de libros de matemáticas y filosofía para que fueran enviados con los míos a Nueva York, donde esperaría mi llegada.

Mi padre, si bien se opuso a la propuesta de Sir William, no ocultó su satisfacción por los elogios que hacía de mí en su carta una persona que era tan importante en el lugar en que yo había residido y por la diligencia y prudencia con que yo habría vivido para equiparme tan bien en tan poco tiempo. Por consiguiente, al no vislumbrar ninguna posibilidad de que mi hermano y yo nos arregláramos, dio su consentimiento para que volviera a Filadelfia, aconsejándome que me condujese con toda corrección con las personas que tratase allí, que intentase granjearme la estima de todos, evitando complicarme la vida con sátiras y libelos a los que tan inclinado me creía, y diciéndome que con constancia y prudente frugalidad podría ahorrar lo suficiente para establecerme cuando tuviera veintiún años y que si me faltaba algo entonces para hacerlo, él me ayudaría con el resto. Esto es todo lo que obtuve de él, además de algunos pequeños obsequios que en prueba de afecto y cariño él y mi madre me dieron. Embarqué de nuevo para Nueva York, esta vez con su consentimiento y bendiciones. En Newport, Rhode Island, donde se detuvo la goleta, vi a mi hermano John, que se había casado y llevaba varios años establecido allí. Me recibió con cariño, pues siempre me había querido. Un amigo suyo llamado Vernon, al que le debían algún dinero en Pennsylvania unas treinta y cinco libras aproximadamente me encargó que las cobrara y las guardara hasta que él me dijese en qué tenía que emplearlas. Me dio al efecto una autorización por escrito. Este encargo me causaría más tarde una serie de preocupaciones.

En Newport subieron a bordo bastantes pasajeros, entre los que figuraban dos jovencitas que viajaban juntas y una matrona de aire serio y como de cuáquera acompañada de sus criadas. Yo me mostré cortés y obsequioso con ella, teniendo detalles que al parecer la dispusieron favorablemente hacia mí. Al ver, en efecto, cómo iba cobrando mayor amistad con las dos jóvenes que no parecían desdeñarme, procuró verme a solas y me dijo: «oye, joven, quiero protegerte porque veo que no tienes amigos y no pareces saber mucho del mundo y de sus acechanzas; esas jóvenes no te convienen y no

es difícil advertirlo por cómo se comportan, y si no tienes cuidado pueden acarrearte peligros; no las conoces, y por tu bien te prevengo de que no entables amistad con ellas». Como al principio yo no estaba muy de acuerdo con semejante juicio, insistió hablándome de cosas que había oído y de algunos detalles que había observado en ellas y que a mí me habían pasado desapercibidos y acabó convenciéndome de que llevaba razón. Le agradecí su amable consejo, prometiendo seguirlo. Cuando llegamos a Nueva York, ellas me dieron su dirección para que fuera a visitarlas, pero yo no lo hice, en lo que estuve muy acertado, ya que al día siguiente el capitán echó de menos una cuchara de plata y otros objetos que faltaron en su camarote, y conocedor de que las damiselas eran un par de rameras, obtuvo una orden judicial de registro de sus casas, donde se encontró lo robado, y además sufrieron el castigo consiguiente por su hurto. Yo pensé que haber escapado de las posibles complicaciones de este hecho había representado mayor suerte que no haber chocado con una roca que nos rozó la quilla durante la travesía.

En Nueva York me reuní con mi amigo Collins, que había llegado antes. Teníamos una amistad íntima desde pequeños y habíamos leído los mismos libros juntos, aunque él tenía sobre mí la ventaja de disponer de más tiempo libre para leer y estudiar y, además, de estar bien dotado para las matemáticas, en las que me había aventajado mucho. Durante la vida en Boston, la mayor parte de mi tiempo de asueto lo gastaba en charlas con él. Siempre había sido un chico sobrio y trabajador, al que respetaban por su saber tanto los caballeros como los clérigos que le trataban y que prometía ser en la vida un hombre de futuro. Pero durante mi ausencia había adquirido la costumbre de darse al brandy, y por lo que él y otros me dijeron, desde que había llegado se había emborrachado todos los días haciendo las cosas más extravagantes. También había frecuentado el juego y perdido el dinero que tenía, por lo que me vi obligado a pagar su alojamiento y los gastos del viaje a Filadelfia y a mantenerle allí, cosa que me resultó bastante onerosa. El entonces gobernador de Nueva York, Bornet, que era hijo del obispo del mismo nombre,

al enterarse por el capitán de que un joven pasajero contaba con una buena colección de libros, dio muestras de desear conocerme. Esperé que me invitase y con gusto hubiera llevado conmigo a Collins, de no haber estado bebido. Me recibió con gran cortesía. Me mostró su biblioteca, que era magnífica, y charlamos largo y tendido sobre libros y autores. Era la segunda vez que un gobernador me dispensaba el honor de invitarme, lo que para un pobre muchacho como yo resultaba de lo más halagador.

Seguimos viaje a Filadelfia y gracias a que entretanto recuperé el dinero que le debían a Vernon, pude pagar los gastos. Collins quería colocarse en una oficina, pero al apercibirse de su aliento y ver su forma de conducirse, le rechazaban, a pesar de las recomendaciones que llevaba, por lo que continuó alojado y viviendo conmigo a mi costa. Sabiendo que yo tenía el dinero de Vernon, no cesaba de pedirme préstamos prometiendo siempre devolvérmelos tan pronto corno ganase algo. Le había prestado ya tanto que no veía fácil devolver toda la cantidad a Vernon si me la reclamaba. Collins seguía bebiendo y dando con ello ocasión a que disputáramos, pues cuando estaba un poco borracho le daba por ponerse malhumorado y quisquilloso. En cierta ocasión en que navegábamos por el río Delaware con otros muchachos, se negó a remar cuando le tocaba.

«Vosotros remaréis por mí a la vuelta», dijo, a lo que yo le respondí que no pensábamos hacerlo. Insistió él diciendo que si no, estaba dispuesto a que nos pasáramos la noche embarcados. Los demás dijeron que ellos remarían y que les daba igual. Pero yo estaba cansado de su comportamiento y manifesté que no remaría por él. Entonces Collins empezó a jurar y a decir que me haría remar por él o que, si no, me arrojaría por la borda, abalanzándose contra mí a grandes zancadas sobre los bancos de la embarcación y lanzándome un golpe. Yo le golpee a mi vez y le lancé de cabeza al río. Sabía que nadaba bien, por lo que no me preocupó la cosa, pero antes de que pudiera dar la vuelta y agarrarse al bote, dimos unas remadas para alejarnos de él, y cada vez que se acercaba le preguntábamos si estaba dispuesto a remar, a lo que siempre contestaba que no, y noso-

tros volvíamos a alejarnos, pero al darnos cuenta de que estaba agotándose, lo izamos a bordo finalmente y empapado y chorreando lo llevamos a casa, cuando ya era casi de noche. Después de este episodio apenas cruzamos una palabra de cortesía. Al cabo del tiempo un capitán de barco de la línea de las Indias Occidentales que andaba buscando un preceptor para los hijos de cierto caballero que vivía en Barbados, trabó conocimiento con él y le propuso que aceptase el empleo. Así lo hizo y se fue prometiendo devolverme lo que me debía con lo primero que ganase, cosa que no sucedió, pues nunca volví a saber de él.

El abuso de confianza con un dinero que no me pertenecía fue uno de los primeros grandes errores mi vida y vino a demostrarme que, después de todo, mi padre no andaba descaminado al suponer que tenía poca edad para administrar y dirigir un negocio importante. Sir William, al leer la carta de mi padre, dijo que era demasiado prudente, que la discreción y el buen juicio no eran cosas que sólo daba la edad, que la juventud no siempre carecía de ellas, y que variaban mucho según las personas, añadiendo que si mi padre no me ayudaba a establecerme, lo haría él. Me pidió que le facilitara una lista de lo que necesitaba que me enviasen de Inglaterra, para hacer que lo trajeran, añadiendo que le pagase cuando buenamente pudiera, porque estaba decidido a contar en su ciudad con un buen impresor y estaba seguro de que yo iba a serlo. Me lo dijo en un tono aparentemente cordial, de modo que en ningún momento dudé de su veracidad. Hasta aquel momento yo había guardado en secreto el proyecto de establecerme en Filadelfia, lo que impidió que algún amigo que le conociera mejor pudiera haberme advertido de lo fácilmente que hacía promesas y de lo poco que luego se ocupaba de cumplirlas, cosa de la que me enteré después. Pero como me ofrecía favores sin que se lo pidiera, ¿cómo iba a dudar de que sus ofrecimientos eran sinceros? Para mí era uno de los hombres más buenos del mundo.

Le di la lista que me pidió con el equipo que necesitaría para una pequeña imprenta y cuyo costo ascendería, según mis cálculos, a

unas 100 libras esterlinas. Le pareció bien, pero me preguntó si no sería más conveniente que yo fuera a Inglaterra para encargar el material y revisarlo personalmente allí. De esa forma, sugirió, tendrías la oportunidad de hacer conocimientos y establecer relaciones con libreros y papeleros de allí que podrían resultar interesantes. Contesté que estaba de acuerdo. Entonces, dijo, disponte a partir en el *Annis*, que es el único que va anualmente a Londres desde Filadelfia. Como faltaban meses para ello, continué trabajando con Keimer, siempre atormentado por el dinero que había prestado a Collins y que de un momento a otro podría reclamarme Vernon, lo que afortunadamente no fue verdad, ya que tardó años en pedírmelo.

Creo que se me ha olvidado relatar que durante mi primer viaje de Boston a Filadelfia, durante una calma frente a Block Island, la tripulación se dedicó a la pesca del bacalao, capturando bastantes. Hasta aquel momento yo había mantenido mi resolución de no tomar ningún alimento animal. También en aquella ocasión pensé, de acuerdo con las enseñanzas de mi maestro Tryon, que tomar pescado era algo así como un crimen, ya que los peces nada nos habían hecho ni nos harían que justificara aquella matanza. Aunque la cosa parecía razonable, lo cierto es que con anterioridad a mí me encantaba el pescado, y los que allí pescaron salían de la sartén con un olor que estimulaba el apetito. Sopesé mis inclinaciones y mis principios, y al ver que de los estómagos de los bacalaos salían otros pececillos, encontré la fórmula salvadora y la justificación para, a mi vez, convertirme en devorador de pescado. Actitud que he mantenido, excepto en ciertos períodos en los que volvía a mi dieta estrictamente vegetariana. Una de las ventajas de ser *animal racional* es poder encontrar siempre una buena razón para hacer lo que nos parezca.

Keimer y yo nos llevábamos bastante bien, al no sospechar él nada de mis proyectos de establecerme por mi cuenta. Conservaba buena parte de su antiguo entusiasmo por discutir, y nuestras polémicas menudeaban. Con él solía emplear el método socrático, atrapándole en sus mallas mediante preguntas aparentemente lejanas a

los temas de nuestra conversación, para luego, gradualmente, colocarle ante contradicciones y dificultades que, de rechazo, me dieran la razón. Le puse en aprietos tantas veces que adoptó una postura de ridícula cautela, y nunca contestaba a ninguna de mis preguntas, por inocentes que fueran, sin preguntarme primero: «¿a dónde pretendes llegar con eso?». De todos modos, mi método le daba tan gran idea de mi habilidad dialéctica, que llegó a proponerme seriamente asociarme con él para un proyecto suyo consistente en fundar una nueva secta. Él se dedicaría a predicar sus doctrinas y yo a rebatir a nuestros antagonistas. Al explicarme sus doctrinas advertí en ellas algunas ideas discutibles y personales, a las que me opuse a menos que yo pudiera introducir algunas de las mías. Keimer gastaba larga barba, porque la ley mosaica dice en algún pasaje «no deberás desfigurar las puntas de tu barba». Como era estricto practicante, este extremo y la observancia del día de descanso semanal le parecían fundamentales. A mí no me gustaba ninguno de los dos, pero los acepté a cambio de que él adoptara mi norma vegetariana. Decía que su naturaleza no iba a soportarlo. Yo le decía que sí, que le vendría bien para la salud, y como era muy glotón, me divertía hacerle pasar hambre. Consintió en probar si yo le acompañaba, cosa que hice, perseverando los dos durante tres meses. Nuestras viandas las compraba, cocinaba y servía una mujer de la vecindad a la que yo había dado una lista de cuarenta platos que debía prepararnos alternándolos y entre los cuales no figuraba ni el pescado ni carne ni caza. Este capricho me iba bien por entonces, sobre todo por lo barato que resultaba, ya que por dieciocho peniques semanales por cabeza hacíamos el gasto. Desde aquella época he pasado algunos períodos de abstinencia estrictas que he alternado de forma brusca con la comida normal sin que me produjera el mínimo trastorno, de lo que deduzco que no está muy justificada la conocida creencia de que esos cambios hay que hacerlos gradualmente. Keimer se sintió más afectado que yo y terminó por cansarse, añorando los guisados de carne y encargando un cerdo asado. Me invitó con dos amigas nuestras a cenar, pero como le sirvieron antes de que llegásemos nosotros, no pudo resistir la tentación y se comió todo.

En esta época yo había cortejado algo a la señorita Read, a la que profesaba un gran afecto y respeto, sentimientos que pensaba se daban también en ella respecto de mí. Sin embargo, estando a punto de emprender un largo viaje y siendo los dos tan jóvenes, apenas cumplidos los dieciocho años, su madre pensó que lo más prudente era no llevar las cosas muy lejos, ya que si habíamos de casamos lo más sensato era hacerlo a mi regreso, cuando ya me hubiese establecido como yo deseaba. Supongo que también pensó que mis planes no eran tan realistas como yo imaginaba.

Mis principales amigos en aquella época eran Charles Osborne, Joseph Watson y James Ralph, todos aficionados a la lectura. Los dos primeros estaban empleados con un eminente transportista de la ciudad llamado Charles Bogden; el tercero trabajaba como oficinista con un comerciante. Watson era piadoso, sensato y de gran integridad moral. Los otros eran más tibios en cuestiones religiosas, especialmente Ralph, que lo mismo que Collins, fueron muy influidos por mi trato, por lo que terminaron haciéndome sufrir. Osborne era sensato, ingenuo y franco; era sincero y afectivo con sus amigos, aunque en cuestiones literarias propendía a la crítica. Ralph era ingenioso y amable en su trato, aparte de muy elocuente. Nunca he conocido conversador mejor. A ambos les gustaba la poesía y hacían algunos ensayos con pequeñas composiciones. Los domingos dábamos agradables paseos los cuatro por los bosques de las orillas del Schnylkill y allí nos leíamos nuestros trabajos y los comentábamos. Ralph se concentraba casi por entero en la poesía, seguro de sus dotes y de que haría su fortuna como poeta. Estimaba que los grandes poetas cuando empezaron a escribir cometían tantos errores como él. Osborne trató de disuadirle diciéndole que carecía de talento poético y le aconsejó que se atuviera sólo a su profesión, que era para lo que le habían educado. Puntualizó que aunque no poseyera capital propio, con diligencia y cuidado podría prosperar en el comercio, llegando a establecerse por cuenta propia. Por mi parte, yo estaba de acuerdo con que escribir poesía era entretenido, pero sólo circunstancialmente y como medio de enriquecer nuestro lenguaje,

pero sin ir más lejos. En estos dimes y diretes resolvimos que en la próxima reunión cada uno de nosotros aportaría una composición propia para someterla a la crítica de los demás. Como de lo que se trataba era acerca de un tema de idioma y expresión, excluimos de antemano cualquier consideración a la propia inventiva, ciñéndonos a un tema común que fue el Salmo dieciocho sobre la venida al mundo de Dios. Cuando iba a transcurrir el período previo a la sesión, Ralph me llamó y me dijo que su composición estaba lista. Me excusé diciéndole que había estado muy ocupado y que no había podido hacer nada. Me enseñó entonces la suya, pidiendo mi opinión, que fue favorable, pues verdaderamente me pareció meritoria. «Osborne no pensará igual», dijo, «porque para él nada mío vale la pena y no hace más que criticarme de pura envidia». Añadió que como conmigo no era igual, que presentara la composición como mía y que él se excusaría por falta de tiempo, con lo cual podríamos ver su reacción. Quedamos en ello y me dispuse a copiarla con mi letra. Nos reunimos y primeramente leyó Watson lo suyo, que tenía cosas bellas. Sin ver muchos defectos, Osborne dio lectura a su obra, que estaba mucho mejor, haciéndole justicia Ralph, sin más que algunas ligeras observaciones. Como él no traía nada, aunque yo traté de excusarme alegando que había cosas que corregir, etc., no tuve más remedio que leerla y por dos veces, ante los aplausos de Watson y Osborne, que renunciando a su rivalidad aplaudieron al unísono. Sólo Ralph vertió algunas opiniones críticas proponiendo algún que otro cambio, pero yo defendí el texto. Osborne se oponía a Ralph y llegó a decirle que no valía más como crítico que como poeta. Al regresar a casa juntos, Osborne aún exageró más sus alabanzas a lo que suponía mi obra, diciendo que antes se había contenido por temor a que creyera que me estaba adulando. «Pero ¡quién podía imaginar dijo que Franklin fuese capaz de hacer algo con tanta fuerza, tan perfecto y tan fogoso! ¡Si hasta ha mejorado el original! Es increíble, pues en su conversación normal no utiliza un vocabulario tan selecto, sino que más bien titubea y se equivoca con frecuencia. Pero, cielos ¡cómo escribe!». En la próxima reunión Ralph descubrió la suplantación y se celebró la broma, dedicándos-

ele a Osborne más de una carcajada. Esto fue lo que decidió a Ralph a hacerse poeta. Yo hice lo imposible por disuadirle, pero él no cejó en su empeño de escribir versos hasta que gracias a Pope se curó[3]. Eso no impidió que llegara a convertirse en un discreto prosista y más adelante contaré nuevas cosas de él. En cuanto a mis otros dos compañeros, diré que Watson murió en mis brazos años después, para mí gran aflicción, pues era el mejor del grupo, y Osborne partió para las Indias Occidentales, donde llegó a ser un eminente abogado y ganó mucho dinero, pero murió joven. Con él concerté yo un trato consistente en que, si era factible, el que muriese antes visitaría amablemente al otro y le contaría cómo le iban las cosas por el otro mundo. La verdad es que nunca llegó a cumplir su compromiso.

El gobernador, a todo esto, parecía seguir estimando mi compañía y me invitaba a su casa con frecuencia, sin dejar de hablarme de que me ayudaría a establecerme. Siempre hablaba de cartas de recomendación para una serie de amigos suyos, además de la carta de crédito para sufragar los gastos de establecimiento de la imprenta. Me citó varias veces para recoger estas cartas, pero siempre posponía luego la fecha de su entrega. Así llegó el momento en que el barco en que yo tenía que ir a Inglaterra, cuya salida se había demorado varias veces, se dispuso finalmente a zarpar. Cuando le visité para despedirme de él y recoger las cartas, su secretario, Dr. Bard, me recibió diciéndome que el gobernador estaba atareadísimo con una serie de escritos, pero que llegaría a New Castle antes que el barco y que allí me haría entrega de las cartas.

Ralph, no obstante estar casado y con un niño, decidió acompañarme en el viaje. Se suponía que trataba de procurarse una corresponsalía y de comprar mercancías para venderlas a comisión. Pero luego me enteré de que lo cierto era que tenía desavenencias con la familia de su mujer y que su verdadera intención era la de no regresar a América. Una vez despedido de mis amigos y de hacer promesas de fidelidad a la señorita Read, salí de Filadelfia en el buque, que hizo escala en New Castle. Allí se encontraba, en efecto, el gober-

nador, pero cuando fui a verle me volvió a salir al paso su secretario, diciéndome que debido a obligaciones de la máxima importancia, el gobernador no podría verme, pero que me haría llegar las famosas cartas a bordo, y que me deseaba un feliz viaje y pronto regreso. En esa confianza volví al barco un poco extrañado, pero sin dudar todavía de su palabra.

Mr. Andrew Hamilton, famoso abogado de Filadelfia, tenía pasaje para el mismo barco con su hijo y con Mr. Denham, comerciante cuáquero. También iban los señores Onion y Sussel, dueños de un taller de ferretería de Maryland, que habían reservado el camarote más amplio. Debido a esa abundancia de pasajeros, a Ralph y a mí no nos quedó otro remedio que acomodarnos en unas literas situadas junto al timón, y como nadie de a bordo nos conocía se nos tomó por gente corriente. Sin embargo, Mr. Hamilton y su hijo (que se llamaba James y fue luego gobernador) hubieron de regresar a Filadelfia reclamados por un importante pleito sobre un asunto de presas marítimas. Poco antes de zarpar, el coronel French se presentó a bordo, y después de saludarme con muchos cumplidos, nos hizo saber a mi amigo Ralph y a mí que los mencionados caballeros nos invitaban a alojarnos en su camarote, donde ahora sobraba sitio, y nos instalamos allí.

Dando por supuesto que el coronel French había traído consigo las cartas del gobernador, le pregunté al capitán si había correspondencia para mí, a lo que me contestó que todo lo que había estaba en la valija y que no podía enseñármela en aquel momento, pero que tendría oportunidad de hacerlo antes de llegar a Inglaterra. Me di por satisfecho y seguimos nuestro viaje. Tuvimos buena compañía en nuestro camarote, por lo que la travesía resultó cómoda, pues incluso contamos con las vituallas que había llevado Mr. Hamilton, que eran abundantes. Durante la singladura tuve ocasión de estrechar lazos amistosos con Mr. Denham que perduraron de por vida. Por lo demás el viaje no tuvo nada de agradable, debido al mal tiempo reinante.

Al llegar al Canal, el capitán, cumpliendo su palabra, me permitió examinar el contenido de la valija, para recoger las cartas del gobernador, descubriendo yo, con gran sorpresa, que allí no había carta alguna dirigida a mi nombre. Vi varias que, por la letra, podrían ser del gobernador, especialmente una dirigida a Basket, el impresor del rey, y otra a un negociante de papelería. Llegamos a Londres el 24 de diciembre de 1724. Me encaminé primero a visitar al negociante de papelería, entregándole la carta a él dirigida y que yo creía le había escrito el gobernador Keith. No tengo el gusto de conocer a esa persona, dijo mientras abría la carta. «Ah, es de Riddlesden», continuó. «Últimamente se ha portado como un completo bribón conmigo y no quiero saber nada de él, ni mantener correspondencia de ninguna clase con él». Con las mismas me devolvió la carta, dio media vuelta y me dejó para atender a un cliente. Quedé sorprendidísimo de que aquéllas no fuesen las cartas del gobernador, y sopesando las diversas circunstancias del caso, comencé a abrigar serias dudas acerca de su sinceridad. Relaté a mi amigo Denham todo este asunto y no se reservó ninguna opinión acerca del gobernador, afirmando que estaba seguro de que Keith no había escrito carta alguna; que todo el que le conocía sabía muy bien que no convenía fiarse de él para nada, y en cuanto a la carta de crédito del gobernador, la simple mención de la frase le hizo reír; según dijo, mal podía dar un crédito que él no tenía. Al manifestarle yo, preocupado, que no sabía lo que hacer en aquella situación, me aconsejó que buscase una colocación relacionada con mi profesión entre los impresores del país, pues ello me ayudaría a perfeccionarme para luego establecerme con mayor preparación al regresar a América.

Sucedió que ambos sabíamos, como el papelero, que el abogado Riddlesden era un sinvergüenza redomado. Casi había arruinado al padre de la señorita Read al convencerle de que aceptara avalarle. Por su carta parecía que existía un plan sigiloso con el que resultaría perjudicado el señor Hamilton, mi compañero de viaje, y que Keith colaboraría en él con Riddlesden. Denham, que era amigo de Hamilton, estimó que éste debía conocer el plan, por lo que al llegar a

Inglaterra, en parte por resentimiento hacia Keith y Riddlesden y en parte por simple buena voluntad hacia él, le esperé y le di la carta. Me lo agradeció mucho, por lo que le concernía su contenido. De esta forma fue sellada nuestra amistad, de la que derivaron no pocas ventajas para mí en el futuro.

¿Qué pensar de un gobernador que se burlaba tan burdamente de un pobre muchacho como yo? Sin duda era un hábito que había adquirido. Quería complacer a todo el mundo y, como no podía dar otra cosa, se dedicaba a repartir esperanzas. Y el caso es que no le faltaban ingenio y prudencia, ni por ello dejaba de ser un buen escritor e incluso buen gobernador, al menos para el pueblo, ya que no para sus patronos, de cuyos intereses y peticiones se olvidaba con harta frecuencia. Algunos de nuestros mejores textos legales eran iniciativa suya y se votaron bajo su mandato.

Ralph y yo nos hicimos inseparables, compartimos nuestra habitación en Little Britain, y la renta de tres chelines y seis peniques que nos cobraban semanalmente era todo lo que entonces podíamos permitirnos. Él fue a visitar a algunos parientes, pero no eran gente que pudiera ayudarle en nada. Me comunicó por entonces su intención de permanecer en Londres sin pensar en el regreso a Filadelfia. Había llegado sin ningún dinero consigo, ya que todo lo que tenía lo había gastado íntegramente en costearse el pasaje. Yo tenía algún dinero y pude hacerle algún préstamo para ir viviendo mientras encontraba empleo. Para ello intentó primeramente probar fortuna en el teatro, pensando que estaba dotado para la escena. Pero Wilkes, que es a quien pidió el empleo, le quitó en seguida la idea de la cabeza, por no ver por ese camino perspectiva alguna para él. Luego se dirigió a Roberts, editor que tenía su imprenta en Paternoster Row, proponiéndole publicar un periódico como el *Spectator*, con ciertas condiciones que Roberts no aceptó. Más tarde trató de emplearse como copista y escribiente para abogados y papelerías que estaban establecidos cerca de Temple, sin resultados.

En cuanto a mí, me puse a trabajar inmediatamente en la casa Palmer, que era un establecimiento prestigioso de imprenta situado

en Bartolomew Close, y allí permanecí por espacio de casi un año. Aunque yo trabajaba bastante, gasté con Ralph buena parte de mi salario en ir al teatro y a otros espectáculos públicos. Mi reserva se iba consumiendo y ya casi vivíamos al día. Mi amigo parecía haberse olvidado de su mujer y de su hijo, y poco a poco parecía también como si yo me estuviese olvidando de la señorita Read, a la que sólo escribí en una ocasión y sólo para decirle que no parecía probable que regresara en un futuro inmediato. Ese fue otro de los grandes errores de mi vida que si volviera a vivir trataría de evitar. En realidad, dado lo que gastábamos, nunca podía ahorrar el dinero suficiente para comprar el pasaje de vuelta.

Con Palmer trabajaba componiendo la segunda edición de la obra *Religión de la Naturaleza*, de Wollanston. Algunas de sus teorías no me parecían muy sólidas, por lo que me animé a escribir un pequeño trabajo algo metafísico, en el que exponía mis ideas al respecto y al que titulé *Disertación sobre la libertad y Ia necesidad, el placer y el dolor*. Se lo dediqué a mi amigo Ralph y llegué a editar un corto número de ejemplares. Esto hizo crecer la estima que hacia mí sentía Mr. Palmer, que desde entonces me consideraba un joven de talento, a pesar de que amablemente atacó los principios de mi opúsculo, que en su opinión era horrible. Esta publicación fue otro de mis errores.

En la época en que residimos en Litle Britain, conocí a un tal Wilcox, un librero vecino que tenía una enorme colección de libros de segunda mano. Todavía no estaban de moda las bibliotecas circulantes, pero llegamos a entendernos, no recuerdo bien cómo, para que yo pudiese leer sus libros y devolvérselos, lo que me ayudó muchísimo.

Mi opúsculo llegó a manos de un cirujano llamado Lyons, que a su vez era el autor de un libro titulado *La infalibilidad de la razón humana*. Llegamos a conocemos. Mostrando gran interés por mí, me visitaba con frecuencia para conversar sobre temas de interés común y me llevaba a una taberna llamada Horns, en una calle cuyo nombre he olvidado, en Cheapside. Allí me presentó al doctor Mande-

ville, autor de la *Fábula de las abejas*, y alma de un club que tenía allí su sede; persona polifacética y de amena conversación. Lyons también me presentó al Dr. Pemberton en el café de Batson, quien me prometió hacer lo posible por presentarme a Sir Isaac Newton, cosa que yo deseaba ardientemente y que por desgracia nunca ocurrió.

Entre mi equipaje yo había llevado conmigo algunos objetos curiosos. Entre ellos un bolso hecho de amianto inmune al fuego. Sir Hans Sloane oyó hablar de él y vino a verme e invitarme a su casa de Bloomsbury Square, donde me enseñó a su vez un conjunto de curiosidades, convenciéndome de que le cediera mi bolso para enriquecer su colección, cosa a la que accedí, pagándome él con toda esplendidez.

En nuestra misma casa vivía una joven sombrerera que tenía una tienda. Estaba bien educada y era vivaz, sensata y de amable trato. Ralph le leía obras de teatro por la noche y llegaron a tener mucha amistad. Cuando se mudó de casa, Ralph se fue con ella, viviendo juntos por algún tiempo hasta que debido a seguir sin empleo y no alcanzar lo que ella ganaba para mantenerlos a ellos y al hijo que ella tenía, Ralph decidió dejar Londres y poner una escuela rural, negocio para el que se sentía bien cualificado, habida cuenta de sus conocimientos de matemáticas y contabilidad y de su buena caligrafía. El trabajar en una escuela le parecía por bajo de sus merecimientos, y confiando en mejorar de fortuna en el futuro y pensando que entonces le daría vergüenza que se supiera que había trabajado en una escuela, decidió cambiar su nombre y hacerme el honor de adoptar el mío. Recibí carta suya diciéndome que se había establecido en una aldea creo que de Berkshire, donde daba clases a diez o doce chicos, a razón de seis peniques a la semana, recomendándome a la señora T. a mi cuidado y rogándome que le contestara a nombre de Franklin, maestro de escuela del dicho lugar. Me escribía con frecuencia y me enviaba largos pasajes de un poema épico que estaba componiendo, para el que solicitaba mi consejo y mis correcciones. Se los daba, pero tratando suavemente de desanimarle en su empeño. Se acababa de publicar por entonces una de las sátiras de Young.

Se la copié y envié casi entera porque su tema era el de la locura que representa perseguir a las musas tratando de medrar con ellas. Pero todo resultó en vano. No dejaban de llegarme páginas y más páginas de su composición. Entretanto, la señora T., que había perdido sus amistades y su negocio por culpa de mi amigo, pasaba apuros con frecuencia y con frecuencia le prestaba yo el dinero que pedía para sacarla de ellos. Me agradaba su compañía, y al no tener entonces convicciones religiosas que me restringieran, convencido de que yo le interesaba, intenté tomarme algunas familiaridades (nuevo error mío), que rechazó con justificada repulsa. Escribió a Ralph contándoselo, lo que dio motivo a que mi amistad con él se rompiera, de suerte que a su regreso a Londres me comunicó que consideraba anulados cuantos compromisos tuviera conmigo, de lo que deduje que no pensaba devolverme el dinero prestado a él y a la señora T. en su nombre. No me preocupó mucho su decisión, toda vez que no estaba en situación de pagarme, en absoluto, y en cuanto a que se rompiera aquella amistad, tampoco me importó dado que estaba ya resultando gravosa para mí. Pensé por entonces en reunir algún dinero, y en la confianza de encontrar un trabajo mejor, dejé el que tenía en Palmer y me coloqué en otra imprenta, la de Watts, cerca de Lincoln's Inn Field, que era aún importante, donde continúe durante todo el tiempo que permanecí en Londres.

Recién colocado me dediqué al trabajo de prensa, pensando que necesitaba el ejercicio físico que hacía en América, donde la composición y la prensa se suelen simultanear. No bebía más que agua, contrastando con los otros cincuenta operarios, que se atiborraban de cerveza. A veces tenía que andar escaleras arriba y abajo con pesadas cajas llenas de tipos de imprenta en ambas manos, cuando los demás sólo llevaban una con las dos manos. Se extrañaban de mi vigor, preguntándose cómo el *acuático americano*, como me llamaban, podía estar más fuerte que ellos que bebían cerveza *fuerte*. Recuerdo que había un mozo de la cervecería que se encargaba de traer la bebida a los obreros, entre ellos mi compañero de prensa, que se bebía una pinta antes del desayuno, otra para desayunar acompañando a

su pan y queso, otra entre el desayuno y el almuerzo, otra para almorzar, otra por la tarde a eso de las seis y otra al terminar el trabajo. Para mí eso era un hábito detestable, pero según él era necesario beber cerveza *fuerte* si se quería estar *fuerte* para trabajar. Traté de disuadirle de su creencia diciéndole que la fuerza física que pudiera darle la cerveza no era mayor que la de los cereales o la harina de cebada que llevaba disueltos en el agua que contenía y que ingeriría más harina comiendo un penique de pan. Por tanto, si tomaba aquel trozo de pan acompañado de un vaso de agua, asimilaría más energía que con una jarra de cerveza. Siguió bebiendo, sin embargo, con lo que al final de la semana tenía que pagar cuatro o cinco chelines de su salario por aquel vicio tan embrutecedor, gasto del que yo me veía libre y que estos desgraciados no podían evitar, por lo que siempre permanecían esclavizados.

Tras varias semanas de trabajo, Watts decidió pasarme al taller de composición, con lo que me separé de los obreros de prensa. De nuevo se produjo otra bienvenida para celebrarlo con los consiguientes tragos a los que se suponía tenía yo que convidar y que me costaron mis buenos cinco chelines, lo cual me pareció un abuso. Así lo pensó también el maestro, que me dijo que no pagara. Permanecí durante dos o tres semanas separado del grupo, lo que hizo que me consideraran una especie de excomulgado y que procuraran mortificarme de mil formas: me mezclaban los tipos, me cambiaban las páginas, etc., en cuanto salía de la sala. Así que a pesar de la protección del maestro no tuve más remedio que pagar el convite, convencido de que era estúpido estar enemistado con los compañeros, que atribuían tales faenas al «capítulo de los fantasmas», dedicados al parecer a hacer la vida imposible a los que no entraban en la empresa como era debido. Así regularicé mi situación con ellos e incluso alcancé cierta influencia sobre los demás. Propuse algunos cambios en las leyes del capítulo[4] y las puse en práctica incluso con su oposición. Conseguí algún éxito; tal como que algunos dejaran de desayunarse con cerveza, pan y queso y lo sustituyeran por unas gachas sazonadas con pimienta y acompañadas de pan migado y mantequi-

lla que a mí y a ellos traían de un figón cercano, todo lo cual valía menos de una pinta de cerveza, o sea, tres medios peniques. Era un desayuno más sano y más barato y mantenía la cabeza despejada. Los que siguieron con la cerveza, a menudo debían dinero y no les fiaban en la cervecería y entonces recurrían a mí porque, según decían, se habían quedado «a oscuras». Los sábados cuando se pagaban los jornales tenía que vigilarlos para que me devolvieran mi dinero, que a veces llegaba a los treinta chelines semanales. Esta situación, unida a mi fama de ocurrente, por mi inclinación verbal satírica, me proporcionaron ciertos éxitos en el grupo. Era puntual y no tenía faltas de asistencia (no hacía «novillos» nunca), lo que me valió mucho con el maestro, junto con mi presteza en el trabajo de composición, terminando por darme toda la tarea de supervisión, que se solía remunerar mejor. No podía quejarme.

Como mi alojamiento de Little Britain quedaba muy lejos, encontré uno nuevo en Due Street, frente a una iglesia católica, pared con pared con el almacén de unos italianos. La dueña era una señora viuda. Tenía una hija, una criada y un encargado del almacén que no vivía en la misma casa. Después de pedir informes míos en mi anterior residencia, aceptó tenerme de huésped por la misma cantidad (tres chelines seis peniques semanales), que era, según dijo, un precio más barato de lo corriente, en compensación por la ventaja de contar con un hombre en la casa. La dueña era mayor y se había educado en el protestantismo (pues su padre era pastor de esa religión), aunque luego se convirtió al catolicismo gracias a su marido, cuya memoria veneraba. Había vivido siempre entre gente distinguida y recordaba gran cantidad de anécdotas sobre mucha gente que se remontaban hasta tiempos de Carlos II. Sufría gota, que le afectaba las rodillas, y apenas abandonaba su habitación, necesitando a veces de compañía. Me resultaba tan amena que siempre podía contar conmigo para pasar la velada. Nuestra cena solía consistir en media anchoa cada uno en una rebanadita de pan con mantequilla y en media pinta de cerveza para los dos, pero la conversación nos compensaba a los dos de lo escaso de nuestra colación. Como yo lle-

vaba una vida muy ordenada y no causaba molestias en la casa, la señora nunca quería oír hablar de mi partida, de suerte que cuando dije que me habían hablado de algún otro alojamiento más cercano a mi trabajo, a dos chelines semanales, lo que para mí que entonces estaba ahorrando suponía un aliciente más, me rogó que no me cambiara, porque ella me rebajaría la pensión dos chelines semanales como así sucedió, dejándome la semana a un chelín seis peniques, que pagué todo el tiempo que permanecí en Londres.

En una guardilla de su casa vivía, en la mayor reclusión, una señora soltera de setenta años, de la que mi patrona me contó la siguiente historia: la señora era católica y de joven la habían enviado a un convento en el extranjero para que profesara. Como no le gustó el país al que la habían enviado, regresó a Inglaterra, donde, al no existir conventos de monjas, decidió llevar vida religiosa por su cuenta. Así, pues, cedió todos sus bienes a fines caritativos, reservando para sus necesidades sólo doce libras anuales, de las cuales dedicaba incluso parte a limosnas y viviendo en la más estricta pobreza, alimentada sólo de gachas y sin encender más fuego que el necesario para cocerlas. Hacía muchos años que vivía en aquella guardilla cedida gratuitamente por los sucesivos inquilinos católicos de la casa, que pensaban que tenerla allí era una bendición. La visitaba diariamente un sacerdote, que la confesaba.

Una vez le pregunté, me dijo mi patrona, que cómo es que podía confesarse de algo, dada la vida que llevaba, y me contestó que no puede evitarse tener de vez en cuando *vanos pensamientos*. Se me permitió visitarla en una ocasión. Era jovial, educada y tenía una conversación muy agradable. Su cuarto estaba limpio, pero carecía de todo mobiliario fuera de un catre, una mesa con un crucifijo, un libro, un taburete, que ofreció para que me sentase, y un cuadro sobre la chimenea, que representaba a Santa Verónica mostrando el velo y el rostro milagroso y sangrante de Cristo, tema acerca del cual se extendió en prolijas explicaciones. Tenía la cara pálida, pero jamás había estado enferma, lo que era otro claro ejemplo de lo poco que se precisa para vivir saludablemente.

En la imprenta de Watts conocí a un joven bastante despierto llamado Wygate, que gracias a que procedía de familia rica, había recibido mejor educación que la mayor parte de los impresores, amén de ser un discreto latinista, de hablar francés y de apreciar la lectura. Le enseñé a nadar, en compañía de un amigo suyo, sólo con dos veces que fuimos al río y pronto se convirtieron en sendos nadadores. Me presentaron a algunos caballeros que solían ir a Chelsea en barca para ver el colegio y el establecimiento de curiosidades de un tal Don Saltero. Al regresar, por deseo y ante la insistencia de todos, animado por el propio Wygate, yo me desnudé arrojándome al río, nadé desde Chelsea hasta Blackfriars, haciendo toda suerte de demostraciones y buceos muy del agrado de mis admirados compañeros. Era un deporte que me había gustado desde pequeño y que practicaba añadiendo mis propias habilidades al método Thevenot, tratando de hacer la natación más suelta y al propio tiempo más útil. Recibí muchos cumplidos que me halagaron bastante. Por su parte, Wygate, que quería perfeccionarse en la natación, estrechó su amistad conmigo y no sólo para que le enseñara, sino por la similitud de nuestros estudios. Me propuso que viajáramos juntos por Europa y que nos pagáramos los gastos en cada país trabajando en nuestro oficio. Llegué a pensarlo, pero al discutir el proyecto con mi buen amigo Denham, con quien pasaba algún rato en mis horas libres, me lo quitó de la cabeza, animándome a regresar a Pennsylvania como él mismo estaba a punto de hacer.

Hay un rasgo de su hombría de bien que recuerdo con agrado. Habiendo tenido con anterioridad negocios en Bristol, contrajo deudas con algunas personas y antes de volverse llegó a un acuerdo con los deudores sobre la forma de pago. En América, trabajando con tesón, hizo fortuna como comerciante en relativamente pocos años. Volvió de América a Inglaterra que fue cuando nos conocimos en el barco, invitó á sus acreedores a una fiesta donde les dio las gracias por su amable comportamiento para él, y cuando nadie esperaba otra cosa que el convite, los invitados se encontraron bajo sus

platos con sendos cheques bancarios con las respectivas cantidades que les adeudaba además de los intereses correspondientes.

Sus proyectos actuales consistían en regresar a Filadelfia llevando consigo gran cantidad de mercancías para abrir un almacén a su llegada. Me propuso emplearme de encargado de este negocio para llevarle los libros (sobre lo que me daría las necesarias instrucciones), copiar sus cartas y atender la tienda. Me dijo que tan pronto como me pusiera al corriente de los usos mercantiles me ascendería, para lo cual me enviaría a las Indias Occidentales con un cargamento de harina, pan y otros artículos, dándome encargos de otros comerciantes, de suerte que si trabajaba bien podría vivir desahogadamente. Como ya me cansaba de Londres y recordaba con nostalgia los meses que había pasado en Pennsylvania, me apeteció volver y accedí sobre la base de una remuneración anual de cincuenta libras en dinero de Pennsylvania, menos, por supuesto, de lo que ganaba en la imprenta de Londres, pero con mejores perspectivas.

Me despedí en mi trabajo, pensando que para siempre, y me dediqué de lleno a mi nuevo empleo, acompañando al señor Denham a todas sus gestiones con comerciantes, compra de mercancías y vigilancia de su embalaje, llevando recados, para el transporte y demás. Cuando todo quedó embarcado disfruté de unos días de ocio, durante los cuales, y para mi gran asombro, recibí un recado de parte de un tal Sir William Wyndham, al que sólo conocía de nombre y fui a visitarlo. Me dijo que sabía que yo había ido a nado de Chelsea a Brackfriars, que había enseñado a nadar Wygate y a otro en unas pocas horas y que deseaba que hiciese lo propio con sus dos hijos, que iban a salir de viaje y no quería que lo hicieran sin saber nadar, prometiendo compensarme económicamente con esplendidez si aprendían pronto. Como ellos no habían llegado aún a la ciudad y yo no sabía cuánto tiempo más iba a quedarme en Londres, no pude comprometerme. Este incidente me sugirió el proyecto de abrir una escuela de natación si me quedaba en Inglaterra, porque las perspectivas económicas parecían excelentes. Lo malo fue que la cosa surgió demasiado tarde, porque de otro modo hubiera retrasado mi re-

greso a América. Pasados los años, uno de los hijos de Sir William Wyndham, nombrado barón de Egremont, tuvo importante incidencia en tu vida y la mía, como indicaré más adelante.

Así fue como transcurrieron los dieciocho meses que pasé en Londres. En su mayor parte fueron días de trabajo duro, dedicando poco tiempo al esparcimiento, excepto para ir al teatro y leer libros. Mi amigo Ralph me impidió ahorrar y terminó debiéndome veintisiete libras, que probablemente nunca recuperaría y que suponían una parte muy considerable de mis pequeños ahorros. De todas maneras, le tenía un gran aprecio por sus buenas cualidades. Mis conocimientos habían mejorado en Londres, pero no así, desde luego, mi fortuna. En conjunto, yo había hecho amistades interesantes y con las cuales había aprendido mucho y había leído en abundancia.

Salimos de Gravesend el 23 de julio de 1726. Las incidencias detalladas de aquel viaje constan en mi *Diario*, el cual te remito. En dicho relato pienso que lo más interesante puede ser el *Plan* que redacté durante la travesía con ánimo de hacer un programa de mi vida futura. Teniendo tan pocos años es curioso pensar que hasta mi madurez me atuve con bastante fidelidad a aquel proyecto.

Desembarcamos en Filadelfia el día 11 de octubre y pronto pude ver los cambios de todo tipo que habían tenido lugar durante mi ausencia. Para empezar, Keith ya no era gobernador, cargo que ahora ocupaba el mayor Gordon. Me lo encontré paseando por la calle como un ciudadano cualquiera; pareció avergorzarse y no me dijo nada. Más avergonzado debería haberme sentido yo al ver a la señorita Read convencida, y con razón, de que no regresaría y aconsejada por sus amistades para que se casara con otro, cosa que en efecto hizo con un ceramista llamado Rogers, con el que jamás fue feliz, terminando por abandonarle, incapaz de vivir bajo el mismo techo y renunciando a su apellido. Al parecer él se había vuelto a casar. Se trataba de un inútil a pesar de ser diestro en su trabajo, cosa que indujo a las amigas de Miss Read a animarla a casarse con él. Cargado de deudas, huyó en 1727 ó 1728 a las Indias Occidentales, donde murió. Keimer se había cambiado a una casa mejor, ampliando su

negocio con más mercancías y más empleados, no muy buenos por cierto.

Mr. Denham tomó un local en Water Street, donde desembalamos nuestras mercancías. Yo cuidé del negocio con toda diligencia, estudié contabilidad y en poco tiempo me hice bastante ducho en el comercio. Vivíamos juntos y él me aconsejaba en todo paternalmente, mostrando una sincera consideración por mí. Yo le quería y le respetaba y podríamos haber seguido colaborando durante mucho tiempo de no ser porque a primeros de febrero de 1727, recién cumplidos mis veintiún años, caímos enfermos los dos, yo con una pleuresía que casi me cuesta la vida. Me causó enormes padecimientos, perdí la esperanza y cuando empecé a recuperarme sentí como un cansancio y una desilusión ante la idea de que tenía que reanudar aquel desagradable trabajo. No sé cuál fue la enfermedad del señor Denham, pero lo cierto es que le mantuvo en la cama mucho tiempo y acabó causándole la muerte. Me dejó un pequeño legado en un testamento nuncupativo, como muestra de su amabilidad conmigo. De nuevo me encontraba en la calle, pues los albaceas se hicieron cargo del almacén y yo me vi sin empleo. Mi cuñado Homes se encontraba en Filadelfia y me aconsejó que volviera a mi anterior oficio, recibiendo por parte de Keimer tentadoras ofertas e incluso un puesto de regente de su imprenta que le permitiría atender mejor su tienda de papelería. En Londres me habían hablado de lo mal que iba su carácter y no tenía la menor gana de colaborar con él. Intenté encontrar otro empleo como oficinista de comercio, pero sin éxito, por lo que terminé por aceptar lo que Keimer me ofrecía, como mal menor.

En su casa trabajaban Hugh Meredith, oriundo galés, de Pennsylvania, de treinta años y criado en ambiente rural, hombre honrado, discreto, con experiencia y aficionado a la lectura, aunque dado también a la bebida; Stephen Potts, también campesino de origen, maduro, de entendimiento natural poco corriente, con gran sentido del humor y jovial como pocos, aunque ligeramente vago. Ambos estaban trabajando con un salario semanal muy bajo, pero que se au-

mentaría en un chelín cada tres meses si lo merecían mejorando el rendimiento. Con este señuelo de alcanzar algún día un elevado salario se enrolaron en la imprenta. Meredith fue destinado a la prensa y Potts a la encuadernación. Keimer había de enseñarles a cada uno su nuevo oficio, aunque la verdad es que no sabía ni el uno ni el otro. John (no recuerdo el apellido) era un irlandés montaraz sin ninguna preparación, que Keimer había reclutado por cuatro años, reclamándole al capitán de un barco con idea de que aprendiese también prensa; George Webb era estudiante de Oxford y también estaba comprometido por cuatro años para trabajar como cajista (había más); David Harry era un muchacho de pueblo que estaba de aprendiz.

No tardé mucho en darme cuenta de que, contratándome con un salario muy superior del que solía dar, lo que quería Keimer era que yo desasnara a aquella mano de obra barata para una vez enseñados, prescindir de mí. Seguí allí no obstante tratando de mantener el optimismo, organicé la imprenta que estaba muy desordenada y logré poco a poco que aquellas personas se interesaran por su tarea y la realizaran mejor.

Lo que me resultó curioso fue encontrar de obrero allí a un estudiante de Oxford. No tenía ni dieciocho años y me contó enseguida su vida. Había nacido en Gloucester y recibió educación en un colegio de aquella localidad, destacando entre sus compañeros por sus dotes representativas cuando escenificaban alguna pieza teatral. Perteneció al «Witty Club»[5] y escribió algunas obras en prosa y en verso que se publicaron en periódicos locales. De allí pasó a Oxford, donde estudió por espacio de un año sin demasiado entusiasmo y con muchas ganas de irse a Londres y hacerse actor. Recibida su pensión trimestral de quince guineas, en vez de saldar sus deudas, se marchó de Oxford sin decir nada, dejó escondida su toga entre unos tojos y se dirigió a pie a Londres, donde no conocía a nadie. Cayó entre malas compañías, se gastó su dinero y no halló medio de introducirse en el teatro, con lo que pasó necesidades, teniendo que empeñar sus ropas y careciendo de lo más elemental. Mientras

deambulaba por las calles hambriento y desorientado, llegó a sus manos un anuncio ofreciendo ayuda a quienes se comprometieran a ir a América a trabajar. Firmó cuanto le pidieron y se embarcó sin decirle nada a nadie. Era de natural alegre, ingenioso, y su compañía resultaba sumamente agradable. Sus únicos defectos eran su indolencia, su falta de juicio y su imprudencia extrema.

John el irlandés estuvo poco tiempo. Con los que se quedaron me entendía bien y me dieron muestras de respeto a medida que se fueron dando cuenta de lo poco que tenían que aprender de Keimer y de lo mucho que podían aprender de mí. Los sábados no trabajábamos por observar Keimer la fiesta judía, con lo que yo podía contar con dos días seguidos que dedicar a la lectura. Fui aumentando mis conocimientos de gente interesante en la ciudad y hasta el propio Keimer me llegó a tratar con deferencia y aparentemente con agrado. Lo único que me preocupaba por entonces era mi deuda con Vernon, que no estaba en condiciones de pagar, siendo como era un pobre empleado incapaz de ahorrar. Por suerte, mi acreedor tuvo la amabilidad de no reclamarme nada.

Nuestra imprenta precisaba con frecuencia de repuestos de tipos, lo que constituía un gran problema al no existir fundidores especializados en América. Yo había tenido ocasión de ver la fabricación de este material en la casa de James de Londres, pero no tuve curiosidad de fijarme demasiado en los métodos utilizados. Eso no impidió que me las arreglara para sacar un molde de los tipos nuestros para acuñar unas matrices en plomo que de momento nos permitieron salir del paso. También hice ensayos de grabado en ocasiones. Fabriqué tinta y, en suma, hacía un poco de todo en el taller.

Pero por muy buena voluntad que pusiera, me di cuenta de día en día de que mis servicios perdían importancia a medida que los demás aprendían, y cuando Keimer me pagó el salario del segundo trimestre me hizo saber que le parecían excesivas mis ganancias y que yo debía reducirlas. Desde entonces su afabilidad disminuyó ostensiblemente, actuaba más como patrón, me sacaba faltas con frecuencia y me tendía trampas para encontrar motivos para romper su

relación conmigo. Yo aguanté a base de paciencia, pensando que aquello obedecía en parte a problemas personales del amo, pero luego estalló la chispa que dio al traste con todo. Cierto día se produjo un gran estruendo cerca del palacio de justicia y yo me asomé a la ventana a ver qué ocurría; Keimer, que estaba en aquel momento en la calle, levantó la cabeza, me vio y comenzó a decirme a voces y en tono airado que no abandonara de aquella forma mi trabajo. Los reproches de Keimer me molestaron más porque muchos vecinos se habían asomado a la ventana como yo, y presenciaron la humillante escena. Luego subió a la imprenta, donde siguió con el tema, pasando a proferirse palabras gruesas por ambas partes. Me dio el aviso trimestral estipulado, diciendo que lamentaba que la espera para el despido tuviera que ser tan larga, a lo que yo le contesté que no tenía por qué impacientarse, pues me iba en aquel instante. Cogí mi sombrero y me largué, diciéndole a Meredith con quien me encontré al salir que se cuidara de mis cosas y las llevara a mi casa.

Aquella misma tarde Meredith cumplió mi encargo. Como me había cobrado gran estima y le contrariaba enormemente que me fuera, quedándose él, trató de persuadirme de que no regresara a mi patria chica, cosa en la que yo empezaba a pensar. Me recordó que Keimer estaba empeñado hasta el cuello y que sus acreedores empezaban a impacientarse, que el negocio andaba de mal en peor y vendía a tontas y a locas sólo por tener dinero, incluso sin ganar y sin llevar cuenta de lo que le debían. Añadió que podía llegar fácilmente a la bancarrota, lo que quizá fuera una oportunidad para mí. Le argumenté que yo carecía de medios económicos, a lo que me replicó que su padre me tenía en un alto concepto y que por lo que había podido deducir hablando con él, no estaría reacio a adelantarme algunos fondos para que nos estableciéramos si me asociaba con él. Me dijo también que él terminaba con Keimer en primavera y que para entonces tal vez tendríamos ya una prensa de tipos de Londres; que era consciente de que él no era un gran especialista, pero que si yo quería, con mis conocimientos, podríamos poner el negocio aportando él el equipo necesario y repartiendo las ganancias al cin-

cuenta por ciento. La proposición me pareció aceptable y le di mi aprobación. También la aprobó su padre, que estaba en la ciudad, ya que sabía el ascendiente mío sobre su hijo, al que había ayudado a retirarse de la bebida durante un largo período. Tenía además la esperanza de que si su hijo establecía una estrecha colaboración conmigo, abandonaría del todo aquel desdichado vicio de beber. Le di una lista a su padre de lo que se precisaba y se encargó de pedir todo a un comerciante. Entretanto, para ir viviendo, busqué trabajo en la otra imprenta, pero no había vacante, por lo que estuve desocupado algunos días. En esto, Keimer, que esperaba un encargo de imprimir papel-moneda en Nueva Jersey y precisaba realizar cortes y contar con nuevos tipos que solamente yo le podía proporcionar y que, por otra parte, estaba enterado de que Bradford podía darme empleo y quitarle el trabajo en cuestión, me hizo llegar un atento mensaje diciendo que las amistades antiguas no podían romperse por tener unas palabras en un momento de excitación y que deseaba que volviera con él. Meredith me persuadió de que aceptase su propuesta en atención a que ello podía redundar en su beneficio, ya que él aprendería más si yo continuaba enseñándole. Resolví volver a la imprenta de Keimer y nuestras relaciones fueron más amistosas que antes de marcharme. Se logró el contrato de Nueva Jersey y yo dispuse de una prensa para planchas de cobre, que fue la primera que se utilizó en el país. Corté varios motivos y orlas destinados a los billetes y marchamos juntos a Burlington, donde concluí el encargo con toda normalidad. Keimer recibió una buena suma de dinero que representó para él un gran respiro.

En Burlington trabé conocimiento con gente importante de la provincia. Algunos habían sido comisionados por la Asamblea para encargarse de controlar la emisión de billetes, sin que la tirada sobrepasase lo establecido por la ley. Para ello no se cesaba de supervisarnos y generalmente siempre acudían algunos amigos que hicieran compañía al que le tocaba el turno. Como la lectura me había hecho más culto que Keimer, nuestros visitantes apreciaban más mi conversación que la de él. A mí me invitaban a sus casas, me presenta-

ban a sus amigos y, en general, me trataban con más deferencia que a mi patrón. En verdad, el señor Keimer era un bicho raro, nada mundano y cerrado a toda opinión que no fuese la suya propia, iba desaliñado e incluso muy sucio y sólo se entusiasmaba por algunas cuestiones de religión. Además era un poco truhán por añadidura.

El trabajo de los billetes nos llevó casi tres meses, a cuyo término podía contar entre mis amistades al juez Allen, a Samuel Bustill, secretario de la provincia, a Isaac Pearson, a Joseph Cooper y a varios Smiths, todos ellos diputados de la Asamblea, así como a Isaac Delow, agrimensor general. Este último era hombre avieso y muy sagaz, ya viejo. Me contó sus comienzos, cuando se dedicaba de joven a acarrear barro para ladrillos en los tejares, que aprendió a leer ya de mayor y que luego ayudaba a los topógrafos a medir con la cinta, aprendiendo con ellos esa profesión, y que gracias a su esfuerzo había llegado a hacerse una posición adquiriendo incluso una finca. También me dijo que veía próximo el momento en que yo desbancaría a mi patrón en el negocio de la imprenta y que haría fortuna en Filadelfia. Por entonces no le había confiado yo absolutamente nada acerca de mi proyecto de establecerme en Filadelfia o en cualquier otra parte. Aquellos conocimientos me resultaron, andando el tiempo, de lo más útiles, y yo, a mi vez, también lo fui a algunos de ellos. Me siguieron apreciando mucho durante toda su vida.

Antes de pasar al capítulo de mi aparición pública en el comercio, no vendrá mal que te dé una idea de mis ideas morales en aquel tiempo, para que veas cómo influyeron en los siguientes acontecimientos de mi vida. Mis padres habían inculcado en mí la religión, educándome desde pequeño en la doctrina disidente. No obstante, apenas había cumplido los quince años, comencé a tener dudas sobre cuestiones diversas que eran tema de polémicas en los libros que leía. Así fue como llegué a dudar hasta de la revelación. Cayeron en mis manos algunos libros contra el deísmo que pretendían ser la quintaesencia de los sermones que se habían pronunciado en las conferencias de Boyle. Y sucedió que su efecto sobre mí fue totalmente contrario del que sin duda se proponían, pues los argumen-

tos de los deístas me parecían mucho más sólidos que los de sus refutadores. En suma: que no tardé en convertirme en un completo deísta y de pervertir con mis razonamientos a otros, sobre todo a Collins y a Ralph. Como tanto el uno como el otro me habían perjudicado no poco sin dar muestra alguna de arrepentimiento y como, por otra parte, el proceder de Keith (otro librepensador) conmigo y el mío propio con Vernon y Miss Read (que me mortificaba en gran medida), no habían sido precisamente edificantes, me di a pensar que aquella doctrina, aunque pudiese ser cierta, no era muy útil. Mi librito londinense al que puse como divisa estos versos de Dryden:

Todo lo que existe es justo
aunque el hombre, corto de vista,
no alcance a percibir más que una parte de la cadena
(el eslabón más próximo a él),
y sus ojos no lleguen a ver el rayo de luz imperturbable
que refulge en las alturas.

Y que partiendo de los atributos de Dios, su sabiduría, bondad y poder infinitos, llegaba a la conclusión de que en el mundo no podía haber nada malo, que el vicio y la virtud no eran más que conceptos vacíos, no me parecía estar tan en lo cierto como antaño pensaba y empecé a dudar de si no se habría deslizado en mi argumentación algún error no percibido como tal, que habría infectado todo lo siguiente, como suele ocurrir en los razonamientos metafísicos. Llegué a convencerme de que la *verdad*, la *sinceridad* y la *integridad* en las relaciones de unos hombres con otros eran lo más importante para ser felices y me hice el firme propósito, del que dejé constancia por escrito (todavía puede verse en mi Diario), de practicar dichas virtudes mientras viviera. La revelación en sí me importaba poco. Mi razón parecía indicarme que, en efecto, algunas acciones podrían no ser malas *porque* la revelación las condenara, o buenas *porque* las prescribiera, sino que probablemente sucedía lo contrario, que las condenaba porque eran malas para el hombre o las

prescribía porque eran buenas, teniendo en cuenta la propia naturaleza de esas acciones. Y este convencimiento, junto con la ayuda de la Providencia o algún ángel de la guarda o de circunstancias y situaciones favorables, o de todas esas cosas a la vez, me libraron de cometer (a lo largo de la peligrosa época de la juventud y en medio de las azarosas circunstancias en que a veces me vi, rodeado de extraños y sin el consejo y la vigilancia de mi padre), me libraron decía, de cometer *deliberadamente* injusticias o inmoralidades graves, como tal vez hubiera podido esperarse de mi falta de creencias religiosas. He mencionado la palabra *deliberadamente* porque las faltas que cometí y a las que he aludido fueron hasta cierto punto consecuencia de las circunstancias, de mi juventud e inexperiencia y de la bribonería de otros. La actitud moral con que empecé mi vida fue, por tanto, aceptable. Yo la valoraba positivamente y estaba resuelto a conservarla.

No hacía mucho que habíamos regresado a Filadelfia cuando recibimos los nuevos tipos de Londres. Liquidamos con Keimer y nos despedimos de él antes de que se enterara de nuestros proyectos. Encontramos una casa vacía cerca del mercado y la alquilamos. Para hacer más pagadera la renta, que era de veinticuatro libras al año entonces (después la han alquilado por setenta según he oído), subarrendamos parte del espacio disponible a un vidriero, Thomas Godfrey, y a su familia, con lo que disminuimos nuestros gastos fijos considerablemente, alojándonos además con ellos en calidad de huéspedes. No habíamos apenas empezado a organizamos e instalar la prensa cuando George House, a quien yo conocía, nos trajo a un hombre de la comarca diciendo que lo acababa de conocer y que buscaba una imprenta. Como nos habíamos gastado todo nuestro dinero en la infinidad de cosas que precisábamos para nuestro trabajo, los cinco chelines que aquel primer encargo nos procuró me parecieron de lo más oportuno, dándome más satisfacción que cualquiera de las coronas que he ganado después y haciéndome sentir una gran gratitud hacia House. A causa de aquel favor me he senti-

do con frecuencia inclinado a ayudar a los jóvenes que empiezan de lo que lo hubiera estado si aquel hecho no hubiera ocurrido.

Como siempre hay aguafiestas que parecen gozar en augurar desgracias, no faltó en Filadelfia quien hiciera también de pájaro de mal agüero. Su nombre era Samuel Mickle, a quien yo no conocía, un caballero maduro con cara de listo y pomposo en el hablar. Un día se presentó en la imprenta y preguntó si yo era el joven que había llegado hacía poco para establecerme como impresor. Al decirle que sí, me declaró que lo sentía pero que aquella inversión sería muy ruinosa y que no la recuperaría, pues Filadelfia era un barco que se hundía donde todos estaban a punto de quebrar, aunque otra cosa pareciese al ver tantos edificios nuevos y tan altas rentas, lo cual, a su juicio, era engañoso y no valdría más que para acelerar nuestra ruina. Me hizo un relato tan detallado de desgracias actuales o por venir, que me dejó sumido en la mayor melancolía. De haberme topado con él antes, probablemente hubiese desistido de comenzar ese negocio. Aquel agorero continuó viviendo en un lugar tan funesto como aquél y haciendo las mismas profecías siniestras, negándose durante muchos años a comprar una casa allí, convencido de que todo terminaría destruido. Al final tuve la satisfacción de ver cómo pagaba un precio cinco veces más alto del que hubiera pagado cuando comenzó su negra cantinela.

Debería haberme referido antes a que durante el otro año anterior la mayoría de mis amigos de talento y yo habíamos formado un club intelectual al que llamamos «The Junto». Nos reuníamos los viernes por la tarde y según nuestro reglamento, que yo redacte, se exigía a cada socio que suscitara al menos una cuestión de moral, política o filosofía natural para que fuese debatido por la concurrencia. Cada tres meses era necesario, además, presentar y leer un ensayo propio acerca de cualquier tema de su elección. Nuestros debates habían de celebrarse con un moderador y debían desarrollarse con un sincero afán de saber y de verdad, sin caer en verbalismos, excusas dialécticas o afán de destacar. Para evitar acaloramientos, todas las expresiones de dogmatismo en las discusiones o las posiciones

cerradas llegaron a quedar proscritas e incluso penalizadas con el pago de multas simbólicas.

Los socios fundadores de aquel casino fueron Joseph Breintnal, ayudante de escribano y encargado de redactar autos legales, persona amable, de buen talante y de mediana edad, al que gustaba mucho la poesía, que leía cuanto caía en sus manos y que no escribía mal. Además era muy ingenioso para toda suerte de acertijos y bromas, aparte de gran conversador.

Thomas Godfrey era un excelente matemático autodidacta que luego inventó el llamado «cuadrante de Hadley». Fuera de esa especialidad no resultaba muy ameno como contertulio. Al igual que la mayor parte de los matemáticos que he conocido, exigía una gran exactitud en todo lo que se decía, y no hacía más que oponerse a todo el mundo por cualquier pequeñez o distingo. No permaneció mucho en nuestro círculo.

Nicolás Scull era topógrafo, llegó a ser agrimensor general y mostró siempre predilección por los libros y cierta inclinación a hacer versos.

William Parsons era zapatero, pero como también amaba la lectura, había adquirido una considerable cultura matemática que empezó estudiando con vistas a la astrología, de la que luego se reía. También llegó a ser agrimensor general.

William Maugridge era carpintero y ensamblador, además de mecánico experto y persona de sólida formación.

De Hugh Meredith, Stephen Potts y George Webb ya he hablado antes.

Robert Grace era un señorito de buena posición económica, generoso, ocurrente, aficionado a los juegos de palabra y amigo de sus amigos.

Por último, William Colemann, que era oficinista de comercio, de mi edad poco más o menos, y que poseía la moral más excelsa, el mejor corazón y la cabeza más clara y serena que he conocido en mi vida. Fue luego comerciante de categoría y desempeñó el cargo de

juez provincial. Nuestra amistad perduró sin interrupción hasta su muerte, pasados cuarenta años. Casi otro tanto siguió funcionando el Club porque era la mejor escuela de filosofía y de política de la provincia. Como los temas se anunciaban una semana antes de su debate, nos veíamos obligados a leer con atención todo lo que podía ilustrarnos acerca del tema en cuestión para poder defender mejor nuestros puntos de vista sin divagar. Allí adquirimos también mejores hábitos de conversación, nuestras normas impedían las actitudes desagradables y quizás en todo eso residiera el secreto de la duración del club, del que tendré más ocasiones de hablar. De momento, lo único que quiero hacer constar es el interés que tenía entonces el club para nosotros, ya que todos los que lo componían se esforzaban en buscarnos clientes. Sobre todo Breintnal nos proporcionó un encargo de los cuáqueros consistente en imprimir cuarenta hojas sobre su historia, encargando el resto de la obra a Keimer. El encargo llevaba mucho trabajo y estaba mal pagado. Se trataba de hojas tamaño folio de los llamados «propatria», en ciceros con notas de entredós. Yo componía a razón de una hoja diaria y Meredith se encargaba de la prensa. A veces nos daban las once de la noche y más, para acabar la distribución del trabajo del día siguiente. Los encargos de menor importancia que nos hacían nuestros amigos a veces nos retrasaban. Sin embargo, yo estaba tan decidido a mantener el ritmo de un folio diario, que cierta noche, después de componer las cajas y pensando que se había terminado la jornada, ocurrió que se rompió casualmente haciéndose polvo la composición, y no tuve más remedio que volver a componerlo de nuevo antes de acostarme.

Esta actividad, que era notoria entre el vecindario, nos hizo incrementar nuestra fama. Sobre todo, según me dijeron, se había hablado de nosotros en un club de comerciantes llamado el «Every Night Club»[6], diciendo algunos que terminaríamos mal al existir en la ciudad dos impresores más que eran Bradford y Keimer. El Dr. Baird (al que tú y yo vimos muchos años después en su lugar natal, St. Andrew, en Escocia), no compartía aquella opinión y dijo: «La laboriosidad de ese Franklin no la he visto jamás, le veo trabajando

por la noche cuando salgo del club y empieza el tajo cuando sus vecinos todavía están durmiendo». Ésto sorprendió a todos y no pasó mucho tiempo sin que uno de ellos se ofreciera a suministrarnos artículos de papelería, pero todavía no nos parecía oportuno abrir además una tienda.

Hablo intencionadamente de mi laboriosidad con cierta delectación y detalle que podrían sonar a vanagloria, para que sirva de lección a los que me lean en el futuro, ya que, a lo largo de estas páginas, verán el beneficioso efecto que esa virtud tuvo en mi vida.

George Webb, que encontró a una amiga que le prestó dinero con el que saldar sus cuentas con Keimer, vino a ofrecérsenos como ayudante. No pudimos darle empleo, pero cometí la ligereza de decirle en secreto que me proponía publicar un periódico y que entonces quizá le necesitara. Mis esperanzas de éxito, tal como le indiqué, se basaban en que el único periódico existente a la sazón lo editaba Bradford y no valía nada; estaba mal dirigido y era aburrido, a pesar de lo cual representaba un buen negocio, por lo que creía que un buen periódico no podía fracasar. Le pedí a Webb que no revelase este secreto, pero se lo contó a Keimer, que sin demora intentó ganarme por la mano, y dio a conocer sus intenciones de publicar un diario, en el que daría empleo a Webb. Me disgustó esta noticia y para contrarrestarla, visto que no podía llevar a cabo mi proyecto de inmediato, escribí algunos artículos para el periódico de Bradford, bajo el epígrafe de «El entrometido», que se continuaron durante meses por Brientnal. Fue un medio de atraer la atención de la gente hacia el periódico, y como en él ridiculizamos y nos burlamos de las propuestas de Keimer, nadie hizo caso de ellas. No cejó por eso Keimer, llegando a publicar el tal diario, que duró nueve meses con noventa suscriptores solamente, acabando por ofrecérmelo por una bagatela. Yo, que había estado trabajando a conciencia sobre este proyecto, no dudé en aceptarlo, y a los pocos años me resultaba enormemente rentable.

Veo que estoy hablando en primera persona a pesar de que nuestra sociedad continuaba, y quizás se deba a que toda la responsabili-

dad del negocio caía sobre mis espaldas. Meredith no tenía nada de compositor, en la prensa era mediano y casi siempre estaba bebido. Mis amigos se lamentaban de mi asociación con él y yo trataba de sacar el mejor partido posible de la situación.

Los primeros periódicos que publicamos resultaron algo totalmente inédito en la provincia por su tipografía y por su mejor impresión, pero algunos comentarios irónicos míos con ocasión de la polémica suscitada entre el gobernador Burnet y la Asamblea de Massachusetts, chocaron a algunas personas prominentes e hicieron que se hablara mucho sobre el periódico y su director, con el resultado de que a las pocas semanas todos eran suscriptores. Su ejemplo fue seguido por otros muchos y nuestra tirada aumentaba sin cesar. Fue uno de los buenos efectos de haber aprendido a escribir artículos periodísticos. Otra consecuencia fue que las fuerzas vivas, al darse cuenta de que el periódico pertenecía a alguien que sabía utilizar la pluma, se creyeron en el caso de mostrarse amables y de animarme. Bradford continuaba imprimiendo las notas y los textos legales, así como diversos impresos oficiales. Pero sucedió que habiendo impreso una comunicación de la Cámara al Gobernador de forma bastante burda, hubo de reimprimirse, siendo nosotros los encargados. Como lo hicimos con elegancia y corrección y enviamos un ejemplar a cada miembro de la Asamblea, fueron sensibles a la diferencia, lo que extendió nuestro favor allí, quedándonos con los contratos al año siguiente.

Entre las amistades que hice en la Cámara no puedo olvidar a Mr. Hamilton, ya mencionado, que había regresado por entonces de Inglaterra y tenía allí su escaño. Mostró gran interés por mí en aquella ocasión y después en muchas otras, sin que dejara de dispensarme su favor hasta su muerte.

Por entonces, Mr. Vernon me recordó la antigua deuda que teníamos aunque sin atosigarme. Le dirigí una carta hábil acusando recibo y solicitando una nueva tregua a su tolerancia, que me fue concedida. Tan pronto como pude le pagué la suma correspondien-

te más los intereses y le di mis más expresivas gracias con lo que aquel error quedó en cierto modo enmendado.

Surgió, no obstante, una nueva dificultad que no entraba en mis cálculos, y fue que el padre de Mr. Meredith, que se había comprometido a correr con los gastos de primer establecimiento de nuestra imprenta, según lo tratado, no estaba en condiciones de pagar más que cien libras en metálico que ya se habían gastado; seguían adeudándose, sin embargo, otras cien libras al proveedor y éste se impacientó ostensiblemente y nos demandó a todos. Presentamos la oportuna caución, pero estábamos convencidos que si no conseguíamos los fondos necesarios a tiempo nos veríamos ante los tribunales y quizá expuestos a una ejecutoria legal, con lo que nuestras esperanzadoras perspectivas se irían al traste al tener que vender nuestro equipo tal vez a mitad de precio y hacer frente a nuestras obligaciones. En tan azaroso trance acudieron en mi ayuda, por caminos diferentes, dos verdaderos amigos que jamás podré olvidar. No se conocían entre sí ni yo les había pedido nada y ambos me ofrecieron adelantar el dinero preciso para que yo me hiciera cargo de todo el negocio si ello era posible, porque consideraban desaconsejable mi sociedad con Meredith, que al decir de ellos era un borracho y un jugador notorio, a quien era fácil ver en todos los tugurios perjudicando con su conducta nuestro buen nombre. Aquellos dos amigos eran *William Colemann* y *Robert Grace*. Les indiqué que yo no podía plantear la disolución de la sociedad mientras hubiera esperanzas de que la familia Meredith cumpliera sus compromisos económicos, y que yo me sentía obligado con ellos por cuanto habían hecho conmigo y lo que sin duda harían, de serles posible. Les dije que si, de todos modos, no cumplían, se disolvería la sociedad y que entonces sería libre de aceptar su amistosa ayuda.

La cosa quedó en estos términos durante algún tiempo hasta que un día le dije a mi socio que su padre quizás estuviera descontento del papel que su hijo desempeñaba en aquel nuestro negocio y que en lugar de anticipar dinero a su hijo y a mí, tal vez prefiriera prestárselo sólo a su hijo, en cuyo caso debía decírmelo porque él se po-

día quedar con todo y yo me consideraría libre para seguir el negocio por mí mismo.

Me contestó que no; que ciertamente su padre estaba decepcionado pero que la realidad era que no podía afrontar el compromiso y que él no quería aumentar su disgusto. Añadió que siendo granjero pensaba que aquello no era para él, pues consideraba que había sido una tontería irse a la ciudad y con treinta años ponerse de aprendiz en un oficio. Me explicó que muchos de los galeses paisanos suyos iban a establecerse en Carolina del Norte, donde la tierra era barata, y que sentía deseos de irse con ellos y volver a su ocupación anterior. Dijo que no me sería difícil encontrar amigos que me ayudasen y acabó por proponerme que si me hacía cargo de las deudas de la sociedad, le devolvía a su padre las cien libras que había adelantado, pagaba sus pequeñas deudas personales, le daba treinta libras y una silla nueva para su caballo, cedería su parte, dejándome todo el negocio.

Acepté el trato y firmamos un documento que quedó registrado y sellado al punto. Le di lo que me pidió y se fue a Carolina, desde donde me envió al cabo de un año dos largas cartas con una excelente descripción, la mejor que yo conocía, sobre aquel país, su clima, sus tierras, sus razas ganaderas, etc., temas todos ellos en los que era muy ducho. Yo las publiqué en los periódicos, siendo muy bien recibidas por los lectores.

Apenas se hubo marchado, recurrí a mis dos nuevos amigos y como no quería darle preferencia a ninguno acepté la mitad de lo que cada uno me había ofrecido, puse el negocio a mi nombre, pagué las deudas de la compañía y di a conocer que la sociedad se había disuelto. Todo esto ocurrió en o hacia 1729.

Por aquella época la gente pedía insistentemente que se aumentara el papel-moneda, del que sólo había en la provincia un total de quince mil libras que pronto sería menos. Los ciudadanos ricos se oponían a que se aumentara el papel moneda, temiendo una desvaloración del dinero como había sucedido en Nueva Inglaterra, con los consiguientes perjuicios para los acreedores. Este tema fue discu-

tido en nuestro club «Junto» y yo me mostré partidario del aumento, convencido de que la pequeña cantidad de billetes impresos en 1723 había favorecido el comercio, el nivel de empleo y había contribuido a que creciera el número de habitantes de la provincia, como se podía advertir por el número de casas antiguas que estaban ocupadas y por el ritmo de construcción de viviendas. Yo recordaba, por contraste, que cuando por primera vez me pasee por las calles de Filadelfia comiéndome mi barra de pan, vi por doquier anuncios de «se alquila» en Walnut Street, entre Second Street y Front Street, así como en Chestnut Street y en otras, que más bien daban la impresión de que los ciudadanos estaban abandonando la ciudad.

Nuestros debates en torno a este asunto me obsesionaban tanto que edité y distribuí un opúsculo titulado «La naturaleza y necesidad del papel-moneda», que la gente corriente recibió bien. A los ricos, en cambio, no les gustó porque contribuyó a reforzar el deseo de que se incrementara el papel moneda. Como no había escritores entre ellos para defender su postura, perdieron terreno y la votación correspondiente en la Cámara. Mis amigos diputados pensaron que yo había hecho un buen servicio y decidieron recompensarme encargándome la impresión de los billetes, trabajo muy lucrativo que me vino muy bien. Otra ventaja derivada de mi facilidad para escribir.

La utilidad del nuevo papel moneda pronto quedó demostrada y no volvió a ponerse en tela de juicio, pronto alcanzó las 55.000 libras y en 1739 las 80.000 libras, para subir luego durante la guerra a las 350.000 libras. El comercio, la construcción y el número de habitantes creció durante ese período, aunque ahora opino que en esto del papel moneda existen límites y que si no se respetan pueden derivarse perjuicios.

A través de mi amigo Hamilton obtuve poco después la concesión para imprimir papel-moneda en New Castle, encargo que me parecía también muy ventajoso, dadas las modestas aspiraciones que yo tenía entonces, sobre todo por lo que tuvo de estímulo para mí.

Asimismo, Hamilton me proporcionó la edición de los textos legales y otros documentos del gobierno, que siempre conservé mientras estuve metido en este negocio.

Por fin abrí una pequeña tienda de papelería, donde tenía el mejor papel existente en el mercado. Mi amigo Breintnal me ayudaba en la tienda, donde vendíamos también libros, pergaminos y otros artículos. También empezó a trabajar un cajista llamado White Mash, a quien había conocido en Londres y que era un trabajador excelente. Como aprendiz tomé al hijo de Aquile Rose.

Pude ir devolviendo los préstamos que se me habían hecho para comprar la imprenta, poco a poco. Para reforzar mi crédito y mi nombre en el comercio me cuidé muy bien no sólo de ser laborioso y frugal de verdad, sino también de no aparentar otra cosa. Me vestía con sencillez y no me exhibía en lugares de diversión frívola. Jamás salí a pescar ni a cazar. Naturalmente, los libros no dejaban de robarme algún tiempo de trabajo, pero eso sucedía rara vez y, además, la lectura me ayudaba a descansar y no producía escándalo. Para demostrar que mi negocio no me había envanecido, a veces transportaba yo mismo en un carrito por la calle el papel que compraba en los almacenes. Con ello cimenté una buena fama de trabajador, buen pagador y asiduo en mis tareas. Mis relaciones con los abastecedores y libreros eran buenas y todo marchaba a plena satisfacción. Entretanto el crédito y el negocio de Keimer se resentía de día en día, hasta el punto de verse obligado a vender su casa para poder pagar a sus acreedores. Se marchó a Barbados y vivió allí algunos años muy pobremente.

Su aprendiz, David Harry, al que yo había enseñado cuando trabajamos juntos, se quedó con la imprenta después de comprar el equipo a Keimer. En un principio sentí inquietud por la competencia de Harry, debido a su valía y porque contaba con buenos colaboradores muy interesados en el negocio. Por eso decidí proponerle que nos asociáramos, cosa que rechazó con desprecio, por fortuna para mí. Era muy orgulloso, se vestía como un caballero, vivía a lo grande y salía a divertirse sin cesar, contrayendo numerosas deudas

y descuidando el negocio, con lo que perdió clientela hasta que se encontró parado y decidió seguir los pasos de Keimer, marchándose a Barbados y llevándose la imprenta con él. Allí el antaño aprendiz empleó a su antiguo patrón como ayudante, sucediéndose las disputas y continuando Harry retrasado en sus pagos para al final vender sus cosas y regresar a Pennsylvania y trabajar en el campo de nuevo. El nuevo comprador de la imprenta volvió a contratar a Keimer, pero falleció pocos años después.

No quedaba ningún otro impresor de la competencia en Filadelfia excepto el viejo Bradford, rico y desocupado, que sólo hacía encargos ocasionales para ir tirando, pero sin interés especial por incrementar sus negocios. No obstante, al mantener la contrata de Correos, se suponía que tenía mejores oportunidades de enterarse de lo que pasaba; su periódico tenía mas fama que el mío en cuanto a anuncios y consecuentemente hacía más dinero con publicidad que yo, pues aunque yo utilizaba el correo para mi distribución, el ascendiente de Bradford era mayor y lo que yo lograba era a base de sobornar a los postillones y mensajeros, que aceptaban a título privado los encargos míos. Pero Bradford les prohibió hacerlo, cosa que produjo en mí no poco resentimiento. Me pareció su actitud tan mezquina, que cuando me encontré después en situación de poder hacer lo que él había hecho, tuve el buen cuidado de no comportarme jamás como él.

Todo este tiempo vivía yo con Godfrey, que ocupaba parte de mi casa con su mujer y sus hijos, y que conservaba una parte del taller para cuidarse de su negocio de cristalero, al que no dedicaba demasiado tiempo por estar siempre enfrascado en las matemáticas. La señora Godfrey tenía proyectos casamenteros acerca de mí con la hija de un familiar suyo, y no perdió oportunidad alguna de hacer que nos viéramos hasta lograr por mi parte que la cortejase formalmente, ya que la muchacha realmente lo merecía. Sus padres me abrumaban con invitaciones a comer y facilitaban cualquier ocasión para que estuviésemos solos. La señora Godfrey se ofreció de intermediaria para que se llegase a un principio de acuerdo sobre la dote.

Le dije que estaría dispuesto a recibir en tal concepto lo que me quedaba de pagar por la imprenta, que, según mis cálculos, no pasaría de cien libras, a lo que se me contestó que no tenían aquel dinero. Le dije que podrían hipotecar en la oficina de préstamos su casa. Días después contestaron que el enlace no se aprobaba, pues según les había informado Bradford, la imprenta no era un negocio próspero; que los tipos se desgastarían pronto y que habría necesidad de reponerlos; que S. Keimer y D. Harry habían quebrado y que yo seguiría el mismo derrotero sin tardar mucho, por lo que, en definitiva, no se me concedería la mano de la hija ni se me abrirían más las puertas de su casa.

No supe a ciencia cierta si sus sentimientos hacia mí habían cambiado o si se trataba de una maniobra, porque creían que habíamos llegado demasiado lejos en nuestro afecto para dar marcha atrás, y que íbamos a forzar el matrimonio, con lo que ellos se encontrarían con las manos libres de hacer lo que quisieran en materia económica. En todo caso, yo tenía mis sospechas en este sentido y me molestó, por lo que corté la relación. La señora Godfrey trató después de dorarme la píldora contándome versiones favorables sobre este asunto y sugiriéndome la posibilidad de un reencuentro, pero yo me mostré irreductible en mi decisión de no tener más tratos con aquella familia. Los Godfrey se sintieron ofendidos con mi actitud hasta el punto de que rompimos nuestro contrato y finalmente se mudaron a otro sitio, con lo que yo me quedé con toda la casa, decidiendo no tomar más inquilinos. Con todo, este enojoso asunto había valido para que pensase en el matrimonio, por lo que empecé a fijar mi atención en posibles esposas. Pronto pude comprobar que el negocio de impresor no parecía considerarse como un buen partido para ninguna dama de las que yo podía desear. Pasaba el tiempo y mi pasión juvenil se manifestaba con creciente fuerza, llevándome a amoríos con diversas mujeres de no muy buena clase, con no pocos gastos e insatisfacciones por mi parte y con no menos temor de contraer alguna enfermedad infecciosa, cosa que me llenaba de terror y de la que felizmente me escapé.

Mantenía relaciones amistosas, como vecinos y viejos conocidos que éramos, con la familia de la señorita Read, que mantenía hacia mí el mismo afecto de los días en que me alojé en su casa. Me invitaban con frecuencia y me pedían consejos en materia de negocios, que algunas veces les fueron útiles. Sentía compasión por la desgraciada situación de su hija, que se mostraba deprimida, con escasos momentos de contento y que rehuía la compañía por sistema. A menudo me reprochaba yo mi ligereza e inconstancia durante mi estancia en Londres como causas de su desgracia, a pesar de que su madre, en su bondad, insistiera en achacarse el motivo, por no haber consentido en que nos casáramos antes de mi partida y permitir la boda de su hija después. Se reavivó nuestro cariño recíproco, pero menudeaban los obstáculos. Aquella unión suya se consideraba como nula, pues se decía que en Inglaterra vivía una anterior esposa, cosa nada fácil de probar a causa de la distancia. Se decía también que el marido había muerto, pero no se había comprobado este extremo. De todos modos, aunque huyera sido verdad, aquel hombre había dejado un sinnúmero de deudas que su sucesor debería pagar. No obstante, nos arriesgamos a afrontar esas dificultades y la tomé por esposa el día primero de septiembre de 1730, sin que surgiera después ninguna de las complicaciones que habíamos temido. Fue una compañera fiel y buena, me ayudó mucho y ambos nos esforzamos por hacernos recíprocamente felices. Así quedó enmendado otro de los errores de mi vida, de la mejor manera posible.

Por aquel entonces nuestro club se reunía no en una taberna sino en una pequeña habitación cedida por el señor Grace, y yo propuse que, como en los debates hacíamos frecuentemente referencia a nuestros libros, sería conveniente reunirlos todos en aquella habitación formando una biblioteca común que podríamos consultar durante los debates y estaría a la disposición de todos los socios. Así se acordó, llegando a cubrir una pared con los volúmenes que cada cual consideró pertinente llevar al club. No fueron tantos como esperábamos, y aunque nos resultaron muy útiles, la gente no los cui-

daba adecuadamente y al cabo de un año cada cual se volvió a llevar su aportación bibliográfica a su casa.

Estaba ya a punto de lanzarme a mi primer proyecto público: el de una biblioteca por suscripción. Redacté el proyecto de reglamento, lo hice copiar en limpio por nuestro gran escribano Brockden y lo puse en marcha con la ayuda de mis buenos amigos del «Junto», que me buscaron suscriptores en número de cincuenta, que pagarían cada uno cuarenta chelines al año para comenzar, y luego diez chelines al año durante cincuenta años, que era lo que nuestra compañía debía durar legalmente. Después el plazo fue alargado a cien años. Aquello constituyó el antecedente de todas las bibliotecas por suscripción de Norteamérica, que ahora se cuentan por docenas y que crecen sin cesar. Gracias a estas bibliotecas se ha incrementado el arte de conversar entre los americanos; se ha hecho que la gente del campo y del comercio hayan podido desarrollar su inteligencia y codearse con caballeros de cualquier otro país e incluso es posible que hayan influido no poco a impulsar la conciencia de las colonias en la defensa de sus privilegios.

Nota: Hasta aquí lo escrito no se propone más que lo indicado al comienzo y no contiene sino pequeñas anécdotas familiares sin interés general. A partir de este punto lo que se ha recopilado fue escrito muchos años después, cumpliendo lo aconsejado en estas cartas, y con el propósito deliberado de dirigirse al público. La interrupción que se produjo fue consecuencia de la Revolución.

(A continuación, siguen dos cartas recibidas por Franklin que, según él mismo explica, le impulsaron a continuar sus memorias, interrumpidas durante diez años).

Mi querido y honorable amigo:

Con frecuencia he sentido deseos de escribirle, pero me ha disuadido el temor de que la carta pudiera caer en manos de los ingleses y que un editor o cualquier mequetrefe publicara alguna parte de ella, con las consiguientes complicaciones y disgusto para nuestros amigos y reproches para mí mismo.

Desde entonces han llegado a mi poder, para mi gran contento, unas veintitrés hojas suyas, de su puño y letra, acerca de sus padres y de su vida, que dirigió a su hijo y que abarcan un período de su vida que finaliza en 1730. Con ellas venían unas notas, asimismo de su puño y letra, de las que le acompaño copia con la esperanza de que, si usted continuó su narración hasta una fecha posterior, pueda juntar la primera con la segunda parte de ella, y, si aún no la ha continuado, no la demore mucho. La vida es contingente tal como nos predican en la iglesia; si el amable, humano y benévolo Ben Franklin privara al mundo y a sus amigos de relato tan útil como entretenido, ¿qué excusa podría darse a tantos presuntos millones de lectores?

La influencia que ejercen sobre la juventud los escritos de esta naturaleza es enorme, como se deduce de lo que ha ocurrido con el *Diario*. Casi sin notarlo lleva a los jóvenes a decidirse en su fuero interno a seguir la senda del bien y la fama que siguió el narrador. Por eso, cuando se publiquen sus cuartillas inducirán como estoy seguro que harán a nuestra juventud a emular la laboriosidad y la templanza de los años mozos de su autor. ¡Qué beneficiosa sería la obra de usted para los jóvenes! No conozco a ningún personaje vivo, ni siquiera a un grupo de ellos, que pueda, como usted, imbuir en la juventud americana el espíritu de trabajo, el temprano interés por los negocios, la frugalidad y la templanza. Y no es que me niegue a admitir que su obra pueda tener otro mérito y utilidad para la humanidad, muy al contrario, pero su primer mérito y utilidad supera con mucho a todos los demás…

Confío en que no precisaré disculparme ante mi buen amigo por haber atraído a colación estas cosas, convencido como estoy de que le gusta esforzarse por causas nobles.

(firmado) Abel James

Esta carta y las minutas que figuraban como anexo le fueron mostradas a un amigo. Recibí de él la siguiente respuesta:

París, 31 de enero de 1783

Mi muy querido amigo:

Cuando terminé de leer minuciosamente las cuartillas donde se relatan los acontecimientos de su vida que su amigo cuáquero ha salvado del olvido, le dije que le enviaría una carta explicándole los motivos que a mi juicio hacían útil que se completaran y publicaran. Razones de diversa índole han ido impidiendo que terminara esta carta y, sinceramente, no sé si valdrá la pena haberse hecho esperar tanto. De todos modos, al disponer ahora de la tranquilidad necesaria, lo hago para, al menos, entretenerme e instruirme a mí mismo; pero como tengo tendencia a utilizar términos que pueden producir disgusto a personas de su calidad, me limitaré a decirle lo que hubiera dicho a cualquiera otra persona semejante a usted, pero menos tímida. Le diría simplemente: señor mío, le pido el relato de su vida por lo siguiente: porque su historia personal es tan singular que si no la da a conocer habrá otro que lo haga, con lo que tal vez se produzca tanto perjuicio como beneficio se haría con la suya; a mayor abundamiento, porque serviría para dar una gráfica descripción de las cualidades de su país, con los consiguientes buenos resultados en cuanto al posible interés de presuntos colonizadores, de acendradas virtudes y espíritu valeroso. Considerando, por lo demás, la avidez con que se busca ese tipo de información, así como lo extendido de la fama de usted, no veo que haya otro medio publicitario más eficaz que el de su propia vida. Cuanto le ha acontecido es de aplicación a todos los que tratan de elevarse, punto en el que no creo que los escritos de César o de Tácito sean más interesantes que los de usted para quien quiera juzgar a la sociedad y a la naturaleza humanas. Pero, señor mío, éstas son razones de importancia secundaria, en mi opinión, si se las compara con el efecto que el relato de su experiencia puede tener en la formación de futuros grandes hombres. Dicho relato, junto con su trabajo «El arte de la virtud» (que se propone publicar) contribuirá a perfeccionar los rasgos personales del carácter de muchas personas y, consiguientemente, a crear una mayor felicidad tanto a nivel público como a nivel priva-

do. Las dos obras de usted a que aludo servirán, señor, de norma y ejemplo de autoeducación. La escuela y otras instituciones didácticas suelen basarse en principios equivocados, y funcionan dentro de un torpe mecanismo casi siempre orientado a metas equívocas. Su dispositivo, empero, es bien simple y el objetivo totalmente acertado, y mientras los padres y los jóvenes se vean desprovistos de otros medios para prepararles para la vida, el hallazgo de usted de que en la práctica el secreto reside en la capacidad de uno mismo, es de enorme valor. La influencia que se puede ejercer en el carácter de una persona de edad madura es de poca transcendencia; en la juventud es cuando se configuran nuestros hábitos y perjuicios más radicales, cuando se fija nuestra vocación profesional, nuestras inclinaciones y se decide nuestro matrimonio. En definitiva, cuando se es joven se fija el rumbo, se recibe la educación que va a valernos hasta la generación siguiente; se fija nuestra personalidad hacia adentro y hacia la sociedad. Como nuestra vida se edifica sobre esa juventud, lo que ella nos marque es lo que seremos durante toda nuestra existencia. Pero es que su autobiografía no ha de servir solamente para los autodidactas, sino como educación del hombre prudente, que aprenderá y mejorará su personalidad con el ejemplo de la conducta de otro hombre prudente y discreto. Tampoco tenemos por qué privar al débil de carácter del beneficio de poder aprender de otros la fortaleza, sobre todo si tenemos en cuenta los errores que la humanidad ha cometido por falta de guía, en toda su historia. Por eso, señor mío, no dudo en exhortarle a que enseñe a los demás lo mucho que se puede hacer y que se lo enseñe tanto a los padres como a los hijos, invitando a todos los hombres discretos y a los demás a parecerse a usted. Cuando vemos lo crueles que pueden ser los estadistas y los guerreros para con la humanidad y lo absurdo de la conducta de personas muy distinguidas para con su prójimo, no cabe duda de que resultará de lo más aleccionador ver muchos ejemplos de procederes pacíficos y ecuánimes, y sacar la consecuencia de que ser grande, civilizado y envidiable es perfectamente compatible con la hombría de bien y el buen humor.

Los pequeños incidentes que usted haya de relatar también resultarán útiles, ya que todos precisamos fundamentalmente normas de prudencia en nuestros más corrientes trances y la forma en que usted se comportó frente a ellos ha de resultar de lo más interesante. Puede dar, en cierta medida, una especie de clave de la vida, servir para explicar muchas cosas que gran cantidad de hombres debieron haberse explicado a sí mismos alguna vez, y ofrecerles la oportunidad de alcanzar la sabiduría y la clarividencia. Lo más parecido a la experiencia propia es ver revestida de interés la de aquellos que han sabido desenvolverse bien en condiciones similares a las nuestras; eso es lo que la pluma de usted puede brindar; estoy convencido de que las cosas que nos parecen más simples las mostrará usted con gran originalidad, igual que si se tratara de temas políticos o filosóficos importantes. En definitiva, ¿qué cosa más importante puede haber que la propia vida, incluidos sus errores?

Han existido hombres de una virtud ciega, otros que se han perdido en especulaciones mentales y otros que han procedido con astucia, pero para el mal. En cambio usted, señor mío, sabe enseñar en cada momento lo que resulta bueno, práctico e inteligente. Su autobiografía (y supongo que el cuadro que estoy trazando del Dr. Franklin no es sólo de los rasgos de su carácter, sino también de su historia personal), deja bien claro que no ha sentido usted vergüenza de sus humildes orígenes, cosa tanto más importante cuanto que prueba lo poco que importan los orígenes para alcanzar la felicidad, la virtud y la grandeza. Como no hay fin sin medios, se ve por sus escritos cómo fue capaz de trazarse un plan antes de fijar sus objetivos. Y al propio tiempo podemos ver que, aun cuando el acontecimiento sea halagador, los medios son todo lo sencillos que la prudencia y la discreción dicta, es decir, los que aconseja la naturaleza, la reflexión y la costumbre, mostrará usted también que la virtud de saber esperar el momento oportuno es importante para alcanzar el éxito en el gran teatro del mundo. Como nuestras sensaciones se fijan fundamentalmente en el presente, tendemos a olvidamos de que a cada instante forzosamente le han de seguir otros, de suerte que

hemos de cuidarnos de acomodar nuestra conducta a todo el transcurrir de una vida. Usted parece que ha sabido aplicar con oportunidad sus saberes a cada momento de su vida llenándola de contenido y sano goce, en lugar de dejarse atormentar con estupideces, impaciencias o remordimientos. Eso es algo que puede resultar fácil a quienes han llegado a adquirir la imperturbabilidad que aprendieron de los grandes hombres, que muchas veces se caracterizan precisamente por su paciencia. Su corresponsal cuáquero (de nuevo doy por sentado que ésta mi carta retrata bien al Dr. Franklin) alababa mucho la sobriedad de usted, así como su diligencia y su templanza, que consideraba modélicas para la juventud. Resulta curioso que se haya olvidado de su modestia y su desinterés, sin los cuales le habría sido imposible haber sabido esperar su triunfo ni haberse sentido cómodo esperándolo, lo cual es una gran lección que muestra la mezquindad de la gloria y la importancia de saber controlar nuestra mente. Si este corresponsal hubiese conocido la reputación de usted tan bien como yo la conozco, hubiera dicho que los primeros escritos y acciones de usted garantizaban el interés por su «Biografía» y por «El arte de la virtud», y que, a su vez, estas dos obras atraerían la atención general hacia aquellos escritos y acciones. Es ésta una gran ventaja de los personajes multiformes, que sirve para realzar todos sus atributos, y que es tanto más útil cuanto que son muchas las personas que no aciertan a encontrar los medios para perfeccionar su inteligencia y su personalidad aunque no les falte la decisión de hacerlo. Una última reflexión, señor, mostrará la utilidad didáctica de su vida simplemente por ser una mera biografía. Su estilo literario puede parecer pasado de moda y, sin embargo, es muy aleccionador, sobre todo si se compara con el de muchos intrigantes y figurones, con el de bastantes personajes monásticos atormentados y con el de vacuos literatos. Y si animara a que se escribieran otras obras de este estilo e impulsara a que hubiera más personas que viviesen vidas dignas de escribirse, su biografía sería más valiosa que todas las «Vidas paralelas» de Plutarco juntas. Pues bien: cansado como me encuentro de imaginarme y representarme a un personaje ideal, cada rasgo del cual sólo corresponde a una persona en el mun-

do sin alabarla por ello, va siendo hora de que concluya mi carta, querido Dr. Franklin, apelando a su propia personalidad. En consecuencia, deseo de todo corazón que haga patentes al mundo los auténticos rasgos de su personalidad, para que no puedan los demás caer en la tentación de deformarlos o calumniarlos. Teniendo en cuenta su edad, su prudencia y su peculiar forma de pensar, no es probable que nadie que no sea usted conozca suficientemente los hechos de su vida o las intenciones de su mente. Y además de todo lo anterior, la tremenda revolución que estamos viviendo en estos momentos servirá para que fijemos la atención en el autor de esa biografía. Una biografía que pretende que se han seguido principios virtuosos debe demostrar que, efectivamente, así fue. Como es indudable que la personalidad de usted será la que más se analizará, es justo y conveniente (incluso pensando en los efectos que pueda tener en su extenso país que está surgiendo, y también en Europa e Inglaterra), que aparezca respetable y eterna. He mantenido siempre que, para promover la felicidad humana, es preciso demostrar que el hombre no es, ni siquiera en nuestros tiempos, un animal abyecto; y aún es más necesario probar que dirigirle bien puede perfeccionar grandemente un ser. Por eso mismo aspiro con todas mis fuerzas a ver cómo se llega a admitir como algo axiomático que existen buenas personas en la especie humana; pues en el momento en que todos los humanos pensaran que no había salvación para el hombre, se caería en la más profunda desesperación, y todos optarían por pescar en el río revuelto de la vida, sin otra mira que su propio egoísmo. Emprenda cuanto antes, señor mío, la tarea que le pido. Muéstrese como bueno puesto que lo es; lleno de templanza, puesto que la tiene; y, sobre todo, demuestre que usted es una persona que desde la infancia ha amado la justicia, la libertad y la concordia y que ese amor ha hecho que, de forma natural y coherente, actuara usted como le hemos visto hacerlo en los últimos diecisiete años de su vida; consiga hacerse no sólo respetar sino querer de los ingleses. Cuando piensen favorablemente de los individuos de la patria de usted, estarán más próximos a creer en esa patria; y cuando sus paisanos se aperciban del buen concepto en que les tienen los in-

gleses, también se sentirán mejor dispuestos a pensar bien de ellos. Difunda más aún sus opiniones; no se detenga en la frontera de aquellos que hablan inglés, sino que, dado que usted ha sentado tantos principios respecto a la naturaleza y la política humanas, trate de mejorar a toda la humanidad. Como no he llegado a leer nada de la biografía en cuestión y sólo conozco a quien la vivió, hablo un poco por presunciones, lo cual no me impide estar seguro de que la vida y el libro a que me estoy refiriendo («El arte de la virtud»), colmarán todos mis anhelos, máxime si usted se decide a acomodarlos a las opiniones que he intentado expresar. Si, a pesar de ello, no resultaran tan satisfactorias como desea éste su fanático admirador, al menos habrá logrado usted reunir unos escritos qué interesarán a todos los humanos, lo cual ya es bastante para realzar lo que de noble hay en el hombre, que, de otro modo, está abocado a las tinieblas con que le acosan la inquietud y el dolor. En esta esperanza y en la confianza de que sabrá usted prestar oídos a ésta mi súplica, le ruego se sirva aceptarme como su más atto. s. s., etc.

Firmado: Benj. VAUGHAM

Continuación del relato de mi vida, comenzando en Passy, 1784.

Ha transcurrido algún tiempo desde que recibí las cartas anteriores y no he podido dar satisfacción a lo que en ellas se me pedía por culpa de mi exceso de trabajo. Por otro lado, si hubiera estado en casa con mis papeles para ayudar a la memoria, podría haber sido más fácil, pero mi regreso es problemático y, como ahora dispongo de algún tiempo de ocio, voy a tratar de recopilar datos y fechas y escribir lo que pueda. Si vivo para volver a casa, podré entonces hacer las correcciones necesarias.

Como no tengo ningún ejemplar aquí de lo que he escrito antes, no recuerdo si me he referido ya a cómo me las arreglé para abrir la primera biblioteca pública de Filadelfia, que con tan humildes comienzos se ha desarrollado de forma tan considerable, aunque sí recuerdo haber narrado lo que hice hasta aproximadamente 1730, año de aquel hecho. Por consiguiente, comenzaré mi recopilación a

partir de ese momento, debiendo desecharse cuanto haya podido contar ya.

En aquel entonces, cuando me establecí en Pennsylvania, no existía ninguna buena librería en ninguna de las colonias al sur de Boston. Por supuesto que en Nueva York y Filadelfia los impresores se ocupaban también del negocio de la papelería, pero sólo vendían papel, almanaques, coplas y romances y algunos libros corrientes de texto. Los que amaban la lectura no tenían más remedio que pedir sus libros a Inglaterra. Los socios del «Junto» tenían los suyos propios, que no eran muchos. Habíamos dejado la cervecería donde nos reuníamos y habíamos alquilado una habitación para nuestras juntas y entonces propuse que lleváramos libros a dicha habitación no sólo para facilitar las consultas que suscitasen nuestras reuniones, sino para que todos nosotros pudiéramos llevarnos a casa, con entera libertad, los que deseáramos. Así se hizo para satisfacción de todos, pero sólo por algún tiempo. De ahí, visto el servicio que prestaba, surgió la idea de crear una biblioteca pública de suscriptores. Confeccioné los estatutos con la valiosa ayuda de un técnico en la materia, Mr. Charles Brockden, fijándose las cuotas anuales para la compra de los primeros libros y para futuras adquisiciones. No pudo incrementarse mucho la biblioteca en sus comienzos, pues el número de lectores era limitado y de pocos recursos. En conjunto no pasaron de cincuenta lectores los que pude alistar con gran trabajo, en su mayoría jóvenes que trabajaban en el comercio y que pagaban cuarenta chelines por cabeza por suscribirse, más diez chelines en concepto de cuota anual. Con esos pequeños ingresos empezamos a importar libros. Se abría la biblioteca una vez por semana y se distribuían los préstamos de libros con recibos, comprometiéndose el usuario a pagar el doble si no los devolvía a tiempo. Esta biblioteca resultó un éxito y fue copiada en otra ciudades y provincias. Las donaciones enriquecían los fondos bibliográficos y en suma se puso de moda leer. Como, por otra parte, no abundaban los espectáculos, la lectura era un recurso, de suerte que en pocos años nos considera-

ban los forasteros gente más instruida y culta que la de nuestro nivel social de otros países.

Cuando estábamos a punto de firmar los artículos a que antes he hecho referencia, que para nosotros y nuestros herederos eran vinculantes por espacio de cincuenta años, Mr. Brockden, el escribano, nos dijo que aun siendo jóvenes, teníamos pocas posibilidades de vivir para ver el término del plazo legal establecido. Se equivocó, puesto que buena parte de nosotros estamos vivos aún, pero el documento redactado quedó sin valor a los pocos años, al redactarse unos estatutos por los que se daba a la compañía carácter perpetuo.

Las objeciones y reservas con que tropecé al solicitar suscripciones me hicieron ver muy pronto lo erróneo de aparecer como promotor de un proyecto útil del que cabía esperar una cierta fama, en vista de lo cual me dispuse a quedar en un segundo plano, presentándolo como idea de «un grupo de amigos» que me habían pedido que hiciera algo en favor de los amantes de la lectura. De esta forma las cosas rodaron más suavemente, con lo que yo me di cuenta de las ventajas que la nueva estrategia presentaba, que luego he puesto repetidamente en práctica, con éxito, y que les recomiendo encarecidamente. A veces un ligero sacrificio de la vanidad personal y dejar que los demás se adornen con plumas ajenas, compensa a la hora de buscar resultados prácticos. Además, el mecanismo de la propia envidia hará que esas plumas vuelvan a su legítimo propietario.

Con la biblioteca conseguí no sólo realizar un servicio público, sino incrementar mis conocimientos. Cada día dedicaba una o dos horas al estudio, con las consiguientes ventajas en cuanto a compensar la falta de aquella instrucción que mi padre pensó un día en darme. Leer era, además, el único entretenimiento que yo me permitía, ya que no frecuentaba tabernas, ni ligaba, ni me dedicaba a otras frivolidades. El negocio me seguía exigiendo que me dedicara a él con toda diligencia, ya que estaba todavía en deuda por la imprenta, tendría pronto unos hijos que educar y había de enfrentarme con dos competidores que se habían establecido antes que yo. Pero mi situación iba mejorando; las costumbres frugales continuaban sien-

do mi norma de vida, conforme con los consejos que mi padre me daba de pequeño y aquel proverbio de Salomón que solía repetirme: «Aquel que es diligente en su vocación será presentado ante los reyes y no ante los hombres mezquinos». Desde entonces vi en la diligencia y laboriosidad un medio idóneo de alcanzar riqueza y distinción, aunque no aspiraba a ser recibido exactamente por reyes, cosa que luego resultó ser cierta, ya que me han recibido nada menos que cinco e incluso me he sentado con el de Dinamarca, como su invitado, a cenar.

Existe un proverbio inglés que dice:

Quien quiera medrar

que consulte a su mujer.

Tuve da suerte de que la mía fuera tan laboriosa y tan frugal como yo. Me ayudaba, llena de alegría, en mi negocio, doblaba y juntaba los cuadernillos, atendía la tienda, compraba trapos viejos para los fabricantes de papel, etc. No empleamos a ningún doméstico inútil. Nuestra mesa era sencilla y el mobiliario de nuestro hogar de lo más barato. Mi desayuno, por ejemplo, consistió durante bastante tiempo en pan y leche (nunca té), servido en un cuenco de barro de dos peniques, con una cuchara de un penique. Nótese, no obstante, cómo el lujo puede meterse de rondón en las familias a pesar de sus principios. Cierta mañana avisan para desayunar y me encuentro con una taza de porcelana y una cuchara de plata que mi mujer, sin consultarme, había comprado por la enorme cantidad de veintitrés chelines, con la única excusa de que *su* marido merecía comer con cuchara de plata y con un servicio de china como lo hacían todos nuestros vecinos. Esta fue la primera vez que la plata la porcelana entraron en nuestra casa; luego siguieron haciéndolo, a medida que nuestras posibilidades aumentaban, hasta que alcanzaron en conjunto y gradualmente un valor de varios cientos de libras.

Mi educación religiosa había sido presbiteriana y aunque algunos de sus dogmas, tales como los mandamientos de Dios, el de que hay elegidos y réprobos, etc., me parecían incomprensibles y otros dudosos, y no me dejaba ver casi nunca en los cultos públicos dominicales de la secta, porque dedicaba ese día libre a leer, siempre tuve ciertos principios religiosos. No dudé jamás, por ejemplo, de la existencia de la Divinidad como principio creador del mundo y de la Providencia que lo gobernaba. Siempre creí que lo mejor para servir a Dios era hacer el bien al prójimo; que nuestra alma es inmortal, que el mal se castiga y la virtud se premia o aquí o en el más allá. Para mí ésos eran los principios básicos de toda religión, y como se encontraban en todos los credos religiosos de nuestro país, yo los respetaba pero no a todos lo mismo, porque me daba cuenta de que estaban mezclados con otras normas que no inspiraban, promovían o reforzaban moralidad alguna, ya que sólo servían para dividimos y enemistarnos unos con otros. Este respeto y mi opinión de que hasta en lo peor se puede encontrar algo bueno, me movió siempre a evitar decir nada que pudiera menoscabar el buen concepto que otra persona tuviera de su religión, y como a nuestra provincia llegaba cada vez más gente y no cesaban de necesitarse y erigirse iglesias y lugares de culto por colecta, nunca me negué a contribuir con mi óbolo, sin fijarme de qué secta se trataba.

A pesar de que rara vez asistía a cultos públicos, yo no dejaba de admitir su utilidad cuando se hacían con propiedad y nunca dejé de pagar mi contribución anual para sostener al único ministro presbiteriano que teníamos en Filadelfia. A veces me visitaba como amigo y me amonestaba por no asistir a la iglesia, lo que de vez en cuando hacía, incluso en cierta ocasión por espacio de cinco domingos consecutivos. Si hubiera sido, en mi opinión, aquel ministro un buen predicador, quizás hubiera seguido acudiendo al culto, a pesar de mis estudios dominicales, pero sus sermones eran, sobre todo, o polémicos o explicativos de las doctrinas características de nuestra secta, y me resultaban excesivamente áridos, faltos de interés y poco edificantes al no inculcar principio moral alguno, pues parecía que

se orientaban más a hacernos presbiterianos que buenos ciudadanos. En una ocasión tomó como tema de su plática el versículo del capítulo cuarto de las cartas a los Filipenses, que dice: «Por lo demás, hermanos, atended a cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso y de digno de alabanza, a eso estad atentos»[7]. Yo imaginaba que con semejante texto no podría faltar alguna lección moral, pero me equivoqué porque continuó enumerando los cinco puntos de la apostólica epístola, a saber: 1.°) Observad la fiesta del domingo. 2.°) Leer con diligencia las Sagradas Escrituras. 3.°) Asistir a los cultos públicos. 4.°) Recibir los Sacramentos. 5.°) Otorgar el debido respeto a los ministros del Señor. Puede que todos esos preceptos fueran muy santos y muy buenos, pero como no eran lo que yo esperaba del texto, desesperé de encontrar tales enseñanzas en aquellos sermones y dejé de asistir. Años atrás, en 1728, había yo redactado una pequeña obra litúrgica o plegaria para mi uso personal, que se titulaba *Artículos de fe y actos religiosos*. Volví a usarla y nunca más volví a la iglesia. No niego que se me pueda reprochar tal decisión, pero es algo en lo que no entro, pues lo que ahora me propongo es relatar los hechos y no disculparme por ellos.

También fue por aquel entonces cuando concebí el osado y difícil proyecto de llegar a la perfección moral. Deseaba vivir sin cometer nunca falta alguna y estaba dispuesto a aprovechar todo lo que la naturaleza, la costumbre y la amistad pudieran proporcionarme para ello. Como yo sabía o creía saber lo que era bueno o malo, no veía razón ninguna para hacer aquello *siempre* y evitar esto. Pronto vi lo difícil de mi empeño porque mientras mi atención se concentraba tratando de defenderme contra una falta, me veía sorprendido por otra. El hábito se aprovechaba de la falta de atención, y la inclinación natural con frecuencia triunfaba sobre la razón. Acabé por admitir que el puro deseo teórico de practicar la virtud no era suficiente para evitar que tropezásemos, y que había que romper con los malos viejos hábitos y adquirir otros buenos para que pudiése-

mos confiar en una rectitud de conducta uniforme y duradera. A este fin me apliqué basándome en el método que voy a explicar.

De las diversas listas de virtudes morales con que me había tropezado en mis lecturas saqué en consecuencia que con diversas palabras y diverso número de prácticas todos venían a decir lo mismo. La templanza, por ejemplo, unos la reducían a la comida y la bebida, mientras que otros la entendían como moderación en todos los placeres, apetitos, inclinaciones o pasiones, fueran mentales o físicos, incluyendo entre ellos a la avaricia y a la ambición. Yo me propuse, sólo por aclarar conceptos, alargar la lista de nombres cada uno con unos pocos conceptos, en lugar de utilizar unos pocos nombres y muchos conceptos. Coloqué bajo el nombre de trece virtudes todo cuanto de deseable o necesario se me ocurrió entonces, y añadí a cada virtud un corto precepto que aclaraba totalmente la extensión que yo daba a su significado.

Estas eran las virtudes y preceptos:

1. *Templanza*.No comer hasta sentirse torpe. No beber hasta achisparse.

2. *Silencio*.Hablar sólo cuando favorezca a los demás o a uno mismo. Evitar conversaciones baladíes.

3. *Orden*.Cada cosa en su sitio. Que cada parte de nuestros negocios tenga su tiempo de hacerse.

4. *Decisión*.Decidir hacer lo que se debe hacer. Hacer sin desmayo lo que se ha decidido.

5. *Frugalidad*.No gastar sino en lo que beneficie a los demás o a nosotros, es decir, no desperdiciar nada.

6. *Laboriosidad*.No perder tiempo. Emplearse siempre en quehaceres útiles. Cortar todas las acciones innecesarias.

7. *Sinceridad*.No causar daño engañando. Pensar con justicia e inocencia y, si hablamos, hacerlo en consecuencia.

8. *Justicia*.No hacer daño a nadie con injurias y no dejar de hacer las buenas acciones que tenemos la obligación de realizar.

9. *Moderación*.Evitar los extremismos. Abstente de sentirte agraviado por las injurias que te hagan, por más que creas que tienes razón para ello.

10. *Limpieza*.No consentir la falta de limpieza en el cuerpo, la ropa o la casa.

11. *Tranquilidad*.No dejarse perturbar por banalidades o por accidentes normales o inevitables.

12. *Castidad*.Usar pocas veces del sexo como no sea por razones de salud o para perpetuar la especie, y nunca hasta el extremo de que produzca debilitamiento físico o mental o menoscabo de la tranquilidad o el buen nombre de uno mismo o de los demás.

13. *Humildad*.Imitar a Jesucristo y a Sócrates.

Yo me proponía adquirir el *hábito* de estas virtudes y para ello juzgué necesario no dispersarme tratando de alcanzarlas todas a la vez, sino una a una, convencido de que al lograr algunas se haría más fácil llegar a poseer las demás. Por eso comencé con la *templanza*, pues tiene una amplia aplicación en todo y nos procura la serenidad y la claridad de juicio, tan necesarias para mantenernos vigilantes en todo momento contra la vuelta a los malos hábitos y a las tentaciones. Una vez afianzado en la templanza, sería más fácil conseguir la virtud del *silencio*. Como yo deseaba incrementar mi saber al tiempo que mejoraba en virtud, como pensaba que en la conversación es más necesario saber escuchar que hablar y, en consecuencia, quería perder la costumbre que estaba adquiriendo de charlotear sin parar, de hacer juegos de palabras y de abusar de los chistes, cosas buenas sólo para compañías intranscendentes, puse la virtud del silencio en segundo lugar. Con este buen hábito y el siguiente, que era el *orden*, esperaba yo obtener una mejor economía del tiempo que me sería útil para mi perfeccionamiento moral y para mis estudios. Luego lucharía por lograr hacer habitual en mí la *decisión*, con la cual sería posible la firmeza necesaria para lograr otras virtudes; la *frugalidad* y la *laboriosidad* me liberarían de lo que restaba de mi deuda y me aportarían holgura e independencia, con las cuales resultaría más fácil practicar la *sinceridad* y la *justicia*; y así sucesiva-

mente… Considerando que el examen diario de conciencia estaría en armonía con el consejo que Pitágoras nos legó en versos de oro, ideé el siguiente método para efectuar dicho examen.

Me hice un librito en el que dediqué una página a cada una de estas virtudes, y reglé, con tinta roja, siete columnas en cada página, de suerte que cada día de la semana tuviera su correspondiente columna, y en la parte superior de cada columna marqué con una letra cada día de la semana. Las columnas las crucé con líneas horizontales rojas y al comienzo de cada espacio horizontal escribí la primera letra de una de las virtudes. A lo largo de este espacio horizontal dedicado a una virtud, y en la columna correspondiente a cada día, iría marcando con un pequeño punto negro cada una de las faltas que, tras el diario examen de conciencia, viera que había cometido contra dicha virtud en aquella fecha.

Me propuse dedicar especialmente cada semana a una virtud diferente. Así, en mi primera semana puse especial cuidado en no cometer falta alguna contra la templanza, sin hacer hincapié especial en las demás, marcando por la noche, eso sí, las faltas en las que pudiera haber incurrido aquel día. Si, por ejemplo, al final de esa primera semana lograba que en la primera línea, dedicada a la letra «T», no apareciera ningún punto negro, juzgaba que el habito de aquella virtud se había afianzado y su vicio correspondiente debilitado, por lo que a la semana siguiente podía aventurarme a dedicar mi atención a la siguiente virtud, esforzándome porque, en esa semana, en los espacios de arriba no hubiera ningún punto negro. Siguiendo este procedimiento hasta repasar la lista de las virtudes, terminaba el ciclo completo en trece semanas, que podía repetir cuatro veces al año. Y de igual manera que quien quiere limpiar de malas hierbas un jardín no trata de arrancarlas todas al tiempo, porque la tarea sería superior a sus fuerzas, sino que limpia un macizo y luego otro hasta terminar con todos, así yo tendría el placer y el estímulo (por lo menos ésa era mi esperanza) de observar cómo los puntos negros iban desapareciendo de mis recuadros hasta que al final de mis ejer-

cicios morales las columnas se verían limpias de faltas después de trece semanas de examen diario de conciencia.

	TEMPLANZA						
	No comer hasta sentirse torpe *No beber hasta achisparse*						
	L	M	M	J	V	S	D
T							
S	X				X		XX
O	X	X	X	X	X		
D			X		X		
F		X					
L							
S							
J							
M							
L							
T							
C							
H							

La leyenda que encabezaba mi libro de ejercicio de virtudes estaba sacada del *Catón* de Addison y rezaba así:

Mi tesis es ésta: Si hay un poder sobre nosotros (y lo hay puesto que la naturaleza lo proclama bien alto en sus obras), debe complacerse en la virtud, y quien le complazca se sentirá sin duda feliz.

También incluí una cita de Cicerón:

O vitae philosophia dux! O virtutum indagatrix, expultrixque vitorum! Unus dies bene et ex preceptis tuis actus, peccanti inmortalitati est anteponendus.

Y otra más de los proverbios de Salomón que alude a la sabiduría y a la virtud y que dice:

«Lleva en su diestra la longevidad y en su siniestra riqueza y los honores»… «Sus caminos son caminos deleitosos y son paz toda su senda»[8] (III, 16, 7). Confiado en que Dios es la fuente de toda sabiduría, pensé que era justo y necesario pedir su ayuda para obtenerla y, a tal fin, compuse la siguiente oración, que coloqué delante de mis tablas de examen de conciencia para recitarla todos los días:

¡Oh Bondad Todopoderosa, oh Padre magnánimo, oh Señor misericordioso! Aumenta mi inteligencia para que pueda descubrir cuáles son mis verdaderos intereses, fortalece mi voluntad para poder hacer lo que mi inteligencia me dicte. Acepta mis buenas obras para con tus otros hijos, que son la única forma que está a mi alcance de corresponder los continuos favores que me dispensas.

También utilizaba de vez en cuanto otra oración extraída de los *Poemas* de Thomson:

Señor de la luz y de la vida, suprema Bondad

Enséñame el bien, muéstrate a mí

Sálvame de la vanidad, el error y el vicio

Protégeme de toda mezquindad. Llena mi alma

con el conocimiento, la paz consciente y la virtud pura,

eterna, sagrada y sublime bienaventuranza.

El precepto del orden exigía que *cada parte de mi quehacer encontrara su momento preciso*. Por eso, una página de mi librito contenía el siguiente plan para que las veinticuatro horas del día tuvieran su ocupación.

Pregunta matutina: ¿Qué haré hoy?	5	Levantarme, lavarme, rezar la plegaria de «*Oh Bondad Todopoderosa*», planear mi trabajo diario; tomar las decisiones que me correspondían aquel día, proseguir el estudio que tuviera entre manos y desayunar.
	6	
	7	
	8	TRABAJAR.
	9	
	10	
	11	
	12	Leer, revisar mis cuentas y comer.
	1	
	2	TRABAJAR.
	3	
	4	
	5	
	6	Ordenar las cosas, cenar, música o diversión o conversar. Examen de lo hecho en la jornada.
	7	
	8	
Pregunta vespertina: ¿Qué cosas buenas he hecho hoy?	9	
	10	DORMIR.
	11	
	12	
	1	
	2	
	3	
	4	

Comencé a poner en práctica mi plan para examinar ni conducta, y salvo breves intervalos, lo seguí durante algún tiempo. No me dejó de sorprender el gran número de faltas que descubrí en mí, si bien me cupo la satisfacción de constatar que ese número fue disminuyendo con el tiempo. Para evitarme la molestia de renovar mi librito de vez en cuando, o de tener que borrar las marcas de las faltas y hacer sitio para otras anotaciones, porque a fuerza de borrar se me hacían agujeros en el papel, decidí pasar mis tablas y mis preceptos a las hojas de marfil de un libro de notas en el que trazaba las líneas con tinta roja que no desaparecían fácilmente. Sobre dichas líneas yo anotaba mis faltas con lápiz de mina negra, que luego podía borrar con una esponja húmeda. Después de algún tiempo sólo realicé un ciclo anual y, más tarde, sólo un ciclo en varios años; finalmente dejé de ocuparme por entero de este diario al verme obligado a viajar de continuo y debido a mis ocupaciones múltiples, pero nunca me olvidé de llevar conmigo el librito. Mi plan para adquirir el *orden* me produjo un buen número de preocupaciones, y si bien comprobé que era viable para el hombre de negocios que contase con algún tiempo libre, para un regente de imprenta, por ejemplo, la cosa no era tan sencilla, porque el patrón debe cuidar las relaciones sociales y cada dos por tres me veía precisado de recibir a gentes de negocios en las horas que a ellos les convenía. El orden se refiere también a la colocación de cada cosa en su sitio, ordenar los papeles, etc. Me parecía enormemente difícil habituarme a ello; por no estar acostumbrado al *método* desde joven y por disfrutar de una extraordinaria memoria, no me daba cuenta de los inconvenientes de no ser ordenado y metódico. La adquisición de esta virtud me exigía concentrar la atención con tan dolorosos esfuerzos, las faltas que cometía en este capítulo me resultaban tan particularmente mortificantes, hacía tan escasos progresos en mejorarme en este aspecto y mis recaídas en el orden eran tan frecuentes, que casi llegué a pensar en claudicar y admitir que tendría que vivir con este defecto en mi carácter. Era como aquél que compró una hacha a su vecino el herrero y quería que toda la hoja estuviera tan brillante como el filo. El herrero accedió a pulirla pero a condición de que el otro le diera

a la rueda de amolar. El cliente daba vueltas a la rueda mientras el herrero apretaba fuertemente la pala del hacha contra la piedra, lo que hacía la labor de aquél muy fatigosa. El cliente no hacía más que soltar la manivela para ver cómo iba el hacha, y finalmente decidió llevársela como estaba sin pulirla más. «No», le decía el herrero, «siga, dele a la rueda, que la iremos puliendo poco a poco, que le quedan aún manchas». Y el nombre terminó por decir: «Sí…, pero es que creo que me gusta más con alguna que otra mancha…».

Eso es lo que creo que les sucede a muchos, que por falta de un método como el mío encuentran arduo el adquirir buenos hábitos y terminar con los malos, y al final renuncian a la lucha y llegan a la conclusión de que les gusta más «el hacha con algunas manchas». Igual me ocurría en ocasiones y me preguntaba a mí mismo si ese afán mío de perfección moral no sería en cierto modo una afectación que, de saberse, me haría parecer ridículo a los ojos de los demás, y me decía qué el tener un carácter muy perfecto podía entrañar el inconveniente de suscitar la envidia y el odio; que un hombre benévolo podía al fin y al cabo permitirse tener algunos defectillos para que sus amigos le considerasen más humano. No lo sé, pero lo que sí descubrí es que con respecto a la virtud del orden yo era incorregible, y ahora que soy viejo y me falla la memoria, la echo mucho de menos. En conjunto, sin embargo, sin haber llegado ni mucho menos a la perfección, al menos me cabe la satisfacción de haberlo intentado, lo que, en sí, estoy convencido ha contribuido a hacer de mí un hombre mejor y más feliz. Es como esos que quieren imitar una escritura perfecta y que, aunque no lleguen a lograrlo, han adiestrado al menos su mano, de suerte que han sido capaces de mejorar su escritura lo suficiente como para hacerla bastante buena y legible.

No le vendrá mal a la posteridad saber que gracias a este pequeño artificio y con la ayuda de Dios, este antepasado de ustedes pudo vivir lleno de felicidad hasta cumplidos los setenta y nueve años de edad, que es cuando escribo esto. Lo que ocurra de aquí en adelante sólo Dios lo sabe. En manos de la providencia está que me sobre-

vengan infortunios durante el resto de mis días, pero si llegan, el recordar la felicidad pasada me servirá para soportar con más resignación lo que Dios quiera mandarme. A la *templanza* le atribuyo haber gozado de excelente salud toda mi vida y lo que me pueda quedar de mi fuerte naturaleza. A la *laboriosidad* y la *frugalidad* achaco la relativa facilidad de mi existencia y la adquisición de una fortuna, y sobre todo el poder haber sido un ciudadano útil y haber logrado hacerme acreedor de una cierta reputación entre la gente culta. A la *sinceridad* y a la *justicia* debo la confianza de mi país, así como los honrosos empleos y cargos que me confirió. Finalmente achaco a la influencia conjunta de todas las virtudes, incluso en el imperfecto grado en que me fue dado adquirirlas, mi equilibrio de carácter y la jovialidad en el conversar, que aún hace que mi compañía sea buscada, por agradable, hasta por los jóvenes. Y espero, por consiguiente, que algunos de mis descendientes me imiten en esto y que se aprovechen de mis enseñanzas en su favor.

Es preciso señalar que aunque el plan moral a que me he referido no carecía totalmente de dimensión religiosa, no contenía ningún rastro de los mandamientos concretos de confesionalidad particular alguna. Lo evité de propio intento, persuadido como estaba de lo útil y lo perfecto de mi método, que de esta forma podría ser adoptado por individuos de cualquier credo religioso. Por otra parte, si había de publicarse algún día, como era mi intención, nadie, fuera de la secta que fuese, albergaría contra él prejuicio de ninguna especie. Me propuse redactar un breve comentario sobre cada una de las virtudes, denotando sus ventajas y los inconvenientes del vicio correspondiente. Mi libro podría haberse titulado *El arte de la virtud*, puesto que mostraba los modos y maneras de adquirir las virtudes, lo que le hubiera hecho diferente a las exhortaciones a la verdad al uso, que no dan noticia sobre el método que ha de seguirse para lograrlas. Son como el que predica una caridad meramente verbal, que exhorta al hambriento y al desnudo a comer y a vestirse sin decirles cómo o dónde pueden procurarse alimentos y ropas (Santiago, II: 15, 16).

Sucedió, empero, que mi intención de escribir y publicar tal comentario nunca se hizo realidad. Lo que hice, eso sí, fue ir anotando brevemente las ideas, reflexiones y razonamientos, etc., que se me iban ocurriendo al respecto, para luego utilizarlas cuando encontrara tiempo de redactar el comentario. Todavía conservo algunas de aquellas anotaciones, pero mi empresa privada en la primera parte de mi vida, y los negocios públicos en la segunda, me impidieron dar cima a mi proyecto, que quedó aplazado una y otra vez. La razón fue que yo lo concebía como un trabajo *grande* y *extenso* y que exigía una dedicación total, de que no pude nunca disfrutar.

Hubiera querido explicar con elocuencia mi doctrina de que las malas acciones no son perjudiciales porque estén prohibidas, sino que están prohibidas porque son perjudiciales a la naturaleza del hombre y que, en consecuencia, interesaba a todos ser virtuosos incluso para ser felices en este mundo. En consecuencia, y como siempre existirá en este mundo un conjunto de comerciantes ricos, de nobles, estados y príncipes que necesiten colaboradores honestos para administrar sus negocios, y dado que esos colaboradores honrados escasean, yo hubiera deseado esforzarme por convencer a los jóvenes de que no hay cualidades más idóneas para hacer a los pobres ricos que la honradez y la integridad.

Mi lista de virtudes contaba sólo con doce en un principio. Sin embargo, un amigo mío cuáquero tuvo a bien informarme de que se me consideraba como persona altanera y que la soberbia asomaba con frecuencia a mis labios cuando hablaba; que a menudo me hacía insistente e insolente, sin darme por contento con llevar razón, de todo lo cual me convenció al darme claros ejemplos de esa mi actitud. Me propuse corregir tales excesos y comencé por anotar la *humildad* en mi lista, tomando esta palabra en toda su extensión. No es que pueda pavonearme de haber logrado enraizar en mí esta virtud, pero al menos mi comportamiento pareció mejorar en este campo. Me hice el propósito de contenerme para no refutar directamente las ideas de los demás, y de evitar reafirma1 mi postura con expresiones dogmáticas. Incluso me prohibí, en cumplimiento de las vie-

jas normas de nuestro club «Junto», utilizar expresiones pretenciosas tales como «ciertamente», «indudablemente» y otras por el estilo. Por eso adopté otras como «creo», «me parece que…», «ahora pienso que…», que creía más humildes. Si alguien afirmaba algo que a mí me parecía erróneo, me negaba a mí mismo el placer de contradecirle tajantemente poniendo al punto en evidencia lo absurdo de su aserto; en cambio, trataba de contestarle haciéndole observar que aunque en ciertas circunstancias su parecer podría resultar cierto, en las presentes «parecía que…» o «pensaba que…» la cosa era algo diferente. Pude darme cuenta de las ventajas de esta postura enseguida, al desarrollarse las conversaciones en un clima más agradable. La modestia de mi tono verbal hacía que el interés en escucharme se intensificara en el auditorio, al tiempo que decrecía el prurito de la contradicción. Además me sentía menos mortificado si era a mí a quien se consideraba errado, siéndome más fácil, en cambio, obtener en los demás el reconocimiento de sus propios errores si, por el contrario, era yo el que estaba en lo cierto. Esta nueva postura, que al principio me ponía un poco tenso por pugnar con mi inclinación natural, llegó a serme tan consustancial que puedo decir que en los últimos cincuenta años no hay nadie que pueda afirmar que ha oído nada que sonase a dogmático salir de mi boca. Es a esta costumbre (además de a la virtud de la integridad) a la que creo debo la ascendencia que de joven tuve sobre mis conciudadanos cuando les proponía crear nuevas instituciones o reformar las viejas, así como la influencia que lograban mis palabras en los consejos o asambleas públicos cuando fui miembro de ellos. Porque lo cierto es que yo no fui nunca un buen orador; ni la elocuencia ni la corrección del lenguaje eran mi fuerte y no paraba de titubear cuando buscaba la expresión idónea, y sin embargo conseguía generalmente que se aceptaran mis propuestas.

A decir verdad, no creo que haya en nosotros otra pasión más reacia a dejarse domeñar que la del *orgullo*. Tratad de ocultarlo; luchad contra él; ahogadlo, mortificarlo; hagáis lo que hagáis, estad bien seguros de que volverá a resurgir donde y cuando menos lo es-

peréis. En este relato lo veréis tal vez aparecer con frecuencia porque, por mucho que uno pretenda haberlo vencido, se puede caer en la debilidad de sentirse orgulloso por nuestra humildad.

(*Lo hasta aquí escrito lo fue en Passy, 1784.*)

Ahora me dispongo a escribir en mi casa de Filadelfia en agosto de 1788, pero sin poder contar con la ayuda de mis papeles, que en su mayor parte desaparecieron con la guerra. De entre lo poco que quedó, he sacado lo siguiente.

Había mencionado antes un «trabajo grande y extenso» que tenía pensado. Parece propio referirme a cuáles eran su alcance y contenido. Mi primera concepción de él aparece en la corta nota transcrita a continuación, que he conservado por casualidad y que dice:

Observaciones a mis lecturas de historia en la biblioteca, 9 de mayo de 1731

Los grandes acontecimientos del mundo, las guerras, las revoluciones, etc., son llevadas a cabo y realizadas por partidos.

Los puntos de vista de esos partidos reflejan los intereses actuales de los mismos, o los que ellos tienen por tales.

Los puntos de vista de esos partidos al enfrentarse entre sí dan origen a la confusión.

Mientras cada partido se preocupa de llevar a cabo su programa general, cada individuo está pensando en sus intereses particulares.

Tan pronto como un partido obtiene lo que se propone, cada individuo se apresta a satisfacer sus intereses personales, los cuales, por lesionar los de otros, ocasionan la escisión interna del partido, dando origen a nueva confusión.

Son pocos los hombres públicos que actúan movidos exclusivamente por el bien del país, por mucho que digan, y aunque sus actos puedan beneficiarle, lo cierto es que eso es así en tanto en cuanto estimen que sus intereses particulares y los públicos son coincidentes, y no por puro desprendimiento y desinterés.

Son aún menos los que estando en un cargo público actúan pensando en el bien de la humanidad. Creo que estamos en condiciones de formar un partido que promueva la virtud, un organismo internacional formado por hombres buenos de todos los países, un organismo regido por principios y reglas cuerdos a los que los hombres buenos y honrados prestarán más obediencia que la gente corriente a la ley común.

Y hoy creo que aquel que lo intente con buena voluntad y esté cualificado para ello, no puede dejar de agradar a Dios y triunfar en su empeño.

B. F.

Dándole vueltas a este proyecto en mi cabeza con vistas a ponerlo en práctica en cuanto las circunstancias lo permitieran, me dediqué a anotar de vez en cuando algunos pensamientos que se me ocurrían a este respecto. La mayor parte se han perdido, pero he encontrado uno que quiere ser la quintaesencia de un credo donde se recogerían en mi opinión los principios esenciales de todas las religiones conocidas sin incluir nada que pudiera ofender a ningún creyente. Expresé mis ideas de la siguiente forma:

Existe un Dios autor de todas las cosas.

Ese Dios gobierna al mundo con su providencia.

A Él hay que rendirle culto, orarle y darle gracias.

Pero lo más agradable a sus ojos es el bien

se hace al prójimo.

El alma es inmortal.

Dios recompensará a la virtud y castigará al vicio,

aquí o después de este mundo.

Yo tenía entonces la idea de que esta nueva secta debía empezar a extenderse, en primer lugar, sólo entre hombres jóvenes y solteros; que los que desearan iniciarse en ellas no sólo habrían de proclamar su adhesión al indicado credo, sino que debían haberse ejercitado en

el examen de las trece semanas y en la práctica de las virtudes correspondientes de acuerdo con el modelo antes expuesto. También pensé que habría que mantener en secreto la existencia de dicha secta hasta tanto no fuera lo suficientemente importante, a fin de evitar la entrada en la misma de personas inadecuadas. Eso no sería óbice para que los miembros de ella trataran de hacer prosélitos entre sus amistades, buscando jóvenes bien dispuestos a los que, con la oportuna prudencia, les irían comunicando gradualmente los principios rectores de la comunidad. Asimismo, todos los miembros adquirirían el compromiso de otorgar su consejo, su ayuda y su apoyo a los demás para promocionar sus intereses, negocios y prosperidad en la vida. La secta se llamaría «Sociedad de los Libres y Tranquilos»: libres a causa de la práctica y hábito de las virtudes, libres del dominio del vicio sobre todo gracias a la práctica de la laboriosidad y la frugalidad; libres de deudas que exponen al hombre a una especial esclavitud respecto a sus acreedores. Esto es todo cuanto recuerdo ahora del proyecto del que hablé parcialmente a dos jóvenes, que lo adoptaron con bastante entusiasmo. No obstante, las apuradas circunstancias de mi vida de entonces y lo absorto que me encontraba debido a mi trabajo, hicieron que aplazara su puesta en práctica repetidas veces y luego mis múltiples ocupaciones públicas y privadas volvieron a obligarme a posponerlo hasta que el paso del tiempo me ha privado de la energía y el empuje suficientes para tal empresa. Sigo pensando, sin embargo, que era viable y que podría haber resultado útil para la formación de un buen número de buenos ciudadanos. No me desanimó nunca la envergadura del empeño porque estaba convencido de que un hombre medianamente dotado puede desarrollar una actividad capaz de operar grandes cambios sociales, siempre que se base en un buen programa y se concentre en él sin ceder su tiempo a diversiones que ocupan su ocio.

En 1732 publiqué por primera vez mi *Almanaque* con el seudónimo de Richard Saunders y por espacio de veinticinco años lo seguí publicando, siendo conocido más por el título de *Almanaque del Pobre Richard*. Traté de que fuera entretenido y práctico y su éxito fue

tal que resultó de lo más rentable, vendiéndose unos diez mil ejemplares cada año. Al darme cuenta de que eran raros los que en mi vecindad no lo tuvieran, pensé que era un excelente medio para dar enseñanzas a la gente sencilla, que no solía comprar ningún otro libro. Consecuentemente, aproveché los espacios vacíos que quedaban en sus páginas entre fechas señaladas para insertar frases, consejos o proverbios orientados por lo general a inculcar en los lectores laboriosidad y frugalidad como medio para llegar al bienestar económico y, desde él, a la consecución de las virtudes, ya que al necesitado le es más difícil actuar siempre con honestidad porque (para utilizar uno de los referidos proverbios) «un saco vacío no es fácil que se tenga en pie». Estos refranes, que contenían la sabiduría de muchos siglos y naciones, fueron los que puse al principio del *Almanaque* en 1757, como si se tratase de la exhortación de un prudente anciano a los asistentes a una subasta. El poner juntos todos estos refranes acerca de una cuestión única les daba mayor fuerza. La recopilación hizo fortuna. Todos los periódicos del continente la copiaron. En Gran Bretaña se reimprimió en pequeños carteles que se fijaban en las casas. Se tradujo dos veces al francés. Los clérigos y la pequeña nobleza la compraron en grandes cantidades para distribuirla gratuitamente entre sus feligreses y renteros pobres. En Pennsylvania se llegó a pensar incluso en que había tenido influencia en la prosperidad económica de aquellos años, porque animaba a la gente a no hacer desembolsos inútiles comprando productos extranjeros superfluos.

Mi periódico me pareció también un vehículo apropiado para transmitir enseñanzas útiles, por lo que reproduje en él con frecuencia fragmentos del *Spectator* y de otros escritores morales, así como pequeños textos propios que yo había compuesto anteriormente para leerlos en nuestro «Junto». Figuraba entre esos textos cierto diálogo socrático destinado a demostrar que cualesquiera que fueren sus dotes y habilidades, el hombre vicioso no puede en realidad ser considerado como sensato; y otro ensayo sobre la negación de sí mismo, señalando que la virtud no era sólida hasta que su

práctica se veía exenta de la resistencia de tendencias contrarias a ella. Estos dos textos aparecieron en los periódicos a principios del año 1735. Me ocupé de excluir del tenor de mi periódico cuanto sonara a libelo o a insulto contra personas, cosa que, por desgracia, se está prodigando tanto en nuestro país. Cuando se me pedía insertar algo de este tono invocando la libertad de prensa, en la idea de que un periódico era como una diligencia donde cualquier persona podía subir con tal de pagar, yo respondía que su texto podía publicarse separadamente y que el autor podía encargarme cuantos ejemplares quisiese, pero que tendría que distribuirlos él porque yo no asumía el papel de difusor de acusaciones, pues tenía hacia mis suscriptores el compromiso de darles sólo lo que pudiera resultarles útil y entretenido, por lo que no podía incluir en mis páginas polémicas y diferencias personales, que no atañían a mis suscriptores, sin cometer contra éstos una manifiesta injusticia. Ahora muchos de nuestros impresores y editores no tienen reparos en satisfacer con sus publicaciones toda la mala intención y la mala saña de algunos individuos que lanzan falsas acusaciones contra gentes honradas, fomentando así la animosidad e incluso dando pie en ocasiones a algún que otro duelo. No tienen escrúpulos tampoco en publicar comentarios insolentes contra los gobiernos de los estados vecinos e incluso contra nuestros mejores aliados nacionales, cosa que puede tener perniciosas consecuencias. Son éstas cosas que debo mencionar a título de advertencia para los editores e impresores jóvenes, a quienes hay que exhortar a que eviten manchar su prensa y su profesión con esas prácticas reprobables, porque como pueden ver en mi caso, el negarse a publicar esas injurias no tiene por qué ser, en conjunto, dañoso para mis intereses.

En 1733 envié a uno de mis oficiales a Charlestown, Carolina del Sur, donde se necesitaba un impresor. Le di una prensa y los tipos correspondientes en cumplimiento de un acuerdo de colaboración en virtud del cual yo recibiría una tercera parte de las ganancias y pagaría, a mi vez, una tercera parte de los gastos. Era hombre ilustrado y honesto, pero no estaba impuesto en cuestiones de contabi-

lidad. Aunque me hacía envíos de vez en cuando, la verdad es que durante el tiempo que vivió no hubo manera de contabilizar nuestra sociedad de forma normal. Al morir, su viuda siguió con el negocio. Había nacido y se había educado en Holanda, donde, según me han dicho, el estudio de las cuentas forma parte de la educación de las mujeres. Mejoraron las cosas y no sólo se regularizaron los balances pasados, sino que en lo sucesivo, me fue enviado con regularidad, todos los trimestres, un exacto estado de cuentas. Llevó, además, tan hábilmente el negocio que pudo llevar adelante a su familia y ahorrar lo suficiente para, al término de nuestro contrato, comprarme la imprenta y establecer a su hijo en ella. He mencionado esto nada más que para recomendar que se instruya a las jóvenes en teneduría de libros y contabilidad, pues es probable que las mujeres sacarían en caso de viudedad mayores ventajas de ello que del aprendizaje de la música o el baile. Les evitaría verse expuestas a estafas de hombres sin escrúpulos y les permitiría continuar quizás un negocio hasta que algún hijo se hiciera mayor para hacerse cargo de la empresa, contribuyendo así al bienestar y enriquecimiento de la familia.

Hacia el año 1734 llegó procedente de Irlanda un joven predicador presbiteriano llamado Hemphill, que pronunciaba con muy buena voz y al parecer de forma improvisada excelentes sermones que atraían mucho auditorio de diferentes confesiones y causaban gran admiración. Lo mismo que los demás, yo era uno de los que no se perdían sus pláticas, que me agradaban por no ser dogmáticas sino orientadas a inculcar la práctica de la virtud, lo que en la oratoria divina se conoce con la expresión de «hacer buenas obras». No obstante, los miembros de nuestra parroquia, que se consideraban a sí mismos como ortodoxos presbiterianos, no aprobaban su doctrina, atrayéndose las simpatías del clero antiguo, que le denunciaron como heterodoxo ante el sínodo presbiteriano y que buscaban la manera de hacerle callar. Me convertí en ardiente partidario suyo e intervine todo lo posible para crear un grupo que luchara a su favor, luchando en su favor durante algún tiempo con ciertas posibilidades

de éxito. Se levantó bastante clamor en pro y en contra, y dándome cuenta de que no contaba con las mismas dotes de escritor que de predicador, le presté mi pluma escribiendo dos o tres opúsculos para él, así como un artículo que apareció en la *Gaceta* en abril de 1735. Los opúsculos, como es normal en esta clase de trabajos dialécticos, se leyeron con avidez entonces, pero pronto se olvidaron y supongo que no existe ya ni un solo ejemplar de ellos.

Durante aquella polémica sucedió algo que perjudicó bastante la causa del orador irlandés. Uno de nuestros adversarios que había asistido a un sermón que suscitó gran admiración, creyó haber leído en algún sitio todo o parte de él. Se dedicó a investigar y descubrió que se trataba de un plagio de una de las revistas inglesas de la época, concretamente de un discurso del Dr. Foster. La cosa cayó bastante mal entre sus seguidores, algunos de los cuales dejaron de apoyarle, con lo cual se aceleró nuestra derrota en el sínodo. Yo permanecí a su lado, no obstante, pues me parecía que era preferible oír buenos sermones escritos por otros, que malos aunque fueran originales, si bien la costumbre de nuestros predicadores era hacer esto último. Más tarde me confesó que ni uno de sus sermones había sido suyo, y que su memoria era tan feliz que podía acordarse y repetir todo un sermón con una sola lectura. Tras nuestra derrota él se marchó y yo me separé de la secta, a la que ya no volví, aunque durante años seguí contribuyendo con mi aportación económica para mantener a sus ministros.

En 1733 empecé a estudiar idiomas. Pronto me impuse en el francés, siendo capaz de leerlo con facilidad. Luego me dediqué al italiano. Un conocido que también lo estudiaba me tentaba con frecuencia a jugar al ajedrez con él. Al ver que dedicaba demasiado tiempo a este juego en perjuicio del estudio, me negué a seguir jugando al ajedrez a menos de que el ganador pudiera imponer al derrotado como condición una tarea, fuera ésta aprender de memoria reglas gramaticales, preparar una traducción u otra similar, tarea que el vencido había de realizar bajo palabra de honor antes de la siguiente sesión. Como nuestro juego era bastante igualado, el méto-

do nos hizo avanzar a ambos en el italiano. Más tarde, con poco esfuerzo, aprendí lo suficiente de español para leer libros escritos en ese idioma. Creo haber dicho que sólo permanecí un año en un colegio; allí aprendí algo de latín, pero entonces era muy niño y luego dejé casi por completo esa lengua. Cuando ya poseía bastantes conocimientos del francés, italiano y español, un día ojeando una Biblia en latín, me quedé sorprendido al comprobar que entendía este idioma mucho más de lo que yo suponía, y ello me animó a dedicarme nuevamente a su estudio. Progresé rápidamente en el latín, ayudado por lo que sabía de las otras lenguas mencionadas. Todas estas circunstancias me han inclinado a pensar que, en general, no somos lógicos en la enseñanza de los idiomas. Se nos dice que lo oportuno es comenzar aprendiendo el latín y después dedicarnos a las lenguas romances que se derivan de él, y sin embargo no comenzamos con el griego para aprender con mayor facilidad el latín. Es cierto que si uno puede trepar a la parte alta de una escalera sin pisar los escalones, bajar pisándolos será más fácil, pero, en todo caso, empezar por el primer escalón hará más cómoda la subida. Por eso pregunto a los que dirigen la instrucción de los jóvenes, que ya que muchos de éstos comienzan estudiando el latín y lo dejan a los pocos años sin haber hecho grandes progresos, lo que prácticamente equivale a haber perdido el tiempo, si no será mejor que comiencen con el francés y luego sigan con el italiano, etc. Digo esto porque, aunque a los pocos años dejen también el aprendizaje de estos idiomas romances y nunca lleguen a estudiar latín, habrán adquirido conocimientos de una o dos lenguas modernas que, como se hablan, pueden serles útiles en la vida práctica.

Después de estar ausente de Boston durante diez años, y cuando mis circunstancias económicas mejoraron, decidí volver a visitar a mis familiares, cosa que no me hubiera sido fácil permitirme antes. A mi regreso hice escala en Newport para ver a mi hermano, que se había establecido allí con su negocio de imprenta. Habíamos olvidado ya nuestras diferencias y el encuentro fue cordial y cariñoso. Su salud estaba empeorando rápidamente y me pidió que, caso de

fallecer, como preveía que iba a ocurrir pronto, me hiciera cargo de su hijo, que sólo tenía entonces diez años, y le enseñara la profesión de impresor. Así lo hice, enviándole a la escuela primero. Su madre siguió llevando el negocio hasta que él creció. Le ayudé dándole una colección de tipos nuevos para sustituir a los de su padre, que ya estaban muy desgastados. De esta suerte pude compensar a mi hermano por la ayuda que en otro tiempo había dejado de prestarle al haberme marchado de su imprenta tan pronto.

En 1735 perdí a uno de mis hijos, un niño muy bueno que tenía cuatro años, por culpa de la viruela. Lamenté mucho y sigo lamentando no haberle vacunado contra ella. Digo esto teniendo presente a aquellos padres que deciden no vacunar a sus hijos contra la viruela pensando que si uno de éstos se les muriera por haberle aplicado este tratamiento preventivo ellos nunca se lo perdonarían. Mi ejemplo les demuestra que los remordimientos pueden también atormentar a un padre por no haber inoculado a su hijo, y que, en consecuencia, será prudente optar por la alternativa que se considere menos arriesgada.

Nuestro club «Junto» resultó tan útil y nos proporcionó tantas compensaciones a sus miembros, que muchos trataron de meter a sus amigos, cosa que no podía hacerse sin sobrepasar el número de socios que en su fundación habíamos encontrado adecuado, es decir, doce. Desde un principio nos habíamos propuesto que nuestra institución fuera secreta y en general se respetó este acuerdo. Deseábamos evitar con ello complicarnos con instancias de candidatos inadecuados, pero a los que resultaría embarazoso rechazar. Yo personalmente era de los que se oponía a ampliar el número de los socios, pero como alternativa a dicha ampliación propuse por escrito que cada uno de los miembros por separado procurase formar un club secundario, con las mismas normas respecto a los debates, etc., pero sin hablar a los miembros de este club subsidiario de la conexión que existía con el «Junto». Se señalaban como ventajas el procurar la mejor formación de los ciudadanos utilizando nuestras instituciones; el que conociéramos mejor lo que pensaban los habitan-

tes de la provincia en un momento dado, ya que el miembro de «Junto» podía suscitar los temas y proponer los debates que nosotros deseáramos para luego informar al «Junto» de las reacciones del club subsidiario, la promoción de nuestros negocios, el aumento de nuestra influencia en los asuntos públicos y la extensión beneficiosa de nuestros principios a más personas. Se aprobó el proyecto y cada miembro se dispuso a dar forma a su propio club, sin que llegaran a cuajar todos ellos. Se crearon cinco o seis y se les aplicaron varios nombres tales como la «Viña», la «Unión», el «Círculo», etc. Resultaron de utilidad por sí mismos, y a nosotros nos facilitan entretenimiento, información y enseñanza. Cumplieron en buena medida nuestro propósito de influir en la opinión pública a través de ellos en ciertas ocasiones, tal como expondré en su momento.

Mi primer cargo público fue el de secretario de la Asamblea General, cosa que ocurrió en 1736. En aquella ocasión no hubo oposición a mi nombramiento, pero al año siguiente, al ser propuesto otra vez, un miembro nuevo dirigió un largo discurso atacándome para favorecer a otro candidato. No obstante, resulté elegido, cosa que me satisfizo, pues aparte de mi sueldo como secretario, el cargo me daba la oportunidad de mantenerme en contacto con los miembros, que me encargaban cosas tales como imprimir las votaciones, textos legales, papel-moneda y otros trabajos para la Administración que, en conjunto, me resultaban muy lucrativos. No me gustó, por tanto, la oposición de aquel nuevo miembro de la Asamblea, que era un caballero de fortuna y educación y cuyo talento era probable que le proporcionara, andando el tiempo, una gran influencia en la Cámara, como así ocurrió. De todas formas nunca traté de ganarme su favor a base de servilismo, pero al cabo de algún tiempo opté por este otro método. Me enteré de que en su biblioteca había un libro de gran rareza y valor que yo deseaba leer con gran interés. Le escribí una nota pidiéndole que me lo prestara un día y enseguida me lo hizo llegar, con gran amabilidad. Yo se lo devolví a la semana con mi agradecimiento más expresivo. Cuando nos volvimos a encontrar en la Cámara, me habló (cosa que hasta entonces no ha-

bía hecho) y me trató con gran cortesía. A partir de entonces siempre se mostró dispuesto a ayudarme, llegando a hacernos amigos y manteniéndose esta amistad hasta su muerte. Para mí, ésta es otra demostración de la verdad de la vieja máxima que dice: «Quien te ha hecho un favor estará más dispuesto a hacerte otro que aquel a quien tú se lo has hecho». La anécdota prueba también que es más práctico usar de la prudencia para remover obstáculos que guardar rencores y vindicaciones, que no hacen más que agriar las diferencias.

En el año 1737 el coronel Spotswood, el fallecido gobernador de Virginia, que a la sazón era director de Correos, se encontraba contrariado con el proceder de su delegado en Filadelfia, a causa de su frecuente negligencia en la rendición de cuentas, por lo que le destituyó y me ofreció a mí el cargo. Lo acepté enseguida y me resultó muy ventajoso, no por el sueldo, que era escaso, sino porque me permitía resolver el problema de la correspondencia del periódico y aumentar su tirada y su publicidad, lo que me reportó considerables ingresos. El periódico de mi viejo competidor iba perdiendo tirada a medida que yo la aumentaba; naturalmente ello me satisfacía, pero yo no traté de buscar venganza por haberse negado en otro tiempo a permitir a los postillones transportar mis periódicos cuando él era director de Correos. Así pagó su negligencia en cuestiones contables. Este episodio me parece digno de ser conocido, sobre todo para que los jóvenes aprendan que es preciso rendir cuentas claras y puntualmente cuando se trabaja para otros. Esta es la mejor recomendación para acceder a nuevos empleos y medrar en los negocios.

Me llegaba ahora el turno de asomarme a la política, aunque sólo fuera a pequeña escala. Uno de los temas que más me preocupaban por entonces era el de la vigilancia en las calles, que a mi juicio exigía una mejor organización. Los guardias de los diferentes distritos se turnaban en las rondas y el que estaba de vigilante en un lugar determinado pedía a una serie cabezas de familia que le acompañaran durante la noche. Los que se negaban siempre a acompañarle

debían pagarle seis chelines anuales a cambio de verse libres del servicio, y con ellos se contrataba a personas que los suplieran en él, pero como la cantidad pagada era muy superior a la que se precisaba, el oficio de vigilante resultaba muy lucrativo. Además el guardia conseguía, invitándoles a un trago, que le ayudaran en la vigilancia galopines con los que los cabeza de familia respetables no querían mezclarse. Con frecuencia se descuidaban incluso las rondas, y los serenos se pasaban la mayor parte de la noche empinando el codo. Por eso me decidí a escribir un artículo, que leí en el club «Junto», relatando todas esas irregularidades, sobre todo lo inadecuado del impuesto de seis chelines anuales que imponían los guardias, aunque respetando el criterio de los que los pagaban, y sin dejar de señalar la injusticia de una tasa uniforme, ya que una pobre viuda, que todo lo que tenía que custodiar no valía más de cincuenta libras, pagaba igual que un adinerado comerciante que guardaba en sus almacenes mercancías por valor de miles de libras. En conjunto, lo que yo proponía era una vigilancia más eficaz a base de emplear a personas idóneas que se dedicaran permanentemente a guardar el orden y la propiedad, así como un sistema más equitativo de subvenir a su sostenimiento gracias a una tasa proporcional a los ingresos de cada persona. Se aprobó la propuesta y se circuló a los demás clubs como si fuera de su propia iniciativa. Aunque la idea no se hizo efectiva enseguida, se mentalizó a la gente en favor de un cambio y abrió el camino para las reformas legales que se realizaron pocos años después, cuando los miembros de nuestros clubs disfrutaron de mayor influencia.

Hacia aquellas mismas fechas escribí otro papel, que se leyó en el club y más tarde fue publicado, esta vez sobre prevención de incendios y denunciando la negligencia imperante al respecto. Se habló mucho de la oportunidad de este alegato, que influyó en que se preparase un proyecto para crear una brigada contra incendios y un plan de ayuda mutua para poner a salvo del fuego las mercancías amenazadas por siniestros de este tipo, transportándolas al lugar adecuado. Se agruparon hasta treinta personas en tomo a este pro-

yecto. Se redactaron las correspondientes normas, en virtud de las cuales todos los socios se obligaban a tener disponibles y en buen uso baldes de cuero, así como bolsas y cestas fuertes para empaquetar y 3 transportar las mercancías que hubiera que salvar del fuego en caso de siniestro, que habían de llevar a todos los incendios. Decidimos reunimos una vez al mes y organizar una velada social para difundir y comunicar a los demás nuestras ideas acerca de cómo luchar contra los incendios, cosa que demostró ser de gran eficacia a juzgar por el número de personas que querían formar parte del grupo y que excedían de las que estimábamos necesarias, por lo que hubimos de sugerirles que formaran otro similar, como así se hizo. De esta forma se crearon varias compañías sucesivamente que al final englobaban en su seno a prácticamente todos los ciudadanos que eran propietarios. Y ahora, cuando escribo estas líneas, la primera compañía que yo formé, llamada la «Union Fire Company», existe y prospera aún, a pesar de haber transcurrido más de cincuenta años y de que sus miembros fundadores hayan muerto todos, con las solas excepciones de otro, un año mayor que yo, y de mí mismo. Las pequeñas multas que se imponían a los miembros por no asistir a las juntas mensuales se han ido dedicando a comprar matafuegos, hachas, escalas y toda suerte de utensilios contra incendios para cada brigada, así que pienso que existen pocas ciudades tan preparadas en este sentido, como parece demostrarse por el hecho de que el número de incendios con pérdida de más de una o dos casas se ha reducido al mínimo. Y normalmente son extinguidos antes que las llamas consuman la mitad de la casa en la que empiezan.

En 1739 llegó, procedente de Inglaterra para establecerse entre nosotros, el reverendo Mr. Whitfield, que había destacado allí como predicador ambulante. Al principio se le dejó predicar en alguna de nuestras iglesias, pero los clérigos le tomaron ojeriza y le negaron el acceso a los púlpitos, por lo que se vio obligado a predicar al aire libre. Acudían a oírle nutridos grupos de todas las sectas y confesiones, y yo, como uno más de los que le oían, me di a pensar cuál sería la razón de la admiración y respeto que despertaba entre

sus oyentes, a pesar de sus diatribas contra ellos, ya que con frecuencia les llamaba «mitad bestias, mitad demonios». Fueron increíbles los cambios que produjo entre los vecinos, que pasaron de ser indiferentes en materia religiosa a interesarse cada vez más por ella, hasta el extremo de que no se podía pasear por las calles sin oír cantar salmos en las casas. Como las predicaciones a la intemperie se veían sometidas a las inclemencias del tiempo, se pensó en construir un local donde albergar a los oyentes. No pasó mucho tiempo sin que afluyeran los fondos necesarios para el proyecto. Así se edificó un templo de cien pies de largo por setenta de ancho, es decir, tan grande como Westminster Hall, levantándose el edificio con tanto espíritu que las obras se concluyeron mucho antes de lo que se esperaba. El local y los terrenos en que se había construido se colocaron bajo un consejo de administración para uso de cualquier predicador, fuera de la confesión que fuese, que deseara hablar al pueblo de Filadelfia. Así que si el propio mufti de Constantinopla decidía enviar un misionero a predicarnos el mahometanismo, allí tendría un púlpito desde el cual hablarnos.

El señor Whitfield se marchó y siguió predicando por las colonias hasta Georgia. Acababa de empezar la colonización de aquel territorio, pero en lugar de realizarse con agricultores robustos, laboriosos, acostumbrados al trabajo, que eran los únicos dotados para llevar a buen fin la empresa, se estaba haciendo con las familias de tenderos arruinados, de deudores insolventes, en su mayor parte vagos declarados, sacados de presidios, que pronto dieron muestra de su incapacidad para roturar la tierra y soportar los rigores de la colonización, muriendo a docenas y dejando tras de sí innumerables niños desvalidos. El cuadro de tan lastimosa situación inspiró al bondadoso corazón del señor Whitfield la idea de construir un orfanato donde recoger y dar educación a esos niños. Volvió hacia norte y obtuvo importantes sumas con la predicación y la colecta gracias al enorme poder que su verbo tenía en el espíritu y en la bolsa de sus oyentes, de lo cual yo soy un ejemplo. A mí me parecía bien su idea, pero ocurría que en Georgia no había ni materiales ni

operarios, por lo que se pensó en la posibilidad de enviarlos desde Filadelfia a pesar de los muchos gastos que ello entrañaba. Yo pensaba que sería mejor construir el orfanato en Filadelfia y llevar allí a los niños. Así lo propuse, pero él no renunció a su proyecto inicial y rechazó mi consejo, por lo cual yo me negué a contribuir a su proyecto. Poco después asistí a uno de sus sermones en el curso del cual se nos advirtió habría una colecta al final; en mi fuero interno me dije que de mí no sacaría nada. Tenía en los bolsillos moneda de cobre, unos tres o cuatro dólares de plata, y cinco doblones de oro. Según avanzaba la plática empecé a ablandarme y resolví contribuir con las monedas de cobre. Su oratoria redobló su elocuencia y me sumió en la mayor vergüenza por mi mezquindad y decidí desprenderme también de las monedas de plata, y terminó el sermón tan admirablemente que cuando pasaron la bandeja vacié en ella mis bolsillos con todo su contenido de cobre, plata y oro. A este sermón asistió también un miembro de nuestro club, que pensaba igual que yo respecto al orfanato de Georgia y que, previendo que el sermón terminara con una colecta, tuvo la precaución de vaciarse los bolsillos de dinero antes de salir de casa. Sin embargo, su prudencia no le valió de mucho, ya que la elocuencia del predicador le infundió un deseo tan grande de contribuir a la colecta que decidió pedir prestado a un vecino que estaba junto a él. Pero resultó que este vecino era quizás la única persona probablemente inmune a las artes persuasivas del predicador, y su contestación fue: «En otra ocasión, amigo Hopkinson, te prestaré lo que quieras; ahora no, porque la idea me parece bastante insensata».

Algunos de los enemigos del señor Whitfield maliciaban que las colectas las dedicaría a engrosar su propio peculio, pero yo que le conocía a fondo (porque era el que imprimía sus sermones, diarios, etc.) no dudé jamás de su integridad y siempre pensé y sigo pensando que era un hombre honrado, juicio que estimo tanto más valioso cuanto que no existía entre nosotros comunidad de ideas religiosas de ninguna especie. Y no es que no le diera a veces por rezar por mi conversión; lo que pasa es que jamás llegó a tener la satisfacción de

creer que sus ruegos habían sido oídos. Nuestra relación fue de cortés amistad y perduró hasta su muerte.

La siguiente anécdota servirá para mostrar la naturaleza de nuestra relación. Durante una de sus visitas a Boston, procedente de Inglaterra, me escribió diciendo que se proponía visitar pronto Filadelfia, pero que no sabía dónde alojarse, ya que su antiguo anfitrión, Mr. Benezet, se había mudado a Germantown. Yo le contesté que viniera a casa si estaba dispuesto a compartir conmigo sus escasas comodidades. Me respondió que si el ofrecimiento se lo hacía por Jesucristo no dejaría yo de recibir mi compensación, a lo que le repliqué que no se equivocase, pues el ofrecimiento no se lo hacía por Jesucristo sino por él mismo. Un conocido comentó jocosamente que en contra de la costumbre de los santos de transferir la recompensa de cualquier favor que recibieran al mismísimo cielo, quitándose ellos esa obligación de sus hombros, lo que yo intentaba era cobrármelo en la tierra.

Vi a Mr. Whitfield por última vez en Londres, al objeto de hablar del orfanato y de su idea de montar un colegio.

Su voz era clara y potente, y articulaba las palabras con tal perfección que se le entendía muy bien a distancia, sobre todo por el riguroso silencio con que su auditorio le escuchaba. Un día predicaba desde lo alto de la escalinata de los tribunales de justicia, en mitad de Market Street, esquina a Second Street. Se detenían numerosos viandantes a escucharle, y entre ellos estaba yo, que me dedicaba a comprobar la enorme distancia a la que se dejaba oír su voz; fui bajando por las calles que daban al río y le seguí oyendo hasta llegar cerca de Front Street, donde el ruido que allí había me enturbió la audición. Imaginando un semicírculo y yo situado a la distancia de su radio, todo lleno de oyentes que ocuparan cada uno dos pies cuadrados, llegué a la conclusión de que podrían haberle escuchado más de treinta mil personas, cómputo que me hizo verosímil lo que decía un periódico, según el cual había llegado a predicar a más de veinticinco mil en el campo, así como los viejos relatos de la histo-

ria que hablaban de ejércitos completos y acerca de cuya exactitud había tenido yo siempre mis dudas.

A fuerza de oírle llegué a poder distinguir entre los sermones preparados ex profeso y los que eran repetición de otros anteriores, que había pronunciado en el curso de sus viajes. En estos últimos introducía tantas mejoras y matizaciones vocales que aun sin sentir interés por el tema, no podía uno evitar sentirse gratamente cautivado, como si estuviera oyendo la música más agradable. Es ésta una cualidad en la que los predicadores itinerantes aventajaban a los locales, al no poder estos últimos repetirse tanto.

Lo que escribía y publicaba de vez en cuando daba nuevas armas a sus enemigos, ya que las expresiones imprudentes e incluso las opiniones erróneas que vertía en sus sermones podían ser luego corregidas o explicadas con frases que uno podía imaginar que había dicho a continuación o incluso negadas, pero en los escritos no cabía esta disculpa porque *litera scripta manet*, y sobre esa letra escrita se cebaban sus críticos con violencia y con tanta razón aparentemente que lograron hacer disminuir el número de sus partidarios e impedir su aumento. Por eso pienso que si no hubiera escrito nunca nada, su secta habría contado con muchos más adeptos y su fama hubiera crecido incluso después de su muerte. De no haber dejado testimonio escrito y pretexto para las censuras, sus prosélitos habrían gozado de mayor libertad para atribuirle todas las excelencias del mundo que hubieran deseado para él.

Mi negocio prosperaba sin cesar y con él las condiciones de mi existencia. El periódico producía bastantes ganancias, siendo durante bastante tiempo el único que existió en mi provincia y en las vecinas. Pude comprobar la verdad del popular aserto de que lo difícil es hacer las primeras cien libras, quizá por lo prolífico que parece ser el dinero.

La colaboración con la imprenta que había establecido en Carolina salió adelante, lo que me animó a lanzarme a otras inversiones parecidas con empleados míos que se habían portado bien y a los que ayudé a establecerse en otras colonias con las mismas condicio-

nes que había fijado para la imprenta de Carolina. La mayor parte de ellos triunfaron, y al cabo de nuestro contrato, que era de seis años, fueron capaces de comprarme los tipos y de independizarse plenamente, con lo que pudieron criar varias familias. Las sociedades mercantiles conducen con frecuencia a disputas y desavenencias. En esto yo tuve suerte y lo achaco a la precaución que puse al redactar nuestros contratos sin dejar cláusulas oscuras. Por eso recomiendo a cuantos se encuentren en semejantes circunstancias que por mucho que confíen en sus socios prevean los pequeños antagonismos y los disgustos que pueden surgir por múltiples motivos que, a lo peor, terminan en los tribunales o acarrean otras consecuencias desagradables.

En definitiva, tenía muchos motivos para sentirme satisfecho de haberme establecido en Pennsylvania. Sólo lamenté dos cosas, la carencia de un dispositivo de defensa y la ausencia de educación para los jóvenes, es decir, que no hubiera ni guardia nacional ni universidad. Consecuentemente, elaboré una propuesta en 1743 para crear una academia, para la cual pensé en que ocupara el cargo de superintendente el reverendo Mr. Peters, que estaba sin trabajo. Le hablé de ello, pero pensando en que tenía más porvenir al servicio de los propietarios, declinó el ofrecimiento. Como no se me ocurrió otra persona en la que depositar mi confianza, dejé en suspenso el proyecto. Tuve más éxito en 1744, al proponer y fundar una sociedad filosófica, cuyo proyecto podrá encontrarse entre mis escritos cuando se reúnan.

En cuanto al tema de la defensa, como España llevaba varios años en guerra contra Inglaterra y había obtenido finalmente la alianza de Francia, existía un peligro evidente para las colonias. Los esfuerzos incansables de nuestro gobernador Thomas en la Asamblea de los cuáqueros para crear una milicia nacional y estipular previsiones defensivas en favor de la seguridad de la provincia fracasaron. Ello me impulsó a intentarlo por medio del voluntariado, a cuyo fin escribí y edité un pasquín titulado *Nada más que la verdad*, donde ponía de relieve, cargando un poco las tintas, el estado de indefensión en

que nos encontrábamos, y apelando a la unidad y a la disciplina para proveer nuestra defensa, al tiempo que anunciaba la aparición de una asociación a tal propósito, si los ciudadanos la respaldaban con su firma. El efecto de mi escrito fue sorprendente e inmediato. Se me pidió que redactara las bases de la asociación, y una vez concluido su borrador con la ayuda de algunos amigos, convoqué una reunión de ciudadanos en el gran local que ya he mencionado, logrando una asistencia bastante abundante. Había impreso una cierta cantidad de ejemplares del borrador, coloqué tinta y plumas en el salón y les arengué un poco sobre el tema, luego les leí el borrador, se lo expliqué y distribuí un cierto número de ejemplares, que firmaron encantados y sin la menor objeción. Cuando se disolvió la reunión y se recogieron los documentos habíamos logrado unas doscientas adhesiones. Se distribuyeron más ejemplares por todo el país, con lo que el número de las firmas llegó a los diez mil. Todos los firmantes se proveyeron de armas en cuanto pudieron, se organizaron por compañías y regimientos, eligieron a su propia oficialidad y acordaron reunirse todas las semanas para hacer la instrucción y ejercitarse en la disciplina militar. Por su parte las mujeres, por medio de una suscripción, se ocuparon de hacer banderas de seda, que regalaron a las diversas compañías, cada una con las insignias y lemas que yo les indiqué. Los oficiales de las compañías de Filadelfia se reunieron y me nombraron coronel. Como no me consideraba apto para tal empleo, decliné la atención y recomendé en mi lugar a Mr. Lawrence, persona intachable y de influencia, que quedó nombrado. Luego propuse que se organizase una lotería para allegar fondos para emplazar una batería en la parte baja de la ciudad y para adquirir las piezas correspondientes. Se reunió enseguida el dinero preciso y pronto quedó emplazada la artillería, con baluartes de troncos y rellenos de tierra. Compramos unos viejos cañones en Boston y como no eran suficientes pedimos más a Inglaterra, al tiempo que solicitamos la ayuda de nuestros propietarios sin excesiva fe en los resultados. Entre tanto, el coronel Lawrence, junto con los caballeros William Allen, Abraham Taylor y yo mismo fuimos en comisión a Nueva York para proceder a la compra de algunos ca-

ñones al gobernador Clinton. Al principio no dudó en negarse, pero durante la cena que celebramos con su Consejo, abundantemente regada con vino de Madeira, según era la costumbre del lugar entonces, fue cediendo y acabó prometiéndonos que nos prestaría seis piezas. Le apretamos un poco y llegó hasta diez para terminar concediéndonos dieciocho del mejor grado. Eran unos cañones excelentes del dieciocho, con sus cureñas. Pronto los montamos y trasladamos hasta emplazarlos en la batería, donde los asociados hicieron guardia cada noche mientras duró la guerra. Yo entraba en el turno como soldado raso.

Durante estas operaciones hice un trabajo que agradó al gobernador y al Consejo, cuya confianza me gané, consultándome a partir de entonces siempre que su colaboración podía resultar útil a los asuntos de la milicia. Para recabar la ayuda de la religión, propuse que se decretara un ayuno de penitencia y reforma, y para implorar la bendición divina para nuestra empresa. La moción fue aprobada por aclamación, aunque por tratarse del primer ayuno que se proyectaba en aquella provincia, no sabía el secretario cómo redactar la proclama. El que yo me hubiera educado en Nueva Inglaterra, donde existe un ayuno anual, me ayudó bastante para salvar ese obstáculo. Redacté el texto de la forma habitual, se tradujo al alemán y editado en ambos idiomas se distribuyó profusamente por toda la provincia. Ello dio a los clérigos de las diferentes religiones ocasión de unirse a la asociación de la milicia, y probablemente lo hubieran hecho todos, con la sola excepción de los cuáqueros, de no haberse firmado la paz enseguida. Algunos de mis amigos pensaban que todas estas actividades mías molestarían a dicha secta y que podía perder mi puesto en la Cámara, donde los cuáqueros constituían la mayoría. Un joven caballero que también contaba con amigos en la Cámara y deseaba ocupar mi puesto de secretario, me hizo saber que se había decidido desplazarme en las próximas elecciones, por lo que de buena fe me recomendaba dimitir antes, cosa que convendría a mi reputación más que ser derrotado. Mi respuesta fue que yo había oído hablar o leído algo acerca de un político que se trazó co-

mo norma no solicitar nunca ningún cargo ni rechazarlo cuando se lo ofrecieran. Le dije que esa regla la encontraba muy bien y que me proponía adoptarla, sin más que añadirle que no sólo no *pediría* o *rechazaría* cargo alguno, sino que jamás *dimitiría* de ninguno. Si querían cesarme en el cargo para dárselo a otro tendrían que quitármelo, pues yo no pensaba entregarlo cediendo con ello mi derecho de tomar represalias antes o después contra mis adversarios. De este asunto no se volvió a hablar y fui reelegido por unanimidad, como siempre en las elecciones siguientes. Tal vez, al no gustarles mi reciente intimidad con los miembros del consejo, que se habían puesto de acuerdo con los gobernadores en las disputas sobre los preparativos militares que tanto habían incidido sobre la Asamblea, hubieran visto con buenos ojos mi renuncia voluntaria, pero su presunto recelo no llegó a querer separarme solamente por el celo desplegado por mí en la asociación para la defensa y, como no tenían otra razón, dejaron las cosas como estaban. Yo tenía buenas razones para pensar que la defensa del país no era tema odioso a ninguno de ellos, siempre que no se les pidiera su ayuda, y pude ver cómo un número de ellos mayor del que pensaba, aunque fuesen adversos a una guerra ofensiva, aceptaban absolutamente la defensiva. Fueron muchos los pasquines en pro y en contra que se publicaron con este motivo, y no faltaron algunos favorables a la defensa, hechos por buenos cuáqueros con la que estaban de acuerdo casi todos los jóvenes. Una gestión que tuve que llevar a cabo en relación con nuestra asociación contra incendios me permitió llegar a conocer su sentir. Se había propuesto que apoyáramos un plan para construir una batería gastándonos los fondos que entonces teníamos, que no pasaban de sesenta libras en billetes de la lotería organizada al efecto. Pero según el reglamento no se podía disponer de fondos hasta la reunión siguiente. La compañía estaba compuesta por treinta miembros, de los que veintidós eran cuáqueros y sólo ocho de otras creencias. Los ocho asistimos con puntualidad a las reuniones, y aunque pensábamos que se nos unirían algunos de los cuáqueros, no contábamos ni mucho menos con ser mayoría. Sólo uno de los cuáqueros, Mr. James Morris, parecía abiertamente opuesto a la medi-

da. Dio muestras de profundo pesar porque se hubiera formulado aquella propuesta, pues según dijo, «los Amigos» estaban todos en contra y ello crearía discordias que podían acabar con la compañía. Le dijimos que no veíamos la razón para ello siendo minoría, y siendo «los Amigos» contrarios a ella ganarían la votación correspondiente, lo que nos obligaría a admitir la voluntad general, como era normal en todas las sociedades. Cuando llegó la hora de votar accedió a que se hiciera según las normas, pero como estaba seguro de que había cierto número de miembros que asistirían sólo para oponerse, manifestó que lo honrado sería esperar a que vinieran para efectuar la votación. Mientras hablábamos de esto un camarero se acercó a mí y me informó de que había dos caballeros que deseaban hablarme. Bajé a recibirlos y me encontré con que eran dos de los cuáqueros miembros la compañía. Me dijeron que ocho de ellos estaban reunidos en una taberna cercana y que habían decidido asistir y votar a nuestro favor si era necesario, aunque no deseaban que se recurriese a ellos si no era estrictamente necesario, ya que su voto favorable a nuestro proyecto podría acarrearles censuras por parte de sus mayores y amigos. Con la mayoría asegurada volví a entrar en la sala, y tras una breve duda se accedió a conceder otra hora de espera. El señor Morris indicó que nuestro gesto le parecía muy noble. No llegó, sin embargo, ninguno de sus amigos, lo que le produjo gran sorpresa. Una vez transcurrido el nuevo plazo de una hora hicimos la votación y la ganamos por ocho a uno, y como de los veintidós cuáqueros había ocho dispuestos a votar como nosotros y, por otra parte, los trece que no se habían presentado habían demostrado con su ausencia que no se sentían inclinados a oponerse a nuestra moción, llegué a la conclusión de que la verdadera proporción de cuáqueros opuestos a la defensa era de uno contra veintiuno. Todos eran miembros de aquella sociedad y estaban al corriente de lo que iba a tratarse en la reunión porque se les había avisado a su debido tiempo.

El docto y honorable Mr. Logan, que siempre había pertenecido a aquella secta, les escribió unas líneas para participarles su confor-

midad con el proyecto de la guerra defensiva, aportando argumentos de mucho peso en favor de su postura. Me dio sesenta libras para gastarlas en billetes de la lotería de la batería, diciéndome que el valor de cualquier premio que le tocara se aplicara también al mismo fin. Me contó la siguiente anécdota de su viejo maestro William Penn a propósito de la defensa. Había venido de Inglaterra siendo joven con él, como secretario. Era tiempo de guerra y su barco fue perseguido por un buque armado que se suponía perteneciente al enemigo. El capitán se aprestó a la defensa y les dijo a Penn y a su cortejo de cuáqueros que como suponía que no le iban a ayudar les rogaba que se retirasen a su cámara, cosa que hicieron exceptuando James Logan, que prefirió permanecer en el puente, designándosele para la dotación de uno de los cañones. El supuesto enemigo resultó ser amigo y no hubo necesidad de combatir. Así, pues, cuando el secretario bajó a comunicar lo sucedido, William Penn le reprendió severamente por haberse quedado sobre el puente decidido a combatir en contra de los principios pacifistas de sus hermanos de secta, sobre todo cuando el capitán no se lo había pedido. Como la admonición tuvo lugar públicamente, el secretario, picado, le replicó: «Si yo soy sirviente, ¿por qué no me ordenó usted que bajara a la cámara? Lo que pasaba es que usted deseaba que yo ayudase a defender el barco, porque pensó que estábamos en peligro».

Yo permanecí varios años en la Asamblea y allí la mayoría era siempre cuáquera, lo que me proporcionó abundantes ocasiones de ver lo embarazosas que les resultaban todas las cuestiones relacionadas con la guerra, sobre todo cuando se trataba de órdenes dictadas por la Corona solicitando contribuciones o ayudas de tipo militar. No deseaban indisponerse con el gobierno, pero, por otra parte, tampoco querían contrariar los principios de sus Amigos, por lo que se veían precisados a recurrir a las evasivas y restricciones mentales más curiosas cuando la colaboración resultaba inevitable. Se llegó a una fórmula de compromiso consistente en aportar dinero, pero con la frase «para las necesidades del rey», sin pararse a pensar de qué necesidades se trataba en cada caso. Lo malo era cuando la

petición no procedía de la Corona, porque entonces la frase no valía y era preciso inventarse otra. Cuando hizo falta por ejemplo comprar pólvora (creo que eso ocurrió para abastecer a la guarnición de Louisbourg) y el gobierno de Nueva Inglaterra solicitó ayuda monetaria de Pennsylvania (que el gobernador Thomas recabó encarecidamente de la Cámara), se optó por votar y poner tres mil libras a disposición del gobernador para la compra de pan, harina, trigo y «otro grano». Algunos miembros de la Asamblea que querían poner aún en más aprietos a la Cámara, aconsejaron al gobernador que rechazara la asignación, por entender que no era lo que se había pedido. Les replicó que aceptaría el dinero, pues sabía muy bien lo que querían decir con eso del «otro grano», que no era sino pólvora que fue en efecto comprada sin objeción de ninguna especie. Aludiendo a este hecho cuando en nuestra organización contra incendios temíamos que la propuesta sobre la lotería fracasara, le dije a Mr. Syng: «Si fracasamos, propongamos comprar una bomba de incendios con el dinero; a eso no pueden oponerse los cuáqueros, y luego, si usted me nombra a mí y yo a usted como miembros de una comisión "ad hoc", compraremos un buen cañón, que al fin y al cabo no es más que una "máquina de fuego"»[9]. «Ya —me contestó él—, ya veo que ha hecho usted progresos en astucia desde que pertenece a la Asamblea; desde luego ese proyecto suyo estaría a la altura del del trigo "u otro grano"».

Los engorros en que se veían los cuáqueros por culpa de haber fijado y publicado como principio que toda guerra era ilícita, ya que después de anunciarlo públicamente no podían volverse atrás, me recuerda la conducta más prudente, en mi opinión, de otra de nuestras sectas: la de los «dunkers»[10]. Conocí a uno de sus fundadores, llamado Michael Welfare, apenas surgida la comunidad en cuestión. Se quejó de las calumniosas opiniones vertidas contra ellos por los fanáticos de otras confesiones, que les atribuían creencias y prácticas abominables que eran absolutamente imaginarias. Le dije que eso solía siempre suceder con cualquier secta nueva, y que para poner fin a la difamación convendría publicar sus creencias, sus reglas y su

disciplina. Me respondió que ya habían pensado en ello, pero que no se habían puesto de acuerdo porque «cuando nos constituimos como comunidad plugo a Dios iluminar nuestra inteligencia hasta el punto de descubrir que algunas doctrinas que otrora considerábamos verdaderas eran erróneas, y que aquellas que creímos erróneas eran verdaderas». «De vez en cuando añadió se ha servido seguir iluminándonos de esta suerte, con lo que nuestros principios han ido perfeccionándose y reduciéndose el número de nuestros errores. Todavía no sabemos si hemos llegado al final de nuestro camino, al perfeccionamiento espiritual o la sabiduría teológica y nos tememos que si alguna vez imprimiéramos nuestra doctrina nos sentiríamos atados y limitados por ella, y quizás maldispuestos a seguirnos perfeccionando, y en mayor grado les sucedería a nuestros descendientes, que podrían pensar que las doctrinas y creencias que sus antepasados y fundadores les habían legado eran sagradas y que por tanto nunca las modificarían». Tal vez constituye esta secta un caso particular de modestia en la historia de la humanidad, porque sabido es que toda secta se cree en posesión de la verdad y supone que los que discrepan de su credo están equivocados y tan perdidos como el que camina en la niebla. Este ve a los que marchamos delante o detrás por la carretera envueltos en la bruma, lo mismo que los que están en el campo a ambos lados; sin embargo distingue claramente los objetos más próximos a él, pero no se da cuenta de que él está tan envuelto en la niebla como los demás. Para evitar los engorros mencionados, los cuáqueros se han ido apartando últimamente de los cargos públicos de la Asamblea y de la magistratura, optando así por renunciar antes al poder que a sus principios.

Para ser cronológicamente consecuentes, debería haber mencionado ya el invento que hice en 1742 de una estufa abierta para calentar habitaciones con ahorro de combustible, que caldeaba el aire al entrar en ella. Le regalé un modelo a Mr. Robert Grace, uno de mis primeros amigos, dueño de una fragua, al que resultó muy lucrativo fundir las piezas de esta estufa porque cada vez se pedía más en el mercado. A fin de promocionar su venta, escribí y publiqué

un prospecto titulado *Explicación de la recientemente inventada estufa de Pennsylvania: su construcción, funcionamiento, ventajas sobre otros medios de calefacción doméstica, así como respuesta a todas las objeciones que se le puedan oponer, etc*. Un ferretero de Londres se enteró del invento por medio de este prospecto y tras introducir algunos pequeños cambios en el aparato que empeoraron su funcionamiento, lo patentó, amasando así, según me dijeron, una pequeña fortuna. No es la única vez que me ocurrió algo parecido. También en otras ocasiones hubo personas que patentaron objetos inspirados en mis inventos, aunque no siempre con igual éxito. No pleiteé nunca porque no pensaba enriquecerme con esta actividad y los pleitos me han horrorizado siempre. El uso de estas estufas en muchísimas casas de esta colonia y de las vecinas ha supuesto y supone un gran ahorro de leña para sus habitantes.

Habiéndose firmado la paz llegaron a su término las actividades de la asociación, por lo que volví a mi idea de abrir una academia. Como primera providencia me dediqué a buscar entre mis amigos a los posibles socios de esta empresa, recurriendo una vez más al club «Junto». Luego escribí un opúsculo titulado *Propuestas sobre la educación de la juventud de Pennsylvania*, que distribuí entre los principales ciudadanos, gratis. Cuando supuse que estaban familiarizados con la idea, organicé una suscripción para inaugurar y mantener esta institución docente. Los pagos se harían por cuotas anuales y por períodos de cinco años. Pensé que de esta forma habría más suscriptores y no me equivoqué, pues la cifra reunida, si no me falla la memoria, llegó a las cinco mil libras.

En el prólogo a mis «Propuestas», presenté el proyecto no como cosa mía, sino atribuyéndolo a algunos caballeros con sensibilidad ciudadana, para no mostrarme yo de acuerdo con mi norma como padre de nada que pudiera redundar en el bien general.

A fin de llevar a cabo el proyecto con toda celeridad, los suscriptores nombraron entre ellos a veinticuatro vocales del consejo de administración, encargándonos a Mr. Francis, entonces fiscal general, y a mí mismo redactar los estatutos. Una vez escritos y firmados

se alquiló una casa, se contrató a los profesores y abrió la academia sus puertas, según creo, el mismo año 1749.

La matrícula aumentaba rápidamente, haciendo insuficientes las aulas, por lo que pensamos en buscar un solar con la idea de construir un nuevo edificio. Pero la Providencia quiso que encontráramos una casa capaz de albergarnos, que podía cumplir su cometido sólo con unas ligeras reformas. Se trataba de un inmueble al que ya me he referido y que había sido construido por los seguidores de Mr. Whitfield, a cuya propiedad accedimos de la forma siguiente:

Debe señalarse que las contribuciones que hicieron posible hacer aquella casa procedían de gentes de diversas sectas, por lo que en el nombramiento del consejo de administración se tuvo cuidado de no caer en partidismos, al objeto de que ninguna secta o creencia tuviera preponderancia, pues ello podría dar lugar a que un grupo religioso se apropiara el edificio en detrimento de los demás, con lo que se contravendría el propósito original de la obra. Por ello se decidió nombrar a un vocal de cada secta, es decir, uno de la Iglesia anglicana, uno de la presbiteriana, uno de la baptista, un moravo, etc. En caso de vacante por fallecimiento, se procedería a elegir sucesor por votación entre los contribuyentes. Parecía que el moravo no gustaba a sus colegas, y a la muerte de aquél decidieron no nombrar otro de dicha secta. Pero surgía la dificultad de evitar que existieran dos vocales de la misma confesión. Se barajaron varios nombres sin llegar a decidirse en favor de nadie por la indicada razón. Al final alguien me propuso a mí, alegando yo no era más que un hombre honrado sin adscripción religiosa concreta, en base a lo cual fui elegido.

El entusiasmo que existía cuando se inauguró el edificio hacia mucho que había desaparecido, y el consejo de dirección no había podido conseguir nuevas aportaciones para pagar la renta del solar y satisfacer las deudas existentes, cosa que les causaba no pocas vergüenzas. Yo, como vocal de ambos consejos de administración, el del edificio y el de la academia, estaba en buenas condiciones para negociar con ambos, logrando al fin llevarles a un acuerdo, en vir-

tud del cual los vocales del consejo de administración del inmueble lo cederían a la academia, a cambio de lo cual ésta se haría cargo de las deudas y tendría siempre a disposición de los fieles un gran salón donde podría actuar cualquier predicador, según el propósito inicial del edificio, y sostendría asimismo una escuela gratuita para los niños pobres. Se redactaron los documentos pertinentes y, saldadas las deudas, se hizo entrega formal de los locales al consejo de dirección de la academia. El salón principal, que era enorme y de techo muy alto, se dividió en pisos y en habitaciones para habilitarlas como aulas arriba y abajo. Se compró más terreno y acondicionó todo para recibir a los escolares. Los problemas de contratar a los obreros, comprar los materiales de construcción y supervisar las obras recayeron sobre mis espaldas. Yo acepté la carga con buen talante, pues ello no afectaría la administración de mi negocio, dado que contaba desde hacía un año con la colaboración de mi socio Mr. Hall, muy capaz y honrado. Se ocupaba de la imprenta y me pagaba puntualmente la parte que me correspondía de los beneficios. Nuestra asociación duró por espacio de dieciocho años, con la mayor satisfacción por ambas partes.

Los consejeros de la academia, transcurrido algún tiempo, adquirieron un «status» oficial al recibir un título del gobernador. Los fondos se incrementaron con contribuciones de Inglaterra, así como por donaciones de terrenos cedidos por los propietarios particulares, a lo cual hay que añadir las importantes aportaciones recibidas desde entonces de la Asamblea. Así surgió la actual universidad de Filadelfia. Yo he sido regente de la institución desde el principio, va para cuarenta años, y he tenido la satisfacción de ver pasar por sus aulas muchas generaciones de jóvenes que después han destacado en diversas actividades, dando fama y honra a su país.

Cuando yo me retiré, tal como he indicado, de mis negocios particulares, acariciaba la idea de que con mi fortuna, no muy grande pero suficiente, podía proporcionarme el necesario ocio para entregarme a mis estudios filosóficos y a mis entretenimientos favoritos. Me compré todos los aparatos del Dr. Spence, que había venido de

Inglaterra a dar conferencias aquí, y me pude dedicar a mis experimentos eléctricos con gran asiduidad. Lo malo es que la gente creyó entonces que yo tenía mucho tiempo libre y no me dejaban parar, con lo que, por una razón o por otra, siempre tenía que estar encargándome de alguna comisión pública o imponiéndome deberes. El gobernador, por ejemplo, me nombró miembro de la comisión para la paz; la administración de la ciudad también me incorporó al concejo consistorial como concejal, y los ciudadanos me eligieron su representante o diputado en la Asamblea. Este último nombramiento es el que más me halagó, pues al fin me daba la oportunidad de poder estar presente activamente en los debates, a los que yo había asistido meramente como oyente por mi condición de secretario, y que a veces me resultaban tan tediosos que no tenía más remedio que dedicarme a pintar monos para combatir mi aburrimiento. Se me ocurrió pensar que al ser miembro activo de aquella Corporación, tendría más poder para hacer el bien. Insisto en que todos estos honores me halagaban sobremanera, sobre todo cuando pensaba en mis humildes orígenes, por lo que tenían de testimonios espontáneos de la buena opinión que mis conciudanos tenían de mí, al tratarse de mercedes que yo nunca había solicitado.

Ocupé el puesto de juez y asistí a algunos juicios. Pronto me di cuenta, sin embargo, que precisaba más conocimientos jurisprudenciales de los que yo poseía, si quería actuar con eficacia, por lo que poco a poco me fui retirando de aquellas tareas con la excusa de que debía asistir a las tareas legislativas de la Asamblea. Mi reelección se sucedía en este cuerpo año tras año, sin que ni una sola vez hiciera nada por convencer a mis electores, ni siquiera indirectamente, de que me votaran. Finalmente mi hijo fue nombrado secretario de la propia Asamblea.

Al año siguiente se estaba preparando la firma de un tratado con los indios en Carlisle. El gobernador mandó un aviso a la Cámara pidiendo que nombrara a algunos compromisarios al efecto. Yo fui uno de ellos, junto con el presidente, Mr. Morris, y hube de trasladarme a Carlisle y entrevistarme con los indios. Esta gente es muy

propensa a emborracharse, y como cuando se emborrachan son fanfarrones y agresivos, prohibimos rigurosamente que les vendieran licor. Cuando se quejaron de esta prohibición, les dijimos que si no bebían durante la firma del tratado, les daríamos mucho ron cuando las negociaciones terminasen. Así lo prometieron y cumplieron porque no tenían más remedio, y cuando se concluyó el tratado a satisfacción de todos, reclamaron y recibieron el ron. Era por la tarde. Sumaban un centenar casi entre hombres, mujeres y niños, y se alojaban en unas chozas provisionales alineadas formando un cuadro, en las afueras de la ciudad. Por la noche se oyó un gran escándalo en su poblado y los comisionados fueron a ver lo que pasaba, encontrándose con que habían hecho una gran fogata en el centro del cuadrado y que estaban todos borrachos, tanto los hombres como las mujeres, que se peleaban entre sí. Sus cuerpos de piel oscura medio desnudos brillaban al resplandor de las llamas, y era horrible el espectáculo viendo cómo se perseguían con leños encendidos y aullaban sin cesar No hubo forma de calmarles y no pudimos hacer otra cosa que retirarnos a nuestros aposentos. Al día siguiente, dándose cuenta de que su conducta no había sido buena con tanta molestia, enviaron tres de sus viejos consejeros a presentar excusas. El portavoz reconoció su falta y la achacó al ron, diciendo lo siguiente: «El Gran Espíritu que hizo todas las cosas dio a cada una su destino. Y cualquiera que sea el destino que él las dio, debe cumplirse. Cuando hizo el ron, dijo: "esto para que se emborrachen con él". Y eso debe cumplirse». Y, ciertamente, si el designio de la Providencia fue exterminar a estos salvajes para hacer sitio a los que quisieran cultivar la tierra, puede que, en efecto, el ron fuera el medio en el que la Providencia pensó, puesto que ya ha aniquilado a todas las tribus que antes poblaban las tierras costeras.

En 1751 el doctor Thomas Bond, amigo mío, concibió la idea de establecer un hospital en Filadelfia, destinado a los pobres y a los enfermos, fueran o no de la provincia, proyecto de lo más benéfico que alguien me ha atribuido después, pero que fue idea original suya. Era persona emprendedora y tenaz y empezó a buscar suscrip-

ciones para su empeño. Pero esta idea era nueva en América y al principio nadie la comprendió, por lo que no tuvo mucho éxito. Más tarde se dirigió a mí con el cumplido de que no se podía hacer nada benéfico para la comunidad si no se contaba conmigo. «La gente me pregunta a menudo dijo, cuando les propongo la suscripción, si he consultado a Franklin sobre el particular y qué es lo que él piensa al respecto, y cuando les contesto que no (suponiendo que no figura entre sus proyectos), no contribuyen y se limitan a decir que lo pensarán». Me enteré del contenido y alcance del proyecto y el doctor me dio toda suerte de pormenores, y no sólo me suscribí, sino que me esforcé porque lo hicieran otros. Antes de nada, desde luego, procuré que la gente se familiarizara con la idea, haciendo campaña en los periódicos, cosa que no se había hecho y que era mi norma en estos casos. La suscripción resultó con esto más generosa y abundante, pero luego empezó a flaquear, por lo que me di cuenta que resulta insuficiente si no se le daba cierto apoyo desde la Asamblea. Presenté allí la cuestión y se hizo una propuesta formal. Los miembros de las zonas rurales no se entusiasmaron mucho al principio, objetando que el proyecto sólo podía beneficiar a la ciudad y que, en consecuencia, eran los que vivían en la ciudad los que tendrían que financiar el proyecto, aunque añadieron que dudaban que se interesaran por él hasta ese extremo. Contesté a esas objeciones manifestando que el proyecto encontraba tanto eco en la ciudad que no dudábamos en poder recaudar dos mil libras en virtud de donaciones voluntarias. A los miembros rurales de la Cámara mis palabras les sonaron a pura y extravagante utopía. Pero yo hice mi plan. Pedí permiso para presentar un proyecto de ley en el que se constituía como corporación a los suscriptores, según su petición, concediéndoles una cantidad de dinero que no se especificaba. Se me concedió el permiso para presentar el proyecto de ley, probablemente pensando que la Cámara lo rechazaría si no era de su agrado. Yo lo redacté de modo que la cláusula importante quedara en condicional, de la siguiente forma: «Y sea mandado y puesto en vigor por la antedicha autoridad que cuando los citados contribuyentes encuentren y nombren a sus gerente y tesorero y hayan recaudado

en concepto de aportaciones voluntarias un capital de dos mil libras (cuyos intereses anuales se aplicarán a acomodar a los enfermos pobres en el citado hospital sin cargo alguno en concepto de comida, asistencia, consulta o medicinas) y hayan podido probar, a satisfacción del presidente de la Cámara, que se ha recaudado esa suma, que entonces el mencionado presidente pueda proceder legalmente a la citada donación. Y por la presente se le requiere para que firme una orden para que el tesorero provincial efectúe un pago de dos mil libras, en dos entregas anuales, a favor del tesorero del citado hospital, que serán aplicadas a la fundación, construcción y terminación del mismo». Gracias a esta cláusula se aprobó el proyecto de ley, pues los miembros de la Cámara que se habían opuesto a la donación entendieron que podían quedar como caritativos sin que la Asamblea efectuara desembolso alguno, y no tuvieron inconveniente en que se aprobara. Por nuestra parte, al animar a los ciudadanos a que contribuyeran al hospital con sus aportaciones voluntarias les recordábamos la cláusula condicional de la ley como una razón más para que fueran generosos, ya que si la recaudación llegaba a las dos mil libras, la donación de cada persona se duplicaría. La cláusula fue, por consiguiente, útil en ambos sentidos. Las aportaciones voluntarias rebasaron pronto la suma requerida y nosotros reclamamos y recibimos el donativo de la Administración, que nos posibilitó la construcción de un hermoso edificio cuya contribución al bienestar social ha sido innegable y cuya existencia se extiende hasta nuestros días. No recuerdo ninguna de mis maniobras políticas que me haya producido mayor satisfacción o que cuando la recuerde me justifique mejor el haber usado a veces de la astucia.

Fue también durante esta época cuando surgió otro proyecto, éste debido al reverendo Gilbert Tennent, que vino a verme y a pedirme ayuda para otra suscripción, esta vez destinada a construir un centro de reuniones. Se destinaría a un grupo de fieles que él había reunido entre los presbiterianos, antiguos discípulos de Mr. Whitfield. Por no hacerme antipático a mis conciudadanos con tanta solicitud, rechacé de plano la petición. Entonces me pidió una lista de

nombres de personas conocidas mías y que fueran generosas e inclinadas a obras sociales. Seguí pensando que tampoco estaría bien dedicarme a molestar precisamente a los que se habían ganado fama de generosos enviándoles a otro pedigüeño, por lo que también me negué. Entonces se limitó a pedir mi consejo, a lo que accedí. Le dije que, en primer lugar, se dirigiese a cuantos conocidos suyos pudieran dar algo; después a los que conociera, dándoles la lista de los primeros donantes, y finalmente que no olvidase incluso a aquellos que sabía seguro que no darían nada, pues podría equivocarse con algunos de ellos. Así lo hizo y pidió a *todo el mundo*, obteniendo más dinero de lo que suponía, con el que pudo construirse de esta forma la elegante y amplia sala de reuniones que se encuentra en Arch Street.

Aunque nuestra ciudad estaba bien planeada, y sus calles eran amplias, rectas y con cruces en ángulo recto, tenían el defecto de haber permanecido demasiado tiempo sin pavimentar, cosa que cuando llovía hacía penosísimo el tránsito, atorándose en el barro las ruedas de los carruajes pesados. Y, en cambio, cuando el tiempo era seco el polvo las hacía desagradables. Yo había vivido cerca del lugar llamado Jersey Market y recordaba con pena haber visto a los ciudadanos chapoteando en el barro cuando iban a la compra. Sólo había una estrecha franja pavimentada en el mercado, pero incluso allí se extendía el barro que todo el mundo llevaba en el calzado. A fuerza de hablar y escribir de este tema, pude influir en la decisión de que se adoquinase el trozo de calle entre el mercado y la franja ya pavimentada con ladrillos de que hablaba antes, a lo largo de las filas de casas. Durante algún tiempo esta solución proporcionó cierta facilidad en el acceso al mercado, pero cuando pasaba un carro del barro a la calzada, salpicaba y volvíamos a sufrir nuevos inconvenientes, ya que quedaba llena de fango, sin que la ciudad contara con barrenderos que la limpiaran. Después de hacer varias gestiones encontré a cierta persona pobre y laboriosa, que estaba dispuesta a mantener limpio el pavimento y a hacer de barrendero dos veces por semana, así como de basurero, retirando las basuras de las puer-

tas de las casas, por seis peniques al mes por cada vecino. Escribí y distribuí una hoja explicando las ventajas que podía esto representar para el vecindario y para el comercio en todas las condiciones meteorológicas, logrando que todo el mundo lo aceptase, con lo se incrementó el deseo general de pavimentar las calles principales y sintiéndose más dispuestos a aceptar un arbitrio a tal efecto. Pasado algún tiempo, redacté un proyecto de ley sobre pavimentación y lo sometí a la aprobación de la Asamblea. Eso tuvo lugar poco antes de partir hacia Inglaterra, el año 1757, y no fue aprobado hasta después de mi partida, si bien con algunas enmiendas sobre el medio de allegar los fondos, que a mi juicio no añadía ninguna ventaja, aunque se incluyeron provisiones para el alumbrado público, cosa que representó una enorme mejora. Fue un particular, ya fallecido, Mr. John Clifton, quien demostró la utilidad de las lámparas, instalando una en la puerta de su casa, que causó favorable impresión a todos. También me han atribuido a mí el mérito de esta otra mejora, cosa injusta pues corresponde por entero a aquel caballero. Yo me limité a seguir su ejemplo, sin más contribución que defender la forma de nuestras lámparas en contra de las de globo que se traían de Londres. Y ello por las siguientes razones: no dejaban entrar el aire y, en consecuencia, el humo no salía por arriba sino que se estancaba dentro del globo y terminaba por obscurecer la luz que las lámparas debían dar. Además era necesario limpiarlas a diario, lo que provocaba roturas accidentales. Sugerí entonces que las farolas se hicieran de paneles planos, con una larga chimenea en la parte alta y aberturas en la parte baja para que por ellas entrara el aire y facilitara la salida del humo, lo que las mantendría limpias sin ponerse negras a las pocas horas, como ocurría con las de Londres, y continuarían brillando con claridad hasta el amanecer. Y si por cualquier accidente se rompía uno de los cristales, sería fácil sustituirlo. A veces me he preguntado por qué los londinenses, tras observar que los orificios abiertos en la parte inferior de las lámparas de globo que se utilizaban en la zona de Vauxhall contribuían a mantenerlas limpias, no hicieron algo parecido en las lámparas de sus calles; aunque la verdad es que tales orificios tenían otra finalidad. Se utilizaban, en

efecto, para introducir por ellos una hilaza de lino que atravesaba verticalmente el globo y que servía para prender la mecha más rápidamente. Nadie pensó, al parecer, en que dichos agujeros podrían servir también para que por ellos entrara el aire, así que cuando las lámparas llevaban unas pocas horas encendidas, las calles de Londres aparecían muy mal iluminadas.

Esto me recuerda algo que propuse cuando estaba en Londres al doctor Fothergill, una de las mejores personas que he conocido y uno de los mejores promotores de proyectos de utilidad pública. Yo había observado que cuando no llovía nadie barría las calles, acumulándose el polvo hasta que con el agua de las próximas lluvias se formaba barro. Entonces era de lo más difícil cruzar las calles llenas de fango, excepto en pequeños pasadizos que las pobres gentes limpiaban con escobas. Por fin llegaban carretas que recogían el lodo con gran trabajo, pero al llevárselo lo iban vertiendo de tanto bache como había en la calzada, con las consiguientes molestias para los peatones. No se barría el polvo en las épocas secas, se decía, para que no se esparciera y manchara los escaparates y las casas. Fue algo fortuito lo que me dio la clave de un sistema de barrer rápidamente. En mi portal de Graven Street encontré cierta mañana a una pobre mujer que estaba barriendo el pavimento con una escoba de abedul. Estaba pálida y parecía débil, como si acabara de convalecer de una enfermedad. Le pregunté quien la pagaba por hacer aquel trabajo y contestó que nadie; que como era pobre y desvalida, barría delante de las puertas de la gente principal con la esperanza de que le dieran algo por ello. Le dije que si barría toda la calle le daría un chelín. Eran las nueve en punto. A las doce vino a por su chelín. Como la había visto trabajar antes tan despacio me resultaba difícil creer que lo hubiera hecho ahora tan rápidamente, por lo que mandé a mi criado para que echara un vistazo. Me dijo que estaba toda la calle perfectamente barrida y que el polvo había sido amontonado junto a las bocas de las alcantarillas, que estaban en el centro de la calzada. La próxima lluvia se llevó los montones y así quedó todo limpio. Pensé que si aquella persona tan frágil había sido capaz de barrer la

calle en tres horas, un hombre fuerte y dispuesto podría hacerlo en la mitad de tiempo. Quiero hacer un inciso para subrayar la conveniencia de tener una sola boca de alcantarilla en calles tan estrechas como aquélla y en medio, en lugar de dos, una a cada lado junto al bordillo, ya que al caer la lluvia, dada la forma de la calzada, corre el agua desde los lados hacia el centro, donde se forma una corriente que arrastra la suciedad y el barro que encuentra a su paso. En cambio cuando se divide en dos canales esa corriente no tiene la fuerza suficiente y lo único que ocurre es que el barro se hace más fluido, con lo que las ruedas de los carros y los cascos de los caballos chapotean y lo envían a las aceras, que se ponen sucias y resbaladizas, aparte las salpicaduras que puedan alcanzar a los que transitan por ellas. Así pues mi propuesta al buen doctor fue la siguiente:

«A fin de hacer más eficaz la limpieza de las calles de Londres y de Westminster, se propone que se contrate a varios vigilantes encargados de la limpieza del polvo que se forma en temporadas secas y de rastrillar el barro en las húmedas, dividiendo la ciudad en zonas y asignando una zona a cada hombre; se les facilitarán las escobas y útiles necesarios, que pondrán a disposición de los pobres que puedan contratar a tal efecto.

»En los meses secos se barrerá el polvo y las basuras formando montones a la distancia conveniente y antes de que se abra el comercio y las ventanas de las casas, para luego recogerlas en carros y trasladarlas a donde convenga.

»El barro se allanará rastrillando, pero sin formar montones que serían de nuevo desperdigados por las ruedas de los carruajes. En vez de eso, se les proporcionarán a los barrenderos carros de caja poco alta, con el fondo de rejilla y costados abatibles, que se podrán cubrir con paja para que retengan el barro y permitan que escurra el agua, aligerando su peso en mayor parte. Para llevar el barro hasta esos carros se utilizarán carretillas, utilizando caballos para llevarse las cargas de barro una vez que estén bien escurridas».

Luego he tenido mis dudas sobre lo factible de esta última operación, pensando en lo estrechas que eran algunas calles y lo difícil

que sería colocar los carros sin crear dificultades al tránsito. Pero sigo creyendo, de todos modos, que la operación de barrer y llevarse el polvo antes de que abran las tiendas es fácil en verano cuando los días son largos, pues paseándome en cierta ocasión a las siete de la mañana por el Strand y Fleet Street, vi que no había una sola tienda abierta a pesar de ser de día y de lucir el sol desde hacía tres horas, quizás porque a los londinenses les gusta vivir a la luz de las velas y dormir cuando luce el sol, a pesar de que se quejen absurdamente de tener que trabajar con luz artificial y del precio del sebo con que hacen las velas.

Tal vez algunos piensen que estos temas tan triviales no merecen mayor atención; sin embargo, si nos paramos a pensar en el polvo que el viento nos mete en los ojos o que ensucia una tienda, y en lo molesto de esta cosa tan corriente a escala de una ciudad populosa, posiblemente no se censurará a quienes dedican a estos problemas su tiempo. La felicidad humana no es tanto producto de sensacionales golpes de buena suerte, que pocas veces ocurren, cuanto de pequeñas circunstancias favorables que acontecen todos los días.

Y así, por ejemplo, enseñar a un joven a afeitarse y a conservar su navaja en buen estado es una manera más eficaz de contribuir a su felicidad que regalarle mil guineas. El dinero se gasta pronto y sólo nos queda el pesar por haberlo dilapidado tontamente. Sin embargo el joven que conserva bien la navaja se verá exento de tener que sentarse y esperar la vez en el barbero y soportar a veces sus manos sucias, su mal aliento y sus navajas mal vaciadas. Se afeitará cuando le venga en gana y disfrutará al hacerlo diariamente con un buen útil. Estas consideraciones son las que me han impulsado a escribir las páginas precedentes, confiando en que sus sugerencias puedan ser de algún modo útiles a una ciudad que amo y en la que he vivido feliz muchos años y por qué no a otras ciudades de América.

Por haber servido durante algún tiempo en el cargo de interventor de Correos de América, para el que fui nombrado por su director y desde el cual organicé y regularicé los diversos departamentos, se me escogió, junto con Mr. William Hunter, para suceder al di-

rector mencionado cuando aquél falleció en 1753. Mr. Hunter y yo fuimos designados por un comité de la Dirección de Correos de Inglaterra. Hasta entonces la oficina americana de Correos no había pagado ni un penique a la inglesa. Se nos asignaban seiscientas libras anualmente si lográbamos que los beneficios de la institución alcanzaran esa suma. Para conseguirlo era necesario introducir una serie de mejoras y algunas de ellas exigían altos desembolsos al principio, así que en los primeros cuatro años el Departamento de Correos llegó a tener un déficit superior a las novecientas libras. Pero pronto se rehizo y antes de que yo fuera desplazado de mi cargo por una maniobra caprichosa de los ministros, de la que hablaré más adelante, habíamos logrado que produjera a la Corona *tres veces* más beneficios netos que la oficina de Correos de Irlanda. Desde aquella desvergonzada operación no han recibido ni un céntimo.

Los negocios de Correos me obligaron a viajar aquel año a Nueva Inglaterra, donde tuve el honor de recibir el título de licenciado honorario en la Universidad de Cambridge, por iniciativa suya. La Universidad de Yale, en Connecticut, ya me había dispensado antes parecido honor. Así fue cómo sin estudios universitarios pude obtener tales distinciones. Estas distinciones se me hicieron en consideración a mis descubrimientos y aportaciones en materia de electricidad y de filosofía natural.

En 1754 se barruntaba una guerra contra Francia, por lo que se convocó un congreso de representantes de todas las colonias inglesas en América, a requerimiento de los Lords of Trade, para reunirse en Albany a conferenciar con los jefes de las seis tribus indias y planear la defensa de sus territorios y de los nuestros. El gobernador Hamilton recibió la orden, la notificó a la Cámara y solicitó los oportunos presentes para los indios y nombró al presidente (Mr. Norris) y a mí mismo para que nos incorporásemos a la comisión con Mr. Thomas Penn y el secretario Peters en calidad de representantes de Pennsylvania. La Cámara aprobó el nombramiento y nos dio los objetos que habían de servir de regalos, aunque sin muchos deseos de que salieran de nuestra provincia. Nos reunimos con los

demás representantes a mediados de junio, en Albany. Cuando nos encaminábamos hacia allí pergeñé un plan para una unión de las colonias bajo un solo gobierno para atender las necesidades generales de la defensa y de otras cuestiones de capital importancia. Al pasar por Nueva York di cuenta de mi proyecto a Mr. James Alexander y Mr. Kennedy, dos caballeros de gran saber en negocios públicos, quienes aprobaron mi idea, con lo que me sentí lo suficientemente seguro como para elevarlo al Congreso. Sucedió que algunos de los representantes habían trazado planes parecidos a los míos. Se planteó la cuestión previa de si procedía la formación de una unión y la respuesta fue unánimemente afirmativa. Se nombró entonces una comisión, con un representante por cada una de las colonias, con el encargo de estudiar las diversas alternativas propuestas e informar al respecto. Se eligió mi plan, que fue presentado como el más idóneo, sin más que unas pequeñas enmiendas. Según este plan, el gobierno general estaría administrado por un presidente-general, nombrado y mantenido por la Corona y por un gran consejo cuyos miembros serían elegidos por los representantes de la población de las diversas colonias, reunidos en sus Asambleas respectivas. En el Congreso continuaron los debates diarios sobre el tema, junto con las cuestiones indias. Surgieron toda suerte de problemas y dificultades, que fueron resolviéndose con el tiempo, llegándose por fin a la aprobación unánime del proyecto, del que se mandaron varios ejemplares al departamento de Comercio (Board of Trade) y a las Asambleas de varias provincias. Su destino fue muy peculiar, pues no fue aceptado por las Asambleas, temerosas de las excesivas *prerrogativas* que contenía. Por su parte Inglaterra juzgó que resultaba excesivamente *democrático*. El Departamento de Comercio, en consecuencia, no le dio su aprobación ni lo presentó para que se la diera Su Majestad. Se formuló otro plan que se estimaba mejor, para alcanzar los mismos objetivos, según el cual los gobernadores de las provincias con varios miembros de sus respectivos consejos se reunirían y ordenarían el reclutamiento de tropas, la construcción de fuertes, etc., con fondos que facilitaría el Tesoro de Gran Bretaña, al que posteriormente se reembolsarían cuando una ley del Parlamento impusiera los im-

puestos oportunos a cargo de América. Mi plan, y los razonamientos en que se apoyaba, se encuentra entre los escritos políticos míos que fueron publicados. Al invierno siguiente en Boston pude conversar con el gobernador Shirley sobre ambos planes. Parte de lo que entonces hablamos está recogido en los escritos mencionados. Las diversas y encontradas razones de oposición a mi proyecto me hacen sospechar que constituía el verdadero punto medio o la solución del problema, y aún hoy sigo pensando que, de haberse adoptado, hubiera beneficiado a ambas partes. Unas colonias unidas habrían sido suficientemente fuertes para autodefenderse. No hubiera habido necesidad de recibir tropas inglesas y, por tanto, se hubieran evitado los nuevos impuestos y las sangrientas consecuencias que comportaron. Pero estos errores no son nuevos; la historia está llena de equivocaciones de los estados y los príncipes.

Mirad al mundo habitado y veréis

cuán escasos son los que saben lo que les conviene

o, sabiéndolo, se esfuerzan por alcanzarlo.

Los gobernantes, tan atareados como están con complejos asuntos, no suelen querer tomarse el trabajo de estudiar y poner en práctica proyectos nuevos. Por eso las mejores soluciones políticas no se adoptan *porque se haya aprendido del pasado, sino porque las imponen las circunstancias*.

El gobernador de Pennsylvania, al remitir el proyecto a la Asamblea, hizo constar su aprobación diciendo «que le parecía claro y juicioso y que por eso lo recomendaba como algo digno de la máxima atención». La Cámara, sin embargo, a instigación de ciertos diputados, decidió examinarlo en ausencia mía, cosa que me pareció poco honrada. De esta forma, se rechazó sin prestarle la menor atención, y con no poco disgusto para mí.

Camino hacia Boston en el mismo año, me encontré en Nueva York con el nuevo gobernador, Mr. Morris, recién llegado de Inglaterra y al que había conocido íntimamente en el pasado. Recibió la orden de reemplazar a Mr. Hamilton, que, harto de disputas con los propietarios, había dimitido. Me pidió Mr. Morris mi opinión

sobre si le esperaba una administración tan incómoda como la de Mr. Hamilton.

Le dije que, por el contrario, la tendría fácil, con tal de cuidarse de no entrar en disputas con la Asamblea.

«Querido amigo, me contestó amablemente, ¿cómo puede aconsejarme que evite las disputas? Sabe usted muy bien lo que me gusta discutir; es una de mis debilidades. Pero para demostrarle en cuanto aprecio sus consejos, le prometo que las evitaré en la medida de lo posible». En verdad tenía razones para que le gustase disputar: era elocuente, era un sofista agudo y por ello solía triunfar en las polémicas. Desde pequeño había sido educado en esas artes por su padre, que, según me dijeron, acostumbró a sus hijos a ejercitarse en la discusión entre sí, cosa que le divertía, mientras permanecían sentados a la mesa después de comer. A mi juicio esa práctica no era prudente, pues lo que yo he visto en la vida es que estas gentes amigas de discutir, rebatir y contradecir a los demás suelen ser poco afortunadas en sus negocios. A veces consiguen la victoria pero nunca el aprecio de los demás, que sería más útil para ellos. Nos separamos, él se dirigió a Filadelfia y yo a Boston. A mi regresó me encontré en Nueva York con que las actas de la Asamblea reflejaban que, lejos de lo que me había prometido, la Cámara y el gobernador habían entrado ya en dura controversia, y durante todo su mandato continuó esta batalla entre ellos. Yo también tuve participación en el conflicto, pues tan pronto como me reintegré a mi escaño en la Asamblea, me pusieron en todas las comisiones encargadas de contestar a las alocuciones, discursos y mensajes del gobernador, viéndome obligado a preparar los borradores. Tanto nuestras respuestas como sus mensajes eran acres e incluso francamente insultantes. Como él sabía que yo escribía los textos de la Asamblea, uno podría imaginarse que cuando nos encontrábamos casi llegábamos a las manos. Pero no era así, pues él era de un natural tan bondadoso que nunca nos enemistamos por nuestro antagonismo político, siendo frecuentes nuestros almuerzos en común. Cierta tarde, cuando el dicho antagonismo era más vivo, nos encontramos en la calle y me dijo:

«Franklin, tiene usted que acompañarme a casa y pasar la velada conmigo, porque habrá allí alguien cuya compañía le va a agradar». Me tomó del brazo y me llevó con él. Mientras celebrábamos alegremente el vino, a los postres, nos contó cuánto le gustaba el personaje de Sancho Panza en el pasaje en que le prometen ser gobernador y pregunta si podría ser un gobierno de negros a fin de poder venderlos si es que no llegaba a ponerse de acuerdo con ellos. Uno de los invitados que estaba sentado cerca de mí dijo: «Franklin, ¿por qué sigue usted al lado de esos malditos cuáqueros? ¿No sería mejor que los vendiera usted? Seguro que el propietario le daría a usted un buen precio por ellos». Le contesté que el gobernador todavía no había puesto demasiado negros a sus gobernados. Había tratado de hacerlo con la Asamblea por medio de sus difamaciones, pero la Cámara había sabido exculparse inmediatamente de ellas y proyectarlas, a su vez, contra el gobernador. Viendo que, al final, quien se estaba poniendo negro era él y Mr. Hamilton, se dieron por vencidos en el empeño y abandonaron el gobierno.

Aquellas querellas parlamentarias en el fondo apuntaban contra los propietarios, nuestros gobernantes hereditarios, los cuales en cuanto advertían cualquier proyecto tendente a hacer gastos de defensa en la provincia, daban instrucciones, con increíble mezquinad, a sus diputados de vetar cualquier proyecto de ley, a menos que las vastas propiedades de dichos propietarios quedaran expresamente excluidas de los impuestos que se propusieran, y llegaban incluso a obligar a los citados diputados a que se comprometieran al cumplimiento de las dichas instrucciones. Las asambleas trataron durante tres años de poner coto a estas injusticias, teniendo que doblegarse siempre al final, hasta que el capitán Denny sucedió al gobernador Morris y se arriesgó a desobedecer las repetidas instrucciones en la forma que más tarde expondré.

Pero mi narración va demasiado aprisa y existen todavía gestiones dignas de mención que tuvieron lugar precisamente durante el gobierno del gobernador Morris.

Como en cierto modo la guerra con Francia había estallado prácticamente, el gobierno de la bahía de Massachusetts proyectó dirigir un ataque contra Crown Point y envió a Mr. Quincy con tal propósito a Pennsylvania y a Mr. Pownall más tarde gobernador Pownall a Nueva York en busca de ayuda. Por estar yo en la Asamblea, conocer su carácter y por ser paisano de Quincy, éste me pidió ayuda y dicté el discurso que él dirigió a la Asamblea y que fue bien recibido. La Cámara votó una ayuda de diez libras en suministros y pertrechos. El gobernador, sin embargo, se negaba a refrendar el proyecto de ley (que incluía éste y otros subsidios a conceder para uso de la Corona), a menos de que se insertase una cláusula con la consabida exención de impuestos especiales a los propietarios. Los buenos deseos de conceder la ayuda por parte de la Asamblea se veían imposibilitados ante esa obstrucción y Mr. Quincy hizo cuanto pudo para obtener el consentimiento del gobernador, que se obstinó en su negativa. Sugerí entonces una táctica para ultimar la cuestión sin el gobernador, que consistía en emitir libranzas a cargo de los vocales del consejo de administración de la Oficina de Préstamos, a la que la Asamblea tenía legalmente la facultad de reclamar fondos. No había nada o casi nada de dinero por aquel entonces en sus cajas, por lo que propuse que los créditos se hicieran pagaderos en el término de un año al cinco por ciento de interés. Con ellos supuse que podrían adquirirse los pertrechos y municiones precisos. La Asamblea adoptó la propuesta con muy pocas dudas. Se hicieron los documentos oportunos y yo participé en la firma y retirada de fondos. Estos provenían de los intereses de todo el papel moneda de la provincia por préstamos, más la renta derivada de un impuesto sobre el consumo, que se sabía bastaba y sobraba, siendo por lo demás fácil encontrar quien quisiera adquirir esos títulos de préstamo por ser papel seguro con interés garantizado, como así sucedió, desapareciendo en cuestión de pocas semanas. Así me las arreglé para concluir este asunto. Mr. Quincy dio las gracias a la Asamblea con un elegante memorial, regresó a su casa satisfecho del éxito de su embajada y conservó siempre hacia mí el más sincero afecto.

El gobierno británico estaba decidido a no permitir la unión de las colonias según la propuesta de Albany, ni a encomendar la defensa a esa unión para que no se fortalecieran militarmente y adquirieran conciencia de su propia fuerza. Celoso de su soberanía, el gobierno británico envió al general Braddock y a dos regimientos de tropas inglesas regulares que desembarcaron en Virginia, en Alexandria, y marcharon desde allí a Frederick, en Maryland, donde se detuvieron a esperar carruajes para el transporte. Nuestra Asamblea llegó a conocimiento de que el general tenía prejuicios contra nosotros, creyendo que nos oponíamos a auxiliarle, y quiso que fuera yo quien le recibiera, no como miembro de ella sino como director de Correos y con la excusa de proponerle un sistema más rápido de llevar los despachos suyos a los gobernadores de las diversas provincias y viceversa, haciéndose la Asamblea cargo de los gastos ocasionados por este servicio especial. En aquel viaje me acompañó mi hijo y llegamos a Frederick, donde esperaba impaciente el general el regreso de los que había enviado a Maryland y Virginia a recoger los carruajes. Permanecí allí varios días y comí con él a diario, teniendo así la oportunidad de disipar todos sus prejuicios, informándole de que antes de su llegada la Asamblea había ya dado los pasos necesarios y seguía dispuesta a darlos para hacer posibles sus operaciones. Cuando me disponía a regresar llegó la respuesta oficial de los carruajes que era posible entregar al general, que ascendían a sólo veinticinco y no en perfectas condiciones todos ellos. Se sorprendieron el general y su oficialidad, y decidió que la expedición no podría proseguir por falta de medios, clamando contra los ministros que le habían enviado, ignorando sus condiciones materiales, a un país carente de los medios necesarios para el transporte del avituallamiento, etc. Se precisaban no menos de ciento cincuenta carros, a lo que me permití señalar que había sido una pena que no hubieran desembarcado en Pennsylvania, donde casi cada granjero tiene su carreta. El general me oyó con suma atención y me dijo: «Así pues, usted que es hombre influyente allí probablemente está en condiciones de proporcionamos lo que necesitamos». Respondí preguntando qué contrapartida se ofrecería a los propietarios de los carros

y me contestaron que pusiera yo mismo por escrito las condiciones que a mí me parecieran oportunas. Así lo hice y se aceptaron, tomándose seguidamente las medidas necesarias para emprender la operación. Las condiciones pactadas pueden verse en el anuncio que hice publicar a mi llegada a Lancaster, y, por el efecto inmediato que produjeron, constituyen un curioso ejemplo que creo de interés reproducir a continuación:

AVISO

Lancaster, 26 de abril de 1753.

Necesitándose 150 carros de cuatro caballos cada uno y 1.500 sillas o bastes de caballería para el servido de las fuerzas de Su Majestad que deberán concentrarse en Wills's Creek, y habiéndome comisionado S. E. el General Braddock para contratar estos elementos, por el presente comunico que estaré en Lancaster desde hoy hasta la tarde del próximo miércoles, y en York desde el próximo jueves por la mañana hasta el viernes por la tarde. En ambas ocasiones recibirá las ofertas de carros, tiros de caballos, caballos sueltos, etc., con las siguientes condiciones: 1) Se pagarán por cada carro con cuatro buenos caballos y carretero, quince chelines al día; por cada caballo idóneo con silla y otra clase de arreos y atalajes, dos chelines diarios; por cada caballo idóneo sin silla, dieciocho peniques al día. 2) El pago comienza a devengarse desde el momento en que se entreguen a las fuerzas estacionadas en Wills's Creek (que habrá de ser el próximo día 20 de mayo o antes), pagándose una dieta razonable por los gastos de desplazamiento hasta allí y de regreso, luego, a sus casas. 3) Cada carro y tiro de caballos y cada caballo de montar o de carga se valorará por diversas personas elegidas conjuntamente por mí y por cada propietario; caso de pérdida de algún carro, tiro o caballo, se pagará la indemnización correspondiente de acuerdo con la citada valoración. 4) Pagaré anticipadamente siete días, en metálico, a cada propietario de carro, tiro o caballo, al tiempo de cerrar el contrato, si así se me solicita, y el resto del pre-

cio se hará efectivo por el General Braddock, o por el pagador del ejército al final del servicio, o en pagos sucesivos mientras dure éste, según se solicite. 5) Ninguno de los carreteros o personas encargadas de los caballos podrán, bajo ningún concepto, ser llamados a prestar servicios propios de los soldados, ni empleados más que exclusivamente en el cuidado o conducción de sus caballos y carros. 6) El pienso y forraje de las caballerías que transporten los carros o caballos al campamento y que exceda al que precisen los caballos para su subsistencia, quedarán a disposición del ejército, pagándose por ellos un precio justo.

Nota. Mi hijo, William Franklin, está autorizado para contratar, en estas condiciones, con cualquier persona, en el Condado de Cumberland.

B. Franklin.

A los habitantes de los condados de Lancaster, York y Cumberland.

Amigos y paisanos:

Encontrándome casualmente en el campamento Frederick hace unos días, he podido comprobar la exasperación del General y de la oficialidad debido a la falta de carros y caballos con los que esperaban contar en esa provincia, que consideraban como la más idónea para suministrárselos. Por culpa de las disensiones entre nuestro Gobernador y la Asamblea, no había podido obtenerse el dinero necesario para hacer las gestiones precisas en ese sentido.

Existía el propósito de enviar de inmediato una expedición armada a vuestros condados para requisar todos los mejores carruajes y caballos que el ejército precisara y obligar a cuantas personas fueran necesarias para su cuidado y manejo a hacerse cargo de ellos.

Enterado de que la marcha de las tropas inglesas a través de estos condados en esta ocasión (considerando sobre todo su talante y su resentimiento contra nosotros) supondría toda clase de inconvenientes para sus habitantes, procuré evitar en lo posible estas complicaciones y allanar con equidad los obstáculos. Las poblaciones de

estos condados se han quejado últimamente a la Asamblea de que precisaban más fondos, y ahora tienen la ocasión de repartirse una considerable cantidad de dinero, pues si el servicio a prestar a estas fuerzas expedicionarias ha de continuar (cosa que es más que probable) durante 120 días, el alquiler de estos carros y de los caballos se elevará a más de 30.000 libras, que serán pagaderas en plata y oro de las arcas reales.

El servicio será fácil y llevadero, ya que el ejército se moverá a una media diaria de unas doce millas escasas; los caballos y carros, como transportarán cosas absolutamente necesarias para el mantenimiento del ejército, deberán marchar a la misma velocidad que éste, situándose en todo momento en los lugares más seguros, sea durante la marcha o en acampada.

Si, como creo, sois leales súbditos de Su Majestad, con este servicio tenéis ocasión de demostrarlo beneficiándoos al propio tiempo, pues incluso los que no puedan prescindir en sus plantaciones de un carro, cuatro caballos y un carretero, pueden llegar a un acuerdo entre tres o cuatro y suministrar uno el carro; otros, los caballos y otro el carretero, repartiéndose luego, proporcionalmente a su aportación, el importe del alquiler. Si, por otra parte, no proporcionarais voluntariamente este servicio a vuestro Rey y país en las razonables condiciones que se ofertan, surgirán graves sospechas acerca de vuestra lealtad, y, como las órdenes reales han de cumplirse en todo caso, y las bravas tropas llegadas desde tan lejos no pueden permanecer ociosas por culpa de nuestra inactividad, es mejor aportar lo que voluntariamente se nos pide antes de que puedan utilizarse otras medidas violentas, con los inconvenientes consiguientes para todos.

Yo no tengo ningún interés personal en este asunto (excepto el de la satisfacción de hacer lo que creo que es mejor para todos), que sólo me ocasionará preocupaciones en su desarrollo. Si sucediera que este sistema para obtener los carros y los caballos no da resultado, estoy obligado a dar parte al General en el término de catorce días y supongo que el húsar Sir John St. Clair, con un cuerpo de

soldados, no tardaría en entrar en esta provincia y procurarse por sus medios lo necesario, cosa que sentiría ocurriese porque siempre soy vuestro atento y sincero amigo,

B. Franklin.

Recibí del general unas 800 libras para los anticipos a los propietarios de los carros y los caballos, suma que resultó insuficiente, por lo que yo hube de anticipar 200 libras más, con lo que en dos semanas se habían despachado ya camino del campamento 150 carros y 259 caballos. El anuncio prometía que el pago se haría de acuerdo con la valoración justa cuando se perdieran algún carro o algún caballo. Los propietarios, no obstante, alegando que no conocían al general Braddock ni la garantía de sus promesas, insistieron en que yo garantizase la operación, cosa que hice.

Estando en el campamento cierta noche a altas horas tomando un refrigerio con los oficiales del regimiento del coronel Dumbar, éste me habló de su preocupación por los oficiales de menor graduación, que, según dijo, no nadaban en la abundancia normalmente y que malamente iban a poder permitirse en un país tan caro como éste adquirir todas las provisiones que resultarían necesarias para una marcha tan larga a través del desierto, donde no sería posible adquirir nada. Estudié la cuestión y decidí prestarles mi ayuda sin decirle nada a él. Al día siguiente escribí al comité de la Asamblea, que disponía de algunos fondos públicos, recomendando este asunto con calor por si se les podía enviar un regalo de artículos de primera necesidad y bebidas. Mi hijo, que tenía cierta experiencia de la vida en campaña y de sus necesidades, confeccionó una lista que envié con mi petición. La aprobó el comité con tal diligencia, que los aprovisionamientos llevados por mi propio hijo llegaron al campamento al tiempo que los carros. Consistían en veinte bultos, cada uno de los cuales contenía lo siguiente:

Seis libras de panes de azúcar.

Seis libras de buen azúcar moreno.

Una libra de té verde de buena calidad.

Una libra de té «bohea».

Seis libras de café bueno, molido.

Seis libras de chocolate.

Medio quintal de las mejores galletas blancas.

Media libra de pimienta.

Un cuarto del mejor vinagre de vino blanco.

Un queso de Gloucester.

Un barrilete de 20 libras de buena mantequilla.

Dos docenas de botellas de vino añejo de Madeira. Dos galones de aguardiente de Jamaica.

Un frasco de mostaza en grano.

Dos jamones bien curados.

Media docena de lenguas fiambres.

Seis libras de arroz.

Seis libras de pasas.

Esos veinte bultos debidamente embalados se transportaron a lomos de igual número de caballos, consignados cada uno al oficial respectivo como regalo personal. Se mostraron muy agradecidos y este rasgo motivó que los coroneles de ambos regimientos me enviaran cartas de lo más expresivo. También el general se mostró muy satisfecho con mi proceder, me pagó puntualmente los desembolsos que yo había efectuado y me pidió ayuda más tarde para procurarle vituallas. Se la di, con lo que no me faltó tarea hasta que supimos de su derrota. Yo había adelantado más de mil libras de mi propio dinero y le mandé el cargo correspondiente. Este llegó a manos del general justo unos días antes de la batalla. Me hizo enviar inmediatamente un giro por la cifra de mil libras y dejó el resto para abonármelo en la siguiente liquidación. Pienso que estuve de suerte con este pago, porque el resto que me debía no lo recibí nunca, y de ello hablaré más adelante.

Aquel general era, según creo, un valeroso soldado que hubiera hecho un buen papel en cualquier guerra en Europa. Pero estaba excesivamente seguro de sí mismo y de la valía de sus tropas, despreciando excesivamente a los americanos y a los indios. Nuestro intérprete indio, George Grogham, le acompañó durante su marcha con cien indios más, que podían haberle sido de enorme utilidad como guías, escuchas, etc., si hubiera sabido tratarles con amabilidad. Pero no lo hizo así y le fueron abandonando. Conversando con el general un día me daba cuenta de sus planes de batalla diciéndome que se proponía tomar Fort Duquesne y desde allí dirigirse a Niágara; una vez ocupado, a Frontanac, si el tiempo lo permitía, cosa que esperaba. Me dijo que a lo sumo tardaría tres o cuatro días en tomar Duquesne y, superado esto, no veía obstáculo alguno hasta Niágara. Yo había calculado la enorme distancia que sus tropas se verían obligadas a recorrer a lo largo de un estrecho camino que tendrían que abrir por montes y bosques, y recordaba la anterior derrota sufrida por 1.500 franceses cuando invadieron los territorios de los indios iroqueses. Consecuentemente tenía mis dudas y mis serios temores sobre el éxito de aquella campaña. No obstante, sólo me atreví a decirle que con tropas tan escogidas y con tan buena artillería estaba seguro de que la plaza de Duquesne, cuya guarnición no era muy fuerte, no resistiría mucho. Luego le señalé el peligro las emboscadas de los indios, diestros en estas artes, durante una marcha en que la línea de la fuerza había de alargarse casi cuatro millas, dejando los flancos expuestos a la sorpresa y pudiendo ser cortada la columna sin que fuera fácil establecer el socorro inmediato a las fuerzas atacadas por lo separadas que estaban unas unidades de otras. Sonrió ante mi ignorancia y me respondió que «esos salvajes podían considerarse un gran enemigo para las improvisadas milicias de americanos, pero no para tropas regulares y disciplinadas del rey». Me di cuenta de que no procedía entrar en discusión sobre tal tema militar con un profesional de las armas y opté por callarme. El enemigo no quiso aprovecharse de la ventaja que suponía un ejército dispuesto en una larga y débil columna de marcha, sino que le dejó avanzar hasta que estuvo a menos de nueve millas de distancia,

y cuando las tropas del general se agruparon (debido a que tuvieron que vadear un río y la vanguardia hubo de esperar al resto), en un claro del bosque por donde tenía que atravesar, el enemigo inició el ataque contra la vanguardia, con nutrido fuego hecho desde detrás de los árboles y los arbustos. Aquella fue la primera noticia que el general recibió de la proximidad del enemigo. Se desorganizó la vanguardia y el general lanzó apresuradamente a la tropa en su ayuda en medio de una gran confusión entre equipos, carros y ganado. Se recibió entonces fuego por el flanco, y como los oficiales iban a caballo, se distinguían más, siendo abatidos los primeros. Los soldados se amontonaron sin orden ni concierto y sin recibir u oír órdenes de nadie, de suerte que perecieron las dos terceras partes de los efectivos, huyendo el resto precipitadamente. Los carreteros desengancharon uno de los caballos de tiro y huyeron a la desbandada, siguiendo su ejemplo los demás, de suerte que carros, artillería, provisiones, municiones y todos los efectivos quedaron en manos del enemigo. El general, que fue herido, pudo ser evacuado con dificultades, y su secretario, Mr. Shirley, cayó muerto a su lado. De los 86 oficiales, murieron o quedaron heridos 63. Murieron asimismo 714 hombres de los 1.100 que llevaba el general. Se trataba de soldados escogidos de entre todo el ejército, habiendo quedado el resto a las órdenes del coronel Dunbar, que luego habría de llegar con el grueso de las provisiones, bagajes y municiones Los que huyeron no fueron perseguidos y pudieron llegar hasta el campamento de Dunbar, cundiendo el pánico entre todos. Aunque aún le quedaban unos 1.000 hombres y los que habían derrotado a Braddock no eran más de 400 entre indios y franceses, en vez de disponerse a recuperar algo del perdido honor, ordenó la destrucción de los acopios, municiones, etc., para disponer de más caballos con los que huir hacia los fuertes, sin peso que les retrasara. Allí se encontró con que los gobernadores de Virginia, Maryland y Pennsylvania le pedían que apostase sus tropas en las fronteras para defender a los habitantes, pero Dunbar siguió su precipitada retirada a través del país, sin sentirse a salvo hasta llegar a Filadelfia, donde confiaba en la protección de sus habitantes. De todo esto los americanos dedujimos por pri-

mera vez que nuestras exaltadas ideas acerca del valor de las tropas regulares británicas distaba bastante de la realidad.

Por si ello fuera poco, desde que desembarcaron hasta que volvieron a sus reductos no habían dejado de dedicarse al saqueo y al pillaje de los habitantes, arruinando totalmente a algunas modestas familias de granjeros, amén de los insultos, vejaciones y represalias contra los que se quejaban. Esto fue suficiente para desilusionarnos con aquellos defensores que no sé si habíamos deseado alguna vez. La conducta de nuestros amigos franceses fue bien diferente en 1781, cuando al cruzar por las zonas más pobladas de nuestro país, desde Rhode Island hasta Virginia más de setecientas millas en total, no dieron lugar a la más ligera queja, ni se apropiaron de un simple pollo, cerdo o manzana.

El capitán Orme, uno de los ayudantes de campo del general gravemente herido, le acompañó hasta su muerte, que sobrevino días más tarde, y me contó que el primer día después de la derrota no habló nada durante el día y por la noche sólo dijo: «¿Quién lo iba a pensar?». Al día siguiente permaneció también callado y sólo dijo: «Así aprenderemos mejor a habérnoslas con ellos la próxima vez», expirando minutos después.

Los escritos del secretario con todas las órdenes del general, su correspondencia, instrucciones, etc., cayeron en poder del enemigo, que los seleccionaron e hicieron una traducción al francés, imprimiéndolos y publicándolos, al objeto de informar sobre las intenciones hostiles de los británicos antes de la declaración de guerra. Entre esos papeles pude ver algunas cartas del general al ministro, con grandes alabanzas por mis servicios al ejército y recomendándome para una recompensa. David Hume, que años después fue secretario de Lord Hertford, cuando estuvo de ministro de Francia, y luego del general Conway, secretario de Estado, también me habló de estas cartas de Braddock. Pero como la expedición había resultado un desastre, supongo que entendieron que mis servicios no tenían especial interés, pues las alabanzas del general no me sirvieron nunca para nada. En cuanto a lo que él hiciera por mí, sólo una vez

le pedí un favor, que diese orden a sus oficiales de no alistar más a siervos nuestros, licenciando a los que se hubieran alistado. Se concedió tal petición al instante, por lo que muchos volvieron con sus amos gracias a mi instancia. Dunbar no se mostró tan generoso cuando estuvo al mando de las tropas. Encontrándose en Filadelfia en su retirada, o más bien huida, me dirigí a él para que licenciara a los criados de tres pobres granjeros del condado de Lancaster, recordándole las órdenes del general. Me prometió que si sus amos se dirigían a él en Trenton, donde estaría a los pocos días, en el curso de su marcha hacia Nueva York, se los entregaría. Con esa confianza fueron a Trenton, encontrándose con su negativa y sufriendo el disgusto y la contrariedad consiguientes.

Tan pronto como se supo la pérdida de los carros y los caballos, los propietarios me abrumaron, pidiendo los importes cuyo pago yo había garantizado. Tuve muchos disgustos con aquello. Yo informé a los beneficiarios de que el dinero estaba en manos del pagador del ejército, pero que las órdenes de pago tenía que firmarlas el general Shirley, que se encontraba muy lejos, y que los despachos tardarían algo pero que tuvieran paciencia. No convencí a algunos, que llegaron a demandarme judicialmente. Por fin el general Shirley me sacó de tan terrible trance enviando algunos comisarios que examinaron las reclamaciones y ordenaron sus pagos, que ascendieron a 20.000 libras, cifra que de haberla tenido que pagar yo me habría arruinado para siempre.

Antes de que surgiera lo de la derrota, los dos doctores Bond me visitaron con un documento para allegar fondos con destino a unos fuegos artificiales que pensaban organizar para celebrar la noticia de la toma del fuerte Duquesne. Me puse serio y les dije que ya habría tiempo para semejante cosa y que antes convenía enterarse de si habría algo que celebrar. Uno de ellos me dijo que si es que dudaba de que el fuerte sería ocupado. Le contesté que no lo dudaba, pero que todo cuanto concierne a la guerra está sujeto a grandes incertidumbres. Les di las razones que yo tenía para dudar. Se suspendió la suscripción, con lo que los promotores se ahorraron el bochorno que

habrían sufrido de haberse hecho el gasto. El doctor Bond dijo después que no le gustaban «los presagios de Franklin».

El gobernador Morris, que había agobiado continuamente a la Asamblea con sus mensajes antes de la derrota de Braddock, siempre insistiendo en que facilitara dinero para la defensa de las provincias y atento a salvar entre otros el interés fiscal de los propietarios, redobló sus ataques, ahora con mayores esperanzas de éxito, por ser el peligro mayor. La Asamblea continuó firme, sin embargo, convencida de que la justicia estaba de su parte y que de consentir que el gobernador enmendara las leyes monetarias haría dejación de uno de sus derechos inalienables.

En uno de los últimos incidentes de este tipo, en que se proponía la concesión de 50.000 libras, su propuesta de enmienda fue sólo de una palabra. El texto del proyecto de ley preveía que todos los bienes muebles e inmuebles pagarían el correspondiente impuesto, *no* exceptuándose los de los propietarios. Pues bien, su enmienda consistió ni más ni menos que en quitar la palabra *no*. ¡Pequeña pero importante enmienda, a decir verdad! No obstante, cuando las noticias de este incidente llegaron a Inglaterra, nuestros amigos británicos, a quienes nos habíamos preocupado de proporcionar las respuestas que la Asamblea daba a los mensajes del gobernador, clamaron contra los propietarios por su mezquindad y la injusticia de sus instrucciones al gobernador. Y llegaron incluso a decir algunos de estos británicos que los propietarios que obstaculizaban la defensa de su provincia perdían sus derechos sobre ella. Con esto los propietarios se sintieron intimidados y cursaron órdenes a su síndico general para agregar 5.000 libras de sus fondos cualquiera que fuera la suma que pudiera conceder la Asamblea. Se notificó el acuerdo a la Cámara y se aceptó en compensación por su falta de contribución al impuesto general, preparándose otro nuevo proyecto de ley con la cláusula de excepción que fue aprobada. Esta ley me nombraba a mí entre los comisarios encargados de disponer del dinero, que ascendió a 60.000 libras. Yo había participado activamente en dar forma al texto y hacer que se aprobase, y al propio tiempo fui el autor

del proyecto de ley de creación y organización de la milicia de voluntarios, que conseguí fuera aprobada por la Cámara sin dificultad, pues se tuvo cuidado de dejar en libertad a los cuáqueros. Para promover la asociación necesaria para llegar a formar la milicia, escribí un diálogo[11] con las preguntas y respuestas que contestaban a todas las posibles objeciones al proyecto. Se imprimió y distribuyó produciendo gran efecto, según creo. Según se iban formando en la ciudad y la comarca compañías de voluntarios que recibían instrucción militar, el gobernador consiguió que yo me hiciera cargo de nuestra frontera noroeste, que estaba infestada de enemigos, y atendiera a su defensa reclutando tropas y construyendo una línea de fuertes. Así es como me metí de lleno en materias militares para las que no me creía capacitado. Me comisionó dándome plenos poderes y autorización para nombrar oficiales. No fue fácil reclutar soldados y pronto tuve 560 a mis órdenes. Mi hijo, que en la anterior guerra había sido oficial del ejército que combatió al Canadá, fue mi edecán y su ayuda me fue de gran utilidad. Los indios habían quemado Gnadenhut, aldea establecida por la secta de los moravos, y asesinado a sus pobladores. El lugar se pensó que era bueno para edificar un fuerte. Para llegar hasta aquel lugar reuní las compañías en Bethlehem, nuestro principal acuartelamiento, y me sorprendió gratamente lo bien que estaba preparada la plaza para la defensa. La destrucción de Gnadenhut les había servido de lección. Los edificios principales estaban defendidos con empalizadas. Se habían adquirido armas y municiones en Nueva York, y cerca de las ventanas se habían almacenado adoquines para que en caso de ataque incluso las mujeres los pudieran arrojar sobre los indios. La hermandad morava mantenía la vigilancia, haciéndose los relevos de las guardias sistemáticamente como en cualquier plaza fuerte. En una conversación que tuve con el obispo Spangenberg le expresé mi sorpresa, pues sabía que habían conseguido una ley del Parlamento eximiéndoles del servicio militar en las colonias y pensaba que tendrían escrúpulos en empuñar las armas. Me respondió que tal cosa no figuraba entre sus principios doctrinales, pero que cuando se votó la ley sí había muchas personas de su grupo que lo consideraban fundamental. En esta

ocasión todos quedaron sorprendidos de que sólo unos pocos adujeran esa prohibición, quizás porque la mayoría eran conscientes del peligro que les amenazaba y conscientes de la necesidad de colaborar a la defensa como un solo hombre sin pararse en minucias.

Era a primeros de enero cuando se dio comienzo a la tarea de erigir los fuertes. Envié un destacamento a los Minisinks con instrucciones para construir un fuerte que pudiera defender la parte alta del país y otro destacamento a la parte baja con igual fin. Yo me trasladé personalmente con el resto de las fuerzas a Gnadenhut, que era donde urgía más construir una defensa. Los moravos nos proporcionaron cinco carros para nuestras herramientas, materiales y útiles. Poco antes de nuestra partida de Bethlehem aparecieron once granjeros a los que los indios habían hecho abandonar sus granjas. Me pidieron armas de fuego para volver a recuperar su ganado. Les di un rifle a cada uno y buen número de municiones. Apenas habíamos marchado unas millas cuando comenzó a llover y así siguió todo el día. No encontramos ningún lugar en el camino donde guarecerse hasta que por la noche llegamos a la casa de un alemán. Allí en el granero nos metimos como pudimos calados hasta los huesos. Tuvimos suerte de no ser atacados durante la marcha, pues nuestras armas eran malas y con la lluvia no podían nuestros hombres mantener secos los cabos de los rifles, mientras que los indios cuentan con ingeniosos artilugios para esto que nosotros no teníamos. A los once pobres granjeros mencionados los sorprendieron aquel mismo día los indios, matando a diez de ellos. El único que pudo escapar nos informó de que los rifles de sus compañeros no funcionaron debido a que la lluvia había mojado la pólvora. Al día siguiente despejó y continuamos nuestra marcha llegando a Gnadenhut, que estaba arrasada. Cerca había una serrería y alrededor había tablas apiladas, con las que construimos una chabola, ya que no llevábamos tiendas y el tiempo era inclemente. Lo primero que hicimos fue sepultar bien a los muertos, que habían sido medio enterrados por los habitantes de los pueblos vecinos, y a la mañana siguiente trazamos la planta del fuerte. Su círculo mediría 455 pies y exigiría igual núme-

ro de estacas para su construcción. Las estacas serían troncos de árbol de un diámetro aproximado de un pie. Teníamos setenta hachas y enseguida empezamos a talar árboles, manejándolas nuestros hombres con gran destreza. Mientras abatían los árboles con prisa, yo observé en mi reloj el tiempo que dos hombres tardaban en abatir un pino. Tardaron seis minutos y el tronco tenía catorce pulgadas. Cada pino valía para hacer tres estacas, agrupadas por un extremo, de dieciocho pies de largo. Mientras se preparaban las estacas, otros de nuestros hombres se dedicaban a cavar una zanja de tres pies de hondo todo alrededor del círculo, en la que se plantaron las estacas. Tras acondicionar los carros, dispusimos de diez, con dos caballos cada uno, para transportar las estacas desde el bosque al lugar donde habían de clavarse. Los carpinteros montaron enseguida una especie de tablado encima de ellas, todo alrededor, destinado a los defensores, a seis pies de altura, desde donde los hombres, de pie, podían hacer fuego por las aspilleras. Teníamos además una colisa que montamos en una de las esquinas y que empezamos a disparar nada más montarse para advertir a los indios que pudieran oírlo de su existencia. Así fue como nuestro flamante fuerte (si se puede llamar así a aquella humilde estacada) quedó terminado en una semana, a pesar de las lluvias persistentes, que dificultaron e impidieron el trabajo algunos días.

Esta circunstancia me posibilitó observar que los hombres están más contentos cuando trabajan. Cuando lo hacían se les veía de buen humor, conscientes de haber hecho una buena tarea y disfrutando del bien ganado descanso por las noches. En cambio los en que la lluvia impedía su trabajo, no hacían más que pelearse y poner defectos al pan y a la comida, estando siempre mal humor. Esto me hizo pensar en cierto capitán mercante cuya norma consistía precisamente en tener siempre tajo para sus hombres, y que cuando el contramaestre le dijo que ya había acabado todo el trabajo y no quedaba nada que hacer, contestó: «¡Oh, sí!, haga usted que limpien el ancla».

A pesar de su modestia, el fuerte ofrecía la suficiente defensa contra los indios, que no disponían de cañones. Encontrándonos seguros y con un lugar donde refugiarnos y defendernos, nos aventuramos a hacer descubiertas en los parajes cercanos. No hallamos ningún indio, pero sí descubrimos en las colinas cercanas los lugares desde los cuales nos habían estado observando. Como eran muy amigos de tretas y estratagemas, es interesante señalar que por ser invierno tenían necesidad de encender fuegos, y como una hoguera corriente delataría enseguida su presencia, solían cavar hoyos de unos tres pies de diámetro y algo más de profundidad. Pudimos ver los lugares en que con sus hachas habían cortado trozos de los lados de algunos troncos medio quemados que había en el suelo del bosque. Con dichos trozos habían hecho pequeñas candeladas en el fondo de los agujeros, y por las marcas que sus cuerpos habían dejado en la hierba, dedujimos que habían estado apostados alrededor de los agujeros y con las piernas colgando dentro de éstos para mantener los pies calientes, que es cosa muy primordial para ellos. Este tipo de fogatas no los delataban, pues no producían ni luz, ni llama, ni chispas y ni siquiera humo. Por lo que pudimos colegir, el número de indios no había sido muy grande y no se decidieron a atacarnos a la vista de nuestra superioridad numérica.

El capellán de nuestra tropa era un celoso presbiteriano, Mr. Beatty, que se quejaba siempre de que mis hombres no asistían a sus preces y pláticas. Cuando se alistaron se les prometió, aparte de su paga y sus provisiones, un cuarto de pinta de ron diario, que se les daba puntualmente en dos raciones, una por la mañana y otra por la noche, mostrando los hombres igual puntualidad para asistir al reparto. Con relación a esto recuerdo que le dije a Mr. Beatty: «Quizá esté por debajo de la dignidad de la profesión de usted distribuir ron, pero si fuera usted el que lo distribuyera, aunque, eso sí, después de las oraciones, tengo la sospecha de que los tendría a todos junto a usted». Le gustó mi idea, y con la colaboración de unas cuantas personas que le ayudaban a medir las raciones, se encargó del reparto del ron. Nunca había tenido servicio religioso mayor y

más puntual concurrencia. Yo, por mi parte, empecé a creer que el método del reparto de ron daba mejores resultados que los castigos que algunas ordenanzas militares prescribían por no asistir a los servicios religiosos.

Apenas había yo ultimado este asunto y dejado el fuerte abastecido, cuando recibí una carta del gobernador diciéndome que la Asamblea reclamaba mi presencia siempre que la situación fronteriza no exigiera que yo me quedara allí. Mis amigos con sus cartas también me urgían para que regresara, pidiéndome que estuviese presente en la Asamblea. Como los tres fuertes que había proyectado estaban construidos y los habitantes más seguros en sus granjas al sentirse protegidos, resolví regresar, sobre todo cuando un oficial de Nueva Inglaterra, el coronel Clapham, con experiencia en las guerras contra los indios, que visitó nuestros puestos, aceptó en tomar el mando de los mismos. Le encargué de dicho mando, hice formar a la guarnición y leí la transmisión del mando ante la fuerza, resaltando su conocimiento de los temas castrenses con una breve arenga. Me dieron escolta hasta Bethlehem, donde descansé por breves días, pues me encontraba agotado. La primera noche que dormí en una cama decente casi no pude dormir, pues la extrañaba, hecho como estaba a dormir sobre el duro suelo en la chabola de Gnaden, sin más cobijo que una o dos mantas.

Estando en Bethlehem traté de enterarme de las costumbres de los moravos, algunos de los cuales me habían acompañado muy amablemente. Vi que la comida y el dormir y el trabajo lo hacían en común, y en gran número. En sus alojamientos comunes observé respiraderos convenientemente distribuidos, y en la iglesia tuve Ia ocasión de escuchar la hermosa música del órgano acompañada de violín, oboe, flauta, clarinete y otros instrumentos. No predicaban para una comunidad de fieles mixta, de hombres, mujeres y niños, como ocurre entre nosotros, sino que los distribuían en grupos: unas veces, hombres casados solos; otras, mujeres casadas; otras, jóvenes; otras, niños, etc. Todo muy compartimentado. El sermón que escuché iba dirigido a los niños, que se sentaban en los bancos

cuidados por un maestro joven, y las niñas con su maestra. Me pareció que la plática era adecuada a sus edades y que se dirigió de forma agradable, familiar y halagadora, induciendo a todos al bien. Se producían con gran orden, aunque me dio la sensación de que estaban pálidos y con mal aspecto, lo que me hizo pensar que tomaban poco el aire y no hacían mucho ejercicio. Traté de enterarme de los matrimonios moravos y sus modalidades, y de si era verdad que se hacía por sorteo o echando suertes. Me dijeron que algunas veces se echaban a suertes, pero sólo en casos muy raros, prefiriéndose en general que cuando una joven se sentía dispuesta a contraer matrimonio se lo dijera a los tutores de los chicos, que a través de una consulta previa con las señoras que dirigían a las jóvenes, indicaban los candidatos más idóneos, aceptándose en general lo que ellos aconsejaban. Pero si, por ejemplo, sucedía que se consideraba en igualdad condiciones a dos o tres muchachas, se recurría a echar a suertes entre ellas para decidir quién se casaría con el joven. Hice algunas objeciones al sistema, diciendo que si la decisión no consideraba las preferencias recíprocas de los interesados, podrían ser muy desgraciados, a lo que me contestó mi interlocutor que tal cosa podía pasar exactamente igual si se casaban por su propia elección, cosa contra la que, a decir verdad, no encontré argumentos.

A mi regreso a Filadelfia observé que la milicia iba mejorando y que los habitantes no cuáqueros se alistaban casi sin excepción y seguían formando compañías que elegían a sus propios capitanes, tenientes y abanderados, según las nuevas ordenanzas. El doctor Bond me visitó y me relató sus gestiones para hacer que se aceptase la nueva ley, atribuyendo los éxitos alcanzados a dichas gestiones. Yo me había permitido la vanidad de atribuirlo todo a mis dotes persuasivas. Como no es fácil saber quién estaba en lo cierto, le dejé que se lo creyera, que es lo que suelo hacer siempre en estos casos. La junta de oficiales me nombró coronel del regimiento, cargo que entonces acepté. No sé cuántas compañías teníamos, pero llegamos a formar mil doscientos hombres con buena estampa militar, más una compañía de artillería provista de seis piezas de campaña de

bronce, que llegaron a manejar hábilmente, a razón de doce disparos por minuto. La primera vez que pasé revista a mi regimiento, me acompañaron hasta mi casa y me saludaron luego con salvas en la puerta, con gran estruendo y rotura de algunos cristales de mis aparatos eléctricos. Mi nuevo grado pronto pareció ser tan frágil como los aparatos, pues nuestras asociaciones pronto quedaron disueltas, como consecuencia de que la ley correspondiente fue anulada en Inglaterra.

Durante mi breve mando y encontrándome a punto de partir camino de Virginia, mis oficiales creyeron oportuno escoltarme desde los límites de la ciudad hasta el transbordador. Cuando me disponía a montar llegaron hasta mi puerta unos treinta o cuarenta en sus caballos y de uniforme. Como no sabía nada y era opuesto por mi carácter a semejantes demostraciones, pasé no pocos apuros pensando que no tendría más remedio que dejarme escoltar. Para colmo, así que nos pusimos en movimiento, desenvainaron sus sables y cabalgaron así todo el camino. Alguien le fue con el cuento al Propietario, que se dio por ofendido, pues esos honores jamás le habían sido rendidos en provincia a él ni a ninguno de sus gobernadores, declarando que estaban reservados a príncipes de sangre real, cosa que, como soy totalmente ignorante de asuntos de protocolo, quizá sea verdad. Este incidente, tonto en apariencia, aumentó su rencor contra mí, que ya era grande por la manera en que yo me había manifestado en la Asamblea, en donde siempre me había opuesto a que se eximiera de impuestos las tierras del Propietario, y no a la ligera sino después de haber meditado mucho sobre la mezquindad e injusticia que suponía pedir la exención fiscal. Aquel personaje me acusó al ministro de obstructor de los designios reales, por impedir con mi influencia que la Cámara llevara a efecto lo legislado en materia impositiva, y basó sus acusaciones en aquellos honores militares, acusándome, nada menos, de que yo pretendía hacerme con el gobierno de la provincia por la fuerza. No paró ahí la cosa, sino que llegó incluso a pedir al director de Correos, Sir Everard Fauckener, que me quitase el cargo que yo ostentaba. Pero sus aviesas gestiones

no tuvieron otro efecto que ganarme de Sir Everard una amable reprimenda.

No obstante las continuas trifulcas entre el gobernador y la Cámara, que a mí como diputado me afectaban y no poco, pude mantener una relación civilizada con aquella persona tan caballerosa, sin llegar nunca a tener ninguna diferencia de tipo personal con él. Desde entonces he pensado a veces que su escaso o nulo rencor contra mí, a pesar de que se sabía que yo era el autor material de las contestaciones a él dirigidas, se debió a una costumbre profesional, por así decirlo, ya que su condición de abogado quizá le llevara a verme como a un colega que contendía en una causa opuesta a la suya; él a favor de los propietarios y yo a favor de la Asamblea. Por eso no era raro que se dirigiera a mí con un aire amistoso y que me comunicara sus opiniones o me pidiera consejos, aunque no lo siguiera con mucha frecuencia. Actuábamos de mutuo acuerdo para suministrar al ejército de Braddock las provisiones necesarias, y cuando se recibió la espantosa noticia de su derrota, el gobernador me hizo llamar a toda prisa a fin de consultarme sobre las medidas que habría de tomar para evitar la deserción en los condados de la retaguardia. No sé qué le dije, pero creo que fue que había que escribir a Dunbar, aconsejándole que situara sus fuerzas en la frontera a fin de protegerla hasta tanto llegaran refuerzos de las colonias que permitieran continuar la expedición. Después de que yo regresara de la frontera pensó que podía hacerme cargo de dicha expedición, formada de tropas de la provincia, para reducir Fort Duquesne, al no poder hacerlo Dunbar y sus fuerzas, que estaban ocupadas en otra misión. Me propuso como general de aquellas tropas. Yo no las tenía todas conmigo en cuanto a mis dotes como militar a pesar de la confianza que él me demostraba, quizá en mayor medida de lo que él mismo creía. Quizá pensara que mi popularidad haría más fácil reclutar a los soldados y que mi influencia en la Asamblea procuraría los fondos necesarios para pagarlos, y quizás sin nuevos impuestos para los propietarios. Al no encontrarme tan dispuesto a hacerme cargo de aquella comisión como esperaba, se abandonó el

proyecto y al poco tiempo dejó el gobierno, sucediéndole en el cargo el capitán Denny.

Antes de relatar mi intervención en los asuntos públicos bajo la administración del nuevo gobernador, puede que sea oportuno dar alguna noticia acerca del comienzo e incremento de mi reputación como investigador.

En 1746, encontrándome en Boston, conocí a un tal doctor Spence, que había llegado de Escocia no hacía mucho. Realizó en mi presencia algunos experimentos eléctricos. No eran muy perfectos, pues no se trataba de un experto en la materia, pero tenían para mí la suficiente novedad como para sorprenderme y agradarme. Poco después de mi vuelta a Filadelfia, nuestra asociación de biblioteca recibió de Mr. Peter Colinson, de Londres, miembro de la *Royal Society*, un regalo consistente en una probeta de vidrio y un escrito describiendo los citados experimentos que podían llevarse a cabo con ella. Con gran avidez aproveché la oportunidad de repetir por mí mismo lo que ya había visto hacer en Boston, y a base de mucha práctica adquirí gran destreza en realizar otros de los que tenía noticia por información de Inglaterra, amén de nuevos que añadí por mi cuenta. Hablo de mucha practica, ya que mi casa estaba constantemente llena de gente interesada en ver tales prodigios. Para extender un poco esta afición entre mis amistades hice fabricar unos tubos semejantes al vidriero, de suerte que al final fuimos varios los que actuábamos. Entre ellos se encontraba Mr. Kinnersley, un ingenioso vecino mío que se encontraba sin trabajo y al que alenté a que presentara públicamente dichos experimentos por dinero, llegando a escribirle dos conferencias que incluían experimentos debidamente escalonados sistemáticamente. El se procuró un aparato adecuado para este propósito, en el cual todos los mecanismos menudos que yo había hecho de forma muy rudimentaria para mi uso fueron sustituidos por otros hechos por mecánicos profesionales. Sus conferencias suscitaron interés y recorrió las colonias de ciudad en ciudad obteniendo algunos fondos. En las islas de las Indias Occidentales

estos experimentos, desde luego, se hacían más difíciles, debido a la humedad natural del aire.

Agradecidos como estábamos a Mr. Colinson por el envío de la probeta y los demás útiles experimentales, pensé que era justo informarle de nuestro éxito, y, en consecuencia, le escribí varias cartas dándole noticia de nuestros experimentos. Los comunicó a la *Royal Society*, donde al principio no les concedieron suficiente importancia para recogerlos en sus anales. Uno de los artículos que yo había escrito para Mr. Kinnersley sobre la afinidad del rayo y la electricidad, se lo envié al doctor Mitchel, conocido mío y también miembro de la *Royal Society*. Este me contestó diciéndome que mi trabajo se había leído pero que había provocado las risas de los iniciados. Ello no impidió que el citado artículo, una vez conocido por el doctor Fothergill, recibiera su aprobación decidida y, lejos de tomarlo en broma, aconsejó que se imprimiera. Mr. Colinson se lo dio a Cave para su publicación en el *Gentleman's Magazine*, aunque a éste le pareció oportuno hacerlo separadamente en un folleto prologado por el doctor Fothergill. Cave, al parecer, acertó en el negocio, pues con ciertas ediciones posteriores hizo de él un libro que lleva cinco ediciones, sin gasto alguno por el concepto de derechos de autor.

De todas maneras, pasó bastante tiempo antes que estos trabajos alcanzaran cierta popularidad en Inglaterra, pero resultó que llegaron a manos del conde de Buffon, filósofo que gozaba merecidamente de gran reputación en Francia e incluso en Europa y que logró que Mr. Dalibard los tradujese al francés, imprimiéndose en efecto en París. La publicación molestó al abate Nollet, preceptor de la familia real en materia de ciencias experimentales y físicas y hábil autor de una teoría sobre electricidad muy en boga a la sazón. Al principio no podía comprender que tal obra procediera de América, y dio en decir que seguramente la habían hecho sus enemigos en París para desacreditarle. Luego, cuando se convenció de la existencia real de Benjamin Franklin en Filadelfia, de la que dudó antes, escribió y publicó un volumen con una serie de cartas, la mayoría

dirigidas a mí, en el que defendía su teoría y refutaba la veracidad de mis experimentos y de las consecuencias que de ellos se desprendían. En una ocasión me propuse contestarle e incluso empecé a preparar la respuesta, pero pensando en que mis escritos sólo contenían descripciones de experimentos que cualquiera podía repetir y constatar y que si no se repetían no cabía defensa posible; convencido de que no existía dogmatismo alguno en mis escritos y que, en consecuencia, no tenía por qué defenderme, y, finalmente, comprendiendo que una controversia entre dos personas de idiomas diferentes se haría interminable por la posibilidad de errores en la traducción y los consiguientes malentendidos, cosa que ya había advertido en alguna de las cartas del abate, decidí dejar que mis escritos se defendieran solos, seguro de que el tiempo libre que me dejaban mis ocupaciones públicas valía más utilizarlo en hacer nuevos experimentos que en discutir sobre los que ya habían sido hechos. Por eso nunca le contesté a Mr. Nollet, y no tuve que arrepentirme de mi silencio, pues mi amigo Le Roy, de la Real Academia de Ciencias, asumió el papel de defensor de mi causa y se encargó de refutarle. Se tradujo mi libro al italiano, al alemán y al latín, y las teorías en él contenidas llegaron a recibir el reconocimiento y aceptación generales, en contra de las del abate, que vivió bastante para ver que él era el último de sus seguidores, con la única excepción de su *élève*, Mr. B….

Lo que dio a aquel libro éxito y popularidad mayores fue la buena fortuna de uno de los experimentos en él propuestos, a saber: la extracción de la electricidad de las nubes, debido a los señores Dalibard y Delor en Marly, tema que interesaba en todas partes. El señor Delor, que poseía aparatos para experimentos y daba conferencias sobre esa rama científica, se propuso repetir lo que él llamaba «experimentos de Filadelfia», y tras realizarlos ante el rey y la corte, acudieron a verlo todas las personas curiosas de París. No insistiré demasiado sobre los relatos de ese experimento básico, ni me extenderé en decirles el enorme placer que me proporcionaron el éxito de otro que hice en Filadelfia con una cometa, ya que ambos figuran

en las historias de la electricidad. El doctor Wright, físico inglés que se encontraba por aquel entonces en París, escribió a un amigo suyo miembro de la *Royal Society* ensalzando mis escritos y extrañándose de su escaso eco en Inglaterra. La *Royal Society* dedicó entonces nueva atención a las cartas que anteriormente se le habían leído, y el célebre doctor Watson redactó un resumen de las mismas, así como de todas las demás que posteriormente había yo enviado a Inglaterra sobre el mismo tema, todo lo cual él prestó con algunas alabanzas para el autor. Este sumario sí fue publicado en los anales de la *Royal Society* y algunos de los miembros londinenses de la sociedad, singularmente Mr. Canton, persona de gran ingenio, repitió el experimento de extraer rayos eléctricos de las nubes mediante una varilla afilada y comunicó la exactitud de mis afirmaciones a sus colegas. Estos me desagraviaron pronto de la ligereza con que antes me habían tratado y sin pedirlo yo me hicieron miembro de la *Royal Society*, y por votación me dispensaron del pago de la cuota habitual, que era de veinticinco guineas, pudiendo así recibir yo los anales y memorias de aquella institución completamente gratis. Asimismo, me impusieron la medalla de oro de Sir Godfrey Copley del año 1753, ceremonia que dio motivo a un discurso muy brillante de su presidente, Lord Macclesfield, donde me colmó de alabanzas.

Nuestro nuevo gobernador, el capitán Denny, fue quien me trajo aquella condecoración de la *Royal Society*, y el acto de la imposición tuvo lugar con motivo de un banquete que le ofreció la ciudad. Tuvo las más lisonjeras palabras para conmigo e hizo referencia a nuestro largo trato. A los postres, cuando los asistentes, según costumbre, tomaban sus copas, me llevó a otra habitación, haciéndome saber que sus amigos de Inglaterra le habían aconsejado que cultivara mi amistad, por ser yo persona cuyo consejo le sería de lo más útil, contribuyendo así a hacer más fácil el desempeño de sus funciones. Declaró que deseaba extremar el buen entendimiento conmigo, ofreciéndoseme para cuanto necesitara y estuviera a su alcance. También mencionó la buena disposición del propietario hacia aquella provincia y las ventajas que se derivarían para mí y en general

para todos si la oposición tanto tiempo esgrimida contra sus medidas cejaba al fin y renacía la armonía entre él y el pueblo, designio para el que nadie había mejor cualificado que yo, haciéndome con ello merecedor al reconocimiento y recompensas consiguientes. Los comensales, que se dieron cuenta de nuestra ausencia de la mesa, nos enviaron un botellón de vino de Madeira, al que el gobernador hizo amplio honor, con los consiguientes efectos en cuanto a la liberalidad y largueza de sus peticiones y promesas. Mi respuesta fue de este tenor: que mis circunstancias, gracias a Dios, no hacían necesarios los favores del propietario, y como miembro de la Asamblea no podía, por añadidura, aceptarlos; que, no obstante, no tenía animadversión hacia el propietario y que cualesquiera medidas que él propusiera y que pacieran redundar en el bien común tendrían en mí su mejor abogado, y que mi oposición al propietario en el pasado se habían debido a que las medidas que él había propuesto iban encaminadas a su beneficio en detrimento de los intereses del pueblo. Añadí que personalmente me sentía agradecido a él (el gobernador) por sus muestras de amabilidad para conmigo, y que por supuesto podría confiar en mí en cuanto yo pudiera hacer en pro de su administración, confiando en que, a diferencia de su antecesor, no traería en su agenda tantas y tan infortunadas instrucciones. En este punto no se explicó con claridad, si bien cuando en el futuro trató con la Asamblea, las instrucciones volvieron a aparecer, renovándose las disputas y mostrándome yo a su respecto tan activo como de costumbre en la oposición, tanto cuando fui el portavoz para solicitar que nos informara de las instrucciones, como después para criticarlas, cosas que pueden comprobarse en las actas de las sesiones correspondientes y en el resumen histórico que yo posteriormente publiqué. Fuera de ello, no existió entre nosotros el menor asomo de enemistad o aversión personal. Nos reuníamos con frecuencia y, como hombre ilustrado y de mundo que era, su conversación me resultó siempre de lo más amena. Fue él quien primeramente me dio noticia de que mi viejo amigo James Ralph estaba vivo y de que se consideraba como uno de los mejores escritores políticos de Inglaterra, así como de su actuación con motivo de la disputa entre el

príncipe Federico y el rey, habiendo obtenido una pensión de trescientas libras al año y siendo su reputación como poeta más bien escasa, a causa de las diatribas que le dirigió Pope en su *Dunciad*, pero que se consideraba su prosa como de primera categoría.

La Asamblea, en vista de la obstinación con que los propietarios maniataban a sus delegados con instrucciones que perjudicaban tanto los intereses populares como el servicio de la Corona, resolvió elevar una petición al rey en contra de aquéllos, recayendo en mí el nombramiento de enviado a Inglaterra con tal embajada. La Cámara había enviado al gobernador un proyecto de ley concediendo la suma de 60.000 libras para uso del rey (de las que 10.000 libras estaban pendiente de las órdenes del general Lord Loudon), que el gobernador se negaba terminantemente a autorizar, en cumplimiento de sus instrucciones. Yo había acordado con el capitán Morris, que mandaba un paquebote que se encontraba en Nueva York, lo necesario para mi pasaje, y cuando mi equipaje y provisiones se estaban subiendo a bordo, apareció Lord Loudon en Filadelfia, con el expreso propósito, según me dijo, de negociar un acuerdo entre el gobernador y la Asamblea para que el servicio de Su Majestad no se viera entorpecido por sus disensiones. Se proponía reunimos al gobernador y a mí y escuchar nuestros respectivos puntos de vista. Nos reunimos y discutimos el tema. Por la Asamblea yo defendí todos los argumentos que pueden verse en los periódicos de la época, debido a mi pluma, o que figuran en las actas. Por su parte el gobernador mencionó sus instrucciones, la promesa que había hecho de cumplirlas y subrayó las ruinosas consecuencias que para él tendría su desobediencia, si bien no parecía del todo contrario a intentarlo si Lord Loudon le daba pie para ello, cosa que no hizo, a pesar de que yo llegué a pensar en algún momento que le había convencido de que lo hiciera. Así pues, su decisión final consistió en urgir a la Asamblea a que cumplimentase lo solicitado, y me suplicó que hiciera uso de mis influencias a este propósito, asegurando que no podía utilizar ninguna de las tropas reales para la defensa de nuestras fronteras, y añadiendo que si no podíamos proveer a dicha defensa

nosotros, quedarían expuestas al ataque enemigo. Di cuenta a la Cámara de lo sucedido y presenté una serie de propuestas que había preparado, en las que se haría una declaración de nuestros derechos y de nuestra decisión de no renunciar a nuestras legítimas reclamaciones sobre los mismos, aunque temporalmente y por la fuerza dejábamos en suspenso su ejercicio, cosa contra la que protestábamos. Finalmente, la Asamblea aceptó que la propuesta legislativa no saliera adelante, siendo sustituida por otra más del agrado y en consonancia con las instrucciones del propietario, la cual contó, por descontado, con la aprobación del gobernador, con lo que me sentí libre para emprender mi viaje. Entre tanto, sin embargo, el paquebote había ya zarpado con mis provisiones y equipaje, lo que me representó un cierto quebranto económico sin otra contrapartida que el agradecimiento por mis servicios de su señoría, que se ofreció a obtenerme el pasaje.

Salió para Nueva York antes que yo, y como él era el que daba la autorización para zarpar y entonces había dos barcos en el puerto, uno de los cuales saldría pronto, según me dijo, le rogué me indicara cuándo exactamente zarparía, para no perderlo de nuevo. El gobernador me dijo que aunque él había dicho que saldría el sábado próximo, me tenía que advertir, en confianza, que si yo llegaba el lunes por la mañana lo podría coger, con tal de no retrasarme más de esa fecha. Por algún imprevisto con el transbordador, llegué justo al mediodía del lunes con mucho miedo de haber perdido el barco porque el viento había sido favorable. Pero enseguida me tranquilizaron con la información de que el barco estaba aún en el puerto y que no saldría hasta el día siguiente.

Podría pensarse que, en efecto, ya estaba a punto de partir hacia Europa, pero conociendo el carácter de su señoría como luego lo conocí, tenía que haber contado con uno de sus rasgos más salientes, a saber: el de la indecisión. Baste decir que yo llegué a primeros de abril a Nueva York y creo recordar que fue a finales de junio cuando zarpamos. Había entonces dos paquebotes en el puerto que habían permanecido por largo tiempo allí y cuya salida quedaba

siempre aplazada por las cartas del general, que siempre se dejaban «para mañana». Llegó otro paquebote y quedó igualmente retenido, y antes de que saliéramos nosotros se esperaba un cuarto buque. Nuestro barco era el primero que se despacharía por ser el que más tiempo había esperado. Entre los pasajeros cundía la impaciencia y los comerciantes se sentían inquietos por sus pedidos, sus encargos y sus seguros (ya que era tiempo de guerra), así como por las mercancías en sí. Y las cartas de su señoría seguían sin venir. La ansiedad de todos no valía de nada. Las cartas de su señoría no estaban listas. Claro que quien le hubiera visto siempre sentado en su escritorio, con la pluma en la mano, podía pensar que escribía copiosamente. Una de las mañanas en que me dirigía a presentarle mis respetos, me encontré en su antecámara a un tal Innis, correo de Filadelfia, que acababa de llegar portando un paquete del gobernador Denny para el general. Me dio algunas cartas que me enviaban amigos míos de allí, lo que me impulsó a preguntarle dónde se alojaría y cuándo regresaría, a fin de darles contestación. Me informó de que tenía instrucciones de presentarse a las nueve en punto a recibir la respuesta del general al gobernador, y que partiría al punto con dicha respuesta. Le di mis cartas el mismo día y quince días después volví a encontrarlo en el mismo sitio.

«Así que de regreso otra vez, ¿no, Innis?».

«¿Regreso? No, lo que pasa es que no me he ido aún».

«Y ¿cómo así?».

«He venido aquí todas las mañanas durante las últimas dos semanas para recibir la carta de su señoría y todavía no está lista».

«¿Y cómo es posible siendo tan buen escritor y estando tanto tiempo en su escritorio?».

«Cierto replicó Innis, es como el San Jorge de las estampas, siempre a caballo y siempre parado».

Esta observación del correo al parecer tenía buen fundamento, pues estando en Inglaterra me enteré de que Mr. Pitt dio como una de las razones para trasladar al general al sustituirle por Amherst y

Wolf, que «los ministros no sabían nunca nada de él, ni había manera de enterarse de lo que hacía».

A causa de esta impaciencia diaria por la partida, y como los tres paquebotes bajaron a Sandy Hook para unirse a la flota que había allí, los pasajeros creyeron más oportuno permanecer a bordo por miedo a que, de repente, se diese la orden de zarpar y se quedaran en tierra. Y allí estuvimos, si mi memoria no me engaña, durante seis semanas. Consumimos nuestras provisiones y hubimos de comprar más. Por fin la flota se hizo a la vela con el general y su ejército a bordo, con rumbo a Louisburg y con la intención de sitiar y tomar aquella plaza fuerte. Todos los buques recibieron la orden de esperar el buque del general y recibir sus despachos una vez que estuvieran dispuestos. Llevábamos cinco días fuera cuando se recibió una carta dando permiso para partir, con lo que nuestro barco abandonó la flota y puso proa a Inglaterra. Los otros dos paquebotes continuaban retenidos por orden del general y fueron enviados a Halifax, donde permanecieron durante algún tiempo mientras el general adiestraba a sus tripulaciones en ataques simulados a fuertes, hasta que cambió de opinión respecto al sitio de Louisburg y regresó a Nueva York con todas sus tropas y con los paquebotes ya mencionados junto con todos sus pasajeros. En su ausencia, los franceses y los salvajes habían ocupado Fort George, en la frontera de la provincia, asesinando los salvajes a muchos miembros de la guarnición tras la capitulación. Más tarde vi en Londres al capitán Bonnell, que mandaba uno de los barcos. Me dijo que mientras estuvo retenido durante un mes tuvo ocasión de informar a su señoría de que el barco se encontraba tan lleno de algas que era necesario limpiar fondos para que pudiera navegar con la velocidad que correspondía a un paquebote, pidiendo en consecuencia permiso para ponerlo en dique seco y realizar los trabajos necesarios. Se le preguntó que cuánto tiempo precisaría y contestó que tres días, replicando el general: «si puede usted hacerlo en un día le daré el permiso, de otro modo imposible, pues habrá de zarpar pasado mañana sin falta». Así que no consiguió permiso, siendo así que después hubo de permanecer

esperando por espacio de más de tres meses, día tras día. En Londres vi a uno de los pasajeros de Bonnell y estaba tan furioso contra su señoría y sus dilaciones en Nueva York y sus idas y venidas a Halifax, que juró que le iba a demandar por daños y perjuicios. No sé si lo hizo o no, pero tal como ponía las cosas, sus razones parecían de peso. Lo único que me maravillaba entonces era cómo se le podía encargar a un hombre así el mando de un gran ejército. Claro que después de andar por el mundo y de ver de qué medios se valen los hombres para obtener cargos y puestos, mi extrañeza no ha sido tanta. El general Shirley, a quien le había correspondido el mando de las fuerzas tras la muerte de Braddock, en mi opinión habría hecho bastante mejor papel en la campaña del que hizo Loudon en 1757, cuya actuación fue frívola, dispendiosa y gravemente perjudicial para el prestigio de nuestra nación. Aunque Shirley no era soldado de profesión, tenía sagacidad, sentido común y sabía aprovechar los consejos de los demás para trazarse planes juiciosos, así como para aplicarlos con eficacia y rapidez. En cambio Loudon, en vez de defender las colonias con su gran ejército, las dejó expuestas al ataque enemigo mientras se dedicaba a desfilar en Halifax, dejando que se perdiese el fuerte George. Además perturbó toda nuestra vida comercial y perjudicó a la economía con su largo embargo de la exportación de alimentos, so pretexto de evitar que fueran a caer en manos del enemigo, pero con la verdadera intención de arruinar los precios en favor de los especuladores, en cuyas ganancias se decía quizás sólo basándose en sospechas participaba él. Y cuando finalmente se levanto el embargo, al dejar de comunicarlo a Charlestown, la flota de Carolina quedó detenida por espacio de casi tres meses más, con lo que los fondos de los barcos se deterioraron de tal modo que quedaron medio podridos los cascos, yéndose a pique gran parte de ellos en su travesía hacia la metrópoli. Shirley se alegró sinceramente, según creo, de que se le relevara de la carga que debió representar para él mandar un ejército sin estar familiarizado con el oficio de las armas. Yo asistí a la recepción que se dio en la ciudad de Nueva York a Lord Loudon al hacerse cargo del mando. Asistió Shirley y había gran número de oficiales, ciudadanos y fo-

rasteros. Se pidieron sillas prestadas en los edificios próximos y le tocó una muy pequeña a Mr. Shirley, según pude advertir, y así se lo dije, contestándome él: «No importa, señor Franklin, para mí es más cómodo el asiento cuanto más pequeño es».

Encontrándome, como he dicho, sin poder moverme de Nueva York, recibí todas las cuentas de las provisiones que había facilitado a Braddock, algunas de las cuales no podían materialmente haberse recibido antes de aquellos que me ayudaron en la operación. Se las presenté a Lord Loudon con la idea de que se me abonasen. Hizo que las revisara un oficial, que tras minuciosa verificación les dio su visto bueno y en consecuencia certificó que estaban en orden y podía pagárseme lo debido, por lo que su señoría me prometió que me daría un giro a cargo del pagador. Pero el giro se demoraba una y otra vez, y aunque pedí verle en varias ocasiones, no lo lograba nunca. Por fin, poco antes de mi partida, me dijo que lo había pensado mejor y que no quería que sus cuentas se mezclaran con las de sus antecesores, por lo que me indicó que lo único que tendría que hacer yo cuando llegase a Inglaterra era mostrar mis cuentas al Tesoro, que me pagaría inmediatamente. Le hablé sin éxito de los grandes gastos que había tenido que soportar con tan larga e inesperada detención en Nueva York para hacer fuerza para que se me pagase pronto, y cuando le razoné que no era justo hacerme esperar más o causarme nuevas molestias para contar con el dinero que yo había adelantado, sin cargar gasto alguno por mis servicios, me contestó muy ufano que no podría convencer a nadie de que yo no había ganado en aquel asunto, que él conocía estas cuestiones y sabía que nadie que participara en suministros al ejército dejaba de llenarse los bolsillos. Insistí en ése no era mi caso y que no había ganado nada con todo aquello. Pero estaba claro que no me creía. Luego me he enterado de que, en efecto, aquellos negocios habían enriquecido a muchos. Y respecto a lo que me debía, hoy día aún no se me ha pagado, pero de ello hablaré más adelante.

El capitán del paquebote se había pavoneado antes de zarpar de lo veloz que era su buque. Por desgracia, cuando se hizo a la mar

pronto quedó claro que era el velero menos marinero del mundo, con gran bochorno para el patrón. Tras muchas conjeturas acerca de la causa de tanta lentitud, cuando nos aproximamos a otro barco casi tan torpe como el nuestro (que no obstante nos sacaba delantera) ordenó el capitán que todos éramos cuarenta nos fuéramos a popa y nos pusiéramos tan cerca de la bandera con pudiéramos. Mientras nos encontrábamos en esa situación, cambió la marcha del buque, dejando pronto atrás al otro barco, lo que dejó claro que lo que suponía nuestro capitán era cierto: la carga gravitaba en exceso a la proa. Los barriles con agua al parecer habían sido estibados a proa, y una vez que fuero cambiados de emplazamiento, el barco se comportó con toda satisfacción y demostró ser el más marinero de la flota. El capitán aseguró que había llegado a hacer treinta nudos, es decir, trece millas a la hora. Como pasajero contábamos a bordo con el capitán Kennedy, de la Armada Real, y sostenía que era imposible que ningún buque hubiera alcanzado esa velocidad en su vida y que sin duda existía un error en la corredera que midió la marcha. Se suscitó una controversia entre los dos capitanes que quedó pendiente de una prueba práctica cuando el viento fuera óptimo. Kennedy examinó a fondo la corredera y, una vez satisfecho, decidió largarla él mismo para comprobar su funcionamiento. Pocos días después, cuando soplaba un viento fresco y el capitán del buque (llamado Lutwidge) dijo que creía que navegábamos a trece nudos, Kennedy hizo sus pruebas y reconoció que había perdido la apuesta. Este hecho lo reseño nada más que para señalar que se ha considerado con frecuencia como un fallo del arte de la construcción naval no poder nunca saberse, hasta que se navega, si un barco nuevo será o no marinero, porque a veces se ha construido un barco siguiendo fielmente el modelo de un buque rápido y ha resultado en la práctica ser muy lento. Me enteré entonces de que tal cosa puede dejase a las diferentes formas con que los marinos lo aparejan, estiban la carga o cargan las velas. Cada cual tiene su método, y el mismo barco estibado de formas diferentes da más o menos rendimiento en la navegación. Además es raro que sea la misma persona la que construya y mande luego un barco. Por lo general, uno lo constru-

ye, otro lo enjarcia y un tercero lo carga y lo manda. Ninguno de los tres tiene las ideas ni la experiencia de los demás, y por tanto no puede sacar las conclusiones que sacaría si las tuviera. Con frecuencia he oído opiniones encontradas de oficiales que se turnaban en las guardias, bajo las mismas condiciones de viento, porque a unos les gusta tensar más o menos las drizas y gobernar con su propio estilo. Sin embargo, pienso que sería útil llevar a cabo un conjunto de pruebas para determinar, primeramente, la línea del barco más adecuada para la navegación rápida; luego las medidas óptimas y la mejor disposición de los mástiles; después la forma y la cantidad de las velas y su orientación al viento, y finalmente la distribución de la carga. Nuestra época es la época de los experimentos, y si esas pruebas se realizan con exactitud y coordinación serían de gran provecho. Por eso yo estoy convencido de que antes de mucho habrá de surgir algún ingenioso inventor que se interese por la cuestión. Le deseo mucha suerte.

En varias ocasiones nos llegaron casi a dar alcance, pero siempre nos despegamos y después de treinta días la sonda tocó fondo. Los cálculos de navegación fueron correctos y el capitán estimó que nos hallábamos tan cerca del puerto de Falmouth, nuestro puerto de destino, que si hacíamos una buena singladura esa noche podríamos enfilar la bocana del puerto por la mañana, y que navegando de noche podríamos ocultarnos de la vista de los corsarios enemigos, que con frecuencia navegaban en aquella zona del canal. En consecuencia, se puso toda la vela al buque y como el viento era favorable pudimos andar a buena marcha. Tras hacer sus observaciones, el capitán trazó su ruta según le pareció mejor para librar bien las islas Sorlingues, pues parece que a veces hay una fuerte corriente a la altura del canal de San Jorge que desorienta a los marinos y les lleva contra la costa. En cierta ocasión originó la pérdida de la escuadra de Sir Clousley Shovel. Y esta corriente fue también posiblemente la causa de lo que nos sucedió a nosotros. Llevábamos un vigía a proa, a quien de vez en cuando le decían: «¡Mira bien ahora!», a lo que contestaba: «¡Ya, ya!», pero quizá el sueño hizo que sus ojos no perma-

necieran del todo abiertos y que contestara maquinalmente a esa advertencia. Lo cierto es que no advirtió la presencia de una luz que los foques habían impedido ver al timonel y que sólo gracias a un viraje accidental del buque pudo percibirse, causando gran alarma, ya que nos encontrábamos muy cerca de ella y a mí me pareció del tamaño de una rueda de carro. Era media noche y nuestro capitán dormía profundamente. Pero el capitán Kennedy subió al puente a toda prisa y, apercibiéndose del peligro, ordenó que se virara en redondo a pesar de llevar todo el velamen, operación por lo demás arriesgada para los mástiles, pero que resultó bien y nos sacó del apuro evitando el naufragio, ya que nos dirigíamos irremediablemente contra las rocas donde se erguía el faro. Esta maniobra salvadora me impresionó y me dio la exacta medida de la utilidad de los faros, inspirándome la idea de construir más en América, si podía vivir para contarlo.

Por la mañana, y tras varios sondajes, vimos que estábamos cerca de nuestro puerto, que ocultaba una espesa capa de niebla. Hacia las nueve de la mañana empezó a levantar la niebla, dando la sensación de que se separaba de la superficie del agua como el telón de un escenario, ofreciéndonos la vista de la ciudad de Falmouth, con los barcos en el puerto y los campos que la rodeaban. Era un espectáculo de lo más agradable para quienes habíamos tenido durante tanto tiempo sólo la vista del océano infinito. Y sobre todo, nos sentíamos felices de vernos liberados de las angustias que el estado de guerra nos había ocasionado.

Me dirigí inmediatamente con mi hijo a Londres, sin más que un breve alto en Stonehenge, en Salisbury Plain, y luego en casa y el jardín de Lord Pembroke, con sus antigüedades, situada en Wilton.

Llegamos a Londres el 27 de julio de 1757 y nos alojamos en una casa que me había proporcionado Mr. Charles. Fui a visitar al doctor Fothergill, a quien me habían recomendado con todo interés y cuyos consejos para mi gestión me habían aconsejado solicitar. No era partidario de elevar una queja inmediata al gobierno, sino que pensaba que debía hablarse en primer lugar con los propietarios,

quienes posiblemente por la intervención de algunos amigos a título particular estarían dispuestos a un entendimiento amistoso. Así pues, fui a visitar a mi viejo amigo y corresponsal Mr. Peter Collinson, que me dijo que John Hanbury, el importante comerciante de Virginia, había pedido que le informase de mi llegada para presentarme a Lord Granville, a la sazón presidente del Consejo y que deseaba verme lo antes posible. Accedí a ir con él a la mañana siguiente. Mr. Hanbury vino a recogerme en su coche para ir a casa del citado aristócrata, que me acogió con la mayor cortesía y, tras varias preguntas sobre los asuntos de América, me dijo: «Ustedes los americanos tienen ideas muy equivocadas sobre la naturaleza de su constitución; se empeñan en que las instrucciones del rey a sus gobernadores no tienen fuerza de ley, y se sienten libres de acatarlas o no según les venga en gana. Sin embargo, dichas instrucciones no son como las que se cursan a un ministro plenipotenciario, que realiza una visita a un país extranjero a propósito de cualquier cuestión protocolaria sin importancia. En el caso de América las citadas instrucciones son informadas primeramente por magistrados versados en leyes, luego se estudian, se someten a debate y a veces se enmiendan en el Consejo y sólo entonces las firma el rey, convirtiéndose al hacerlo en la *ley del país*, pues el rey es el *legislador de las colonias*». Le dije a su señoría que esta doctrina resultaba nueva para mí, y que siempre había entendido que, según nuestras cartas, nuestras leyes habían de confeccionarse en las Asambleas para ser luego sometidas, por supuesto, a Su Majestad, y que una vez dada su aprobación, no podían ni ser anuladas ni modificadas. Y de la misma manera que las Asambleas no podían votar leyes permanentes sin tal sanción real, tampoco él podía damos leyes sin el concurso de esas Asambleas. Me aseguró que estaba en un completo error, cosa en la que no estaba de acuerdo con él. Como la charla con su señoría había suscitado algo mi alarma, pensando que reflejaría el sentir de la corte, la puse por escrito tan pronto como regresé a mi casa. Yo recordaba que hacía unos veinte años, un proyecto de ley presentado al parlamento por un ministro proponía que las instrucciones del rey se convirtieran en leyes en las colonias, y que la cláusula no fue aceptada por la

Cámara de los Comunes, por lo que se ganaron todo nuestro aprecio, considerándoles desde entonces como nuestros amigos y amigos de la libertad, hasta que en 1765 su conducta nos hizo ver que su negativa al rey en aquel caso había tenido por objeto reservarse esta facultad para sí mismos.

Días después, tras haber hablado el doctor Fothergill con los propietarios, éstos accedieron a recibirme en casa de Mr. T. Penn, en Spring Garden. La conversación al principio giró en torno a las respectivas posiciones coincidentes en llegar a un arreglo razonable, pero tengo para mí que cada cual tenía sus propias ideas sobre lo que debía entenderse por *razonable*. Pasamos después a considerar nuestros agravios, que enumeré. Mis interlocutores justificaron su conducta como buenamente pudieron, y yo la de la Asamblea. Nuestras posiciones parecían tan distanciadas que pocas esperanzas cabía albergar acerca de la posibilidad de acuerdo. No obstante, se llegó a la conclusión de que yo sometería a su consideración los enunciados capitales de nuestras reivindicaciones por escrito, y ellos me prometieron estudiarlas. Así se hizo poco después, pero mi escrito se lo entregaron a su abogado, Ferdinando John Paris, que les asesoraba y llevaba su defensa en el gran pleito que desde hacía setenta años tenían con el vecino propietario de Maryland, Lord Baltimore, y que les preparaba los comunicados, mensajes y notas para sus disputas con la Asamblea. Se trataba de un hombre lleno de soberbia y acritud, y como yo contestaba con cierta severidad a los escritos que él presentaba en la Asamblea, porque, en efecto, eran débiles de argumentación y altaneros en su redacción, me había cobrado una mortal animadversión, que se manifestaba siempre que nos veíamos, por todo lo cual me negué a aceptar la propuesta de mis interlocutores de que debatiéramos él y yo los principales puntos de nuestras quejas y me negué a tratarlos con nadie que no fueran ellos. En consecuencia, y por consejo de Paris, entregaron nuestras reclamaciones al fiscal de la Corona y al procurador general para recabar su consejo y allí esperaron durante un año, cuando podría haberlas informado en ocho días, sin que yo dejara de solicitar res-

puesta a los propietarios, que sólo me contestaban que no la habían recibido aún del fiscal de la Corona y del procurador general. En qué consistió tal respuesta cuando llegase nunca lo supe, pues no me fue notificada; mandándose un largo mensaje a la Asamblea que redactaba y firmaba Paris, en donde se citaba mi documento y se atacaba la dureza de sus términos y la impropiedad en general con que yo lo había escrito, endebles argumentos, como se ve, para justificar su conducta, y añadía su buena voluntad de entendimiento, caso de que la Asamblea «enviase a alguna persona franca» para tratar con ellos, con lo que se insinuaba que yo no lo era.

La dureza de los términos y la impropiedad mías consistieron probablemente en que no les hubiera dirigido el documento con los tratamientos pertinentes, concretando su naturaleza de «propietarios» absolutos de la provincia de Pennsylvania, cosa que omití convencido de que no era necesario en un documento cuya única intención era transcribir lo comunicado a ellos *viva voce*. Pero durante la larga demora, la Asamblea había conseguido que el gobernador Denny aceptara una ley estableciendo el deber de pagar impuestos por las tierras de los propietarios en igualdad de condiciones con las de los ciudadanos comunes, lo que constituía el punto crucial de la polémica, con lo que la respuesta de Londres no llegó nunca.

La citada ley de la Asamblea estuvo lista; no obstante, los propietarios, aconsejados por Paris, decidieron oponerse a que el rey diera su sanción y para ello se nombró una comisión que estudiara el problema planteado. Dos abogados trabajaban en ella en nombre de los propietarios, en contra de la ley, y otros dos, en mi nombre, a favor de la ley. Alegaron que el proyecto se proponía gravar a las fincas de los propietarios para aliviar las cargas fiscales de los terratenientes normales, y que si aceptaban su vigencia y ellos cedían ante el odio del pueblo, acabarían arruinados por los tributos. Les contestamos que la ley no buscaba esa finalidad; que los tasadores fiscales eran imparciales y honrados; que actuaban bajo juramento de equidad y justicia y que cualquier ventaja que alguno de ellos pudiera esperar en rebajar sus propios impuestos incrementando los de los propieta-

rios era tan pequeña que no valía la pena de cometer perjurio. Este era más o menos el sentimiento de lo que manifestaron ambas partes, aparte de insistir nosotros fuertemente en las fatales consecuencias que tendría una revocación, ya que el dinero se había emitido (cien mil libras), se había ya dedicado al servicio del rey y estaba, por tanto, distribuido entre el pueblo, y que si la ley se revocaba, muchos quedarían arruinados y cundiría el desaliento en el futuro cuando hubiera que allegar fondos. Hicimos resaltar, asimismo, el egoísmo de los propietarios, que pedían algo de tan catastróficas consecuencias nada más que por un miedo infundado a que sus propiedades tributaran demasiado. Al tratarse de este asunto, Lord Mansfield, uno de los miembros del Consejo, se levantó y dirigiéndose a mí me hizo acompañarle a la sala de secretaría, mientras los abogados seguían con sus considerandos, preguntándome allí si yo realmente creía que no se perjudicarían los intereses de los propietarios de aprobarse el texto. Le dije que en absoluto, y me contestó que entonces no tendría yo inconveniente en suscribir un compromiso sobre dicho particular. Le dije que ninguno, tras lo cual llamó a Paris y después de alguna discusión la propuesta de su señoría fue aprobada por ambas partes, redactándose un documento por el secretario del Consejo que firmamos Mr. Charles, agente de la provincia para asuntos comunes, y yo mismo. Cuando Lord Mansfield se reintegró a la reunión, la ley ya estaba prácticamente aceptada, no sin que se recomendaran algunas enmiendas que se decidió fueran objeto de un texto legal ulterior. La Asamblea no las juzgó necesarias, pues como ya se habían estipulado los impuestos de un año de acuerdo con la citada ley antes de que llegara la orden del Consejo, se nombró una comisión para que examinara la forma en que habían actuado los tasadores fiscales y en esa comisión participaron varios amigos de los propietarios. Tras un examen total de los impuestos se firmó un informe según el cual éstos se consideraban totalmente equitativos. La Asamblea estimó que mi intervención durante la primera parte del debate había resultado decisiva para el bien de la provincia, ya que había asegurado el crédito del papel-moneda que estaba circulando por el país, por lo que me expresaron su agradeci-

miento formalmente cuando regresé. Pero los propietarios estaban furiosos con el gobernador Denny por haber aprobado la ley y lo atacaron amenazando con demandarle por no atenerse a las instrucciones que él había prometido cumplir. Pero el gobernador entendió que lo había hecho a instancias del general y en bien del mejor servicio de Su Majestad, y como contaba con influyentes amigos en la corte, hizo caso omiso de las amenazas, que jamas llegaron a materializarse.

OTROS ESCRITOS

DE los escritos de Franklin que siguen, indicamos, al principio de cada sección, las ediciones críticas en que pueden encontrarse en su idioma original. Como en la *Introducción*, nos referimos a *The Papers of Benjamin Franklin* (ed. de Labaree) como *Papers*, y a *The Writings of Benjamin Franklin* (ed. Smyths) como *Writings*. Para más amplios comentarios sobre los escritos seleccionados, v. la obra de L. Jesse Lemisch, citada en la nota 7 de la *Introducción*, que contiene interesantes referencias sobre todos ellos. Una selección previa de la obra de Franklin (que contiene escritos no incluidos en ésta) es la publicada bajo el título *El libro del hombre de bien* (Austral, Madrid, 1964).

A. ESCRITOS SOBRE RELIGIÓN Y CIENCIA

INCLUIMOS en esta sección, como escritos representativos del pensamiento religioso de Franklin, su Dissertation On Liberty and Necessity, Pleasure and Pain (Papers, vol. I, pp. 57-72), escrita en 1725 en ocasión de su primera estancia en Gran Bretaña; sus Articles of Belief and Acts of Religion (Papers, vol. I, páginas 101-109), escritos en 1728; la carta a sus padres, Josiah y Abiah Franklin (Papers, vol. II, pp. 202-205), de 1738, y la carta a Ezra Stiles (Writings, vol. X, pp. 84-85), de 1790. En ellos se hace evidente su postura básicamente deísta, no comprometida con ninguna confesión concreta.

Como complemento, incluimos igualmente una serie de escritos representativos de su posición ante la ciencia (v. Introducción, pp. 39 y sigs.), posición que, como indicamos, puede ponerse en relación, por una parte, con su deísmo, y, por otra, con sus raíces psicológicas puritanas. Incluimos páginas de su Diario de viaje de Inglaterra a Norteamérica en 1726 (Papers, vol. I, pp. 72-99); la carta a Jared Eliot acerca de los fenómenos tormentosos (Papers, vol. III, pp. 463-466), de 1750; la carta a Peter Collinson sobre temas de meteorología, de 1755 (Papers, vol. VI, páginas 167-169); al mismo sobre experimentos eléctricos, de mayo de 1747 (Papers, vol. III, pp 126-135), y una serie de escritos referentes a su visión práctica de la ciencia: Las Instrucciones para la construcción de pararrayos (Papers, vol. IV, pp. 408-409), así como sus planes para la aplicación de la electricidad en los mataderos, de 1773 (Writings, volumen VI, pp. 44-47); una exposición de la famosa estufa Franklin, de 1744 (Papers, vol. II, pp 419-446), y las cartas a John Franklin, de 1752 (Papers, vol. IV, pp. 385-387), acerca de la invención de un nuevo tipo de catéter; a Giambattista Beccaria, en 1762, sobre la invención de una armónica de cristal (Papers, vol. X, pp. 116-130); a Barbeu Dubourg, en 1773 (Writings, vol. V, pp. 543-45); a George Whatley, de 1785 (Writings, vol. IX, pp. 337-38). También su Descripción de un instrumento para tomar libros de estanterías altas (Writings, vol. IX, páginas 483-85). Escritos todos ellos que muestran el aspecto «práctico» de su visión científica, aún presente en el pensamiento norteamericano. Finalmente, figu-

ran en esta sección las Propuestas relativas a la educación de la juventud en Pennsylvania, de 1749 (Papers, vol. III, pp. 397-421), que muestran su posición con respecto a la difusión de la ciencia.

DISERTACIÓN SOBRE LA LIBERTAD Y LA NECESIDAD, EL PLACER Y EL DOLOR (1725)

Papers, I, 57-72

A JAMES RALPH

Muy señor mío:

De acuerdo con su petición, voy a darle noticia de mis creencias presentes sobre el universo. Se las daré con toda sinceridad y si le valen de satisfacción me daré yo también por satisfecho. Sé de antemano que mi planteamiento es susceptible de numerosas objeciones por parte de lectores con menos discernimiento que usted; pero no es en esos lectores en quienes pienso al escribir. Le tengo que prevenir de que tenga cuidado en distinguir las partes hipotéticas de mis razonamientos de las concluyentes. Se podrá dar usted cuenta de lo que tomo como tema de tesis y de simple hipótesis. En conjunto lo someto a su parecer, y tendré en cuenta su estima y criterios para valorar yo mismo mi trabajo.

Sección Primera: Libertad y Necesidad

I. *Se dice que existe un primer motor, llamado Dios, autor del Universo.*

II. *Se le considera poseedor de sabiduría, bondad y poder sumos.*

Estas dos premisas vienen a ser coincidentes entre todas las sectas y opiniones y las doy por sentadas como previas a mi argumentación. Lo que viene a continuación, por consiguiente, no es más que

una cadena de conclusiones derivadas de ellas que sólo se mantendrán en la medida en que resulten verdaderas o falsas.

III. *Es toda bondad, luego no puede hacer más que el bien*.

IV. *Es todo sabiduría, luego no puede equivocarse*.

Lo verdadero de estas proposiciones en relación con las dos primeras es, a mi juicio, evidente; opino que ni la bondad absoluta puede dar lugar a lo malo ni la sabiduría infinita a lo erróneo, o caeríamos en una contradicción que repugnaría al sentido común del hombre.

V. *Es todopoderoso; luego no puede existir ni actuar nada en el universo contra o sin su conocimiento; y lo que Él consiente ha de ser bueno, ya que es la bondad misma; luego no existe el Mal*.

La eterna cuestión es *¿Unde Malum?* Muchos de los pensadores que en el mundo han sido se han sentido perplejos ante esta pregunta. Se admite que existen muchas cosas y actos a los que calificamos de *malos: el dolor, la enfermedad, la necesidad, el latrocinio, el crimen*, etc. Que en realidad no son ni males ni enfermedades ni defectos en el orden universal, se demostrará en la sección próxima, así como en la presente proposición y en la siguiente. Evidentemente, suponer que algo exista o se haga en contra de la voluntad del Todopoderoso es negarle esa condición de todopoderoso. Son contradicciones indefendibles. Y negar que toda cosa o acción cuya existencia Él consienta han de ser buenas, es negar sus dos atributos de *Sabiduría* y *Bondad*.

Los filósofos nos dicen que *nada se hace* en el universo *sino porque Dios lo hace* o *lo permite*. Tal cosa, como es todopoderoso, es cierta, pero ¿por qué esta distinción entre *hacer* y *permitir*? En efecto: ellos dan por sentado que hay muchas cosas en el universo que existen de tal modo que no son perfectas, y que se hacen cosas que no debieran hacerse. Tales cosas o acciones no pueden atribuírselas a Dios porque empezamos por atribuirle la Sabiduría y la Bondad. Ahí reside la clave de la palabra *permitir*. Él *permite* que se hagan, nos dicen estos filósofos. Pero nosotros razonamos de esta suerte: si Dios permite que se ejecuten acciones es porque o le falta *poder* o le falta *voluntad*

para impedirlo; si admitimos que le falta *poder*, negamos que sea Todopoderoso, y si negamos que le falta *voluntad* de impedirlo, negamos que la acción sea mala o que Él sea la bondad absoluta, porque el *mal* es esencialmente contradictorio con la suprema *Bondad*.

Se me dirá tal vez que *Dios permite las malas acciones con fines justos y razonables*. Pero ésta es una afirmación que se autodestruye, desde el momento en que un Dios infinitamente bueno no puede permitir nunca el menor mal y cualquier cosa que Él permita que exista para fines buenos, por el mero hecho de permitirla, se convierte en buena.

VI. *Si una criatura está hecha por Dios, dependerá de Dios, de quien recibirá toda su fuerza, con lo cual esa criatura no podrá hacer nada que sea contrario a la voluntad de Dios, porque Dios es Todopoderoso, sino que tendrá que ser agradable a ella; pero lo que sea agradable a ella, debe ser bueno, porque Él es bueno. Así, pues, no podrá ninguna criatura hacer nada que no sea bueno.*

Esta proposición viene a ser lo mismo que la anterior, aunque más completa, y su conclusión igual de evidente. Aunque una criatura pueda realizar muchas *acciones* que su prójimo llame *malas* y que necesariamente ocasionen a su autor sufrimientos (que su prójimo llamará castigos). Esta proposición prueba que esa criatura no puede ejecutar cosas intrínsecamente malas o desagradables a los ojos de Dios, y que las dolorosas consecuencias de sus malas acciones (*o las que así se consideran*), no son, ni tienen por qué ser, ni *castigos* ni desgracias, es algo que veremos a continuación.

No obstante, el difunto y erudito autor del libro titulado *La religión de la naturaleza* (que le envío adjunto) nos ha proporcionado una pauta con la que poder descubrir cuáles de entre nuestras acciones se pueden denominar *buenas* y cuáles *malas*. Consiste esa creencia en lo siguiente: «Toda acción realizada de acuerdo con la *verdad* es buena; y toda acción contraria a la verdad es mala; actuar de acuerdo con la verdad es utilizar y estimar cada cosa como lo que es, etc. Es decir: si A le roba el caballo a B y se marcha con él, no lo usa como lo que es como propiedad de otro, sino como propio, lo que es con-

trario a la verdad y es por ello malo». Pero, como dice este mismo caballero (sección I, proposición VI): «Para juzgar correctamente lo que es cada cosa hay que tener en cuenta no sólo lo que es desde un determinado punto de vista, sino desde cualquier otra posición; y hay que tener presente la descripción completa de la cosa en cuestión. En el caso mencionado habría que tener presente que A es un ser naturalmente *codicioso*, inquieto por la posesión del caballo de B, lo cual le produce una inclinación a tomarlo, más fuerte que su miedo al castigo a que se expone por hacerlo. Esto es la verdad, y A actúa de acuerdo con esa verdad cuando roba el caballo. Además, si se prueba que es verdad que A no controla sus actos, resultaría indiscutible admitir que actúa de acuerdo con la verdad, sin poder hacerlo de otro modo».

No es que con esto se quiera alentar el robo o defenderlo. Es sólo a título de argumentación y no puede tener ningún *efecto* perjudicial. El orden y concierto de las cosas no se verá afectado por razonamientos de esta naturaleza, y resultaría en este sentido tan justo y necesario, y tan acorde con la verdad, que a B le repugnara el robo de su caballo y lo castigara, como que A le robara el caballo a B.

VII. *Si, por consiguiente, la criatura se encuentra limitada en sus acciones y no puede ejecutar sino aquellas que Dios le permite, no dispondrá de nada que pueda llamarse libertad, libre albedrío o capacidad para hacer o no hacer.*

Por *libertad* se entiende en ocasiones la ausencia de impedimento. En este sentido todas nuestras acciones puede decirse que son consecuencia de nuestra libertad, pero es una libertad del mismo tipo que la de un cuerpo grávido que cae a tierra; tiene libertad de caer, pero, al propio tiempo, no puede evitarlo, careciendo de libertad para permanecer suspendido en el aire.

Vamos a utilizar el mismo argumento en otro sentido. Supongamos que, en la acepción común de la expresión, somos *agentes libres*. Como el hombre forma parte de esta gran máquina que es el universo, sus acciones corrientes son requisito para que esa máquina siga moviéndose, y entre las cosas pueda elegir unas y rechazar otras, siendo por ello libre. Pero en cada momento concreto siempre ha-

brá algo que es lo *óptimo* que se puede hacer y, por consiguiente, eso será lo bueno entonces y con respecto a ello todas las demás cosas serán, en aquel momento, *malas*. Para saber qué es lo óptimo que puede hacerse, y qué es lo que no lo es, es preciso que podamos prever las intrincadas consecuencias de cada una de nuestras acciones respecto del orden universal, tanto presente como futuro. Pero resulta que hay innumerables consecuencias y tan incomprensibles que se escapan al que no es omnisciente. Como esas cosas no las podemos prever, no tenemos más que una posibilidad entre diez mil de acertar, y nos veremos perpetuamente constreñidos a andar en tinieblas, a perturbar el universo, pues cada equivocación que cometa una parte de él será una falta o una mancha en el orden del conjunto del universo. ¿No será, por tanto, necesario que nuestras acciones sean gobernadas y orientadas por una providencia sapientísima? ¡Qué precisas y perfectas son todas las cosas en el mundo de la *naturaleza*! ¡Qué orden el de cada pieza dentro del conjunto! ¡No se puede descubrir ni el menor fallo! Los que han estudiado los reinos vegetal y animal demuestran que su armonía y su belleza no se pueden superar. ¡Y qué decir de los cuerpos celestes, de las estrellas y los planetas! ¿Es que hemos de admitir que en el orden *moral* haya de darse una negligencia que no se advierte en el *natural*? Sería como pensar en un artífice inteligente que hubiera construido curiosa máquina o un reloj, instalando todas sus ruedecillas y engranajes con tal interdependencia que no pudiera funcionar si no es con la mayor regularidad y sin fallos de ninguna de sus piezas, y a pesar de lo cual hubiera dejado que algunas de ellas se moviesen con independencia, ignorantes del general interés del reloj. Las tales piezas, moviéndose a su antojo, trastornarían todo el conjunto, obligando a trabajar incesantemente al operario encargado de repararlo. En este caso, ¿no estaría indicado como remedio quitarle a esa máquina las piezas rebeldes y sustituirlas por otras que se atuviesen al orden general?

VIII. *Si no existe en realidad el libre albedrío en las criaturas, no existirían tampoco ni el mérito ni el demérito en ellas.*

IX. *Y, en consecuencia, todas las criaturas habrían de recibir de su creador idéntica estimación.*

Parece que estas conclusiones se siguen necesariamente de lo anterior, pues no existe ninguna razón, en realidad, para que el Creador otorgara su estima en grado diverso a unas u otras partes de su obra, si ha usado de la misma Sabiduría y Bondad para crearlas, y todo vicio o defecto quedan automáticamente excluidos por su voluntad como contrarios a su naturaleza. El argumento entonces quedaría reducido a lo siguiente: Cuando el Creador concibió al universo, o su intención fue que todas las cosas existentes se ordenaran de la misma suerte en que están ahora, o su voluntad fue que lo estuviesen *de otra manera*. Decir que las quiso de otra manera es admitir que han contradicho su voluntad y roto el orden que él impuso, cosa incompatible con su Poder. Por consiguiente, habremos de concluir que todas las cosas existen hoy de una manera grata a su Voluntad y que, en consecuencia, todas son igualmente buenas y por ello igualmente estimadas por Él.

A continuación procederé a demostrar que, al ser todas las obras del Creador igualmente estimadas por Él, todas son igualmente utilizadas, como es justo que lo sean.

Sección II

… A continuación haré un breve sumario de todo lo anterior.

1. *Se da por sentado que Dios, Creador y Regulador del universo, es infinitamente sabio, bueno y poderoso.*

2. *Como consecuencia de Su infinita Sabiduría y Bondad, se admite que cuanto haga debe ser infinitamente sabio y bueno.*

3. *A menos de que algo o alguien se interpusiera en sus designios, lo cual es imposible porque Él es todopoderoso.*

4. *Consecuentemente con Su infinito Poder, se afirma que nada puede existir ni hacerse en el universo sin Su Voluntad, y que eso ha de ser necesariamente bueno.*

5. *Por eso el mal queda excluido, y con él, todo mérito o demérito; y, de la misma forma, se descarta toda preferencia de Dios por una parte de la creación.*

Este es el resumen de la primera parte.

Pues bien, las nociones usuales sobre la justicia nos dirán que si todas las cosas creadas son igualmente agradables al Creador, deben ser usadas de la misma manera por Él. Y que lo son se deduce del argumento anterior. No obstante, vamos a confirmarlo demostrando *cómo* se usan por igual.

1. *Una criatura dotada de vida y conocimiento capaz de sufrir intranquilidad y dolor.*

2. *Ese dolor produce deseos de liberarse de él en proporción a su intensidad.*

3. *Satisfacer ese deseo produce un placer de igual intensidad.*

4. *Por lo que el placer es equivalente al dolor.*

De estas premisas se desprende:

1. *Que todas las criaturas experimentan tanto placer como dolor.*

2. *Que la vida no es preferible a la insensibilidad, ya que placer y dolor se destruyen entre sí; que al ser al que se le sustraen diez grados de dolor de diez grados de placer no le queda nada, con lo que viene a estar en igualdad con el ser que sea insensible.*

3. *La primera parte demuestra que todas las cosas deben ser utilizadas por igual porque el Creador las estima por igual. Y esta segunda parte demuestra que son estimadas por igual porque son usadas por igual.*

4. *Como toda acción es consecuencia de la insatisfacción, la distinción entre vicio y virtud queda descartada…*

5. *No cabe pensar en un estado de mayor felicidad que el presente, porque placer y dolor son inseparables…*

Me doy cuenta de que la doctrina que aquí expongo no encontraría, caso de publicarse, mas que una acogida indiferente, ya que la humanidad propende a dejarse halagar. Todo lo que satisface a nuestro orgullo y tiende a exaltar a nuestra especie sobre el resto de la creación nos lo solemos creer más fácilmente, mientras que las

verdades que son desagradables se rechazan con la mayor indignación. «¿Qué?, se dirá, ¿es que nos vamos a comparar con los animales innobles del campo, con lo más bajo de la creación? ¡No, eso no se puede admitir!». Pero, si utilizamos el sentido común aunque sea sólo un poco, los *gansos* seguirán siendo gansos por mucho que pensemos que son cisnes, y la verdad no tiene más que un camino por mucho que a veces resulte desagradable o nos mortifique.

ARTÍCULOS DE FE Y ACTOS RELIGIOSOS (1728)

Papers, I, 101-109

PRINCIPIOS BÁSICOS

Creo en la existencia de un ser supremo y perfectísimo, autor y padre de los mismos dioses, porque creo que el hombre no es el ser más perfecto, sino un ser por debajo del cual existen muchos seres inferiores, y por encima tiene a otros superiores.

Además, cuando proyecto mi imaginación hacia el firmamento, más allá de las visibles estrellas fijas, hacia el espacio infinito, y lo concibo lleno de soles como el nuestro, cada uno con su coro de mundos eternamente girando en torno suyo, y contemplo la pequeñez de la esfera en que habitamos, me parece que, incluso para mi pequeña imaginación, no somos nada, y que yo mismo soy menos que nada, y que no tengo sentido apenas.

Y al pensar en estas cosas, imagino que representa una gran vanidad suponer que la *perfección suma* pueda considerar a algo tan insignificante como el hombre. Más concretamente: como me resulta imposible hacerme idea clara de lo infinito e inaprehensible, no puedo concebir nada que no sea un *padre infinito* que no espera ni exige ninguna adoración o alabanza de nuestra parte porque está muy por encima de nosotros.

Pero, al propio tiempo, como los hombres están animados por un principio común que les lleva a la *devoción* o a la adoración de algún poder desconocido; y como los hombres están dotados de razón, a

diferencia de los demás animales de la especie viviente, tengo que pensar que mi deber como hombre consistirá en presentar respeto y acatamiento divino.

Por ello pienso también que el *Infinito* ha creado muchos seres o dioses muy superiores al hombre, y que pueden comprender sus perfecciones mejor que nosotros y, de esta suerte, ofrecerle una oración más racional y gloriosa.

Y así como entre los hombres las alabanzas del ignorante o del niño no las toman en serio el pintor o el artista inteligentes, sino que sólo se sienten agradados y honrados por las alabanzas de los hombres y los artistas prudentes, también ocurre así en el mundo divino.

Puede ser que esos dioses creados sean inmortales; o que después de vivir durante mucho tiempo otros ocupen su puesto.

Sea de ello lo que fuere, pienso que todos estos dioses son poderosos, buenos y sabios en grado sumo, y que cada uno dispone para sí de un sol esplendoroso rodeado de un admirable y hermoso sistema planetario.

Es a ese Dios bueno y sabio individual, autor y dueño de nuestro sistema, al que yo pongo como objeto de nuestras plegarias y de nuestra adoración, porque quiero pensar que posee en sí mismo alguna de las pasiones que ha puesto en nosotros y que, como nos ha dotado de razón para que podamos comprender su sabiduría en la creación, no le somos indiferentes y gusta de nuestras alabanzas y se ofende cuando nos olvidamos de Él o desatendemos Su culto.

Por muchas razones entiendo que es un *ser bueno*, y de la misma manera que yo me sentiría feliz de tener un amigo tan sabio, bueno y poderoso, me tendré que preocupar de la manera en que me pueda hacer más digno de él.

Después de las alabanzas que se derivan de su sabiduría y que se le deben, pienso que se sentirá complacido con la felicidad que experimentan aquellos que Él ha creado; y ya que sin la virtud el hombre no puede ser feliz en este mundo, creo firmemente que Él

se complace en ver que yo soy virtuoso, porque se complace en verme feliz.

Como ha creado muchas cosas que parecen hechas para disfrute del hombre, creo que no se sentirá ofendido cuando vea cómo sus hijos se solazan de muchas maneras y con variadas e inocentes cosas. Y creo igualmente que no son inocentes tales cosas si resultan perjudiciales al hombre.

Le *amo*, por consiguiente, por su bondad, y le *adoro* por su sabiduría.

No dejaré, por tanto, de alabarle sin cesar porque ello es obligado y es cuanto le puedo dar a cambio de sus muchos favores y gran bondad para conmigo; y decidiré ser virtuoso, para ser feliz y para complacerle a Él, que se deleita en verme feliz. ¡Amén!

ORACIÓN

Preludio. Consciente de que antes de dirigirme a la Divinidad mi alma debe encontrarse tranquila y serena, y libre de toda pasión o perturbación cualesquiera, y elevada con la dicha y la alegría racionales, he de usar un semblante que manifieste mi respeto filial mezclado con una sonrisa tal que deje ver mi alegría interior, mi satisfacción y mi admiración.

¡Oh padre bueno! ¡Oh Dios sapientísimo! ¡Tú que contemplas la sinceridad de mi corazón y mi devoción, concédeme la continuidad de tus favores!

1. ¡Oh creador y padre! ¡Creo que tú eres bueno, y te complaces con el contento de tus hijos! ¡Alabado sea por siempre tu nombre!

2. Tú que has creado el sol esplendoroso y todos los mundos a los que haces moverse con la energía de tu poder y a los que, con tu sabiduría, has dotado de leyes maravillosas. ¡Alabado sea por siempre tu nombre!

3. Tú que con tu sabiduría has hecho todas las cosas. Tú, que has creado al hombre infundiéndole vida y razón. Tú que le has coloca-

do por encima de las demás criaturas. ¡Alabado sea por siempre tu nombre!

4. Tu sabiduría, tu poder y tu bondad resplandecen por doquier: en el aire, en las aguas, en los cielos y en la tierra; cuidas las aves, las innumerables criaturas que pueblan las aguas; proporcionas el frío y el calor, la lluvia y el sol en cada estación; nos das los frutos y las cosechas. ¡Alabado sea por siempre tu nombre!

5. Tú que aborreces la traición, el engaño, la malicia, la venganza (*la intemperancia*) y todos los otros vicios en tus criaturas; tú que amas la justicia, la sinceridad, la amistad; tú padre y benefactor mío. ¡Alabado sea por siempre tu nombre! ¡Amén!

(Después de esto, no vendría mal leer parte de alguna obra como *Sabiduría divina en la obra de la creación*, de Ray, o *Blackmore sobre la creación* o la *Demostración de la existencia de Dios*, del arzobispo de Cambray, etc., o permaneciendo unos minutos en silencio meditando sobre estas cuestiones…).

Posteriormente se entonará el siguiente:

HIMNO AL CREADOR, por Milton

¡He aquí la gloria de tus obras, padre del bien!

¡Todopoderoso, sorprendente y maravilloso es el escenario del Universo!

¿Cómo no lo serás Tú entonces?

Hablad vosotros que sois los que mejor podéis hacerlo, vosotros hijos de la luz, ángeles que lo contempláis y con canciones y coros, noche y día, rodeáis su trono regocijándoos en los cielos. En la tierra uníos todas las criaturas para exaltarle sin cesar.

La más hermosa de las estrellas, la última en la sucesión de la noche.

Sol, tú no perteneces al reino de las sombras. ¡Prenda segura del día! Tú que coronas la risueña mañana con tu círculo luminoso, alábalo con tu esfera al despuntar el alba, en la dulzura de las primeras horas.

¡Tú, sol, ojo y alma del inmenso mundo, confirma su grandeza, canta sus alabanzas en tu eterna órbita, cuando brillas en lo alto o cuando la luna va en pos de ti!

¡Tú, luna; tú que encuentras al sol de oriente, tú que convives con las estrellas del cielo y las cometas que lo cruzan. En mística danza cantadle vuestra alabanza y el triunfo de la luz sobre las tinieblas!

¡Tú, aire! ¡Vosotros, los elementos todos!, los más ancianos frutos del vientre de la naturaleza, que en el círculo perpetuo de la órbita cuaternal multiplicáis, mezcláis y nutrís a todas las cosas. Que vuestra incesante variación sirva para dar eterna gloria al Sumo Hacedor.

Vosotras las nubes y las nieblas que os eleváis de la colina o del lago brumoso hasta que el sol tiñe de oro vuestras faldas de flecos, subid en alabanza al gran Autor del mundo.

Sea entre las nubes de un cielo gris o en la tierra sedienta bajo el aguacero.

En el alba o en el ocaso, siempre cantando su alabanza.

Alabadle a Él, ¡oh vientos!, los que sopláis desde los cuatro puntos cardinales, respiréis suaves o airados. Moviendo vuestras copas, vosotros, pinos, y balanceándoos con las plantas adoradle.

¡Fuentes!, las que susurráis mientras fluis con melodiosos murmullos, alabadle igualmente.

Unid vuestra voz seres vivientes, vosotros pájaros vuestro canto se eleva hasta las puertas del cielo.

Llevad en vuestras alas y vuestras endechas nuevas alabanzas.

Y los que nadáis en las aguas; y los que andáis sobre el suelo; los que pisoteáis la tierra o los que os arrastráis sobre ella.

Sed testigos por mí si estoy callado, por la mañana o por la noche, que la colina, el valle, la fuente o la fresca umbría hagan llegar mi canción de alabanza.

(Seguirá otra lectura de algún libro o parte de un libro, donde se comente o se aliente alguna de las virtudes).

Como debido a nuestra propia ignorancia no podemos estar seguros de que muchas cosas que pedimos a la Divinidad demostrarían ser bienes efectivos si los poseyéramos, y como tengo razón para esperar y creer que la bondad de nuestro padre celestial no nos negará una participación adecuada a los disfrutes temporales si por medio de una vida santa y virtuosa conseguimos sus favores y amabilidad, no quiero pedir esas cosas, sino, con toda humildad y sinceridad de corazón, expresar mis más acendrados deseos de que nos ayude en nuestras resoluciones y empeños para erradicar el vicio y abrazar la virtud; esta súplica me ayudará, al menos, a *recordarme* mis deberes.

Para que nos libremos del ateísmo y de la infidelidad, de la impiedad y la profanación y para que, al dirigirme a Ti, evite cuidadosamente la irreverencia y la ostentación, el formalismo y la hipocresía. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea leal a mi príncipe y leal a mi patria, para que vele por su bien, sea valiente para defenderla, obediente a sus leyes, para que aborrezca la traición y la tiranía. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea obediente, humilde y sumiso con mis superiores; para que evite el orgullo, el desacato y la contumacia. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea generoso, condescendiente, clemente; para que proteja al inocente desgraciado y evite la crueldad, la dureza, la opresión, la insolencia y la severidad injustificada. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que evite la censura, la calumnia y la detracción; que no mienta ni envidie; ni engañe, ni estafe, ni adule, ni odie, ni sea perverso, mentiroso o ingrato. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que mi amistad sea siempre sincera, leal y confiada; para que sea justo e imparcial; para que cuide de no caer en el orgullo o en la ira (que es una locura transitoria). ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea honesto en mis tratos; moderado en el placer, lleno de franqueza, humanidad y benevolencia. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea agradecido con mis benefactores, generoso con mis amigos, caritativo con los pobres, compasivo con los desgraciados. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que evite la avaricia y la ambición, la envidia, la intemperancia, la falsedad, el despilfarro y la lascivia. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que consiga integridad y equilibrio de espíritu; decisión ante las dificultades, fortaleza en la aflicción y puntualidad en el cumplimiento de mis promesas; mansedumbre y prudencia en mi conducta. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que use de la ternura con los débiles, sea respetuoso con los ancianos; amable con mis vecinos; bondadoso con mis compañeros; hospitalario con los forasteros. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea adverso a la murmuración, la maledicencia, la detracción, la difamación, la astucia, la avidez; para que aborrezca la extorsión, el perjurio y toda otra ruindad. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que sea honrado y de buen corazón, amable y misericordioso, bueno, abierto de mente, para que me alegre con el bien de los demás. ¡Ayúdame, oh Padre!

Para que siempre tenga respeto al honor y la probidad, posea una inocencia total y para que al final llegue a ser virtuoso y magnánimo. ¡Ayúdame, Dios misericordioso; ayúdame, oh Padre!

La ingratitud es uno de los vicios peores y por eso te pido que no me olvide de agradecer los favores recibidos del Cielo.

ACCIÓN DE GRACIAS

Por la paz y la libertad; por nuestro sustento y nuestro vestido, por nuestras cosechas; por el pan y el vino; por la leche; por todo alimento saludable. ¡Gracias Señor, gracias!

Por los beneficios comunes del aire y de la luz; por el útil fuego y el agua deliciosa. ¡Gracias Señor, gracias!

Por la ciencia y la literatura; por todas las artes prácticas; por mis amigos y por su prosperidad y por mi escasez de enemigos. ¡Gracias Señor, gracias!

Por todos tus innumerables beneficios; por la vida, la razón y el uso del lenguaje; por la salud, la alegría y por cada momento agradable. ¡Gracia Señor, gracias!

DOCTRINA PARA PREDICAR

Existe un Dios, Padre del universo.

Es infinitamente bueno, poderoso y sabio.

Es omnipresente.

Ha de ser adorado con oraciones y acciones de gracias, hechas tanto en público como en privado. Ama a sus criaturas que aman y hacen el bien a los demás y las recompensará o en este mundo o en el otro.

El alma humana no muere con el cuerpo, sino que, después de esta vida será más feliz o más desgraciada, según hayan sido sus acciones.

Los hombres justos han de unirse para fortalecer la causa de la virtud en el mundo y de esta suerte fortalecerse en la virtud.

El conocimiento y la enseñanza han de cultivarse, y ha de vencerse la ignorancia.

Sólo los virtuosos son sabios.

La perfección del hombre está en la virtud…

A JOSIAS Y ABIAH FRANKLIN

Papers, II, 202-205

13 de abril de 1738

Queridos y respetados padres:

Recibí la vuestra del día 21 de marzo, mostrándoos, al parecer, preocupados por ciertas opiniones mías que os parecen erróneas. No declino mi posible culpabilidad, pues los hombres somos débiles e imperfectos en nuestra inteligencia, que se ve influida por la educación, las costumbres, las lecturas y las compañías, y pienso, además, que muy vanidoso y osado tiene que ser el hombre que afirme que todo lo que él cree es verdadero y todo lo que rechace, falso. Esto es algo que quizás resulte asimismo aplicable a cualquier secta, iglesia o confesión que se declare infalible, mientras niega la infalibilidad a los papas y a los concilios. Mi opinión es que las creencias sólo pueden juzgarse por lo que influyen o por los efectos que causan. Y si alguien no tiene ninguna que le sirva para hacerle menos virtuoso o más pecador, habrá de admitirse que sus creencias no son peligrosas. Este es, según opino, el caso mío. Siento que os inquietéis por mi culpa, y si fuese posible alterar las propias opiniones para agradar a los demás, nadie mejor dispuesto que yo a hacerlo en vuestro honor. Pero como no está a nuestro alcance *pensar* como otro ni parecerse se a otro, lo único que puede esperarse de mí es mantener mi inteligencia abierta a la convicción; oír pacientemente y examinar los pareceres de todos, y si al final continúo con mis mismos errores, será cosa de esperar de vuestra caridad que me compadezcáis y excuséis, en vez de hacerme reproches. Entretanto, lo que sí es cierto es que os agradezco vuestro desvelo y preocupación por mí.

En cuanto a lo de los francmasones, lo único que puedo hacer es decirle a mi madre que me crea cuando le aseguro que son en general unas gentes inofensivas y no tienen principios ni prácticas contrarios a la religión o a la educación. Y no puedo hacer otra cosa para que mi madre cambie la opinión que sobre ellos tiene, ya que no se permite la entrada en esa sociedad secreta a las mujeres. En esto sí le doy cierta parte de razón para estar disgustada con ellos, pero sólo en eso. En las demás cosas creo que no debe juzgar hasta estar mejor informada, ejercitando entre tanto la caridad.

Mi madre se duele de que uno de sus hijos pertenece a la secta ariana y otro a la arminiana. Lo que sean estas sectas no puedo decirlo porque no las conozco bien. Lo cierto es que estos temas me interesan bastante poco. Creo que la religión cabal y verdadera se ha visto siempre perjudicada cuando se ha dado más importancia a la ortodoxia que a la virtud. Según las Escrituras, no se nos juzgará el día del juicio final por lo que *pensamos*, sino por lo que *hicimos*, y no nos salvará decir: ¡Señor, Señor…!, sino demostrar que hicimos el bien a nuestro prójimo (San Mateo 25).

Aquí está lloviendo mucho últimamente, lo que, unido al agua del deshielo en las montañas, esta originando inundaciones en algunas zonas, que se llevan por delante puentes, barcos y de todo; de suerte que no hay forma de viajar y las postas no han podido moverse.

No sé nada del doctor Cook ni de nadie que con nombre haya estado por aquí.

Espero que el niño de mi hermana Jane se habrá puesto ya bueno.

Respetuosamente, vuestro hijo

B. F.

A EZRA STILES

Writings, X, 84-85

9 de marzo de 1790

Reverendo y muy señor mío:

… Usted quiere saber algo acerca de mi religión. Es la primera vez que me lo preguntan, pero como no debo dejarle sin respuesta, voy a tratar de decirle en pocas palabras cuáles son mis creencias. Creo en un solo Dios, Creador del universo. Creo que Él lo gobierna con Su providencia. Que debe recibir adoración. Que la mejor

manera de servirle es hacer el bien a las demás criaturas. Creo que el alma del hombre es inmortal y que en la otra vida recibirá en justicia lo que sus acciones merezcan. Estos son, para mí, los principios de toda religión verdadera, y yo los considero tales con independencia de la secta donde se observen.

En cuanto a Jesús de Nazareth, de quien particularmente me pide opinión, creo que tanto su sistema ético como su religión, tal como nos lo han hecho saber, son los mejores que ha habido o habrá, si bien pienso que han sufrido alteraciones que les han ido corrompiendo, y, como la mayor parte de los disidentes de Inglaterra, abrigo algunas dudas acerca de su divinidad. Esta es una cuestión, sin embargo, en la que prefiero no dogmatizar, ya que nunca la he estudiado y creo ocioso tratar de estudiarla a estas alturas, pues pronto tendré la oportunidad de conocer la verdad con menos trabajo. No veo inconveniente, sin embargo, en que se crea en ella, si esa creencia tiene el buen efecto como probablemente es el caso de que las doctrinas de Jesús sean más respetadas y mejor cumplidas. Por otra parte, no veo yo que el Ser Supremo se ofenda por ello y señale con algún signo especial a los que no creen en ella, en su gobierno del mundo, para mostrarles su disgusto.

No me queda más que añadir; por lo que a mí toca, habiendo experimentado la bondad de ese Ser, que me ha protegido y otorgado prosperidad durante toda mi larga vida, no me cabe la menor duda acerca de que continuará haciéndolo en la venidera, a pesar de que no tenga yo el menor merecimiento para ello…

P. S. Confío en que no me exponga usted a críticas y censuras publicando algún trozo de mi misiva. Siempre he dejado a los demás disfrutar de sus propios sentimientos religiosos, sin censurarlos por los que yo pudiera considerar inadmisibles o incluso absurdos. Todas las sectas que aquí existen y son muchas han contado siempre con mi buena voluntad y he procurado ayudarlas con suscripciones para que edificaran sus lugares de culto. Y como nunca me he opuesto a ninguna de esas doctrinas, espero irme de este mundo en paz con todas ellas…

(No se traducen las notas de nombres del texto o los de las fuentes).

DIARIO DE VIAJE (1726)

Papers, I, 72-79

Sábado, 21 de agosto.

Esta mañana perdimos de vista el «Yoker», impulsados por un ventarrón del Este. Por la noche llegó un pobre pajarillo a bordo (exhausto y a punto de morir), que se dejó coger sin moverse. Calculamos que nos encontraríamos como a unos doscientas leguas de la costa y nos explicamos la fatiga de aquel pobre emigrante alejado de la costa por los vientos e incapaz de volver a encontrar su camino. Le recibimos con hospitalidad y ternura, ofreciéndole de comer y beber. Pero rehusó aceptar nada y supongo que no viviría mucho. En otra ocasión, hace unos días, pasó algo parecido y creo que el gato de a bordo mató al avecilla.

Lunes, 22 de agosto.

Esta mañana he visto varios peces voladores, pero muy pequeños. Todo el día hemos tenido vientos favorables.

Martes, 23 de agosto, y miércoles, 24, vientos favorables. Sin novedad.

Viernes, 2 de septiembre.

Esta mañana cambió el viento. Algo favorable. Capturamos un par de delfines y los comimos fritos como cena. El sabor era aceptable. Estos peces son sorprendentes: sus cuerpos son de un color verde brillante con tonos plateados y sus colas de un amarillo oro, que se vuelve gris en cuanto se les saca de su elemento. Observé que al cortarlos en rodajas, recién capturados, para utilizarlos de carnada, no perdían su lustre y colorido. Todos podemos darnos cuenta de ese error tan frecuente entre los pintores consistente en representar siempre a estos peces muy retorcidos y deformados, cuando lo cierto es que son de los más airosos y elegantes que existen. No se me ocurre explicación de esta aberración (ya que no existe ser viviente

alguno en la naturaleza que se asemeje a los delfines de las pinturas) que pensar que tratan de imitar su actitud en el momento de saltar, dándoles entonces un aspecto monstruoso como con cabezas de toro, un hocico de puerco y una cola como la de un tulipán agrandado. Los marinos me dieron otra razón, aunque bastante caprichosa: que como este hermoso pez sólo se captura en el mar, y a bastante distancia hacia el sur, los pintores lo han deformado, a fin de que las mujeres embarazadas no sientan antojo por algo que no se les puede proporcionar…

Miércoles, 21 de septiembre.

Esta mañana el mayordomo ha sido llevado a cubierta y azotado en castigo de haber malgastado harina en los pudings y por otras torpezas parecidas. El día ha estado tranquilo y ha hecho mucho calor. Había decidido que hoy me bañaría en el mar y lo habría hecho si no hubiera sido por la presencia de un tiburón, el mortal enemigo de los bañistas, que me hizo desistir. Parecía medir unos cinco pies de largo y nadaba en torno al barco, a cierta distancia, lenta y majestuosamente, seguido por casi una docena de peces-piloto de diferentes tamaños, el mayor de los cuales no abultaba más que una cabaña pequeña y el más pequeño como un dedo meñique. Dos de estos diminutos acompañantes estaban todo el tiempo pegados a su hocico y, según parece, el tiburón se guía por los movimientos de esos peces, mientras que el resto del grupo le rodeaba con naturalidad. Nunca se verá ningún tiburón que no vaya con semejante cortejo, cuyos componentes sirven de proveedores indicándole las mejores presas, a cambio de ser protegidos por él contra el hambriento y peligroso delfín. Se considera muy glotones a los tiburones, pero aquél despreció absolutamente la carnada que se le echó de cebo. Supongo que más tarde comería a satisfacción.

Miércoles, 28 de septiembre.

Hemos tenido vientos cambiantes y tiempo variable la noche pasada, acompañados de abundante lluvia; ahora el viento vuelve a soplar del Oeste y no hay más remedio que tener paciencia. Esta mañana hemos recogido algunas ramas de sargazos (que se extien-

den desde las islas occidentales hasta las costas americanas); y entre ellas había una que tenía algo singular. Como todas, tenía hojas de más de dos centímetros de largo, el borde dentado y un fruto en forma de cereza amarilla y hueco en su interior; pero, además de ese fruto, llevaba otro de aspecto animal de lo más sorprendente. Era una especie de molusco en forma de corazón cuya base salía de la rama y tenía contextura cartilaginosa. Adheridos a esa rama pudimos contar como unos cuarenta de estos vegetales-animales, de los que los más pequeños contenían una sustancia semejante a la carne de la ostra, y los más grandes tenían movimiento. Abrían sus valvas a cada momento y proyectaban al exterior un conjunto de patas a medio formar, no muy diferentes de las de los cangrejos; el interior era de la misma materia gelatinosa y blanda. Mirándola más de cerca pude advertir en esta rama de sargazo un minúsculo cangrejo que corría entre sus hojas, tan pequeño como la cabeza de un clavo de diez peniques, de color amarillento, similar al de la propia planta. Todo esto me dio motivos para pensar que era una hijuela de la rama y que no hacia mucho había estado en la misma fase que los otros embriones que seguían encerrados en sus valvas, de donde seguramente procedería por generación; eso, y todo el resto de las extrañas características de la rama y sus frutos, me indicaron que terminarían convirtiéndose en cangrejos a su debido tiempo. Para fortalecer mi suposición, decidí conservar la rama en agua salada y renovar ésta cada día hasta desembarcar, al objeto de observar si, en efecto, nacían los cangrejos, y recuerdo que durante nuestro último día en calma vimos sobre la superficie del mar un cangrejo de grandes proporciones que iba de una a otra rama de las que estaban alrededor, como tratando de comerse algo, y también recuerdo que con frecuencia he visto en Boston, Nueva Inglaterra y en Portsmouth, Inglaterra, pequeños cangrejos, con una concha de caracol a la espalda, nadar en aguas saladas. Es probable que la naturaleza les proporcionase esas conchas duras para protegerse hasta tanto desarrollasen la suya propia, y una vez solidificada ésta, se desprenderían de su refugio provisional, aventurándose con sus propios medios. Son tan corrientes las metamorfosis entre los gusanos de seda, mariposas

e insectos varios, que nada tiene de particular que también se den entre otras especies. Ese día el capitán de un «Snow»[1], acompañado por uno de sus pasajeros, subió a bordo con nosotros pero como empezó a soplar el viento, no se quedaron a comer y regresaron al buque para aprovechar la buena racha.

Jueves, 29 de septiembre.

Al cambiar el agua donde conservaba la rama desde ayer, he encontrado otro cangrejo mucho más pequeño que el anterior, que, al parecer, acababa de abandonar su vivienda. Pero las algas comenzaron a secarse y el resto de los embriones murió. No obstante, la presencia de ese nuevo cangrejo me convenció de que al menos ese tipo de animales se genera de esta forma. El capitán del barco irlandés cenó a bordo. No había casi nada de viento.

Viernes, 30 de septiembre.

Estuve en la vela anoche para observar un eclipse de luna, que según el calendario de Londres ocurriría a las cinco de la mañana, el 30 de septiembre. A nuestra altura comenzó hacia las once de la noche y duró hasta casi las dos de la madrugada, llegando a ocultar hasta la mitad de la cara lunar y alcanzando el punto culminante hacia la una y media, por lo que pudimos comprobar que nos encontrábamos en un meridiano a unas cuatro horas y media de Londres, o sea, 67,5 grados de longitud y que nos quedaban por recorrer más de cien leguas. Era el segundo eclipse que yo había visto en esos quince días. Por la noche perdimos de vista al barco irlandés y le volvimos a avisar por la mañana dos leguas a barlovento. Esta tarde hablamos con él de nuevo. Hubo muchos delfines alrededor nuestro durante tres o cuatro días, pero no cogimos más que uno, pues no querían picar. He vuelto a coger nuevas algas de las de la corriente del golfo con el bichero del barco, con más conchas y con muchos cangrejos del tamaño de la uña de un dedo meñique. Uno de ellos incluso tenía aún adherido un pedazo de la concha donde había estado en su fase de embrión. Ello me sirvió para reafirmarme en mi opinión acerca de la peculiar metamorfosis de aquellos crustáceos. He puesto algunos ejemplares de todas aquellas muestras, algas,

conchas, cangrejos, etc., en un frasco con agua salada (al no tener alcohol), esperando que se conserven y para poder estudiarlos más despacio en tierra. El viento sopla del S. O.

Martes, 11 de octubre.

Esta mañana levamos el ancla con viento fresco y pasamos a la altura de Newcastle, desde donde nos saludaron deseándonos buena travesía. El tiempo era espléndido. El sol reanimó nuestros miembros entumecidos, con la caricia de sus tibios y luminosos rayos. El cielo está alegre, sólo adornado de pequeñas nubes dispersas color de plata. Las suaves brisas de los bosques nos refrescan y confortan con la perspectiva de sentirnos libres, después de tanta calma e inmovilidad. En pocas palabras: todo contribuyó a proporcionarme el día más agradable que recuerdo. Al pasar a la altura de Chester, algunos del pasaje quisieron desembarcar, impacientes como estaban de pisar tierra firme, para seguir el viaje hasta Filadelfia por tierra. Sólo quedamos a bordo cuatro pasajeros. No quisimos afrontar el cansancio del viaje por tierra, pues la travesía nos había debilitado mucho. Hacia las ocho de la noche cayó el viento y echamos el ancla en Redbank, a seis millas de Filadelfia, y pensamos que nos veríamos obligados a dormir a bordo aquella noche, pero tuvimos la satisfacción de recibir a bordo a algunos jóvenes de Filadelfia que habían salido a dar una vuelta en su barco y que se prestaron a llevarnos con ellos; aceptamos su ofrecimiento y hacia las diez de la noche desembarcamos en Filadelfia, felicitándonos cordialmente unos a otros de haber concluido felizmente tan larga, aburrida y peligrosa singladura a Dios gracias.

A JARED ELIOT

Papers, VI, 167-69

13 de febrero de 1750

Muy señor mío:

Sé que quería usted saber mi opinión acerca de las tormentas del NE. que se incuban a sotavento. Hace ya varios años hubo un eclipse de luna a las nueve de la noche que me interesaba observar; pero había habido una tormenta la noche antes y el nordeste continuó soplando violentamente esa noche y todo el día siguiente; el cielo estaba cerrado de nubes negras y había constantes chubascos, por lo que no hubo manera de observar el eclipse. La tormenta causó grandes daños en toda la costa, según contaron los periódicos de Boston, Newport, Nueva York, Maryland y Virginia. Pero lo que a mí más me sorprendió fue leer en un diario de Boston un relato sobre la observación del eclipse desde esa ciudad, pues yo creía que, como la tormenta venía del NE., primero a Boston que a nosotros, y que habría impedido la observación allí. Escribí a mi hermano para enterarme y me contestó que el eclipse allí fue una hora antes del comienzo de la tormenta. Desde entonces he preguntado de vez en cuando a viajeros y a mis corresponsales del NE. y SO., y he leído lo que decían los periódicos de Nueva Inglaterra, Nueva York, Maryland, Virginia y Carolina del Sur, y me he encontrado con que las tormentas del nordeste empiezan por sotavento, siendo normalmente más fuertes allí que a barlovento. Así, por ejemplo, la última tormenta de octubre que afectó a ustedes el día 8, empezó el 7 en Virginia y Carolina del Norte y revistió mayor violencia allí.

No sé la razón del fenómeno y, por tanto, sólo puedo hacer conjeturas al respecto. Supongamos que en una enorme extensión de tierra y mar del continente, Florida y el Golfo de Méjico, por ejemplo, el tiempo está despejado durante algunos días y como el sol calienta fuertemente la atmósfera se carga mucho. Supongamos ahora que otra extensión de tierra situada al NE., tal como Pennsylvania, Nueva Inglaterra, Nueva Escocia y Terranova, se encuentran entonces cubiertas de nubes y que el aire allí está frío y condensado. Lógicamente, el aire enrarecido tenderá a subir y el más condensado próximo a él ocupará su sitio; luego ocurrirá igual con el aire más denso que esté cerca y así sucesivamente, de suerte que sucede lo mismo que cuando enciendo mi chimenea y se produce una co-

rriente constante de aire que va desde la puerta al fuego. El movimiento empieza en la chimenea, donde el aire que el fuego calienta se eleva, y el espacio que antes ocupaba lo llena luego el aire más frío que estaba próximo a él y el proceso se repite con los sucesivos volúmenes de aire hasta llegar a la puerta. Igual ocurre con el agua que va por la acequia del molino y se mueve según se vayan abriendo las compuertas, precipitándose a ocupar el sitio vacío una nueva corriente líquida siempre en la dirección al desagüe por donde se escapó la primera. En nuestro continente tenemos una cadena montañosa de nordeste a suroeste, paralelamente a la costa. Esto creo que ha de contribuir a dar dirección a los vientos, o al menos a influir en ellos de alguna forma. Si estas conjeturas no le satisfacen, me gustaría saber qué piensa usted al respecto.

Queda de usted…

A PETER COLLINSON

Papers, VI, 167-69

Filadelfia, 25 de agosto de 1755

Muy señor mío:

Como ya cuenta usted con mis escritos anteriores sobre los torbellinos y otros fenómenos parecidos, le envío ahora un relato de lo que a este respecto he podido observar últimamente.

Encontrándome en Maryland montando a caballo con el coronel Tasker y otros caballeros cuando nos dirigíamos a su finca, donde nos recibieron con gran amabilidad a mí y a mi hijo, pude ver en el valle que se abría a nuestra vista una pequeña manga de aire que empezaba a formarse en la carretera y que se hacía ver gracias al polvo que contenía y levantaba. Tenía forma de un pan con azúcar y giraba y se movía colina arriba en nuestra dirección, haciéndose cada vez más grande que un barril corriente y luego se iba ensanchando a medida que subía, de forma que a los 40 ó 50 pies de altura parecía tener un diámetro de mas de 20 ó 30. Todos se quedaron

mirándola, pero mi curiosidad era más grande y no pude por menos de galopar tras ella, pudiendo verla de cerca y observar cómo se iba sorbiendo el polvo del suelo. Como dicen que si se atraviesa el agua de un surtidor de un tiro, el surtidor se rompe, traté de romper esta pequeña manga de aire, atravesándola repetidas veces con golpes de mi fusta, pero sin efecto alguno. Luego se apartó del camino y se dirigió al bosque, haciéndose cada mayor, llevándose no ya el polvo, sino la hojarasca que cubría copiosamente el suelo y produciendo un gran estruendo con las hojas y las ramas de los árboles, llegando a doblar algunos de ellos bastante corpulentos de forma sorprendente. Aunque la manga de aire avanzaba tan despacio que un hombre andando podía seguirla, sin embargo su movimiento circular era formidablemente rápido. Gracias a las hojas que el torbellino transportaba pude apreciar claramente que la corriente de aire que las impulsaba se movía en dirección ascendente describiendo una espiral, y cuando vi que el torbellino seguía intacto después de haber envuelto en su tromba a los árboles que encontraba, no me extrañó que mi fusta no le hubiera afectado. Aún acompañé al remolino por espacio de unos tres cuartos de milla o así, hasta que las ramas rotas de los árboles volaban peligrosamente a mi alrededor y consideré más prudente alejarme de aquel riesgo. Me detuve y vi cómo se alejaba, haciéndoseme claramente visible su parte más alta por las hojas que había levantado a tanta altura que no parecían más grandes que si fueran moscas. Mi hijo, que por entonces se había reunido conmigo, aún siguió tras el torbellino hasta que éste se alejó del bosque y cruzó una plantación de tabaco abandonada, donde, al no poder arrancar del suelo más hojas o polvo se fue diluyendo y haciéndose invisible. El viento tenía la misma dirección que nuestra marcha, pero la trayectoria de la tromba era casi opuesta a ella, aunque no se mantenía en línea recta, sino que hacía eses y se aceleraba o se detenía algunos segundos. Al reunimos con nuestros compañeros estaban todos asombrados de la cantidad de hojarasca que el viento normal había levantado por encima de nuestras cabezas a tanta altura. Esas hojas fueron cayendo hasta que nos apartamos casi tres millas del lugar en que vimos comenzar el remolino. Al preguntarle yo al

coronel Tasker si tales mangas de aire eran normales en Maryland, me contestó de broma: «No, no son muy corrientes; ésta la hemos preparado expresamente para el señor Franklin…». Y verdaderamente la habían preparado muy bien.

Quedo de usted…

A PETER COLLINSON

Papers, III, 126-35

11 de julio de 1747

Muy señor mío:

Tal como le informaba en mi anterior carta, durante el transcurrir de nuestras experiencias en materia eléctrica hemos observado algunos fenómenos especiales que para nosotros resultaban inéditos y de los que prometí darle noticia, aun a sabiendas de que quizá ya le resultarían familiares en atención a lo abundante de sus propias experiencias con agua.

El primer efecto maravilloso que he observado es que los cuerpos afilados son especialmente idóneos para *atraer* y *repeler* electricidad, según se desprende de lo siguiente.

Se coloca una bola de hierro de unas dos o tres pulgadas de diámetro en la boca de una botella seca de vidrio. Con una hebra fina de hilo de seda que penda del techo y que termine justamente en la boca de la botella se suspende encima de ésta una bola pequeña de corcho del tamaño de una canica. La longitud de la hebra debe ser tal que la bola de corcho descanse contra un lado de la bola de hierro. Si se electriza se verá que la bola es repelida como unas cuatro o cinco pulgadas, más o menos, de acuerdo con la cantidad de electricidad. En tal situación, si se pone frente a la bola de hierro la punta afilada de un punzón largo y delgado, a una distancia de unas seis o siete pulgadas, se verá que la bola de hierro ya no repele a la bola de corcho, sino que ésta se junta con aquélla. Para producir el mismo efecto con un objeto romo ha de acercarse éste hasta menos de una

pulgada de la bola de hierro y hacer saltar una chispa. Para probar que es la terminación aguzada la que atrae la descarga eléctrica, se toma la parte metálica del punzón y se la separa de su mango de madera, se la pone en un bloque de lacre y si volvemos a acercarlo hasta la distancia mencionada, o más cerca, no ocurrirá ya nada; pero si se desliza el dedo a lo largo del lacre hasta llegar al metal del punzón, la bola de corcho se desplazará de nuevo hacia la bola de hierro. Si se acerca la punta en la oscuridad veremos que incluso a un pie de distancia o más se produce un destello como el de una luciérnaga o culebrilla luminosa. Cuanto menos afilado sea el punzón, más cerca habrá que llevarlo para observar la luz y a cualquier distancia que se vea la luz se producirá la descarga eléctrica y desaparecerá el fenómeno de repulsión. Si la bola de corcho en cuestión así suspendida es repelida y se acerca rápidamente un objeto puntiagudo, a una distancia considerable, es sorprendente ver cómo también de repente la bola oscila hacia el tubo eléctrico. También causan ese efecto objetos de madera aguzados siempre que no estén secos, pues la madera totalmente seca no es mejor conductora de la electricidad que el lacre.

Para ver que los objetos puntiagudos *repelen* y *atraen* descargas eléctricas, se pone una larga aguja de acero sobre el hierro y eso impide a éste electrizarse hasta el punto de repeler la bola. O se coloca una aguja en el extremo de un cañón de escopeta o de una varilla de hierro de forma que quede como una especie de bayoneta y veremos que mientras se mantengan así, el cañón de la escopeta o la varilla no se electrizan ni sueltan chispas aunque se aplique el tubo eléctrico al otro extremo, sino que la descarga se produce silenciosamente y sin resplandor, de forma continua en la punta. Si se hace el experimento a oscuras veremos que no se advierte ninguna diferencia.

Por consiguiente, la repulsión entre la bola de corcho y la bola de hierro se interrumpe de estas formas: 1) vertiendo arena fina sobre ella se va interrumpiendo gradualmente; 2) soplando; 3) provocando humo con madera quemada; 4) con la llama de una vela aunque

esté a un pie de distancia, en cuyo caso la interrupción es momentánea. El resplandor de un carbón incandescente de la chimenea y también el de un hierro al rojo también producen semejantes resultados, pero no a tan gran distancia. El humo de resina seca, cuando cae sobre un hierro caliente, no destruye en cambio esa repulsión, sino que es atraído por igual hacia la bola de hierro y el corcho, creando un bello halo alrededor, con extraños dibujos en cierto modo similares a las figuras de la *Teoría de la Tierra*, de Burnet o de Whinston.

Este experimento debe hacerse en un espacio cerrado donde el aire no se mueva, porque si no fracasará.

La luz solar repentinamente concentrada con una lupa aun por largo rato sobre el corcho y la bola de hierro no tiene consecuencia sobre la repulsión. La diferencia entre la luz solar y la menor del fuego es otro de los extremos que más nos chocaron a todos.

Hemos mantenido durante bastante tiempo la opinión de que la corriente eléctrica no se creaba, sino que se acumulaba por fricción, y que era un elemento que se difundía y era atraído por otros cuerpos, sobre todo el agua y los metales. Incluso llegamos a descubrir y experimentar este flujo a la esfera eléctrica y su reflujo de ella, gracias a unas diminutas aspas de molino de papel rígido situados oblicuamente en finos alambres que les servían de eje; y también por ruedecitas del mismo material, pero con la forma de aspas de molino de agua. Sobre la colocación y uso de cada tipo de rueda y los resultados de cada caso, podría escribirle, si tengo tiempo, algunas observaciones. El que uno no se electrizaba estando de pie sobre cera, por frotación con el tubo eléctrico y extrayendo la chispa del mismo, y el que sí era posible electrizar a una persona o cosa que estuviera en contacto con el suelo pasando el tubo eléctrico cerca de ellas, etc., era algo que nosotros ya sabíamos antes de conociésemos la investigación debida a Mr. Watson, y esto era parte de las novedades que quería contarle. Pero ahora querría sólo mencionar algunos detalles que no figuran en esa obra y nuestras correspondientes reflexiones, si bien quizá podría ahorrarle las últimas.

1. Una persona de pie sobre cera, que se frote con el tubo, y otra que también esté sobre cera y atraiga la chispa (siempre que no se toquen una a otra), parecen estar electrizadas para quien las observa desde el suelo. Recibirá esta persona una chispa cuando se aproxime a cualquiera de esas personas con los nudillos por delante.

2. Pero si las personas que están sobre la cera se tocan mientras se excita el tubo, ninguna parecerá electrizarse.

3. Si se tocan una a otra tras excitar el tubo y hacer saltar la chispa, tal como se ha dicho, se producirá una descarga entre ellas mayor que la que se produciría entre cualquiera de ellas y la tercera persona que esté en el suelo.

4. Después de la descarga, ninguna de ellas notará que está electrizada.

Para nosotros, todo este experimento significa lo siguiente: Como se ha explicado, la corriente eléctrica es un elemento común que las personas descritas tienen en igual proporción antes de que se haga ninguna operación con el tubo. La persona A que está de pie sobre la cera y frota el tubo eléctrico recoge corriente eléctrica de ella misma y la lleva al tubo. Como su comunicación con la masa se interrumpe a causa de la cera, su cuerpo no vuelve a cargarse. B (que también está sobre cera), al pasar los nudillos cerca y a lo largo del tubo, recibe la corriente recogida allí de A; y como su comunicación con tierra está también cortada por la cera, retiene la mayor cantidad que ha recibido. A a la persona C, que está sobre el suelo, le parece que las dos anteriores están electrizadas, pues por tener solamente ella la cantidad media de corriente eléctrica, recibe una descarga aproximarse a la persona B, que está sobrecargada, pero da otra cantidad a A, que tiene menos carga. Si A y B se aproximan y entran en contacto, la descarga es aún mayor porque la diferencia de carga eléctrica entre ellos es más grande. Después de ese contacto ya no salta más descarga entre ninguno de ellos y C porque se ha igualado la carga eléctrica en todos. Y si se tocan mientras se están cargando, la igualdad nunca se interrumpe y el fluido eléctrico se limita a circular. De esto hemos deducido algunas proposiciones. Deci-

mos que B (y cualquier cuerpo en sus mismas condiciones) se electriza *positivamente*; A, *negativamente*, o más bien, que B se electriza *más* y A *menos*. Así, en nuestros experimentos diarios electrizamos los cuerpos más o menos, según nos parece. Para electrizar más o menos sólo es preciso saber lo siguiente: que las partes del tubo o esfera que se frotan, en el instante de la fricción, atraen la corriente eléctrica y que por consiguiente la roban del cuerpo que lo excita; que las mismas partes enseguida que cesa la fricción están dispuestas a ceder la corriente que han recibido a cualquier cuerpo que tenga menos. Así es como se puede hacer circular electricidad, tal como Mr. Watson ha podido también comprobar. Se puede acumular corriente eléctrica en cualquier cuerpo o sustraerla de él con sólo ponerlo en contacto con el excitador o con el receptor y cortando el contacto con la tierra o masa común. Creemos que este ingenioso caballero se engañaba cuando imagino (como dice en su nota) que la chispa eléctrica bajaba por el alambre del techo al cañón de escopeta y de ahí pasaba a la esfera, electrizando así el aparato al hombre que daba vueltas a la manivela, etc. Nosotros más bien creemos que la corriente es repelida y no atraída por ese alambre y que la máquina y el hombre y todo el circuito estaban electrizados en *menos*, es decir, tenían menos electricidad que las cosas que los rodeaban.

Como el barco está a punto de zarpar, no le puedo pormenorizar tanto sobre la electricidad en América como yo quisiera. Me limitaré a mencionarle algunos detalles más, a saber, que hemos descubierto que el plomo granulado va mejor para rellenar la ampolla de vidrio que el agua, porque se calienta mejor y se mantiene mejor caliente y seco cuando el aire está húmedo. Que quemamos alcohol con el alambre de la ampolla. Que hemos encendido velas, que acaban de ser apagadas, haciendo pasar la chispa a través del humo, entre el alambre y las despabiladeras. Que hemos logrado una simulación del rayo haciendo pasar el alambre en la oscuridad sobre un plato de porcelana con flores doradas, o aplicándola a los marcos dorados de los espejos, etc. Que hemos electrizado a una persona veinte veces o más seguidas con sólo tocar el alambre con el dedo,

de esta forma: La persona se pone de pie encima de la cera, le damos la botella electrizada para que la tenga en la mano, tocamos el alambre con el dedo y luego tocamos la mano o la cara a esa persona. Siempre saltan chispas. Pudimos aumentar la fuerza de la descarga del «beso eléctrico» en gran medida, gracias a lo siguiente: Se colocan A y B de pie sobre la cera; o A sobre la cera y B sobre el suelo, y luego se le da a uno de ellos la ampolla electrizada en la mano mientras el otro coge el alambre, y se produce una pequeña descarga; pero si aproximaban sus bocas, la descarga era mayor y sufrían un fuerte calambre. Ocurre lo propio si un caballero y una señora C y D que están también de pie sobre cera, cogen las manos de A y B, y se estrechan la mano como para saludarse. También colgamos de un fino hilo de seda una araña artificial, hecha con un trocito de corcho quemado y las patas de hebras de hilo negro, en la que metimos unos perdigones de plomo para darle mayor peso. Encima de la mesa sobre la que colgaba la araña pusimos verticalmente un alambre tieso, igual de alto que la ampolla y el cable, a una o dos pulgadas de la araña. Luego le hicimos moverse con sólo colocar la ampolla electrizada a igual distancia pero al otro lado del bicho. Este se desplazaba hacia el alambre de la ampolla, y sus patas se doblaban al tocarlo. Luego saltaba y se dirigía al alambre de la mesa y vuelta al alambre de la ampolla, siempre moviendo las patas de la manera más divertida y con gran apariencia de vida para quienes no estaban en el truco. El bicho continuará con sus movimientos más de una hora si el tiempo está seco. También electrificamos encima de cera y en la oscuridad un libro que tenía una doble incrustación de alambre de oro en las tapas, luego aplicamos los nudillos al dorado y surgió la chispa por toda la superficie dorada como un relámpago, pero no en la parte de cuero. Tampoco brota la chispa si se toca el cuero en lugar del dorado. Siempre frotamos los tubos con una gamuza por el mismo lado y tuvimos cuidado de no mancharlos con las manos al cogerlos, con lo que funcionaron bien en todo momento sin que fallaran, sobre todo si se guardaban en cajas de cartón bien envueltos en franelas. Hago mención de este detalle porque en los escritos publicados en Europa sobre la materia se menciona con fre-

cuencia la frotación del tubo como si se tratara de un ejercicio agotador. Las esferas nuestras están fijas en unos soportes de hierro como ejes que las atraviesan de lado a lado. En el extremo del eje hay una pequeña manivela con la cual se puede hacer girar a la esfera como si fuera una piedra de afilar. Este sistema nos parece muy cómodo porque el aparato ocupa poco, es portátil y puede guardarse en una caja estanca si no se utiliza. Es cierto que la esfera no gira tan rápidamente como cuando se emplea la rueda grande, pero no creemos que la rapidez tenga tanta importancia en este caso, pues con pocas vueltas basta para cargar la ampolla lo suficiente, etc.

INSTRUCCIONES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE PARARRAYOS (1753)

Papers, IV, 408-409

Dios ha permitido en su magnanimidad para con la humanidad que por fin se descubriese el sistema de defender las viviendas contra las calamidades de los rayos. El método para lograrlo consiste en lo siguiente: Se coloca una varilla pequeña de hierro (puede valer la varilla que se utiliza para la fabricación de clavos), de tal largo que un extremo se clave en la tierra húmeda unos tres o cuatro pies, y el otro sobresalga de seis a ocho pies sobre la parte más alta del edificio. En la parte alta de la varilla se conecta como un pie de alambre de latón del calibre del tamaño de las agujas corrientes de calceta, y se afila su parte superior. La varilla se fija al edificio con unas cuantas grapas. Si se trata de un granero o una casa grande, puede ponerse una varilla con su terminación aguzada en cada una de las esquinas del edificio uniéndolas con un cable que vaya por el caballete del tejado. El edificio dotado con tal artilugio no será dañado por el rayo, que será atraído por las varillas puntiagudas y bajará a tierra por los cables, sin causar perjuicio alguno. También las embarcaciones con esas varillas aguzadas en el remate de sus mástiles y con un cable que termine en uno de los obenques hasta el agua, se librará de los daños de los rayos.

A BARBEU DUBOURG Y TOMAS FRANCISCO DALIBARD

Writings, VI, 44-47

Queridos amigos:

Mi respuesta a su pregunta acerca de cómo hacer más tierna la carne por medios eléctricos sólo se funda en conjeturas, ya que no he experimentado suficientemente sobre este tema. Todo lo que puedo indicarles ahora es que pienso que la electricidad puede tener utilidad en esto, en base a las siguientes observaciones:

Se ha observado que el rayo, al enrarecer y vaporizar la humedad que se contiene en la madera por ejemplo la de un roble separa sus fibras y las astilla en pequeños pedazos, y al penetrar en los metales más duros, como es el hierro, también separa al instante sus partículas, haciéndolo pasar del estado sólido al líquido. Por eso creo que es probable que esa sutil materia, al atravesar los cuerpos de los animales con gran rapidez, pueda hacerlo con fuerza suficiente como para producir un efecto semejante.

La carne animal recién matada al modo convencional es firme, dura y no excesivamente comestible, ya que sus partículas están unidas entre sí de forma tenaz. Después de cierto tiempo se atenúa esa cohesión, a medida que avanza el proceso de su putrefacción, que culmina en una total separación; la carne se hace tierna y deviene especialmente apta para el consumo.

Con frecuencia se ha puesto de relieve que los animales muertos por rayos se pudren al instante. No creo que ocurra siempre así, pues la intensidad de la descarga, aunque sea suficiente para matar, puede no serlo para desintegrar todas las fibras y partículas de la carne, y ponerla tierna, que es el estado previo al de la putrefacción. Por eso existen casos en que los animales muertos por descargas eléctricas se conservan mejor que los muertos convencionalmente, aunque en otras ocasiones la putrefacción rápida sea la norma general. Me aseguraba una persona muy respetable que había tenido la oportunidad de presenciar algo muy interesante en este aspecto. Un rebaño completo ovejas que se encontraba reunido en un lugar de Escocia, bajo un árbol, fue muerto por una centella, y como era ya

tarde avanzada, el propietario, deseoso de salvar lo que pudiera, envió a algunas personas de madrugada para recoger a los animales muertos. Pero eran tales la putrefacción y el hedor, que no tuvieron valor para cumplir las órdenes del propietario y enterraron a los animales con piel y todo. No es insensato pensar que entre el momento de su muerte y el de la putrefacción hubo un instante en el que la carne estaba tierna y en perfectas condiciones de consumirse. Pensemos además en las personas que han comido aves de corral muertas por nosotros mediante esa imperfecta imitación del rayo que es la electricidad e inmediatamente después cocinadas, han declarado que su carne era extraordinariamente tierna.

La escasa utilidad de este procedimiento quizá haya impedido que se adoptase con carácter general, pues aunque ocurra a veces que llega a una casa de campo de forma inesperada algún grupo de forasteros o en una posada aparecen más huéspedes de los que se esperan y es preciso matar enseguida más animales que de ordinario, como suelen llevar hambre no se fijan demasiado en que la carne por estar recién muerta resulte algo correosa. Como este método eléctrico de matar los animales es por lo demás instantáneo y por consiguiente más humanitario, existen motivos para pensar en sus ventajas entre aquellas personas que sienten compasión por los animales sacrificados. A esas personas yo les aconsejaría lo siguiente: Se prepara una batería con seis elementos o vasos grandes (con capacidad de veinte a veinticuatro pintas cada una), como si se tratara del experimento de Leyden, y una vez establecido el circuito normal desde la superficie interior de cada uno con el conductor principal, y tras haberles dado la máxima carga (que con un buen aparato es cosa de minutos y puede medirse con un electrómetro), los cables pueden arrollarse a los muslos de las aves. El que maneja las pilas sujeta al ave por las alas y cierra el circuito para que reciba la descarga del conductor principal, produciéndole la muerte instantánea. Se corta la cabeza al instante para desangrarlas y el animal se despluma y adereza enseguida. La descarga de tal aparato se considera suficiente para matar a un pavo de unas diez libras de peso, e incluso

puede valer para sacrificar a un cordero lechal. Sólo la experiencia nos dirá cuáles son los animales y los tamaños indicados para cada caso. Probablemente no se necesitará menos electricidad para poner tierna una pequeña ave vieja que para lograr lo mismo con un ave grande joven. Es fácil, por otra parte, producir la electricidad que se necesite. Todo consiste en aumentar el número de los vasos que hacen de elementos en la batería eléctrica. Con seis de esos vasos, sin embargo, la descarga ya es muy violenta, y el que maneje el aparato ha de ser muy prudente para no sufrir en su propia carne la descarga en vez de producírsela al volátil en cuestión…

RELATO DE LAS RECIÉN INVENTADAS ESTUFAS DE PENNSYLVANIA (1744)

Papers, II, 419-446

En estas colonias del norte los habitantes encienden fuegos en las chimeneas para sentarse al amor de la lumbre y lo hacen por término medio siete meses al año, es decir: desde comienzos de octubre hasta finales de abril y en ocasiones hasta ocho meses cuando los inviernos son más largos y hay que calentarse parte de septiembre y de mayo.

La madera ha sido nuestro combustible normal durante cien años y cada cual la tenía prácticamente a la puerta de su casa; ahora hay que traerla a veces desde distancias superiores a las 100 millas, con los consiguientes gastos para el presupuesto familiar.

Como mucho de nuestro bienestar y comodidad depende en tan larga temporada del elemento *fuego*, y como el combustible se ha puesto tan caro y (a medida que se vayan talando más bosques) será más escaso, cualquier alternativa que ahorre el consumo de madera y facilite el mejor aprovechamiento del fuego con métodos especiales para hacerlo o conservarlo, parece digno del interés y atención de todos.

Las nuevas estufas responden a esas necesidades (se han experimentado durante tres inviernos por un buen número de familias de

Pennsylvania) y este prospecto se propone relatar los resultados.

El propio lector será el mejor juez sobre este método de calefacción, comparándole con los existentes antaño y hogaño.

Por ello, es preciso comprender antes algunas de las propiedades del aire y del fuego, tales como:

1. Que el aire se enrarece por el calor y se condensa con el frío. La misma cantidad de aire ocupa más espacio estando caliente que cuando está frío. Esto es fácil de comprobar con unos cuantos experimentos sencillos. Tómese una garrafa de cristal transparente (un tarro tipo florentino sin la cubierta de paja es lo mejor), se pone al fuego y al calentarse el aire, éste se enrarece y parte de él se escapa de la botella. Dése la vuelta a la botella, métase el gollete en un recipiente con agua y apártese del fuego; el aire se enfriará y reducirá su volumen, por lo que se podrá ver cómo el agua asciende por el cuello de la botella ocupando el sitio dejado por el aire que salió. Poner junto a la botella un trozo de carbón incandescente y, al recibir el aire de dentro el calor que irradia, de nuevo se dilatará y hará que salga de ella el agua. O bien llenar una vejiga hasta la mitad de aire; atadla fuertemente a la boca de la botella y dejadla ésta al fuego hasta que la vejiga esté a punto de quemarse. Al calentarse el aire se podrá observar cómo se dilata la vejiga hasta ponerla tensa de tan hinchada. Llevadla entonces a un sitio fresco y podrá entonces observarse cómo se deshincha, quedando en su estado primitivo.

2. El aire enrarecido se dilata con el calor y se hace más ligero, por lo que puede ascender en el seno de otro aire de mayor densidad. Cuando la madera, el aceite y otro elemento más ligero que el agua se coloca en el fondo de un recipiente con agua, subirá a la superficie. Lo mismo ocurre al aire enrarecido con respecto al aire en su estado corriente, hasta que aquél se enfríe y adquiera la misma densidad que éste.

Así pues, el fuego que se enciende en cualquier chimenea hace que el aire a su alrededor se enrarezca al calor y se haga más ligero, tendiendo a escapar por la chimenea, con lo que el aire de la habitación (que se desplazará hacia donde se establezca esa corriente) ocu-

pará su sitio, enrareciéndose a su vez y ascendiendo de nuevo por el tubo de la chimenea. El lugar que ocupaba el aire que es desplazado de esta forma de la habitación lo llena el aire fresco que entra por puertas, ventanas y, si éstas están cerradas, por cualquier otro orificio, como es fácil comprobar arrimando una vela encendida al agujero de una llave. Si la habitación está cerrada herméticamente, de suerte que el aire no pueda renovarse, no se establecerá el tiro de aire de la chimenea y el humo terminará llenando la estancia.

1. El fuego (el fuego corriente, convencional) proporciona luz, calor y humo. Los dos primeros se mueven en línea recta y con gran rapidez; el último se separa del combustible y se desplaza impulsado por las corrientes de aire enrarecido. Sin una circulación constante ascendente que elimine los humos, éstos se irán concentrando en torno al fuego hasta que lo sofoquen.

2. El calor debe separarse del humo y de la luz por medio de una placa de hierro que aunque deje pasar el calor a su través, impide el paso de los dos primeros.

3. El fuego emite radiaciones térmicas junto con las luminosas en todas direcciones. Pero el calor más apreciable se produce en la parte superior del fuego, donde, además de las radiaciones del calor, tiene lugar una corriente continua ascendente de aire caliente.

Las ventajas de esta estufa.

Sus ventajas respecto a los hornillos corrientes son:

1. Que toda la habitación se templa por igual y no es preciso que todos se amontonen junto al fuego, pudiendo sentarse algunos incluso cerca de las ventanas aprovechando la luz natural para leer y escribir, hacer calceta, etc. Se pueden sentar cómodamente en cualquier parte de la habitación, con las consiguientes ventajas en casos de familias numerosas, que, de no ser así, precisarían tener dos chimeneas encendidas por no caber todos juntos en una sola.

2. Si uno se sienta cerca de estos hogares, no se siente la desagradable corriente de aire frío que le corta la espalda y los tobillos, co-

mo ocurre con los fuegos corrientes, donde es fácil resfriarse al tostarse casi la parte delantera mientras la espalda se hiela.

3. Si está uno sentado en las proximidades de una junta o puerta, etc., mal cerradas no se expone a esas corrientes frías, igualmente causa de resfriados, tos, catarros, dolores de muelas, fiebres, pleuresías y otras muchas enfermedades, que son tan corrientes en las habitaciones calentadas con los fuegos habituales.

4. Caso de enfermedad, el nuevo hogar está especialmente indicado para habitaciones donde descanse el enfermo, ya que reparte equilibradamente el calor y renueva el aire sin peligro alguno. Un hogar de tamaño pequeño vale para caldear una habitación, si las chimeneas están preparadas para él, poniéndolo en funcionamiento en el término de media hora. La temperatura y calor uniformes en la habitación se consideran especialmente favorables en algunos casos de epidemias. Así ocurrió en los inviernos del 1730 y del 1736, cuando la viruela se extendió por Pennsylvania y murieron muy pocos niños de la colonia alemana, en proporción a los que murieron de la colonia inglesa, achacándose por algunos la causa a la mejor calefacción utilizada por los alemanes en comparación con los ingleses y que hizo que la epidemia fuera tan benigna como por lo general es en las Indias Occidentales, aunque todo esto son conjeturas sobre las que sólo los médicos pueden dar una opinión autorizada.

5. En las chimeneas corrientes la mayor cantidad de calor asciende por la salida de humos y se pierde, al tiempo que se provoca una importante corriente por la chimenea, por la que se marcha el calor ascendente, descendente y lateral. El calor que da el fuego por radiación directa y que se desplaza hacia la habitación, vuelve otra vez a la chimenea en parte y se pierde de la forma descrita. Con este nuevo hogar el calor ascendente, que normalmente escapa, calienta la cubierta de hierro e irradia por igual su calor a toda la habitación. Igualmente, el calor lateral y el que se irradia por la parte posterior del hogar y por la caja de aire se reparte también por toda la habitación, pues, como se observará, se forma una corriente de aire ca-

liente continua que sale de la chimenea y recorre la estancia. Basta encender una vela bajo el frente de la chimenea y se verá cómo la llama se orienta hacia la habitación, si se colocan unos papeles humeantes a los lados se verá también por la dirección del humo la circulación de ese aire.

6. Con este nuevo hogar la pérdida de calor se reduce al mínimo y el ahorro de leña es evidente, cosa nada de despreciar en los lugares en que sea cara.

7. Cuando se encienden velas cerca de este hogar, se apreciará cómo no oscilan casi nada sus llamas, como ocurre con los lares usuales, con los que la llama se orienta hacia la chimenea.

8. El no producir humo acaba con el problema de la suciedad en los muebles y el lloriqueo de los ojos.

9. Este hogar evita, además, el hollín en los tubos y chimeneas de salida de humos, ya que las impurezas y partículas han de volver a pasar por las llamas, que las consumen antes de salir, gastándose menos combustible al quemarse éste mejor. Por lo demás, la trampilla de aireación permite regular la intensidad de ignición de la leña y su rendimiento al hacer que su llama sea más uniforme y que la producción de humo decrezca.

10. Si se atascase la chimenea con la carbonilla, no sería probable que se incendiase, y si ocurriese así, resulta mucho más fácil sofocarlo y apagarlo.

11. Este hogar se enciende muy fácilmente, sin más ayuda que la de la trampilla de ventilación o un fuelle.

12. También se puede apagar con mayor rapidez cerrando la aireación, dejando las pavesas medio apagadas pero dispuestas a reavivarse a voluntad.

13. Una vez caldeada la habitación, el calor se mantendrá durante toda la noche.

14. Finalmente, el fuego durante la noche es totalmente seguro, pues no saltan chispas que puedan prender fuego a la habitación y causar daños.

Estas ventajas hacen que sin perder la presencia real del fuego, como ocurre en las estufas holandesas, pueda además calentarse agua para hacer un té o calentar las planchas, o los calentadores de cama o un recipiente con comidas, sin más que ponerlo encima, etc.

A JOHN FRANKLIN

Papers, IV, 385-387

8 de diciembre de 1752

Querido hermano:

Ayer reflexionaba yo sobre tu deseo de contar con un catéter flexible cuando se me ocurrió de repente la forma posible de lograrlo, y pensando que quizás no te fuera fácil entender mi descripción cómo yo lo imaginaba, me fui al platero y le di las instrucciones pertinentes para fabricar uno (esperando allí hasta que lo terminó) para podértelo mandar por este correo. Ahora que lo tengo, me temo que sea demasiado grande para que resulte idóneo, en cuyo caso creo que cualquier platero podría reducir sus proporciones retorciéndolo o haciendo un alambre de menor espesor y colocando un tubo más pequeño a su extremo, si es que el tubo resultase absolutamente preciso. Este aparato se puede cubrir con una membrana de tripa fina pequeña, previamente lavada y mantenida a remojo en un baño a base de una solución de alumbre, sal y agua durante toda la noche, y luego bien seca, con lo que no se pudrirá fácilmente; luego se humedecerá de nuevo, ajustándola bien a los tubos de cada extremidad, donde hay unos rebajes para la cuerda con que hay que atarla y luego engrasar la superficie. O también se puede usar sin esa membrana, sin más que frotarla con sebo rellenando bien todas las junturas. Creo que esa manera resultará en cualquier caso lo suficientemente flexible para poder adaptarse a las vueltas del conducto y al propio tiempo será lo suficientemente rígido para avanzar por él. De no serlo, te incluyo un alambre que podrás utilizar para darle rigidez a la parte posterior del tubo cuando la parte anterior es em-

pujada hacia adelante. A medida que el aparato avance se puede ir retirando el alambre un poco. El tubo es de tal naturaleza que al sacarlo decrece su diámetro y puede moverse con mayor facilidad. Es una especie de tornillo que se puede meter o sacar dándole vueltas. Se precisa práctica para utilizar correctamente cualquier útil o herramienta nuevos, y la práctica quizá aconseje irle añadiendo mejoras al tiempo que enseñe el mejor método de su utilización…

Quedo, afectuosamente, querido hermano…

A JUAN BAUTISTA BECCARIA

Papers, X, 116-130

13 de julio de 1762

Reverendo:

En cierta ocasión me prometí a mí mismo darme la satisfacción de verle en Turín. Como no ha podido ser ni es probable que ocurra, ya que estoy a punto de regresar a América, mi país natal, me despido de usted (entre otros de mis amigos europeos) por carta.

Le agradezco la honrosa mención de que me ha hecho objeto frecuentemente en sus cartas cerca de Mr. Collinson y otros, por la generosa defensa suya de mis experimentos eléctricos. También le agradezco el valioso regalo de su nuevo trabajo, gracias al cual he recibido mucha información y que me ha complacido altamente. Me gustaría poder corresponderle deleitándole con algo mío, pero desgraciadamente no dispongo de nada últimamente acerca de ese particular, ni sé de nadie aquí que se dedique a algo parecido.

No obstante, quizás le agrade, puesto que vive en un país eminentemente musical, tener un relato de un nuevo instrumento que venga a enriquecer los que esa deliciosa ciencia ya poseía en abundancia. Como dicho instrumento parece especialmente apto para música *italiana*, sobre todo la de carácter suave y melódico, trataré de describírselo y de hablarle de se construcción por si usted o alguno de sus amigos quieren copiarlo, sin tomarse el trabajo de ex-

perimentar como lo he tenido que hacer yo antes de confeccionarlo.

Probablemente haya oído usted hablar de la suavidad del sonido que puede obtenerse con un vaso normal pasando un dedo húmedo por su borde. Un tal Mr. Puckridge, caballero irlandés, fue a quien primero se le ocurrió utilizarlo como instrumento musical y efectivamente interpretó muchas melodías con él. Reunió varios vasos de diferentes tamaños, los puso sobre una mesa el uno junto al otro y los afinó a la escala musical, llenándolos más o menos de agua. El sonido se obtenía pasando los dedos alrededor de sus bordes. Por desgracia, el inventor murió abrasado aquí junto con su instrumento, en un incendio que acabó con su casa. Mr. E. de Laval, miembro de la Royal Society, hizo una copia de ese instrumento, mejorándolo, y ése fue el primero que yo vi y oí. Me encantó la delicadeza de sus tonos y su calidad musical, por lo que me empeñé en hacer otro modelo en el que las piezas de vidrio se dispusieran de forma más conveniente y estuvieran más juntas para poder ampliar la escala tonal y facilitar su manejo. A tal fin, hice una serie de pruebas hasta que conseguí lo que me proponía. Y de lo cual le voy a dar noticia.

Los vasos se fabricaron soplando el vidrio hasta darle la forma más aproximada a una semiesfera, con un cuello o carguillo en la parte central. El grosor de vidrio cerca del borde será de una décima de pulgada aproximadamente, como máximo, haciéndose mas gruesa en la parte cercana al cuello, que en los vasos de mayor tamaño tiene una altura de una pulgada y una anchura de pulgada y media, dimensiones que van reduciéndose proporcionalmente a medida que decrece el tamaño de los vasos, pero sin que el cuello del más pequeño llegue nunca a ser más corto de media pulgada. El vaso mayor mide nueve pulgadas de diámetro y el más pequeño tres. Entre esos dos extremos hay veintitrés vasos de tamaños escalonados, cada uno un cuarto de pulgada más estrecho que el anterior. Para hacer el tipo de instrumento más sencillo se precisa fabricar al menos seis vasos de cada tamaño y a partir de ese número se reunirán hasta 37 vasos (suficientes para tres octavas con todos los

semitonos y bemoles), que corresponderán a cada nota deseada o ligeramente superior hasta completar y afinar el conjunto. Es cierto que no son 37 tamaños en realidad, pero ocurre con frecuencia que dos vasos del mismo tamaño dan tonos ligeramente diferentes en una nota o media, debido al distinto grosor del vidrio, por lo que se puede escoger el más adecuado sin que se comprometa el resultado final y la regularidad de los tonos.

Una vez seleccionados los vasos y marcado cada uno al diamante con su correspondiente nota, han de afinarse reduciendo el grosor de los que son demasiado agudos, cosa que se logra con la piedra esmeril en todo su contorno desde el cuello hasta el borde, en una anchura de una o dos pulgadas, según se precise; esto se puede lograr comparando su sonido con el de un clavicordio bien afinado nota a nota. Cuando se termine con esta operación, hay que limpiar bien los vasos y sacarlos antes de cada prueba, porque si el cristal está húmedo el tono se hace ligeramente más grave; el esmerilado se hará muy poco a poco hasta llegar a obtener el tono preciso. Esto es lo más delicado de todo, porque si se excede uno en ello no hay otro remedio que rebajar el borde para corregirlo, con lo que se precisa pulimentarlo de nuevo, con las consiguientes complicaciones.

Una vez afinada toda la batería de vasos hay que ponerlos en un recipiente que lleva un eje para sujetarlos. La caja que yo construí mide tres pies de largo, once pulgadas de ancho en su parte mayor y cinco en la menor, para adaptarla a la forma cónica del juego de vasos. Se cierra la caja con una tapa de bisagra.

El eje, que es de hierro, atraviesa la caja horizontalmente por la mitad y va apoyado en dos cuellos de eje, uno en cada extremo, para que pueda girar. El eje es redondo, con un diámetro de una pulgada la parte más gruesa y que se va aguzando hasta llegar a un cuarto de pulgada en la parte más fina. De su parte más gruesa sale, a través de la caja, una espiga, en la que sujeta una rueda mediante un tornillo. Esta rueda sirve como catalina para que el movimiento sea uniforme cuando a la espiga, con los vasos, se le hace girar con un pie, como si se tratara de una rueca Mi rueda es de caoba, tiene

un diámetro de 18 pulgadas y es bastante gruesa, de suerte que puede lastrársela con un arillo de plomo de unas 25 libras de peso. Lleva una clavija de marfil en la parte exterior de la rueda, a unas cuatro pulgadas del eje, y en la parte superior de la clavija se sujeta el extremo de la cuerda que sube desde el pedal móvil, que pone en movimiento la rueda. La caja se apoya en un bastidor sujeto por cuatro patas.

Para sujetar los vasos al eje, se pone primero una pieza de corcho en cada cuello de vaso, bastante apretado y sobresaliendo un poco, de suerte que ningún vaso toque a su vecino, lo que produciría un chirrido. Estos corchos van perforados con agujeros de diversos tamaños, para ajustarse a la parte del eje en que cada vástago haya de fijarse. Cuando se colocan los vasos, sujetándolos fuerte con ambas manos, otra persona ha de dar vueltas al eje hasta que encaje perfectamente, teniendo sumo cuidado de que no se salte el cristal del cuello y para que no tenga holgura, porque si no el vaso se moverá y tropezará con los vasos vecinos, con el consiguiente chirrido. Una vez instalados los vasos uno dentro del otro de forma que vayan de izquierda a derecha en orden decreciente de tamaño, sus cuellos quedan orientados hacia la rueda, cada vaso metido en el anterior. El borde de cada uno sobresale del anterior como una pulgada o tres cuartos de pulgada o media pulgada a medida que van siendo pequeños. Es de estas partes prominentes de los vasos de donde salen los tonos, sin más que poner el dedo encima mientras el eje y los vasos giran.

El vaso más grande que da la nota «sol», que es un tono ligeramente por debajo de una voz corriente y entre ésa y mi «sol» más alto se incluyen tres octavas completas. Para distinguir fácilmente cada vaso con la vista, he pintado bien visibles cada nota y cada bemol con colores de acuerdo con el siguiente código: cada semitono, blanco; «do», rojo; «re», naranja; «mi», amarillo; «fa», verde; «sol», azul; «la», añil; «si», morado, y «do», rojo de nuevo. De esta forma los vasos con el mismo color (excepto el blanco) son siempre octavas entre sí.

El instrumento se toca sentándose en medio de la batería de vasos, como quien se dispone a tocar el clavicordio, y dando vueltas a la rueda con un pedal, humedeciéndolos de vez en cuando con una esponja con agua limpia. Los dedos al comienzo deberán mojarse ligeramente, pero sin que se tenga nada de grasa. A veces es bueno ponerse un poco de tiza en las yemas, porque así al roce con los vasos arrancan sonidos más nítidos. Se utilizan las dos manos para tocar. Los sonidos se obtienen mejor cuando los vasos giran *alejándose* del dedo que los toca, en vez de *acercándose* a él en su giro.

Las ventajas de este instrumento consisten en que sus tonos son mucho más suaves que los de cualquier otro. Además, pueden atenuarse o acentuarse a voluntad, sólo con variar la presión de los dedos, y en que el instrumento una vez afinado no precisa ya volverse a afinar jamás.

En gracia a la nomenclatura musical de usted, me he permitido tomar prestado su nombre llamándole armónica.

Quedo de usted respetuosamente…

A BARBEU DUBOURG (1773)

Writings, V, 543-45

… Siendo un muchacho, recuerdo haber construido dos paletas de forma ovalada y con un orificio para el dedo pulgar, que permitiese sujetarlas con la palma de la mano. Se parecían mucho a las que utilizan los pintores. Cuando nadaba me ayudaba con ellas a guisa de palas y avanzaba más rápidamente. Lo único es que enseguida se me cansaban las muñecas, por lo que decidí atarme a los pies una especie de sandalias para ver si mejoraba algo, pero pronto me di cuenta de que en la natación el impulso lo da más bien la cara interna del pie, con lo que las grandes suelas de las sandalias apenas ayudaban.

Aquí existen chalecos flotadores para nadar, hechos de lona y con tacos de corcho en su interior.

No sé nada de la «escafandra» de M. de la Chapelle.

Sé por experiencia lo mucho que alivia al que tiene que nadar una distancia larga ponerse de vez en cuando de espaldas y variar de la forma que sepa la manera de autopropulsarse.

Cuando se sufren calambres en las piernas, el método de librarse de ellos es dar una rápida y fuerte sacudida con la parte afectada, cosa que el nadador puede hacer sacando la pierna fuera del agua mientras se le mantiene a flote de espaldas.

En verano, cuando más calor hace, no hay peligro en bañarse porque el agua de los ríos está caliente por el sol, pero arrojarse al agua en primavera, cuando el agua está fría y el cuerpo está caliente por haber hecho ejercicio al sol, es una imprudencia que puede acarrear consecuencias fatales. Recuerdo el caso de cuatro muchachos que habían estado segando toda la jornada y decidieron darse un chapuzón en una fuente de agua fresca. Dos de ellos murieron en el acto, el tercero murió a la mañana siguiente y sólo el cuarto se recuperó a duras penas. Una mojadura abundante agua fría en circunstancias similares suele tener el mismo efecto en Norteamérica.

El deporte de la natación es uno de los más sanos y agradables del mundo. Después de nadar una hora o dos por la tarde se duerme fresco toda la noche por mucho calor que haga en verano. Quizá sea porque se abren los poros y el sudor insensiblemente se acrecienta y produce este frescor. Está comprobado que el ejercicio frecuente de la natación es un buen remedio contra la diarrea, llegando incluso a producir estreñimiento. A este respecto, para el que lo padezca y no sepa nadar o no pueda nadar por no ser temporada idónea, un baño tibio que limpie y depure la piel puede ser un buen remedio, a veces de resultados sorprendentes. Lo digo por experiencia propia y repetida y por la de otras personas a quienes les he hecho esta recomendación.

Espero no aburrirle si termino estas apresuradas líneas diciendo que, como la manera habitual de nadar no es, en último término, más que un remar con los brazos y pies y que por ello puede resultar fatigoso cuando la distancia que se ha de nadar es grande, existe un método mediante el cual el nadador puede recorrer grandes dis-

tancias con facilidad, ayudándose de una vela. Yo descubrí este sistema por casualidad de la siguiente manera.

Siendo muchacho, me entretenía cierto día haciendo volar una cometa de papel y al acercarme a la orilla de un estanque de casi una milla de ancho, até el extremo de la cuerda a una estaca, subiendo la cometa a gran altura por encima del estanque mientras yo me dedicaba a nadar en él. Al poco tiempo sentí deseos de jugar con la cometa sin dejar de nadar, por lo que volví a la orilla, desaté la cuerda y volví al agua. Pude comprobar entonces que si me ponía a hacer el muerto manteniendo la cuerda de la cometa entre mis manos, el viento movía mi cuerpo en la superficie del agua de la forma más agradable. Le dije a otro chico que estaba allí que me llevase mi ropa a la otra orilla del estanque y me dispuse a cruzarlo a impulsos del viento que nos movía a la cometa y a mí. A veces tenía que detenerme un instante, pues me parecía que como iba demasiado deprisa la cometa descendía demasiado. De esta manera conseguí que la cometa volviera a subir. Nunca volví a practicar tan original modalidad de natación, pero estoy convenció de que se podría cruzar el canal de la Mancha de Dover a Calais con tal sistema. Pero el paquebote resulta de momento más cómodo…

A JORGE WHATLEY

Writings, IX, 337-38

23 de mayo de 1785

Mi buen amigo:

Al oír a Mr. Dollond decir que mis gafas dobles no valen más que para algunos ojos especiales, me entran dudas acerca de si sabe exactamente en qué consisten. Me imagino que, en términos generales, se admite que un cristal con una convexidad uniforme hace que una persona vea mejor a la distancia normal de la lectura pero no a larga distancia. Por eso al principio tenía dos pares de gafas, que tenía que alternar a veces, ya que, cuando viajo, leo de vez en cuando, y con

frecuencia me gusta contemplar el paisaje. Como el cambio de gafas me resultaba molesto y a veces no encontraba a mano el par que necesitaba, hice que me cortaran las lentes por la mitad y que me colocaran dos mitades diferentes en el mismo círculo. De esta forma encargué que me las construyeran y desde entonces las llevo siempre puestas y con sólo levantar o bajar la mirada, sin necesidad de cambiarme de gafas, veo lejos o cerca perfectamente. Esto me ha resultado de lo más práctico, pues estando en Francia, por ejemplo, me ocurría constantemente que las gafas que me valían para ver lo que estaba comiendo, me impedían ver las caras de los que estaban sentados al otro extremo de la mesa cuando se dirigían a mí, con lo que, al no ver sus labios, no siempre comprendía, sólo por sus voces, lo que me estaban diciendo. Puedo así confesar, aunque suene raro, que me fue posible entender mejor el francés gracias a mis gafas.

DESCRIPCION DE UN APARATO PARA COGER LIBROS DE LOS ANAQUELES

Writings, IX, 483-85

Enero de 1786

Las personas de edad encuentran incómodo tener que instalar una escalera de mano para coger libros de las estanterías de las bibliotecas, bien por la propia torpeza de sus años o porque sufran de vértigo o simplemente por resentirse de las articulaciones. Sin hablar, claro, de lo molesto que es tener que cambiar de sitio la escalera para alcanzar libros que estén en otra sección de la biblioteca.

Para evitarles esos trabajos, así como la molestia de tener que llevar la escalera de un lado a otro, he construido el siguiente utensilio que llamo *brazo extensible*.

El brazo es una vara de pino de una pulgada de grueso y ocho pies de largo… El índice y el pulgar están hechos de dos piececitas de madera de fresno de pulgada y media de ancho y de un cuarto de

pulgada de grosor. Se fijan con tornillos a ambos lados del extremo de la vara; el índice sobresale una pulgada y media más que el pulgar. Esas piececitas se van haciendo más delgadas hacia su extremo para que puedan introducirse entre los lomos de los libros fácilmente. Van taladrados con unos agujeros minúsculos, accionados por un cordel del tamaño de un cañón dé pluma de ganso, que lleva un lazo en su extremo. Ese cordel, que pasa por los agujeros de los «dedos», recorre la vara hasta el otro extremo y lleva una serie de mandos equidistantes unas cuatro pulgadas.

Se utiliza este instrumento sujetándolo con una mano y accionando la cuerda e introduciendo «los dedos» del extremo superior a los lados del libro que se desee coger, abriéndolos más o menos según el grosor del tomo, y, una vez sujeto, se afianza la cuerda que enlaza esas agarraderas por detrás del libro, como en un lazo, y se retira, sin más. Según se saca hay que darle al aparato un cuarto de vuelta de giro para que el libro baje horizontal y no caiga. Los nudos sirven para que no se deslice la cuerda y se mantenga la tensión, que sólo se interrumpe cuando se coge el libro.

Todo nuevo instrumento requiere cierta práctica antes de utilizarse con toda eficacia, pero en éste la práctica es mínima.

Construido con las medidas que se ha indicado, funciona satisfactoriamente con libros en tamaños duodécimo y octavo. Los libros tamaño cuarto y folio resultan demasiado pesados, lo cual no es un gran problema, pues por lo general suelen colocarse en las estanterías inferiores de la biblioteca, pudiendo cogerse directamente.

Para colocar de nuevo el libro en su sitio, se realiza la misma operación, sólo que en sentido contrario.

PROPUESTAS ACERCA DE LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD EN PENNSYLVANIA (1749)

Papers, III, 397-421

OBSERVACIONES AL LECTOR

Se ha insistido en lamentar como algo adverso a los intereses de la juventud de esta provincia, la carencia de una academia donde se pudiera proporcionar una educación decente a los jóvenes. El siguiente documento da una serie de sugerencias con vistas a preparar un plan encaminado a ese objetivo. Ha sido bien acogido por algunas personalidades preocupadas por el bien de la comunidad, a las que se ha comunicado previamente para que lo hagan imprimir y distribuir, con intención de contar con las opiniones y consejos de hombres que cuenten con experiencia y conocimientos en estas materias, como paso previo a su puesta en marcha. Existen razones para creer que este proyecto se apoyará con calor por todas las personas beneméritas del país. Aquellos que deseen contribuir al proyecto con sus ideas respecto a las especialidades que hayan de enseñarse, el orden de sus estudios, el método de enseñanza, la organización económica del centro o cualquier otra cuestión relevante para el éxito de la empresa, pueden mandarme noticias suyas a la mayor brevedad por carta dirigida a B. Franklin, *impresor*, en Filadelfia.

PROPUESTA

La educación idónea de los jóvenes, de acuerdo con el parecer de personas prudentes de todas las épocas, representa la garantía más firme y la mejor base de la felicidad, tanto de las familias como de la comunidad. Por eso casi todos los gobiernos se han ocupado con atención preferente de crear y sostener centros docentes con objeto de que los hombres del mañana se preparen para servir a la comunidad de forma honrosa para ellos mismos y para su país.

Muchos de los primeros colonizadores de estas provincias eran hombres que habían recibido una buena educación en Europa, y a su prudencia y buena administración debemos gran parte de nuestra actual prosperidad. Ellos trabajaron mucho pero no podían hacerlo todo. Las generaciones actuales no parecen estar igualmente dotadas, pues aunque a la juventud *americana* no se le niega capacidad, la capacidad requiere cultivo porque es como un buen terreno, que si no es cultivado y sembrado, no producirá más que malas hierbas.

Para conseguir las ventajas que se derivan de un incremento del saber, y evitar las funestas consecuencias que acarrea la ignorancia, se dan las siguientes sugerencias, orientadas a constituir un plan de educación de la juventud de Pennsylvania.

Se propone:

—Que aquellas personas con conciencia cívica, cultura y tiempo libre soliciten credencial que les capacite para incorporarse a las tareas de crear una Academia para la educación de los jóvenes, dirigirla, dotarla de profesores, darle sus estatutos, hacerse cargo de donaciones, comprar terrenos, etc., y procurar que de vez en cuando su número se incremente con otras personas que juzguen oportuno proponer.

—Que los miembros de esta corporación consideren una satisfacción, y también en cierta medida un deber, visitar con frecuencia la Academia, alentar y tratar con los jóvenes y con sus profesores para, por todos los modos a su alcance, incrementar la utilidad y la reputación de este proyecto; que consideren a los alumnos en cierta medida como a sus propios hijos, tratándoles con afecto y familiaridad y cuando se porten bien y ultimen sus estudios disponiéndose a enfrentarse con la vida, les ayuden en lo que puedan con el mayor sentido de solidaridad a encontrar empleo y destino, sea en el comercio, la administración, el matrimonio o cualquier otra salida que les resulte ventajosa, prefiriéndoles a cualquiera otra persona en igualdad de méritos.

—Y si hay personas que se aficionan de tal manera al cultivo de las flores, a plantar, injertar, polinizar y a otras tareas similares, que abandonan todos los restantes esparcimientos, ¿qué inconveniente puede existir que les impida aficionarse al cultivo de las jóvenes inteligencias?; en ese sentido nos habla Thompson cuando dice:

«Es una alegría ver florecer la humanidad cuando la razón aún niña se desarrolla y reclama una mano cuidadosa que le preste su ayuda.

¡Deliciosa tarea la de estimular a la tierna inteligencia!

Hacer que una idea en germen pueda brotar, y regar su mente con el agua de la enseñanza, es insuflar el espíritu vivificador, de suerte que el generoso afán prenda en el ardiente pecho».

—Que se le proporcione a la Academia una sede, si no es posible en la ciudad, a no mucha distancia de ella, en lugar prominente y seco, pero no lejano a un río, y que tenga un jardín, un huerto, un prado y un campo o dos donde poder recrearse.

—Que se le dote a la institución de una biblioteca (si está en el campo, pues en la ciudad es suficiente contar con las que ésta disponga), dos mapas de todos los países, globos terráqueos, instrumentos matemáticos, de aparatos para experimentos físicos y mecánicos, láminas abundantes, locales, etc.

—Que el rector sea persona de buena inteligencia y moralidad, diligente, paciente, con conocimiento de lenguas y ciencias, que escriba y hable con pulcritud la lengua inglesa, disponiendo de cuantos profesores auxiliares sean necesarios.

—Que los alumnos internos hagan juntos sus comidas con sencillez, moderación y frugalidad.

—Que para mantenerlos saludables y fortalecer sus cuerpos, se ejerciten con frecuencia en correr, saltar, luchar, nadar, etc.

—Que adquieran ropas que les distingan de otros jóvenes, si la academia está cerca de la ciudad o en ella, entre otras razones para que su comportamiento sea sobresaliente.

—En lo que se refiere a sus estudios, sería muy conveniente que pudieran aprender *cuanto sea útil*, así como lo que resulte un *adorno*. Pero las artes de la inteligencia son abundantes y el tiempo breve; por eso, sería necesario enseñarles lo que sea más útil y lo que más complemente la personalidad, teniendo siempre presente las diversas profesiones que se proponen practicar.

—Se tratará de que todos escriban con buena letra y rápidamente, pues esto les será útil a todos. Y también se les enseñará algo de *dibujo*, haciendo que copien láminas e instruyéndoles en el arte de la perspectiva.

—También se les instruirá en *aritmética, contabilidad* y principios generales de *geometría* y *astronomía*.

—La lengua inglesa podría enseñárseles con la gramática que utilizan ejemplarmente clásicos tales como Tillotson, Addison, Pope, Algernon Sidney, las cartas de Catón, etc. El estilo que habrá de cultivarse es el caracterizado por la *claridad* y *concisión*. Se enseñará a leer pronunciando con nitidez y entonación, no con monotonía, sin teatralidad, exageración o desaliño.

—Para formarles el *estilo* se les hará escribir cartas entre sí, redactar resúmenes de sus lecturas y escribir las mismas ideas que lean, pero con su propio estilo; contar relatos sobre lo leído con su personal modo de expresión, todo lo cual supervisará y corregirá su profesor, razonándoles las correcciones, etc., y explicándoles el peso y la importancia de las palabras, etc.

—Para educarles la pronunciación será conveniente que hagan ejercicios de declamación, que repitan discursos de otros, que los pronuncien ellos, etc. El profesor estará presente en los ensayos y les enseñará, aconsejará y corregirá respecto a la pronunciación, etc.

—Igual que la historia forma parte habitual de sus lecturas, por ejemplo traducciones de historiadores griegos, romanos, junto con historias modernas de la Grecia y la Roma antiguas, los alumnos aprenderán con esas lecturas de una forma amena y placentera toda suerte de conocimientos. Así:

—La *geografía* puede enseñarse mediante la lectura de mapas, localizando los alumnos los sitios donde tuvieron lugar los acontecimientos históricos capitales; límites, situación, extensión de los diversos países donde aquellos ocurrieron.

—La *cronología* puede impartirse con ayuda de Helvicus u otro escritor de su estilo que les enseñe *cuándo* sucedieron esos hechos, qué reyes o príncipes había entonces, quiénes fueron los contemporáneos famosos y los estados descollantes de la época, etc., fijándoseles bien en la memoria las edades principales.

—Como se mencionarán con frecuencia las *costumbres de la antigüedad*, religiosas o civiles, en las clases de historia, habrá motivo para explicarlas, cosa que podrá hacerse con ayuda de láminas que muestren medallas, bajorrelieves y monumentos antiguos.

—Respecto a la moralidad, al tiempo que se comenten las causas del progreso o la decadencia de la riqueza, el poder y el carácter de los hombres mencionados en las clases de historia, se resaltarán las ventajas de la templanza, el orden, la frugalidad, la laboriosidad, la perseverancia y otras virtudes. En general, con la lectura de la mejor parte de la historia deberá inculcarse en los jóvenes la belleza y la utilidad de la virtud en todas sus acepciones del espíritu ciudadano, de la fortaleza, etc.

—La historia dará ocasión a admirar los maravillosos efectos de la oratoria como instrumento idóneo para dirigir, convencer y acaudillar grupos humanos, ejércitos, ciudades y naciones. Y cuando las inteligencias de los jóvenes se muevan a admiración por estos hechos, es el momento de enseñarles los rudimentos del arte de la oratoria, que ellos estudiarán con gusto y aplicación. Luego se les puede familiarizar con los mejores cánones de la oratoria de los antiguos, subrayándoles la belleza de la misma. La oratoria política moderna se aprenderá sobre todo a través de la pluma y la prensa, resaltando sus ventajas en relación con los tiempos pasados, ya que llega a más personas y tiene mayor permanencia, etc.

—La *historia* también podrá brindar frecuentes ocasiones de mostrar la necesidad de una *religión pública*, señalándose sus ventajas para la comunidad y para el individuo; los perjuicios de la superstición, así como las excelencias de la religión cristiana en comparación con otras religiones antiguas o modernas.

—Y también facilitará la historia el camino para extenderse en las ventajas de las constituciones y normas legales; cómo las personas y propiedades quedan protegidas al unirse los hombres en sociedad y formar gobiernos, su repercusión en el fomento de la industria, la aparición de las artes y la mejora de la calidad de la vida; las ventajas de la *libertad*, las desventajas del *libertinaje*, los beneficios de-

rivados de las buenas leyes y de la función de la justicia, etc. De esta suerte se grabarán en las jóvenes inteligencias los principios fundamentales de la sana *política*.

—En el estudio de la historia surgirán de modo natural temas de razón o sinrazón, justicia e injusticia, que servirán de pretexto para ejercitar sus actividades polémicas, tanto verbales como escritas. Cuando deseen el triunfo dialéctico ardientemente por las alabanzas que pueda reportarles, se darán cuenta de la utilidad de la lógica o arte del razonamiento para descubrir la *verdad* o defenderla y convencer a sus adversarios. Y será entonces cuando llegará la ocasión de que se versen en los principios de tal ciencia. Grocio, Puffendorf y otros autores por el estilo podrían ser de utilidad en esa fase para dirimir sus debates. Los debates públicos estimulan la imaginación, animan a ser diligentes y fortalecen las dotes naturales de las personas.

—Cuando los jóvenes aprendan la vida y acciones de los grandes héroes de la historia y sepan que hablaron dos de las lenguas mejores que han existido, de las más expresivas, ricas y hermosas; que los escritos de estilo más refinado, las composiciones más acabadas, las creaciones más perfectas del ingenio y la sabiduría humanas están en esas lenguas que han desafiado el paso del tiempo y permanecerán vigentes mientras dure la humanidad; que nunca las traducciones les brindarán el placer que proporcionan los originales; que esas lenguas contienen todas las ciencias; que una de ellas ha devenido idioma universal por ser el idioma de los hombres cultos de todos los países, de modo insensible llegarán a experimentar el deseo de aprenderlas, aplicando su ingenio a la consecución de tal objetivo. Todos los que deseen dedicarse al servicio de la Divinidad deberán aprender *griego* y *latín*. Los que piensen dedicarse a la física, el *latín*, el *griego* y el *francés*; a leyes, el *latín* y el *francés*; al comercio, el *francés*, el *alemán* y el *español*. Y aunque no debe obligarse a todos al aprendizaje del griego y del latín o de las lenguas extranjeras modernas, si alguno lo desea verdaderamente, deben dársele los medios para lo-

grarlo. Su *inglés*, aritmética y otras asignaturas fundamentales, en todo caso, nunca deberán ser descuidadas.

—Si se les enseña la moderna *Historia Universal* podrán enriquecer sus ideas sobre la marcha de la humanidad de modo ejemplar, singularmente de su Madre patria y luego de estas colonias, de su nacimiento, desarrollo, utilidad para la Gran Bretaña, los aspectos alentadores y desalentadores, medios que pueden contribuir a su progreso, a la defensa de sus libertades, etc.

—Además de la historia de la humanidad, sus épocas y naciones, deberán elegirse momentos y días adecuados para leer las mejores *historias de la naturaleza*, que no sólo serían recreativas para los jóvenes e inspiradoras de cartas y otras composiciones suyas, sino que después les resultarán de utilidad cuando sean comerciantes, artesanos o religiosos. A primeros les posibilitarán comprender mejor las propiedades de muchos productos, drogas, etc. A los segundos, mejorar sus conocimientos profesionales, ya que tendrán noticia de nuevas materias primas, nuevas mezclas, etc. A los últimos, adornar discursos y sermones con hermosas metáforas y hacerlos más sólidos, añadiéndoles nuevas pruebas de la existencia la bondad de la divina Providencia. Además, el tono de sus conversaciones se enriquecerá con esas observaciones de temas naturales siempre tan aleccionadores, amenos y sugestivos en cualquier ocasión. La *historia natural*, además, brindará a los profesores no pocas oportunidades de aludir con tino a la prevención de enfermedades, con las consiguientes ventajas prácticas. Se podrán leer autores como Arbuthnot, para estudiar el aire y la alimentación; Lemery, sobre alimentación; Sanctorius, acerca del sudor, y una breve explicación servirá para hacer comprensibles éstas y otras materias a los jóvenes.

—Mientras se entreguen al estudio de la historia natural, pueden también iniciarse en el conocimiento práctico de la *horticultura, simientes, injertos, abonos*, etc., con excursiones a los cultivos de las granjas cercanas, cuyos métodos de trabajo puedan luego comentarse con los alumnos, ya que la agricultura favorece a todos y su mejor conocimiento no perjudica a nadie.

—Finalmente, la historia del comercio, de los inventos, del nacimiento de las manufacturas, los avances del tráfico mercantil, los cambios en sus sedes, sus causas, etc., servirán de materia de curiosidad y aprendizaje a los jóvenes, y junto con los relatos prodigiosos de los poderosos efectos de las máquinas de guerra, harán surgir en los alumnos el deseo de conocer la *mecánica* y las técnicas por las cuales el débil hombre puede obrar prodigios, ahorrarse esfuerzos y hacer más fácil la producción de las cosas que necesita. Entonces procederá enseñarles láminas de máquinas antiguas y actuales, explicándoselas y haciendo que las copien, completando esa enseñanza con conferencias sobre las ciencias experimentales.

—Todo ese conjunto de disciplinas irá acompañado de la preocupación constante por inculcar en los alumnos el deseo de aprovechar todas las oportunidades y hacerse *útiles* y *beneficiosos* a los demás, que es la base de lo que, en términos generales, se llama *buena educación*, que tanto beneficia al que la posee y que tan agradable es para todos.

—La idea de lo *verdaderamente meritorio* es también algo sobre lo que la juventud ha de ser debidamente orientada, y que consiste en la inclinación a servir con eficacia al país, a los amigos y a la familia. Esa eficacia (con la ayuda de Dios) se adquirirá y perfeccionará con el estudio, ya que debe ser el principio orientador de todo sistema de enseñanza.

B. ESCRITOS ECONÓMICOS

A continuación siguen una serie de escritos sobre «conducta económica», que han sido los que más contribuyeron a su fama de «oráculo de la burguesía» y que, como notó Weber, reflejan la tradición calvinista, pese al deísmo oficial del autor. Entre ellos, su Plan for Future Conduct (Papers, vol. I, pp. 99-100), escrito en 1726 en su viaje de vuelta de Inglaterra; también, Advice to a Young Girl (Papers, vol. I, página 100), carta dirigida a su hermana en 1727; Advice to a Young Tradesman, de 1748, uno de sus escritos más conocidos (Papers, vol. III, pp. 304-308) y a que nos hemos referido en la Introducción. Además, incluimos The Way to Wealth, escrito en 1757, cuando iniciaba la carrera diplomática, en viaje a Gran Bretaña, y que publicó en Poor Richards Almanack en 1758. En todos ellos aparece la imagen del trabajador metódico, que considera el ahorro y la ganancia como una vocación vital y un deber moral.

PLAN PARA LA CONDUCTA FUTURA (1726)

Papers, I, 99-100

Los que escriben sobre arte poético nos enseñan que para componer algo que merezca ser leído, antes de nada tenemos que trazamos un plan armónico para ensamblar cada pieza de nuestra obra. De no hacerlo, corremos el peligro de resultar incongruentes. Me atrevo a asegurar que con la vida ocurre otro tanto. Yo nunca he trazado un esquema sistemático para mi vida y personalmente opino que ésa ha sido la causa de que haya resultado una sucesión inconexa de escenas, y ahora me propongo hacerlo mejor, trazándome un esquema de conducta de ahora en adelante, de suerte que la viva siempre como criatura racional que soy.

1. Es preciso que sea extremadamente frugal durante algún tiempo hasta que acabe de pagar mis deudas.

2. Esforzarme por decir siempre la verdad; no dar a nadie falsas esperanzas; ser sincero, en suma, en palabras y acciones, es el principal mérito de todo ser racional.

3. Emplearme con laboriosidad en cualquiera que sea el trabajo que me proponga, sin distraer mi mente en proyectos vanos de hacerme rico de repente, ya que son la laboriosidad y la constancia los medios más seguros para alcanzar la abundancia.

4. Resuelvo no hablar mal de nadie nunca, siquiera diciendo la verdad; más bien buscaré excusar las faltas que oiga se achacan a alguien, y en cuanto haya ocasión contaré lo bueno que sepa de quien quiera que sea.

A JANE FRANKLIN

Papers, I, 100

6 de enero de 1727

Querida hermana:

Me complace altamente lo que el capitán Freeman me ha contado de ti. Por tu proceder cuando eras una niña siempre he creído que serías una mujer afable y buena, y sabes que siempre fuiste mi preferida. He estado pensando en cuál sería el mejor regalo que yo podría hacerte ahora que, según me cuentan, eres una belleza hecha y derecha que todos celebran. Casi me había decidido por una mesita de te, pero pensando que el papel de ama de casa es mucho más importante que el de mujer sociable, me inclino a una rueca, que espero sabrás aceptar como prenda de mi sincero afecto y amor.

Adiós, hermana. Recuerda que así como la modestia es la virtud que hace a la más corriente doncella agradable y encantadora, la falta de ella convierte a la más perfecta belleza en desagradable y odiosa. Así, cuando la más refulgente de las virtudes femeninas brilla entre otras perfecciones corporales o intelectuales en una misma per-

sona, hace a la mujer mas adorable que un ángel. Dispensa esta libertad con que te escribo y utilízala tú también conmigo. Queda de ti, tu amante hermano,

B. Franklin.

CONSEJOS A UN JOVEN COMERCIANTE

Papers, III, 304-308

21 de julio de 1748

A MI AMIGO A. B.

Tal como deseabas, te escribo dándote algunas sugerencias que a mí me han sido útiles, por lo que creo que puedan serlo también para ti.

Recuerda que el tiempo es oro. Quien gana diez chelines al día con su trabajo y sale de casa o se sienta sin hacer nada la mitad del día aunque no gaste más que seis peniques en su diversión o en su ocio, no debe creer que ése es su único gasto, porque además ha malgastado cinco chelines.

Recuerda que el crédito es dinero. Si un hombre deja en mis manos un dinero después de pasar el plazo en que yo debía devolverlo, me da el interés, es decir, lo que ese dinero produzca durante el tiempo que tarde en pagarlo. Y ese importe se eleva a una considerable suma cuando alguien tiene amplio crédito y sabe hacer uso de ese crédito.

Recuerda que está en la misma naturaleza del dinero ser prolífico. El dinero produce dinero y ese dinero producido produce más dinero y así sucesivamente. Así, cinco chelines se convierten en seis; y los seis en siete, y así sucesivamente hasta que lleguen a ser cien libras. Y cuanto más haya, más producirá cada inversión y cada vez más deprisa. Y de la misma forma que el que mata a una cerda mata

a sus posibles crías hasta la milésima generación, así quien mata una corona destruye todo lo que esa corona podría haber producido hasta sumar cientos de libras.

Recuerda que seis libras al año no son más que un plato de gachas al día. Y que por esa pequeña suma (que puede derrocharse a diario o en gastos innecesarios o en tiempo perdido) un hombre con crédito es capaz con sus propios medios de asegurarse la posesión y el disfrute de cien libras. Tal cantidad en manos de una persona industriosa se convierte en una abundante fuente de beneficios.

Recuerda el dicho de que *el buen pagador es dueño y señor del bolsillo de los demás*. Aquel que muestra que paga puntualmente lo que promete puede en cualquier momento u ocasión conseguir todo el dinero que sus amigos puedan prestar. Esto resulta a veces muy importante; por consiguiente, no guardes el dinero que te hayan prestado ni una hora más del plazo prometido, porque, de otro modo, el incumplimiento se encargará de cerrar para siempre las bolsas de tus amigos.

Las cosas aparentemente más triviales pueden afectar al crédito del hombre y por eso hay que cuidarlas. El que el ruido de tu martillo suene a las cinco de la mañana o a las nueve de la noche en los oídos de un acreedor pueden representarte seis meses más de crédito. Pero si te ve en una mesa de billar o escucha tu voz en la taberna cuando debieras estar trabajando, te pedirá que le devuelvas su dinero al día siguiente. El que lleves trajes más lujosos que tu acreedor o su esposa o incurras en gastos mayores de los que él pueda permitirse, hiere su orgullo, y tu acreedor te apremiará para que le pagues con el fin de humillarte. Los acreedores constituyen una especie dotada de vista más aguda, oído más fino y memoria más lúcida que nadie en el mundo.

Los acreedores de buena naturaleza (aquellos con los que uno debe entenderse si los encuentra), se sienten molestos cuando se ven obligados a pedir que se les devuelva el dinero. Ahórrales esa molestia y te querrán doblemente. Al recibir una cantidad de dinero, divídela proporcionalmente a tus deudas entre los diversos acreedores

y no te avergüences de pagarles una pequeña suma aunque la que les debas sea mayor, porque el dinero, poco o mucho, es siempre bien recibido. Tu acreedor preferirá sufrir la molestia de recibir diez libras que le lleves voluntariamente aunque sea en diez veces, una libra cada vez, a tener que visitarte diez veces hasta lograr que le pagues la deuda total. Además con esos pagos pequeños demostrarás tu buena disposición a devolver el dinero que te han prestado y quedarás como una persona honrada y ordenada, lo que, a su vez, incrementará tu crédito.

No pienses que todo lo que posees es tuyo y puedes vivir en consonancia con ello. Es éste un error en el que cae mucha gente que vive del crédito de los demás. Para evitarlo, lleva cuenta exacta durante algún tiempo de tus gastos e ingresos, y si te tomas el trabajo al principio de reseñar las diversas partidas de esa cuenta, tanto mejor, pues te percatarás de cómo gastos insignificantes pueden llegar a formar grandes sumas, y te darás cuenta de lo que podrías haber ahorrado, y de lo que puedes ahorrar en el futuro, sin grandes inconvenientes.

En suma: el camino de la fortuna, si deseas alcanzarla, es tan liso como el camino al mercado. Solamente depende de dos palabras, *laboriosidad* y *sobriedad*. No malgastes, pues, ni tu dinero ni tu tiempo; gástalos con sentido, pues aquel que gana lo que puede honradamente y ahorra cuanto gana (salvados los gastos necesarios), ciertamente llegará a ser rico, sí el Ser supremo que gobierna al mundo, a quien todos debemos elevar nuestra mirada y pedirle sus bendiciones para nuestros negocios honrados, no usa de su providencia para decidir en otro sentido.

EL CAMINO HACIA LA RIQUEZA

Poor Richard's Almanack, 1758

7 de julio de 1757

Distinguido lector:

Tengo entendido que no hay nada que agrade más a un autor que ver citadas sus obras con respeto por otros autores cultos. Tal placer rara vez lo he experimentado yo, pues aunque haya sido dicho sea sin vanidad un *eminente autor* de almanaques cada año y por espacio de un cuarto de siglo, mis hermanos de pluma, por razones que desconozco, me han escatimado su aplauso y ningún autor se ha preocupado lo más mínimo de mí, de suerte que si mis escritos no me hubieran producido mis buenas ganancias, esa ausencia de alabanzas podría haberme llevado al desánimo.

Andando el tiempo llegué a la conclusión, sin embargo, de que es el pueblo el mejor juez de mis méritos, pues es el público el que me compra, y además en mis paseos y correrías por acá y por allá, en sitios donde nadie me conocía personalmente, he tenido muchas ocasiones de oír citar algunos de mis adagios con el añadido de: «como dice el pobre Richard». No dejó de satisfacerme esta observación por revelarme no sólo que mis consejos se tomaban en consideración, sino por permitirme descubrir un cierto grado de respeto por mi autoridad, y confieso que, para impulsar yo la práctica, recuerdo y repetición de esas máximas prudentes, a veces *me he felicitado a mí mismo* con gran seriedad.

Juzguen entonces lo que me habrá agradado la anécdota que les voy a relatar. Detuve mi caballo no hace mucho al ver un grupo de personas junto a un lugar en el que se realizaba una subasta de esos artículos que venden los mercaderes. No había llegado la hora de comenzar la venta y la gente conversaba acerca de lo mal que andaban los tiempos, cuando uno del grupo llamó a un viejo pulcro y sencillo que andaba por allí con sus cabellos blancos y le dijo: «Por favor, hermano Abraham, ¿qué piensas tú de estos tiempos? ¿No crees que con tanto impuesto van a arruinar al país?, ¿qué vamos a hacer para pagarlos? A ver, ¿qué nos aconsejarías tú?». El «hermano» Abraham contestó: «Si queréis saber mi consejo os lo voy a dar muy simplemente, porque *para los prudentes con pocas palabras basta, y muchas palabras no van a llenarnos la andorga*, según dice el pobre Ri-

chard». El auditorio le insistió para que siguiera hablando y se agrupó en derredor mientras el viejo continuó su prédica así:

«Amigos y vecinos míos. Los impuestos desde luego son muy duros, y si los que ha creado el gobierno fueran los únicos que tuviéramos que pagar, aún podíamos defendernos; pero es que hay muchos otros y más gravosos para algunos de nosotros. Dos veces más que por los impuestos hemos de pagar por nuestro *ocio*; tres veces más por nuestro *orgullo* y cuatro veces más por nuestra *estupidez*, y en estos últimos impuestos los tasadores fiscales no pueden hacernos reducciones. Así que oigamos buenos consejos y alguna solución encontraremos, porque *Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos*, como dice el pobre Richard en su almanaque de 1733.

Podría llamarse riguroso a un gobierno que impusiera a todos sus súbditos como impuesto la obligación de trabajar para ese gobierno una décima parte de su tiempo. Y, sin embargo, el *ocio* nos agrava mucho más a muchos de nosotros, si tomamos en consideración todo el tiempo que pasamos entregados a la pereza sin hacer nada de provecho y lo sumamos al que dedicamos a quehaceres vanos o diversiones. Vagancia y desidia que no traen más que enfermedades que nos acortan la vida. La pereza es como la *herrumbre que desgasta más que el trabajo, pues mientras la llave se usa está siempre lustrosa*, como dice el pobre Richard. Y además, ¿no pasamos durmiendo muchas más horas de las necesarias, olvidando que *zorro que duerme no caza* y que *ya dormiremos bastante en la tumba*?, como dice el pobre Richard. Si el tiempo es el más preciado de los bienes, malgastarlo sería la mayor prodigalidad, porque, como dice el pobre Richard en otro lugar, el *tiempo que se pierde ya no se puede recuperar*; y lo que creemos *tiempo suficiente* casi siempre resulta escaso. Por eso hemos de aplicarnos a aprovecharlo en algo con sentido. Con diligencia haremos más, con menos perplejidad. *La indolencia hace todo más difícil, mientras que la diligencia lo facilita*, como dice el pobre Richard, y quien se levanta tarde anda con prisas todo el día y al llegar la noche no habrá alcanzado a todas sus obligaciones. *La pereza camina tan despacio que pronto la pobreza le da alcance*, dice el pobre Richard, y añade: *Lleva*

asuntos, no dejes que ellos te lleven a ti; y *levantarse pronto y acostarse pronto hacen al hombre sano, rico y sabio*.

¿Qué significa *desear* y *esperar mejores tiempos*? Nosotros podemos hacer los tiempos mejores con nuestra diligencia. *La laboriosidad no necesita deseos*, dice el pobre Richard, y *aquel que vive sólo de la esperanza morirá en ayunas*. *No hay ganancia sin trabajos*, luego *obtén con tus manos la riqueza que no te puedan dar las tierras que no tienes, y si las tienes, te las gravan bien los impuestos*. O, como muy acertadamente observa el pobre Richard, *el que tiene un oficio es como si tuviera una finca, y quien tiene una vocación dispone de una fuente de ingresos y honra*, pero el oficio hay que trabajarlo, y la profesión hay que cumplir con ella, porque si no ni el uno ni la otra nos darán ni para pagar nuestros impuestos. Si somos industriosos nunca nos moriremos de hambre, pues, como dice el pobre Richard, *el hambre mira a la casa del hombre que trabaja, pero no osa entrar en ella*. Ni tampoco osará entrar el alguacil o el agente de la autoridad, *ya que la laboriosidad es buena pagadora de las deudas, mientras que la desesperanza las incrementa*, dice el pobre Richard. Aunque no hayáis descubierto ningún tesoro, ni ningún pariente os haya dejado herencia, *la diligencia es la madre de la buena suerte*, como dice el pobre Richard, *y Dios le da sus dones al diligente*. Por eso *hunde el arado profundamente mientras duermen los haraganes y tendrás grano para vender y para guardar*, dice el pobre Dick. Haz todo lo que puedas, pues no sabes lo que el mañana te traerá, duda que hace decir al pobre Richard, *un hoy vale por dos mañanas* y, más adelante, *no dejéis para mañana lo que podáis hacer hoy*. Si fueseis esclavos, ¿no os avergonzaríais de que el buen amo os sorprendiera holgazaneando? Pues siendo como sois vuestros propios amos, *avergonzaos de sorprenderos a vosotros mismos ociosos*, que dice el pobre Dick. Cuando hay tanto que hacer por vosotros mismos, por vuestras familias, por vuestro país y por su Graciosa Majestad el Rey, estad en pie al salir el sol, no sea que este astro *os vaya a mirar y os diga: ¡ahí está ese perezoso todavía en la cama!* No manejéis vuestras herramientas de trabajo como con guantes, pues según dice el pobre Richard, *gato con guantes no caza*. Es cierto que el trabajo es mucho y tal vez os sintáis sin

ánimos, pero no desmayéis y pronto advertiréis los resultados de vuestro esfuerzo, pues *poco a poco la lluvia horada las piedras*, y *con diligencia y paciencia el ratón termina por partir en dos la cuerda*, y *pequeños hachazos acaban por hacer caer al fornido roble*, según dice el pobre Richard en su almanaque de un año que ahora no recuerdo.

Se me antoja que alguno de vosotros puede decir: pero *¿es que no puede uno permitirse un poco de asueto?* Y a ése yo le contestaría: querido amigo mío, escucha lo que dice el pobre Richard de que *empleéis el tiempo bien si queréis ganaros él descanso, y puesto que no estáis seguros de que podréis disponer de un minuto, no desperdicies toda una hora*. El ocio es tiempo que debe utilizarse en algo útil. Este se lo ganará el hombre diligente, no el vago. Por eso, como dice el pobre Richard, *una vida de ocio y otra de pereza no son lo mismo*. ¿Es que por ventura pensáis que la pereza os va a proporcionar más placer que el trabajo? Pues no, porque, como dice el pobre Richard, *de la pereza nacen las perturbaciones y el descanso inmerecido se cobra su tributo*. Muchos que no trabajan vivirán del cuento, pero el cuento se acaba cuando se acaba el condumio. Puesto que la laboriosidad es la que nos aporta comodidad, abundancia y respeto, *aléjate de los placeres porque éstos se te darán por añadidura. La hilandera diligente tiene mucha parroquia, y cuando tienes una oveja y una vaca todos te saludan*, todo lo cual también lo dice el pobre Richard.

Pero en nuestro trabajo debemos ser también constantes, asentados y cuidadosos. Debemos vigilar nuestros negocios con nuestros propios ojos sin confiar demasiado en que otros lo hagan por nosotros. Como dice el pobre Richard:

Nunca vi un árbol trasplantado a menudo ni una familia que ande de acá para allá, que progresen tanto como los que están asentados.

Y también que *tres mudanzas son peor que un fuego*; y *cuida de tu tienda que ella cuidará de ti*; y *si quieres que el trabajo se haga ve tú, si no, manda a alguien*.

Quien del arado dependa,

de él se cuidará o de nada le servirá.

Es igual que aquello de *el ojo del amo engorda el caballo*, o que *la falta de cuidado causa más daño que la ignorancia*. O lo de *no vigilar nuestros operarios es como dejarles nuestra bolsa abierta*. Confiar en exceso en los demás es la ruina de muchos, pues tal como dice el Almanaque, *en los asuntos de este mundo los hombres se salvan no por la fe, sino por la falta de ella*. Buen resultado da el que nos cuidemos de lo nuestro, pues el mencionado Richard dice que *el aprender es para el que estudia y la riqueza para el cuidadoso*, del mismo modo que *el poder es para el osado y el cielo para el santo*. Y luego dice: *si quieres tener un criado fiel y que te agrade, sé tú el criado de ti mismo*. Circunspección y cuidado habéis de tener, dice Richard, incluso en los más insignificantes asuntos, pues con frecuencia ocurre que *una pequeña negligencia lleva a una grave contrariedad*. Y aún añadiría que *por falta de un clavo se perdió la herradura, y por perderse la herradura se perdió el caballo, y por perderse el caballo se perdió el jinete*, que fue alcanzado y muerto por sus enemigos. Nada más que por no haber tenido cuidado del clavo de la herradura.

Y baste esto, queridos amigos, en lo que se refiere a la diligencia y el cuidado de los propios negocios. Pero es preciso añadir a todo esto la *frugalidad* si es que queremos que nuestra laboriosidad sea fructífera de verdad. Un hombre, si no sabe ahorrar de lo que gana, *puede pasarse la vida junto a la rueda del molino y morirse sin harina*, porque *una suculenta comida hace muy débil la voluntad*, como bien dice el pobre Richard:

Muchas haciendas se dilapidan por falta de ahorro, porque las mujeres por el té, ni tejen ni hilan, y los hombres por la bebida ni labran ni forjan.

Si queréis ser ricos, se dice en otro Almanaque, *pensad en el ahorro y no sólo en ganar. Las Indias no han hecho rica a España, porque los gastos han sobrepasado a los ingresos*. Fuera de vosotros, pues, los caprichos costosos y no tendréis motivos para quejaros de los malos tiempos o las pesadas cargas fiscales o las familias costosas, pues, tal como el pobre Richard dice:

Las mujeres y el vino, las diversiones y el engaño hacen menguar las fortunas y aumentar las necesidades.

Y en otro lugar se apunta que *con lo que cuesta un vicio podrían criarse dos hijos*. Quizá podáis pensar que un poco de té o una copa de vez en cuando no hace daño a nadie, que una alimentación un poco más cara, trajes un poco más lujosos o algo de diversión de vez en cuando tampoco tienen tanta importancia. Pero no olvidéis lo que dice el pobre Richard de que *muchos pocos hacen un mucho* y que tengamos cuidado con los gastos pequeños, porque *una pequeña vía de agua acaba por hundir un barco grande*. *Los que adoran los lujos acabarán mendigando*, y aún mas: que *los tontos dan las fiestas y los prudentes comen en ellas*.

En esta ocasión estáis todos reunidos en esta subasta de chucherías y objetos curiosos y ostentosos que llamáis «bienes». Pero si no os andáis con cuidado se pueden tornar en «males» para algunos de vosotros. Esperáis que os los vendan baratos, quizá por debajo de su costo, pero si no los necesitáis, a pesar de su bajo precio serán caros para vosotros. Recordar lo que decía el pobre Richard: *Comprad lo que no necesitéis y terminaréis vendiendo lo que os sea necesario*; o *ante lo que valga un penique, paraos antes a pensar*. Con todo lo cual se quiere decir que la baratura puede ser sólo aparente, no verdadera, y que las gangas por distraer dinero de tus negocios pueden causarte más mal que bien.

En otra ocasión, en efecto, también nos dirá: *Hay muchos que se han arruinado por comprar cosas que parecían baratas*, y que *es estúpido gastar dinero en compras de las que luego se arrepiente uno*. Lo que no quita para que esta estupidez la practiquemos todos los días en que hay subastas por no seguir los consejos del Almanaque. *Los prudentes*, como dice el pobre Richard, *aprenden con los errores de los demás, y los tontos no son capaces de hacerlo con los propios*. Pero *«Félix quem faciunt aliena Pericula cautum»*. Más de uno por comprarse un abalorio con que presumir va con la tripa vacía y tiene a su familia medio muerta de hambre. *Las sedas y los rasos, los terciopelos y los brocados*, como dice el pobre Richard, *apagan la lumbre de las cocinas*. Son cosas innecesa-

rias para la vida y difícilmente se podrían considerar de utilidad, y sin embargo, sólo porque son bonitas, muchos las desean. Las necesidades *artificiales* de la humanidad llegan a ser de este modo más numerosas que las *naturales*. Y como dice el pobre Richard, *por cada persona pobre hay cien indigentes*. Con éstos y otros despilfarros por el estilo los nobles se empobrecen y se ven obligados a tomar préstamos de aquellos a los que antes despreciaban, pero que con *laboriosidad* y *frugalidad* han sabido mantener su posición económica. Por lo que parece claro que *un labrador de pie es más alto que un caballero arrodillado*, en frase del Pobre Richard. Quizá tengan un pequeño predio del que van viviendo al día pensando que nunca se hará de noche y que por ir gastando poco a poco nunca se les acabará (*el niño y el tonto*, dice Richard, *imaginan que veinte chelines y veinte años no se acaban nunca*), y a fuerza de sacar y no meter pronto tocan fondo, y cuando eso ocurre comprenden lo de que *cuando el pozo está seco se sabe lo que vale el agua*. Pero lo hubieran sabido antes de haber seguido este consejo: *si queréis saber el valor del dinero, id y pedidlo prestado, pues el que consigue un préstamo consigue una preocupación*. Y no sólo él, sino también el que presta a esa gente se llena de preocupación cuando tiene que cobrar su dinero, pues tal como nos aconseja el pobre Dick:

La vanagloria del vestir con lujo es una maldición.

No dejes de consultar tu bolsa antes que a tu fantasía.

Y más adelante, cuando dice que *la vanagloria es un mendigo tan chillón como la necesidad, y bastante más descarado*. El que compre un lujoso objeto comprará diez más para mantener el tono. A esto dice el pobre Richard: *Es más fácil eliminar el primer deseo que satisfacer todos los que vendrán después*. Y es tan insensato que los pobres imiten a los ricos, como que la rana se hinchara para intentar parecerse al buey.

Las grandes propiedades pueden arriesgase más, pero los barcos pequeños más vale que estén cerca de la costa.

Este tipo de vanaglorias, sin embargo, pronto encuentran su castigo, pues *el orgullo que almuerza con la vanidad termina cenando con el desprecio*, como dice el pobre Richard, o lo que es lo mismo, *el orgullo desayunó con la abundancia, comió con la pobreza y cenó con la infamia*. Porque al fin y a la postre, ¿de qué vale esta vanagloria por aparentar cuando tanto se arriesga y tanto se sufre por ella? No nos hace más sanos ni nos quita el dolor; no incrementa nuestros merecimientos personales; suscita la envidia y azuza a la desgracia.

¿Qué es una mariposa? A lo sumo
no es sino una oruga ataviada de gala.
Nada más que un petimetre llamativo.

Según dice el pobre Richard.

Sin embargo, ¡qué gran locura es entramparse por semejantes cosas superfluas! En esta subasta nos ofrecen *seis meses de plazo para pagar*. Ello habrá, sin duda, inducido a comprar a alguno que no podía desprenderse en el acto del dinero pero que ahora, pagando a plazos, cree que sí. ¿Por qué no pensamos antes en lo que nos ocurrirá si nos entrampamos? Cuando nos endeudamos *damos a otro la llave de nuestra libertad*. Si no puedes pagar a tiempo, cuando veas a tu acreedor te sentirás avergonzado; y si le hablas sentirás temor, teniendo que darle excusas vergonzantes hasta que pierdas la veracidad y te degrades mintiendo. Como dice el pobre Richard, *mentir sera vuestra segunda falta; la primera habrá sido contraer deudas*, y señala a este mismo propósito: *la mentira cabalga a lomos de las deudas*. Un inglés libre por su cuna no tendría jamás necesidad de avergonzarse ni atemorizarse de hablar con persona humana alguna, pero la pobreza con frecuencia priva al hombre de la virtud y del valor y *es difícil que una bolsa vacía se mantenga en pie*, como dice el pobre Richard con toda verdad. ¿Qué pensaríais de un príncipe o de un gobierno que dictara un edicto prohibiendo a los súbitos vestirse como caballeros o señoras bajo pena de cárcel o de esclavitud? ¿No responderíais diciendo que sois libres de vestiros como os plazca y que tal edicto era un atentado contra vuestros derechos y por ello el tal gobierno sería ti-

ránico? Pues eso es justamente lo que estáis a punto de hacer cuando contraéis deudas por comprar esos trajes ostentosos. Vuestro acreedor tiene atribuciones para, si así le place, privaros de vuestra libertad metiéndoos en prisión perpetua o venderos como siervos en caso de que no podáis pagarle. Y cuando hayáis cerrado el trato quizás penséis poco en que tendréis que pagar, pero *los acreedores*, como dice el pobre Richard, *tienen mejor memoria que los deudores*. *Los acreedores*, dice en otro lugar, *forman una secta supersticiosa y son excelentes observadores del calendario*. El día de pagar llega antes de que os lo penséis y el dinero se os pedirá antes de que estéis en disposición de pagarlo. O, si es que os acordáis de vuestra deuda, el día de pago, que primeramente os parecerá tan lejano, cada vez se os antojará más próximo. Os parecerá que el tiempo se ha puesto alas en los talones y en los hombros. *Corta es la cuaresma de los que tienen que pagar deudas en Pascua de Resurrección*, según Richard, *pues el deudor es esclavo del prestamista y del acreedor*. Es mejor execrar las cadenas y saber amar nuestra libertad e independencia. Sed *laboriosos* y *libres*; sed *frugales* y *libres*. Ahora quizás os veáis en días prósperos y penséis que podéis permitiros algún pequeño despilfarro sin quebranto, pero:

Para la vejez y la necesidad, ahorrad mientras podáis. No hay sol mañanero que dure todo el día.

Como dice el pobre Richard. La ganancia puede ser pasajera e incierta, pero mientras viváis el gasto será constante y cierto, y *resulta más fácil construir dos chimeneas que mantener una encendida*, como dice el pobre Richard. Por eso *más vale que os acostéis sin cenar que levantaros con deudas*.

Tomad todo lo que podáis y lo que podáis sostener, ésta es la piedra que tornará en oro todo vuestro plomo.

Como dice el pobre Richard. Y cuando hayáis encontrado vuestra piedra filosofal, seguro que no os quejaréis de lo malos que están los tiempos o de lo altos que son los impuestos.

Tal doctrina, amigos míos, es la de la *razón* y la *prudencia*. A pesar de ello, no creáis que al final todo depende sólo de vuestra diligencia, de vuestra frugalidad y prudencia, que, aunque cosas excelentes en sí, no valen nada sin la bendición del cielo. Pedid con humildad esa bendición y no desdeñéis hacer caridad con aquellos que no disfrutan de ella; por el contrario, consoladlos y ayudadlos. Recordad que Job sufrió y luego gozó de prosperidad.

Y para concluir, os diré que *la experiencia es una cara escuela*, pero que no existe otra *donde puedan aprender los tontos y aprenderán poco en ella*. Es bien cierto que *podemos dar consejos pero no conductas*. Y, como diría el pobre Richard, recordad sin embargo que *aquellos que no desean ser aconsejados no pueden ser ayudados*. Y que *si nos negamos a escuchar a la razón*, tengamos por seguro que *acabará ésta por dejar oír su voz airada*».

Así concluyó su discurso el viejo. La gente escuchó, aceptó sus enseñanzas e inmediatamente hizo todo lo contrario de lo predicado, como si se hubiera tratado de un sermón rutinario. Se abrió la subasta y, contra todas las advertencias del viejo, la gente se dedicó a comprar de la manera más dispendiosa, a pesar de lo que se quejaban de los impuestos. Pude enterarme de que el anciano caballero de la plática había estudiado concienzudamente mis almanaques, asimilando todas las enseñanzas que yo había incluido en ellos respecto a los temas mencionados por espacio de veinticinco años. Las incesantes citas que de mí hizo en su arenga cansaron probablemente a todos excepto a mi vanidad, que disfrutó lo indecible con ellas, aunque yo era consciente de que ni siquiera una décima parte de la sabiduría que rezumaba de ellas me pertenecía y que en su mayoría yo no había hecho otra cosa que espigar lo que en todo tiempo y lugar se había cosechado. En todo caso, resolví yo ser el primero en sacar punto de la prédica, y aunque llevaba la idea de comprarme tela para un nuevo gabán, opté por seguir usando el viejo por algún tiempo. *Lector*, si tú haces lo mismo, seguro que sacarás tanto beneficio como el que yo saqué.

Quedo tuyo, siempre a tu servicio,

C. ESCRITOS POLÍTICOS

HACEMOS figurar en esta sección dos tipos aparentemente muy distintos de escritos, pero unidos por una conexión profunda. Por un lado, aquellos que se refieren a su actividad organizadora en Pennsylvania, como creador de clubs, bibliotecas, compañías de bomberos o instituciones cívicas similares, y como planificador infatigable. Por otra parte, escritos referentes a su actividad de político profesional, ya en papeles de enviado diplomático, ya como agente revolucionario. Ambos aspectos el creativo y el activista reflejan las dos caras de la política y están unidos por la obsesión constructiva y planificadora franklíniana, que se traduce sobre todo en una posición moderada y realista, incluso en medio de la Revolución americana.

El Standing Queries for the Junto (Papers, vol. I, páginas 255-259) es una encuesta que los miembros del club por él creado, el Junto, debían plantearse al comienzo de sus sesiones: lo escribió Franklin en 1727, apenas vuelto de su aventura inglesa. A Short Account of the Library (Papers, vol. II, pp. 308-310), de 1741, así como la carta sobre la organización de la defensa contra incendios (Papers, vol. II, pp. 12-15; Franklin se la dirigió a sí mismo y la publicó en la Pennsylvania Gazette el 4 de febrero de 1735) y la Proposal for Promoting Useful Knowledge among the British Plantations in America, plan de creación de la American Philosophical Society, escrito en 1743 (Papers, vol. II, pp. 378-83) son ejemplos del celo creador de Franklin promoviendo empresas de interés común. The Examination of Doctor Benjamin Franklin (Writings, vol. IV, pp. 413-418) es una exposición de su intervención ante la Cámara de los Comunes en 1766 en contra del Stamp Act, una de las leyes que contribuirían poderosamente a motivar la insurrección de los colonos contra Inglaterra. La Carta al Editor, de 1766 (publicada en un periódico británico) es una protesta, tras la derogación de la Stamp Act, contra la autoatribución parlamentaria de competencias legislativas ilimitadas sobre las colonias (Writings, vol. V, pp. 14-15). An Edict by the King of Prussia (Writings, vol. VI, pp. 118-124), escrito en 1773, es una pieza satírica contra las pretensiones británicas, en las vísperas de la Revolución americana. Su Letter to Thomas Cushing (Writings, vol. VI, pp. 249-

251) es un intento de moderar las pasiones que tendían al alzamiento contra la metrópoli, en 1774. La carta siguiente, a Jonathan Shipley, de julio de 1775 (L. W. Labaree y W. J. Bell, Mr. Franklin: A Selection from his personal letters, Yale University Press, N. Haven, 1956, pp. 30-34), es una descripción de los acontecimientos iniciales de la Revolución, y las dos cartas que siguen (a Th. Cushing, de febrero de 1778, Writings, vol. VII, pp. 110-111, y a J. Shipley, de marzo de 1783, Writings, vol. IX, pp. 22-23) se refieren a la lucha contra Inglaterra y traslucen la voluntad moderadora frankliniana. Finalmente incluimos una descripción de los servicios a los Estados Unidos llevados a cabo por Franklin y escrita por él mismo en 1788 (Writings, vol. IX, pp. 695-97).

ORDEN DEL DÍA DEL «JUNTO» (1727)

Papers, I, 255-259

Las preguntas previas a cada sesión son:

1. ¿Ha leído usted el orden del día esta mañana para ver qué puede ofrecerle al «Junto» en relación con los puntos que contiene?, por ejemplo:

2. ¿Ha leído usted algo recientemente que le parezca digno de mención en el «Junto»?; sobre todo en temas de historia, moral, poesía, física, viajes, artes mecánicas u otros campos del saber.

3. ¿Conoce a algún ciudadano que haya fracasado en sus negocios últimamente? ¿Sabe usted la causa?

4. ¿Sabe de alguno que esté prosperando? ¿Por qué medios?

5. ¿Se ha enterado últimamente de cómo alguna persona adinerada de aquí o de fuera adquirió su hacienda?

6. ¿Conoce a algún conciudadano nuestro que últimamente haya hecho algo meritorio y merecedor de alabanza y emulación? ¿Conoce, por el contrario, a alguien que haya cometido algún error del que debamos prevenirnos?

7. ¿Ha observado o conocido usted últimamente algún hecho desgraciado debido a falta de templanza, a imprudencia, a pasiones sexuales, a alguna otra flaqueza o vicios? ¿Cuáles?

8. ¿Qué efectos beneficiosos, por el contrario, ha visto u oído que sean fruto de la templanza, de la prudencia, de la moderación o alguna otra virtud?

9. ¿Usted o alguna persona conocida suya ha estado últimamente enferma o herida? Caso afirmativo, ¿qué remedios ha empleado y con qué efectos?

10. ¿De quién sabe usted que salga pronto de viaje por mar o por tierra y que pudiera recibir un encargo?

11. ¿Se le ocurre algo ahora en lo que los «Junto» pudieran resultar útiles a la *humanidad*, al país, a sus amigos o a ellos mismos?

12. Desde la última reunión, ¿sabe si ha llegado algún forastero valioso a la ciudad? ¿Qué ha oído usted de su personalidad y merecimientos? ¿Cree usted que los «Junto» podrían ayudarle o estimularle como merece?

13. ¿Sabe de algún joven que esté empezando y al que crea digno de que el «Junto» le preste su apoyo?

14. ¿Ha observado recientemente algún defecto en la legislación del país que exigiese algún tipo de reforma o enmienda? ¿Se le ocurre alguna nueva ley que resulte necesaria?

15. ¿Ha observado usted últimamente alguna falta contra las legítimas libertades del pueblo?

16. ¿Ha recibido ataques a su reputación últimamente? ¿Qué puede hacer el «Junto» a ese respecto?

17. ¿Tiene usted interés en entablar amistad con alguien al que «Junto» pueda presentarle?

18. ¿Sabe últimamente si se ha atacado a alguno de nuestros socios? ¿Cómo lo ha defendido usted?

19. ¿Le ha perjudicado alguien? ¿Está en manos del «Junto» intentar reparar el daño?

20. ¿De qué forma puede el «Junto» o alguno de sus miembros ayudarle en cualesquiera proyectos dignos se proponga realizar?

21. ¿Tiene usted entre manos algún negocio de importancia en el que, a su juicio, el consejo o ayuda del «Junto» pueda ser de utilidad?

22. ¿Qué beneficios ha recibido usted últimamente de cualquier persona no presente aquí?

23. ¿Existe alguna cuestión de opinión, justicia o injusticia que le gustaría que se discutiese?

24. ¿Ve usted algo que no esté bien en los procedimientos y usos actuales del «Junto» que pueda corregirse?

Cualquier persona que desee cumplir los requisitos establecidos al respecto ha de ponerse de pie y, con la mano en el corazón, contestar a estas preguntas:

1. ¿Siente usted alguna clase de animadversión hacia cualquiera de los miembros actuales del «Junto»?

Contestación: No.

2. ¿Declara usted sinceramente su amor por la humanidad en general, de cualquier profesión o religión que sean las personas?

Contestación: Sí.

3. ¿Opina usted que las personas deben ser perjudicadas en su cuerpo, nombre o propiedades, sólo por sus opiniones o por la práctica externa de algún culto?

Contestación: No.

4. ¿Ama usted la verdad por sí misma y tratará con toda imparcialidad de decirla y de obtenerla, así como de comunicársela a los demás?

Contestación: Sí.

BREVE EXPOSICIÓN SOBRE LA BIBLIOTECA (1741)

Papers, II, 308-310

La Sociedad de la Biblioteca se formó en el año 1731, con unos estatutos que aceptaron 50 personas, cada una de las cuales se comprometió a pagar cuarenta chelines para comprar el primer lote de libros y diez chelines de suscripción anual para hacer frente a los gastos de ampliación del fondo y mantenimiento de la biblioteca.

Los cargos directivos, consistentes en diez administradores o gerentes y un tesorero, se eligen por votación anualmente, reuniéndose para ello cada año la junta general de la sociedad.

El número de miembros se ha ampliado hasta más de setenta. Para ser admitidos han de solicitarlo a uno de los gerentes, que eleva la propuesta de admisión a la próxima junta mensual. Si son admitidos, pagan al tesorero el importe de una acción y, tras firmar su aceptación de los estatutos, pasan a ser miembros.

Cualquier socio puede tener prestado un libro y retenerlo de dos a cuatro semanas contra recibo y pagando una pequeña multa, caso de no devolverlo en el plazo previsto. El importe de estas multas se dedica a sufragar los gastos de la biblioteca y a la compra de nuevos volúmenes.

Los miembros pueden disponer como quieran de su acción, legarla en su testamento o transmitirla de modo legal a cualquier persona, previa aprobación de los gerentes. Las acciones que se fueron vendiendo han producido siempre hasta ahora ganancias iguales a su precio inicial. Pero como el incremento del valor de las acciones es de diez chelines al año, pues ésta es la cantidad que cada suscriptor aporta anualmente para aumentar el fondo bibliográfico; una acción que inicialmente costaba sólo cuarenta chelines, vale ahora seis libras y diez chelines. Y por esa pequeña cantidad que gastada en libros daría para muy poco, cada socio tiene derecho a utilizar la biblioteca, cuyo valor sobrepasa hoy las quinientas libras; de esta forma el aprender resulta en esta ciudad más fácil y más barato, con gran contento para aquellos de sus ciudadanos que sienten inclinación al estudio.

Los no suscriptores también pueden llevarse libros prestados para leer, haciendo un depósito al bibliotecario proporcional al valor del

libro y pagando una pequeña cantidad por el alquiler del libro, que igualmente se aplica a las necesidades de la biblioteca.

Las horas de apertura de la biblioteca son los sábados, de 4 a 8 de la tarde.

Aparte de los libros del catálogo, la sociedad se ha beneficiado de varias donaciones generosas, tales como una curiosa bomba neumática con todos sus accesorios, un gran microscopio binocular y otros valiosos instrumentos, todos cedidos por el honorable John Penn; también se recibió un preciado solar que valdría para construir un edificio donde alojar en el futuro la biblioteca, donación del honorable Thomas Penn, propietario de la provincia; así como la suma de treinta y cuatro libras (para ser gastadas en la adquisición de libros), donación del doctor Syderfe, de *Antigua*.

Ahora los libros se encuentran depositados en el ala oeste de la Cámara Legislativa, por cortesía de esa institución.

Han pasado ya diez años desde que se fundó la sociedad y constatamos con sumo placer que en la misma se reúnen personas de sectas, partidos y formas de pensar muy diversas, sin que hayan surgido diferencias sobre los asuntos de la biblioteca. La armonía ha reinado en nuestra casa y todos se sienten satisfechos, cosa que, si las circunstancias nos son favorables, espero continuará.

NOTA. *Se deja en la biblioteca un ejemplar de los estatutos para quien desee más información*.

LUCHA CONTRA INCENDIOS

Papers, II, 12-15

4 de febrero de 1735

Mr. Franklin:

Sintiéndome viejo y torpe y por ello incapaz de ayudar a mis conciudadanos cuando el fuego arrase sus viviendas, me atrevo a pedirles que tomen en consideración las siguientes sugerencias a propósito de los incendios.

En primer lugar, como *más vale prevenir que curar*, me atrevo a aconsejarles que tengan cuidado de no transportar cualquier clase de brasas de una habitación a otra o de un piso a otro con una simple pala o cogedor; han de llevarlas en un recipiente adecuado con su correspondiente tapa; las pavesas pueden caer sin que nos demos cuenta y no delatarse hasta medianoche, cuando las escaleras comiencen a arder, en cuyo caso nos veremos forzados (cosa que ya me ha ocurrido a mí mismo) a saltar por una ventana jugándonos el cuello, para no perecer abrasados.

Y ahora que hablamos de prevenir siniestros, muchos se evitarían si a la ley que regula el uso de los hornos de cocer pan y los talleres de toneleros para evitar fuegos, se añadiera una cláusula reglamentando también la utilización del fuego en las casas, especialmente en aquellas que tienen fogones poco profundos o ponen molduras exteriores de madera a los lados de las chimeneas, que por ser normalmente de madera de pino, que contiene resina, son de lo más combustible en cuanto entran en contacto con una pavesa o una brasa.

Igualmente, si se limpiaran mejor y más frecuentemente las chimeneas, podrían prevenirse muchos incendios. Recuerdo haber visto cómo ardían violentamente algunas chimeneas no muchos días después de haber sido limpiadas. La gente, confiada en que estaban limpias, prendían grandes fuegos sin advertir el peligro. Cualquiera que lo desee puede dedicarse aquí al negocio de limpiar chimeneas, y si una chimenea arde por culpa del limpiachimeneas, es el propietario el que paga la multa y al deshollinador no se le piden responsabilidades. Cosa que no es justa. Los que se dedican a ese oficio y contratan a gente que los ayude deberían necesitar un permiso dado por el alcalde, y si se da el caso de que arda una chimenea antes de quince días de haber sido limpiada, la sanción correspondiente debe recaer sobre las espaldas del limpiachimeneas, pues él es el que tiene la culpa.

En la actualidad disponemos de suficientes bombas de incendios en la ciudad, pero me pregunto si existe agua disponible en todos los puntos para poder hacerlas funcionar durante sólo media hora.

Me temo que algunas bocas de incendios no estén en buenas condiciones, pero me someto en esto a opiniones más autorizadas.

En cuanto al tema de la extinción de incendios propiamente dicha, y aunque contamos con manos y buena voluntad, tengo para mí que nos falta orden y método, por lo que estimo que nada puede ayudarnos más que seguir el ejemplo de otra de las ciudades de una provincia vecina. Según he podido informarme, existe allí un club o sociedad de hombres emprendedores, cada uno de los cuales está destinado a una bomba de incendios; su cometido es acudir a apagar cualquier incendio que pueda declararse, con turnos de servicio de carácter trimestral, período en el que deben velar por la buena conservación de la máquina. Algunos de esos hombres se encargan de manejar las hachas y otros las cuerdas con ganchos que siempre se llevan con las bombas de incendios. Ese servicio se considera como causa de disminución o exención de sus impuestos. Cuando se produce algún incendio hay funcionarios encargados de mandar las brigadas, llamados *guardafuegos*, que llevan bastones rojos de cinco pies de largo, rematados con una insignia de latón, de seis pulgadas, en forma de llama. Como hombres prudentes y con autoridad que son, se encargan de que los que manejan las hachas desmantelen los tejados a fin de que las vigas en llamas sean derribadas por los hombres de los ganchos y las cuerdas, así como de darle a las bombas y ayudar a sacar los enseres de las casas cuando arden o están en peligro. También vigilan para evitar el pillaje, y desobedecerles está castigado con multa de cuarenta chelines o diez días de prisión. Estos oficiales, junto con sus hombres, se reúnen cada trimestre y cambian impresiones sobre temas de incendios, imprudencias y métodos más eficaces de combatir el fuego en cada caso, transmitiendo luego sus experiencias a los demás para cuando llegue el caso. Desde que se estableció este servicio no ha habido ningún incendio trágico en aquel lugar y confío en que no lo haya en el futuro. Pero para llegar a crearlo pasaron muchos apuros; los mismos que habremos de pasar nosotros, pues, como dicen los italianos, los ingleses sienten pero no ven, y ha querido Dios que los incendios que hemos sufrido

hasta ahora no se hayan agravado con la concurrencia de otras circunstancias adversas: sequía, viento, hacinamiento de viviendas y falta de agua, por lo que quizá nos hemos confiado en exceso. Si hubiera sido al revés, cosa que Dios no permita, tendríamos ahora muchas más precauciones tomadas para caso de siniestro.

Y diré algo más para acabar: creo que es fundamental el uso de tejas para cubrir los tejados, al objeto de hacerlos más seguros y poder caminar sobre ellos, y llevar el muro maestro por encima de los aleros, como modernamente se hace en Londres y como se han construido los nuevos edificios de la vivienda de Mr. Turner en *Front Street* o la de Mr. Nichols en *Chestnut Street*, que estoy seguro se conservarán mucho mejor.

Espero que otros nos harán partícipes de sus propias ideas, tal como yo he hecho, de suerte que entre todos podamos sacar algo en limpio que sea verdaderamente práctico.

Suyo,

A. A.

PROPUESTA PARA FOMENTAR LOS CONOCIMIENTOS PRÁCTICOS EN LAS PLANTACIONES INGLESAS DE AMÉRICA

Papers, II, 378-83

Filadelfia, 14 de mayo de 1743

Los ingleses poseen una amplia zona del continente que se extiende al norte y al sur desde Nueva Escocia hasta Georgia, y que cuenta con climas diferentes, diversas clases de terrenos, producciones agrícolas y mineras varias, susceptibles todas ellas de mejoras en su aprovechamiento.

La primera tarea, urgente y agotadora, de establecer nuevas colonias, que fuerza a la gente a concentrar su atención en lo más necesario y elemental, está ya hecha y esa etapa está superada. Son ya

muchos los que en las diversas provincias se encuentran viviendo en circunstancias holgadas y pueden permitirse el cultivo de las bellas artes y el incremento de su cultura en general. Entre esos ciudadanos habrá hombres capaces, de actividad intelectual, a quienes se les ocurrirán ideas y observaciones que si fueran analizadas, desarrolladas y perfeccionadas podrían dar lugar a descubrimientos que beneficiaran a todas o parte de las plantaciones británicas e incluso a la humanidad en general.

Sin embargo, como estos territorios son tan extensos, las personas viven muy distantes y son escasas sus oportunidades de reunirse y conocerse y, consecuentemente, de compartir sus experiencias, con lo que pueden perderse descubrimientos que beneficiarían a todos. Por eso me propuse poner remedio a esta situación.

Para ello propongo constituir una asociación de investigadores, de hombres de ingenio en diversas ramas, con residencia en las diferentes colonias, que se llamaría la *Asociación Americana de Filosofía* y que mantendría correspondencia entre sí continuamente.

Y Filadelfia, al ser la ciudad de situación más céntrica entre las diversas de las colonias y con buenas comunicaciones con las demás por postas en el continente, así como con las islas por vía marítima, y, por añadidura, con la ventaja de una buena biblioteca, habría de ser la sede de esa asociación.

Propongo también que en Filadelfia haya siempre residiendo al menos siete de sus miembros, a saber: un físico, un botánico, un matemático, un químico, un mecánico, un geógrafo, un filósofo de la naturaleza, aparte de su presidente, tesorero y secretario.

Que los miembros se reúnan una vez al mes o más a menudo, por su cuenta, a fin de comunicarse sus observaciones y experimentos, recibir, leer y estudiar toda clase de comunicaciones, cartas o consultas que pudieran enviar sus miembros, enviándoseles copias de las comunicaciones más importantes a otros miembros con residencias más lejanas para procurarse sus opiniones al respecto.

Que los temas de correspondencia sean: descubrimientos de nuevas plantas, hierbas, árboles, raíces, sus virtudes, usos, etc.; métodos

de propagación de tales especies; su aprovechamiento; mejora en extractos vegetales, sidras, vinos, etc.; nuevos métodos de curar o prevenir enfermedades; fósiles de nuevo descubrimiento en los diversos territorios; minas, minerales y canteras; inventos y adelantos en cualquier rama de las matemáticas; hallazgos en química, tales como avances en destilación, fermentación y refinamiento de minerales; inventos mecánicos para ahorrar mano de obra, como molinos y carruajes, así como sistemas de bombas y transporte de agua, drenaje de pantanos y otros similares; nuevas artes, industrias y manufacturas; topografía, mapas y cartas de determinadas zonas costeras o del interior; cauces y embalses de ríos; caminos, situación de lagos y montañas, análisis de tierras cultivables y sus producciones; nuevos métodos de selección de razas de animales útiles; introducción de otras especies del extranjero; mejoras en los cultivos, en horticultura y en roturación de terrenos, y en general todos los experimentos del saber humano que puedan contribuir a que el hombre conozca mejor la naturaleza de las cosas, a ampliar su dominio de la materia e incrementar su bienestar y mejor disfrute de la vida.

Que la sociedad mantenga correspondencia con la Royal Society de Londres y con la Dublin Society, como ya hacen algunos de sus posibles miembros.

Que cada miembro reciba resúmenes trimestrales de las comunicaciones más interesantes que hayan llegado al Secretario en Filadelfia, y que se enviarían sin otra carga que la cuota anual mencionada más abajo.

Que por autorización del director de Correos, esas comunicaciones no necesiten franqueo.

Que al objeto de subvenir a los gastos de los experimentos que la asociación estimara precisos y otros gastos imprevistos en pro del bien común, todos los miembros contribuyan con ocho chelines al año, a enviar al secretario, a Filadelfia, con cuyas contribuciones se vaya reuniendo un fondo común, del que se desembolse, por orden del presidente y previa aprobación de la mayoría de los miembros, las cantidades destinadas a sufragar los experimentos considerados

dignos de ayuda, comunicándose exactamente los desembolsos realizados a todos los miembros con carácter anual.

Que en las primeras reuniones a celebrar en Filadelfia se redacten unos estatutos que regulen las sesiones y operaciones de la asociación más convenientes a los fines perseguidos; que dichos estatutos puedan ser revisados y perfeccionados cuando la ocasión lo requiera y con el debido respeto y consulta a los miembros residentes a mayor distancia de la sede.

Que a final de año se redacten e impriman memorias sobre todos esos experimentos, descubrimientos y procedimientos que revistieran el carácter de utilidad pública, siendo enviado un ejemplar a cada miembro.

Que la misión del secretario consista en recibir cuantas cartas se remitan a la sociedad y someterlas al presidente y a los miembros para su examen en las diversas sesiones; resumir, corregir y sistematizar todos los escritos que sean necesarios o que ordene el presidente, previo su estudio, discusión y debate en el seno de la Asociación, dejar copias de los mismos en los archivos de la Sociedad y enviárselas a los miembros que residen en otros lugares; contestar cartas bajo la dirección de la presidencia y mantener constancia y archivos de todas las operaciones de la Asociación.

Benjamin Franklin, autor de esta propuesta, se ofrece personalmente para servir a la Asociación como secretario, hasta tanto pueda contarse con otra persona más idónea.

ALEGATO DEL DOCTOR FRANKLIN… EN LA CÁMARA BRITÁNICA DE LOS COMUNES EN CONTRA DE LA «STAMP ACT» PARA AMÉRICA

Writings, VI, 418-448

Febrero, 1766

Pregunta: ¿Cuál es su nombre y domicilio?

Respuesta: Franklin; Filadelfia.

P.: Dada la escasa población de las colonias interiores, ¿no resultaría el impuesto del timbre extremadamente perjudicial para sus habitantes, caso de que se pusiera en vigor?

R.: Desde luego que lo sería, ya que muchos ciudadanos no podrían adquirir los timbres sin verse precisados a largos desplazamientos, con gastos de hasta tres o cuatro libras para que la Corona ingresara sólo seis peniques.

P.: ¿Es que, dadas las circunstancias, no están las colonias en muy buenas condiciones para pagar el impuesto del timbre?

R.: A mi parecer, no hay oro ni plata suficientes en las colonias para pagarlo ni un año.

P.: ¿No sabe usted que los fondos recaudados con ese impuesto serían invertidos en América?

R.: Sé que la ley estipula que se dediquen al servicio de América; pero se gastará en las colonias conquistadas, donde se mantienen tropas, no en las colonias que lo paguen.

P.: ¿No existe una balanza comercial entre las propias colonias, por la cual las que tienen tropas devolverían el dinero a las viejas colonias?

R.: Creo que no. Pienso que sería muy poco lo devuelto y no se me ocurre ninguna partida comercial capaz de hacerlo posible; y que simplemente iría de las colonias donde se gastara, directamente a Inglaterra, pues, por lo que he podido apreciar, siempre ocurre que la abundancia y la prosperidad en una colonia redunda en mayores envíos de fondos a Inglaterra, desde donde se envían más productos y se incrementa el comercio a su favor…

P.: ¿Cree usted que el pueblo americano se conformaría con pagar el impuesto del timbre si se redujera en su cuantía?

R.: No. Sólo lo pagaría si se le impusiera por la fuerza de las armas…

P.: ¿Qué actitud prevalecía en América respecto de Gran Bretaña antes de 1763?

R.: La mejor del mundo. Todos aceptaban de buen grado al gobierno de la Corona y en todos los tribunales se obedecían las decisiones del Parlamento. A pesar de la abundante población repartida por las diversas provincias, no costaba nada a Inglaterra mantener sometidos a sus súbditos, sin necesidad de gastarse nada en fuertes, ciudadelas, guarniciones o ejércitos. Sólo hacía falta para gobernarles, pluma, tinta y papel. Eran dóciles y sumisos. No sólo sentían respeto, sino afecto por Gran Bretaña y sus leyes, sus costumbres, su educación. Hasta gustaban de sus modas, que tanto contribuyeron a hacer que floreciera el comercio. Los nacidos en Gran Bretaña siempre recibían el mejor trato. Ser de la vieja Inglaterra era un signo de respeto y de distinción entre nosotros.

P.: ¿Y ahora, cuál es esta actitud?

R.: Ha cambiado notablemente.

P.: ¿Había oído usted antes de ahora que se pusiera en tela de juicio la autoridad del Parlamento para legislar en América?

R.: La autoridad del Parlamento era reconocida en toda su legislación, salvo en lo concerniente a los impuestos internos. Nunca se le discutió en lo referente a la regulación fiscal del comercio…

P.: ¿Cómo juzgaba, en general, el pueblo americano al Parlamento de Gran Bretaña?

R.: Lo consideraban como el gran baluarte que defendía sus libertades y privilegios y hablaban de él con el mayor respeto y veneración. Pensaban que ministros arbitrarios quizá pudieran oprimirlos en algunas ocasiones, pero confiaban, en definitiva, en que el Parlamento terminaría por poner las cosas en su sitio. Recordaban agradecidos aquella ocasión memorable en que se sometió al Parlamento un proyecto de ley con una cláusula según la cual las instrucciones reales tendrían fuerza de ley en las colonias, y que vetó la Cámara de los Comunes, quedando sin efecto alguno.

P.: ¿Conservan aún ese respeto al Parlamento?

R.: No. La verdad es que ha disminuido bastante.

P.: ¿Y a qué lo achaca usted?

R.: A un conjunto de causas: las restricciones impuestas últimamente al tráfico mercantil, en virtud de las cuales quedaba prohibida la importación de oro y plata extranjeros en las colonias; la prohibición de hacer papel-moneda por su cuenta; las nuevas exigencias en materia del impuesto del timbre, y al propio tiempo haber suprimido los juicios con jurado, rehusando dar entrada y oír las peticiones que humildemente se elevaban.

P.: ¿Y no cree usted que aceptarían la «Stamp Act» si se modificara lo que en ella pueda haber de odioso, y se redujera el tipo de imposición a ciertos supuestos sin gran trascendencia?

R.: No; nunca lo aceptarían…

P.: ¿Cuál es su opinión sobre un impuesto que en el futuro pudiera repercutir en América de forma parecida a la «Stamp Act»? ¿Cómo lo recibirían los americanos?

R.: Igual que a éste. No lo pagarían.

P.: ¿Conoce usted las resoluciones de esta Cámara y de la Cámara de los Lores, según las cuales se ratifican los derechos del Parlamento respecto de América, incluida la facultad de imponer impuestos?

R.: Sí; he oído hablar de esos acuerdos.

P.: ¿Y qué opinan los americanos sobre este particular?

R.: Pues los consideran anticonstitucionales e injustos.

P.: ¿Era opinión corriente en América, antes de 1763, que el Parlamento no tenía derecho a imponer tributos e impuestos allí?

R.: Nunca oí objeción alguna a ese derecho en lo relativo a regular el comercio; pero en cuanto al derecho a crear impuestos internos, jamás se pensó que estuviera en manos del Parlamento, donde nosotros no tenemos representación.

P.: ¿No hay nada que pueda llevar adelante el cumplimiento de la «Stamp Act» más que la fuerza militar?

R.: No veo la manera en que la fuerza militar puede actuar en semejante cuestión.

P.: ¿Y por qué no?

R.: Supongamos que se envían fuerzas a América. No encontrarán a nadie en armas y entonces ¿qué van a hacer? No puede forzarse a nadie a que compre timbres si no quiere. No se encontrarían con una rebelión. Lo único que pasaría es que la provocarían.

P.: Si no se suprime esa ley, ¿cuál serían a su juicio las consecuencias?

R.: Una pérdida absoluta del respeto y del afecto del pueblo americano hacia este país, así como de todo el comercio que se deriva de ese respeto y afecto.

P.: ¿De qué forma podría verse afectado el comercio?

R.: Usted podrá comprobar cómo, si no se suprime esa ley, en poco tiempo se comprarán muy pocas cosas a los fabricantes ingleses.

P.: ¿Están en condiciones de hacerlo?

R.: Yo pienso que pueden prescindir muy bien de ellas.

P.: ¿No sabe usted que en la carta de Pennsylvania existe una reserva especial que da derecho al Parlamento a imponer allí sus tributos?

R.: Sé que existe una cláusula en esa carta por la cual el rey se compromete a no imponer tributos a los habitantes a menos de que medie consentimiento de la Asamblea o bien por ley del Parlamento.

P.: Y entonces, ¿cómo puede afirmar la Asamblea de Pennsylvania que imponer un tributo por medio de la «Stamp Act» es una infracción contra sus derechos?

R.: Ellos lo entienden así: por lo establecido en la carta, entre otras cosas, se les conceden los mismos privilegios y libertades de que disfrutan los ingleses; creen que, por las cartas fundacionales y por la Petición de la Declaración de Derechos, uno de los privilegios de los súbditos ingleses consiste en que no se les impongan tributos sin su consentimiento. Han confiado en esto desde los días de la fundación de la provincia, en que el Parlamento jamás impondría, porque no podía hacerlo, esos impuestos hasta tanto no se vie-

ra respaldado con la presencia de representantes del pueblo que ha de pagarlos, quienes tendrían que prestar su consentimiento.

P.: ¿Existen en la carta palabras que justifiquen semejante interpretación?

R.: «Los derechos comunes de los ingleses» a que se refiere la Carta Magna y la Petición de derechos lo justifican.

P.: ¿Existe en el texto de la carta base para una distinción entre la imposición interna y la exterior?

R.: No. Creo que no.

P.: Y entonces, ¿no podrán, con una interpretación parecida, objetar el derecho del Parlamento a establecer impuestos al exterior?

R.: Hasta ahora nunca lo han hecho. Se han esgrimido muchos argumentos últimamente aquí para convencerles de que no existen diferencias, de suerte que si no tienen ustedes derecho a imponer tributos internos allí, tampoco lo tienen para imponerlos externos o crear una ley que los obligue. Actualmente no lo estiman así, pero con el tiempo es posible que lleguen a convencerse con semejantes argumentos…

P.: ¿Cuál solía ser el principal motivo de orgullo de los americanos?

R.: Dejarse atraer por las modas y los productos británicos.

P.: Y ahora, ¿cuál es?

R.: Vestirse con sus propios trajes y no quitárselos de encima hasta que puedan comprar otros.

CARTA AL EDITOR (1766)

Writings, V, 14-15

Al editor:

Se dice no sé con qué fundamento que hay intención de obligar a los americanos a pagar los timbres que debían haber comprado desde el día de promulgación de la ley hasta el de su derogación, o sea, desde el primero de noviembre de 1765 hasta el primero de mayo

de 1766, y que esta obligación será objeto de una ley por la que no se dará validez a los procedimientos legales y escritos que no lleven timbre, contraviniendo lo dispuesto en aquel precepto legal, sin lo cual carecerán de fuerza legal. ¿Significa eso que por una bagatela de nada se está dispuesto a perpetuar el encono y la animosidad suscitados por la «Stamp Act»? ¿Se va a perder así la armonía y el buen entendimiento entre las diversas partes del imperio, originados por la generosa y total derogación de la ley? ¿Esta miseria podrá recaudarse con más facilidad que todo el impuesto? ¿Dónde están los funcionarios que se encargarán de cobrarlo? En mi opinión la oposición va a ser la misma, y de esta medida se seguirían idénticos perjuicios que de la puesta en vigor de toda la ley.

Se me indica que se ha creído necesario allegar recursos para financiar los gastos originados por la tirada de timbres de todos los papeles y pergaminos destinados a América y que, al rechazarse, han quedado sin utilizar, y que, a la vista de las ventajas que hemos obtenido de la abolición, no podemos realmente negarnos a hacer frente a esos gastos. Todo esto me recuerda aquello del francés que tenía por costumbre acercarse a los ingleses y a otros extranjeros en el Pont-Neuf de París y con muchos cumplidos esgrimía un hierro candente y decía: *Por favor, señor inglés, ¿puede concederme permiso para que le ponga este hierro en la espalda?* ¿Qué? ¿Qué se ha creído este tipo? ¡Lárguese con su hierro a otra parte o le parto la cabeza! *Pero señor*, replicaba el francés, *si usted no quiere, no insistiré, pero por lo menos ¿no podría usted pagarme algo por lo que he gastado en calentar el hierro?*

F. B.

EDICTO DADO POR EL REY DE PRUSIA

Writings, VI, 118-124

Dantzig, 5 septiembre de 1773

Nos hemos estado maravillando durante largo tiempo de la complacencia de la nación inglesa ante las imposiciones prusianas en materia comercial en lo referente a su comercio con nuestro puerto. Hasta hace poco no sabíamos de las reivindicaciones, antiguas y modernas, que gravitaban sobre esa nación, y por ello no podíamos sospechar que pudiera ceder ante esas imposiciones por un sentido del deber o por principios de equidad. El siguiente edicto, que acaba de hacerse público, quizás arroje, si se considera auténtico, cierta luz sobre semejante cuestión.

«Federico, rey de Prusia por la gracia de Dios, etc., deseo que todos los presentes y los no presentes gocen de buena salud. La paz que se disfruta en todos nuestros dominios nos ha permitido dedicarnos a reglamentar el comercio, a mejorar nuestras finanzas y, al propio tiempo, a aliviar a nuestros súbditos de sus cargas fiscales. Por estas causas y por otras consideraciones concurrentes, hacemos saber que, previa deliberación con nuestro consejo, presentes nuestros queridos hermanos y altos funcionarios del Estado, nosotros con plena conciencia y plena facultad y real autoridad hemos dado el siguiente edicto.

Considerando que es sabido de todo el mundo que las primeras colonias germánicas establecidas en la isla de Britania eran de pobladores sujetos a nuestros antepasados ducales y procedentes de nuestros dominios, bajo la dirección de Hengist, Horsa, Helia, Uff, Cerdicus, Ida y otros; considerando que dichas colonias han florecido bajo la protección de nuestra augusta casa en eras pretéritas; considerando que nunca se han emancipado desde aquel entonces y que, no obstante, hasta ahora han producido pocos beneficios; considerando que nosotros luchamos en la última guerra en su favor para defender estas colonias contra el poder de Francia y consecuentemente posibilitamos el que se conquistaran tierras de Francia en América, sin haber recibido hasta ahora ninguna contraprestación a cambio; siendo justo y equitativo que obtengamos una compensación mediante cobros precedentes de dichas colonias en Britania, y que aquellos que descienden de nuestros antiguos súbditos nos

deban por ende obediencia, y deban contribuir a llenar los cofres reales, como hubieran tenido que hacer de haber permanecido sus antecesores en los territorios que nos pertenecen ahora, ordenamos en consecuencia que desde la fecha presente se recaudarán y pagarán a nuestros funcionarios de aduanas por todas las mercancías, productos y bienes, así como sobre todo tipo de granos y otros frutos agrícolas que se exporten desde dicha isla de Britania, y lo mismo sobre todas las mercancías que se importen en ella, arbitrios que se elevarán al cuatro y medio por cien, *ad valorem*, en nuestro beneficio y en el de nuestros sucesores. Asimismo, que para que los mencionados derechos se recauden con mayor efectividad, todos los navíos que zarpen de Gran Bretaña o que se dirijan allí desde otras partes del mundo, habrán de hacer escala en nuestro puerto de Königsberg para ser inspeccionados, tasados y para aplicarles el pago de los derechos mencionados.

Y como, a mayor abundamiento, se ha puesto de manifiesto de vez en cuando por nuestros colonizadores de Britania la existencia de muchas minas y yacimientos de mineral de hierro, y la presencia de numerosos súbditos de nuestro antiguo dominio, diestros en tratar esos minerales y obtener metales que se trasladaron a esas tierras llevando consigo sus saberes; que los habitantes de dicha isla, presumiendo que tenían un derecho adquirido de aprovechar a su arbitrio las riquezas naturales de su país para su propio beneficio, no solamente han construido hornos de fundición de esos minerales, sino también forjas, talleres de láminas y de fabricar aceros, con la consiguiente amenaza de poner en peligro la producción de nuestro antiguo dominio; por la presente ordenamos que a partir de esta fecha no se volverá a construir ni explotar en Gran Bretaña ningún horno o instalación siderúrgica. Al Lord Teniente de cada condado en dicha isla por la presente se le ordena que informe de cualquier obra de construcción de semejantes instalaciones, y mande que se proceda por la fuerza a su destrucción. Él será responsable si esta orden no se cumpliera. No obstante concedemos en nuestra magnanimidad a los habitantes de dicha isla que puedan transportar su hierro a

Prusia, para que allí sea manufacturado y luego vuelto a enviar a la isla, pagando nuestros súbditos prusianos por la mano de obra, las comisiones, transportes y seguros de ida y vuelta u otros gastos.

No consideramos en cambio oportuno hacer extensiva esta nuestra indulgencia a los artículos de lana. Pero para fomentar no sólo las manufacturas laneras, sino también incrementar los precios de la materia prima en nuestros antiguos dominios, y para impedir ambas cosas, en lo posible, en nuestra citada isla, por la presente prohibimos absolutamente que se transporte lana desde allí, incluso a la madre patria Prusia. Y para que los isleños no se beneficien de su propia producción lanera, ordenamos que no se pueda llevar de un condado a otro ni lana ni artículos hechos con esa materia, ni con mezclados con lana de cualquiera de esos condados, tales como estambre, felpa, hilazas, paños, sargas, casemiras, estameñas, panas, droguetes anacostes, telas de forro, tejidos de tapicería. Mandamos que esos artículos no puedan ser transportados por agua, ni siquiera para atravesar el más angosto río o arroyo, por pequeños que sean, bajo pena de confiscación de la mercancía, así como de las embarcaciones, carruajes, caballos, etc., que se hubiesen empleado en su transporte. No obstante, nuestros amados súbditos sí podrán (si lo estiman conveniente) utilizar toda su lana como abono para la mejora de sus tierras.

Y como el arte de la sombrerería ha alcanzado un alto nivel en Prusia y la fabricación de sombreros por nuestros más lejanos súbditos debe restringirse lo más posible; y como los mencionados isleños disponen de lana, castor y otras pieles y han podido concebir la presuntuosa idea de que tenían derecho a aprovechar esos materiales en la fabricación de sombreros, en perjuicio de nuestras manufacturas, venimos en disponer que no puedan cargarse en ningún barco, carro, carreta o caballo sombreros o fieltros del tipo que sean, acabados o semiacabados, teñidos o no teñidos, para ser transportados de un condado a otro de la isla ni a parte alguna. El incumplimiento de esta orden se castigará con la confiscación de la mercancía y una multa de quinientas libras esterlinas. Tampoco podrá nin-

gún sombrerero de esos condados emplear a más de dos aprendices, bajo multa de cinco libras esterlinas al mes. Con ello se intenta que dichos sombrereros, al verse restringidos en la producción y venta de sus mercancías, no hallen estímulo en la continuación de sus industrias. Pero, a fin de evitar que los isleños puedan padecer molestias por falta de sombreros, también en nuestra generosidad concedemos graciosamente que puedan enviar sus pieles de castor a Prusia, así como que los sombreros hechos con ellas sean exportados de Prusia a Gran Bretaña. Los isleños así beneficiados deberán pagar todos los gastos de fabricación, intereses, comisiones a nuestros comerciantes, aparte seguros y transportes, como ocurre en el caso del hierro.

Y finalmente, en nuestro afán de favorecer aún más a nuestras colonias británicas, por la presente ordenamos también que todos los ladrones, salteadores de caminos, rateros callejeros, ladrones de casas, falsificadores, asesinos, sodomitas y malhechores de cualquier especie, convictos de diversos delitos en Prusia, alcancen la gracia de no ser colgados y en cambio sean enviados a la isla de Gran Bretaña a fin de contribuir a poblar aquellas tierras.

Nos halaga pensar que estas reales ordenanzas y órdenes serán consideradas en nuestras dilectas colonias inglesas justas y razonables, ya que están copiadas de los estatutos 10 y 11 de Guillermo III (c 10,5, Geo II, c 22,23, Geo II, c 29,4, Geo I, c II), así como de otros textos legales, igualmente equitativos, elaborados por el Parlamento; o bien procedentes de instrucciones dadas por sus príncipes, o de resoluciones de ambas Cámaras, adoptadas en pro del buen gobierno de sus propias *colonias en Irlanda y América*.

Todas las personas de la mencionada isla quedan advertidas por la presente de no oponerse en forma alguna a la ejecución de este nuestro edicto, en todo o en parte, considerándose como de alta traición dicha oposición. Los que se hagan sospechosos de ella serán transportados, con grilletes, de Britania a Prusia, donde serán juzgados y ejecutados de acuerdo con la ley prusiana.

Complacidos, firmamos el presente en Postdam, el veinticinco del mes de agosto de mil setecientos setenta y tres, en el año treinta y tres de nuestro reinado.

El Rey y el Consejo,

RECHTMAESSIG, Sec».

Hubo quien tomó este edicto como un puro juego caprichoso, una broma del rey; otros supusieron que iba en serio y que trataba de provocar a Inglaterra; pero en lo que todos los de aquí estuvieron de acuerdo fue en que la afirmación de que todas estas disposiciones eran copia de otros textos legales igualmente equitativos elaborados por el Parlamento…, adaptados para el buen gobierno de sus colonias…, y que resultaban injuriosas en alto grado, y que era imposible creer que en un pueblo tan celoso de su libertad, una nación tan prudente y liberal de sentimientos, tan justa y equitativa hacia sus vecinos, pudiera maltratarse de forma tan ignominiosa, tiránica y arbitraria, a sus propios hijos.

A THOMAS CUSHING

Writings, VI, 249-251

6 de octubre de 1774

Señor mío:

Desde la última carta que le envié por medio del capitán Foulger, se ha producido una resolución repentina e inesperada del Gabinete, disolviendo el Parlamento. Son variadas las conjeturas que circulan acerca de sus motivos. Entre ellas, una dice que ciertas opiniones cualificadas de Boston, previniendo la imposibilidad de que siguiera el gobierno actual de allí con las últimas leyes aprobadas por el Parlamento, han hecho que pareciera necesario efectuar nuevas elecciones, antes de que surja la inquietud entre los fabricantes, que, de surgir durante las elecciones (como había cabido esperar si el antiguo Parlamento hubiera permanecido hasta agotar su mandato),

hubiera podido utilizarse para conseguir la derrota de muchos de los candidatos de la corte. Hasta ahora no parece que exista la intención de cambiar ninguna medida, pero todas las personas de juicio son de la opinión de que si el Congreso Americano decidiera la cuestión en favor del boicot a los fabricantes ingleses, ese ministro tendría que dimitir, revocándose todos sus recientes acuerdos. Como esa resolución, apoyada de una forma amplia, justificada y pacífica, sería la mejor política que podríamos seguir, me aflige oír noticias de motines y violencia y de intentos de destruir las Cámaras, que no pueden justificar nuestros amigos y que sólo proporcionan ventajas a nuestros enemigos.

El electorado de las ciudades de Londres y Westminster, del distrito de Southwark, el condado de Middlesex y otros lugares han conseguido de sus candidatos que se comprometan a luchar por la abolición de las últimas e inicuas leyes antiamericanas, y el ejemplo de la metrópoli es de suponer que será imitado en otros sitios, y se hubiera generalizado de no haberse precipitado así las elecciones. El obispo de St. Asaph ha escrito un discurso, del que le envío algunos ejemplares; se han distribuido a millares aquí y ha tenido una enorme influencia en el cambio de actitud de la opinión pública respecto de América. Y cuando llegue el resultado del Congreso y las medidas que decida adoptar (que espero sean prudentes y buenas, aceptadas por unanimidad y aplicadas con firmeza) se conozcan y estudien aquí, estoy convencido de que nuestros amigos proliferarán y se reducirá el número de nuestros enemigos, llegándose a un entendimiento en el cual serán reconocidos y respetados nuestros legítimos derechos, y ello para el beneficio mutuo nuestro y del imperio británico, cosa que deseo con ardor. Pero vivo en constante zozobra a causa de que la insensata medida de mezclar los soldados con una población que se encuentra tan irritada puede provocar un estallido en cualquier momento. Porque, efectivamente, una disputa casual, un insulto personal, una orden imprudente, la ejecución insolente de un mandato incluso prudente y otros mil motivos diferentes, pueden provocar un tumulto imprevisible y, por consiguiente, im-

posible de evitar, del que puede seguirse una carnicería y, consiguientemente, una ruptura que ya nadie podrá arreglar.

Ruego a Dios que dirija todo de la mejor forma posible, y por mi parte le testimonio mi mayor estima y respeto, señor mío (así como el de la comisión). Su más seguro y atento servidor…

A JONATHAN SHIPLEY

Mr. Franklin, 30-34

7 de julio de 1775

Con gran complacencia he recibido su carta muy amable, mi buen amigo, que lleva fecha de 19 de abril, en la que me informa de que se encuentra bien en compañía de su familia, en Jermyn Street. Me considero muy agradecido por la información que me da sobre lo sucedido en el Parlamento tras mi partida. A cambio, trataré de darle una sucinta explicación del estado de cosas aquí.

Al llegar a América me he encontrado a todas las doce provincias unidas en el común empeño de adiestrarse en el uso de las armas. El ataque sufrido por la población del país cerca de Boston, por parte del ejército, ha soliviantado a todo el mundo y exasperado a todo el continente. Los comerciantes de esta ciudad salen al campo dos veces al día a las cinco de la mañana y a las seis de la tarde para ejercitarse, como voluntarios, en el manejo de las armas. Tenemos tres batallones, un escuadrón de caballería ligera y una batería de artillería que están haciendo notables progresos. Este espíritu se expande por doquier y es asombrosa la solidaridad que se advierte.

Al día siguiente de mi llegada, la Asamblea, que estaba reunida, me eligió por unanimidad como delegado adjunto al Congreso, que se reunirá la semana próxima. Numerosas visitas de antiguos amigos, así como los asuntos públicos, han acaparado mi tiempo desde entonces, pues nos reunimos a las nueve de la mañana y a veces estamos allí hasta las cuatro. También participo en una comisión de seguridad designada por la Asamblea, que se reúne a las seis y traba-

ja hasta cerca de las nueve. Sus miembros asisten con la mayor dedicación sin compensación material alguna de salario, dieta ni pensión, ni esperanzas de obtenerlos. Lo menciono para que observe las diferencias existentes entre un pueblo animado de espíritu público y otro viejo y corrompido, que no tiene ni idea de que tales cosas puedan ocurrir en el mundo. No ha habido ni una sola voz discordante entre nosotros en lo tocante a acuerdos para la defensa, y el ejército que ya está formado pronto contará con más de 20.000 hombres.

Quizá haya tenido usted noticia, antes del recibo de ésta, de la derrota de las tropas ministeriales en su primer encuentro; aparte las ventajas pequeñas que hemos tenido sobre ellas desde entonces, está el episodio ya más importante del día 17, cuando después de ser seriamente rechazadas por dos veces consecutivas, las tropas inglesas ocuparon las trincheras, aún sin acabar, de las posiciones que nosotros acabábamos de tomar en una colina, junto a Charlestown. Sus pérdidas fueron, sin embargo, importantes y creo que ahora ya están convencidos de que se tienen que ver las caras con un enemigo serio, aunque todavía no esté bien fogueado ni armado. Camino del lugar donde ocurrió esa acción, y sin que hubiera necesidad alguna, las tropas inglesas arrasaron y quemaron con la mayor barbarie un hermoso pueblo situado enfrente de Boston, llamado Charlestown, que contaba con unas cuatrocientas casas, muchas de ellas de una elegante traza. Algunos pobres habitantes, personas de edad, enfermos o impedidos, incapaces de ser evacuados, perecieron entre las llamas. En ninguna de nuestras guerras desde que se establecieron aquí los primeros colonizadores se produjo a manos de los indios *salvajes* semejante estrago. Quizá los ministros opinen que éste es un buen sistema de inclinarnos a la reconciliación. Yo no veo más que signos de lo contrario por todas partes. La mayoría de las pequeñas propiedades de que dispongo yo, por ejemplo, son casas ubicadas en pueblos costeros, que supongo serán pronto destruidas de análoga forma, a pesar de lo cual no siento ni la mitad de deseos de reconciliación que hace un mes.

El Congreso enviará otra petición más al rey, a la que supongo se dará el mismo trato que a las anteriores, con lo cual será la última, porque aun constituyendo una buena oportunidad para que Gran Bretaña recobre nuestra estima y se mantengan los lazos que nos unen, estoy seguro de que no tendrán ahí ni el talante ni el talento para aprovecharla. Cuando me paro a pensar en las consecuencias de todo esto, lo que veo es el final de todo tráfico mercantil entre nosotros; quizá mantenga Inglaterra algunas plazas fuertes en nuestras costas, como las que conservan los españoles en las costas de África, pero sin ningún dominio efectivo en el interior del país. Una flota numerosa, desperdigada en más de 1.500 millas, a costa de grandes gastos, quizá pueda impedir que comerciemos con otras naciones, pero teniendo como tenemos todo lo que necesitamos para subsistir, ya que no importamos más que los artículos de lujo, generalmente, si Gran Bretaña nos impide incluso eso, tal vez nos esté haciendo un gran favor, al contribuir indirectamente a nuestra prosperidad. Con la suspensión actual de nuestras relaciones comerciales, venimos ahorrando unos cuatro o cinco millones cada año, que nos permiten atender a los gastos de guerra. Lo que Inglaterra puede salir ganando de ello es algo que tendrán que averiguar sus matemáticos con aficiones políticas. Estas son algunas de las ideas que quiero participarle dentro de la libertad y confianza que la amistad permite. Tal vez me muestre excesivamente apasionado respecto de nuestras aptitudes para defender nuestro país, una vez que hayamos expuesto nuestros puertos a la destrucción, pero el tiempo se encargará de decírnoslo sin tardar mucho.

El general Gage, según nos consta, firmó un tratado con los asediados habitantes de Boston en el cual se acordaba que si entregaban sus armas a las personas competentes que se designasen (sus propios magistrados), se les permitiría salir de la ciudad con sus *efectos*. Tras la entrega de las armas al general, se hizo cargo de ellas y se puso a cavilar acerca del alcance del término *efectos*, que, a su juicio, se refería sólo a mobiliario y enseres domésticos y no las mercancías, artículos u objetos de sus negocios, que, en consecuencia, confiscó.

Las continuas injurias e insultos contra los ciudadanos por parte de la soldadesca valieron para que se sintieran felices de tener que resignarse a perder todas sus propiedades. Lo que esas personas han podido sufrir y lo que siguen sufriendo, antes de someterse a leyes que consideran inconstitucionales, es increíble.

Las dos o tres cartas que le adjunto sólo le darán una vaga idea de ello. La perfidia de Gage le ha granjeado un odio general. Y cuando pienso que todo ese mal lo han causado a mi país ingleses protestantes y cristianos, procedentes de una nación donde cuento con tantos amigos personales, no puedo por menos de avergonzarme de que me sirva de consuelo la venganza. Vivo en la confianza de que tarde o temprano lograremos una reparación. Por eso he propuesto a mis gentes que lleven cuenta exacta de todo y que jamás reanuden ningún tipo de comercio ni de unión hasta recibir cumplida satisfacción, y si ésta se hace esperar veinte años, lo que ocurrirá es que tendremos que exigir que nos paguen intereses.

Me parece excelente su consejo de que si hemos de tener una guerra, que al menos se haga como se debe entre dos naciones que fueron amigas y que desean volverlo a ser. En esta guerra ministerial y oficial contra nosotros, toda Europa se ha conjurado para no vendernos armas ni municiones, para que estemos indefensos y así nos puedan asesinar mejor. El humanitario Sir W. Draper, que recibió hospitalidad de todas y cada una de nuestras colonias, propone en sus escritos titulados *El viajero*, que se incite a los esclavos domésticos que ellos nos vendieron a que le corten el gaznate a sus amos. El doctor Johnson, pensionista de la Corona, en su obra *Impuestos, no tiranía*, adopta y recomienda dicha medida, reforzada con otra consistente en reclutar indios salvajes para que asesinen a los granjeros en las colonias fronterizas. Son los colonos más pobres y más inofensivos del mundo, y la costumbre india es matar y arrancar el cuero cabelludo a hombres, mujeres y niños. De ese libro he oído algunas alabanzas por parte de Lord Sandwich en el Parlamento, siendo recomendado por los burócratas de Londres. Lord Dunmore y el gobernador Martin, según se dice, han dado ya algunos pasos

para que parte de ese proyecto se lleve a efecto, subvirtiendo a los negros. Por su parte, el gobernador Carlenton, según relatos dignos de crédito, ha estado muy ocupado incitando a los indios a que den comienzo a sus horrendas hazañas. Esto es hacer la guerra como naciones que jamás han sido amigas y que no lo serán mientras el mundo sea mundo. Como ve, me acaloro, y si un temperamento frío y flemático por naturaleza, en la vejez, que suele enfriar todos los ardores, se acalora así, calcule usted cuál será el estado de ánimo general aquí; medio locos están los demás compatriotas míos. Hasta ahora, sin embargo, no hemos solicitado ayuda a ninguna potencia extranjera, ni ofrecido ventajas comerciales a nadie a cambio de su amistad. Lo que pueda acarrear otro año de persecución nadie lo sabe. Prefiero dejar este desagradable tema y prestar atención a otro que estoy seguro le agradará a usted, a su distinguida familia y a mis amigos. Me refiero al estado de salud satisfactorio de mi propia familia. Mis hijos se muestran muy responsables, afectuosos y trabajadores y se esfuerzan por agradarme; tengo tres nietos de lo más prometedor que me hacen disfrutar mucho, y si no fuera por las preocupaciones de los asuntos públicos y por el dolor de verme lejos de tantas personas a las que amo én Inglaterra, mi felicidad actual sería tan perfecta como cabe esperar alcanzar en este mundo. Disfruto de lo que tengo mientras dure, convencido de que su continuidad pertenece al mismo género que todos los bienes terrenales y es contingente por naturaleza. Adiós, mi querido amigo. Cuente usted con mis inquebrantables sentimientos de sincera amistad y estima. Afectuosamente,

B. Franklin

Mis respetos a la señora Shupley.

En este lado del atlántico siempre se brinda a la salud del nombre del *obispo*.

Para su solaz, le envío un paquete de diarios. Una vez que los haya leído, páselos, por favor, a Mr. Hartley, de Golden Square.

A THOMAS CUSHING

Writings, VII, 110-111

París, 27 de febrero de 1778

Muy señor mío:

He recibido su honroso mensaje por medio de Mr. Austin, que me ha transmitido sus felicitaciones a propósito del éxito de las armas americanas en los departamentos del norte. A cambio, permítame a mi vez felicitarle por el éxito de nuestras negociaciones aquí, con la conclusión de uno de los dos tratados con Su Cristianísima Majestad; uno de ellos es un tratado de amistad y comercio sobre el plan trazado en el Congreso con algunos apéndices; el otro es un tratado de alianza para la mutua defensa, en el que Su Cristianísima Majestad se compromete a hacer causa común con los Estados Unidos, si Inglaterra intentase obstruir el comercio entre los súbditos de las dos naciones negociadoras; garantiza a los Estados Unidos el uso de sus libertades, su soberanía y su independencia absolutas e ilimitadas, las posesiones que ahora tenga o pueda tener al final de la contienda; a cambio de ello, los Estados Unidos le garantizan la posesión de las Indias Occidentales. El principio rector de ambos tratados es el de la perfecta igualdad y reciprocidad; que no se pidan otras ventajas por parte de Francia, ni privilegios de naturaleza comercial mayores que los que se puedan conceder a otras naciones por parte de Estados Unidos.

En pocas palabras: el rey nos ha tratado con generosidad y magnanimidad; no se ha aprovechado de nuestras dificultades actuales para exigirnos condiciones que no quisiéramos conceder de buen grado una vez que se hayan restablecido nuestra soberanía y prosperidad. Puedo añadir que ha actuado prudentemente, buscando que la amistad sellada con ese tratado sea duradera, cosa que probablemente no hubiera sido así de haber procedido de otra manera.

Algunos de los barcos americanos con cargamentos consignados al Congreso están a punto de zarpar bajo escolta de la marina fran-

cesa. Inglaterra se encuentra muy consternada y el ministro, en fecha 17 de los corrientes, ha reconocido en un largo discurso que todas sus medidas habían sido erróneas y que la paz se hacía necesaria, para lo cual propuso dos proyectos de ley de pacificación de América, pero estos textos están llenos de artificio y engaño, por lo que confío en que recibirán en nuestro país la acogida que merecen.

Supongo que le agradará saber todo esto y estará orgulloso de su hijo, que espero regrese a su lado sano y salvo. Quedo de usted…

B. Franklin.

PS. Se firmaron los tratados por los plenipotenciarios de ambas partes el 6 de febrero, pero, por alguna razón, todavía no se han hecho públicos. Sin embargo, se harán en breve. Tengo entendido que España tendrá pronto acceso a ellos. Los tratados se remitirán al Congreso por este mismo medio.

A JONATHAN SHIPLEY

Writings, IX, 22-23

París, 17 de marzo de 1783

Me ha producido un gran placer el recibo de su carta del 5 de los corrientes, mi querido y respetado amigo, por la que sé que su familia, a la que tanto estimo, goza de buena salud.

El clamor antipacifista en su Parlamento casi me alarma por lo prolongado, pero creo, como usted, que más bien se trata de un ataque contra el ministro. Tengo la seguridad de que nadie de la oposición hubiera firmado una paz más conveniente para Inglaterra. Al menos, estoy convencido de que Lord Stormont, cuya voz es la que más se oye, no la habría mejorado. Tengo mis razones que le daré a usted cuando tenga que espero sea pronto la dicha de verle de nuevo y de charlar con usted.

Se habla mucho ahí de que no existe *reciprocidad* en el tratado. Parece que no se acuerdan de nuestro silencio acerca de las atrocidades

cometidas por sus tropas, y de que no hemos pedido compensaciones por sus incendios y devastaciones gratuitas de muchos pueblos y campos. De hecho se ha reconocido la injusticia de esta guerra, y nada es más fácil que justificar la obligación de reparar los daños causados por una guerra injusta. ¿Es que los ingleses pueden mostrarse tan parciales que piensen que tienen derecho a arrasar y destruir cuanto les plazca y no pagar los destrozos cuando se firme la paz en condiciones justas? Hemos sido razonables y no hemos pedido lo que la justicia nos autorizaba a pedir. Quizás nos censuren incluso por ello nuestros electores, pero sigo creyendo que a Inglaterra le conviene ofrecerse voluntariamente a la reparación de los daños y llegar en esto hasta donde le sea posible. Me temo, sin embargo, que esto es algo que Inglaterra no alcanza a comprender.

Ahora es tiempo de olvidar y perdonar. Que cada país trate de acelerar su propio progreso en su industria y su agricultura, sin retrasar ni perjudicar el progreso del otro. América, si Dios lo permite, se convertirá en un país grande y feliz. Inglaterra, si al final entra en razón, habrá ganado algo más valioso aún para su prosperidad que lo que ha perdido: continuar siendo un país grande y respetado. Su gran enfermedad actualmente consiste en los exagerados salarios de los numerosos cargos oficiales. La avaricia y la ambición son pasiones fuertes, y cada una por su lado, actúan con fuerza influyendo a la mente humana; si van unidas y buscan satisfacerse en un común objetivo, entonces su violencia se hace irresistible, impulsando a los hombres a dividirse en torno a facciones y agravios que resultan destructivas para los gobiernos. Por eso, en tanto perduren esos emolumentos, su Parlamento será como un mar proceloso y sus Asambleas públicas se confundirán con los intereses personales. Se precisa mucha conciencia pública y muchas virtudes para eliminarlos. Quizá más de las que es posible encontrar ahora en una nación desde hace tanto corrompida…

APUNTE DE LOS SERVICIOS PRESTADOS POR BENJAMIN FRANKLIN A LOS ESTADOS UNIDOS

Writings, IX, 695-97

29 de diciembre de 1788

En Inglaterra luché contra la «Stamp Act» y con artículos en los periódicos y con mi actuación en el Parlamento contribuí, de forma que se consideró importante, a su abolición.

Me opuse a la «Duty Act», y aunque no pude impedir que se aprobase, obtuve de Mr. Townshend que se eliminasen de ella varios artículos, y entre ellos la sal.

Posteriormente escribí y publiqué muchos artículos refutando la pretensión del Parlamento de querer gravar con impuestos las colonias.

Me opuse a todas las leyes que oprimían a las colonias.

Llevé a cabo dos negociaciones secretas con los ministros para que se derogaran esas leyes, tema sobre el que he dejado constancia por escrito. En el curso de las mismas propuse el pago del té destruido, bajo mi responsabilidad, si se derogaban efectivamente.

Junto con los señores Bollan y Lee, insté al gobierno repetidamente en tal sentido. Edité varios folletos, que pagué de mi bolsillo, atacando las medidas gubernamentales. Por culpa de esos folletos me hice mal visto, caí en desgracia ante el Consejo privado, perdí mi plaza en la oficina de Correos, que me representaba trescientas libras esterlinas al año, y me vi además obligado a dimitir de otros puestos relacionados con el anterior en Pennsylvania, Massachusetts, New Jersey, Georgia, todo ello con una pérdida total de mil quinientas libras anuales.

A mi regreso a América alenté la revolución. Se me nombró presidente de la Comisión de Seguridad, donde proyecté la colocación de «Chavaux de Frise»[2] para defender la ciudad de Filadelfia, a la sazón sede del Congreso.

Fui enviado por el Congreso al cuartel general, cerca de Boston, con los señores Harrison y Lynch, en 1775, para arreglar asuntos varios con los gobiernos del norte y con el general Washington.

En la primavera de 1776 fui enviado a Canadá con los señores Chase y Carroll, teniendo que atravesar sus lagos cuando todavía no se habían deshelado. Allí, en compañía de mis colegas, mi gestión resultó eficaz para arreglar los agravios y reclamaciones pendientes, reconciliando con ello al pueblo en favor de nuestra causa. Allí adelanté de mi bolsillo 353 libras esterlinas en oro al general Arnold y otros representantes del Congreso que estaban en suma estrechez, con la sola garantía del Congreso, cosa que resultó de lo más oportuna para posibilitar el aprovisionamiento de nuestro ejército.

Tenía en aquella ocasión más de setenta años ya; no obstante, hube de soportar las inclemencias y penalidades de aquel viaje, resintiéndose con ellas mi salud. Pude recuperarme, pero aquel mismo año el Congreso me comisionó para trasladarme a Francia. Antes de partir reuní todo lo que pude, tres o cuatro mil libras, y se las di al Congreso, creando mayor confianza, haciendo posible que otras personas siguiesen mi ejemplo y aportaran caudales para la causa.

Cuando la Asamblea de Pennsylvania me envió a Inglaterra en 1764, me concedieron dietas para un año para pagarme el pasaje y como compensación por el quebranto que ello representaba para mis negocios particulares. No obstante, tal pago no se hizo efectivo y el viaje hube de hacerlo en un barco miserable, nada apto para el océano (que por lo demás se hundió a su regreso) y mal alimentado, de suerte que cuando llegué apenas si me quedaban fuerzas para mantenerme en pie.

Mis servicios a los Estados Unidos en calidad de comisionado, y más tarde como plenipotenciario, son bien conocidos para el Congreso, tal como se refleja en mi correspondencia. Mis servicios *extraordinarios* quizá no son conocidos, por lo que es preciso mencionarlos. No existiendo ningún secretario, hube de llevar yo mismo todo el trabajo burocrático, etc., cuando los demás comisionados se fueron, sin más ayuda que la que me prestó mi nieto…

Hice las funciones de *cónsul* durante varios años, hasta la llegada de Mr. Barclay e incluso después, ya que el nuevo cónsul se vio

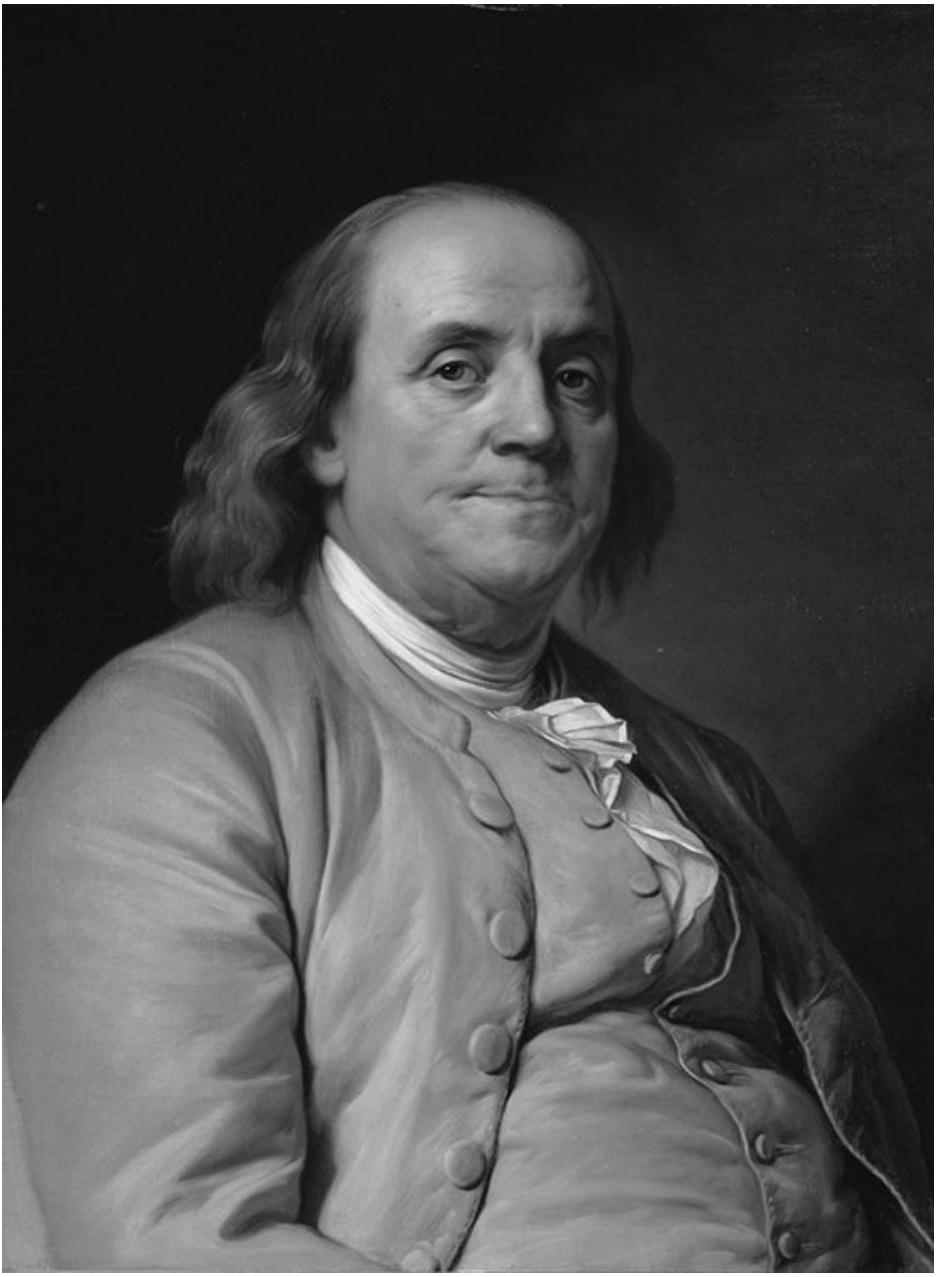
obligado a ausentarse por tener que ir a Holanda, Flandes e Inglaterra por largos períodos de tiempo, y hube de ocuparme de nuevo de los asuntos consulares.

Ejercí, sin recibir nombramiento oficial alguno, como *Juez del almirantazgo*. Sucedió que el Congreso me envió una serie de patentes de corso que di a un conjunto de navíos armados en diversos puertos franceses, algunos de ellos tripulados por viejos contrabandistas que se conocían de memoria las costas inglesas y que con sus correrías en torno a la isla perturbaron el comercio británico en gran medida, con los consiguientes efectos en el coste de los seguros. Uno de esos corsarios el llamado *Príncipe Negro*, por sí solo capturó en un solo año setenta y cinco buques. Todos los documentos recogidos en cada una de sus presas me fueron enviados, en virtud de órdenes cursadas por mí mismo, que tenía que examinarlos, juzgar acerca de la legalidad de la captura y escribir a la comandancia de cada puerto si estimaba que la presa era buena y si procedía la venta. Dichos documentos, que alcanzaron un gran volumen, los puedo mostrar.

También hice las funciones de *intendente*, debiendo realizar compras por grandes cantidades de dinero y cuidarme de que los suministros se embarcasen, sin percibir por este trabajo comisión de ninguna especie.

Pero lo más esclavo y trabajoso de mis servicios fue todo lo relativo al recibo y aceptación previo su reconocimiento y examen de las libranzas del Congreso para obtener dinero a interés, cuyo montante total fue de *dos millones y medio de libras anuales*; cientos y cientos de documentos, a veces por cantidades muy pequeñas, hubieron de ser examinados y contabilizados. Tal examen era imprescindible, vistos los frecuentes casos de falsificaciones e intentos de cobrar por segunda y tercera vez, una vez que había cobrado ya. Cada barco y cada posta producían verdaderos montones de documentos de esta especie y no se podía descuidar su despacho. No pude tomarme ninguna vacación anual, como tenía por costumbre, con lo que mi permanencia encerrado, sin disfrutar del aire libre, me acarreó una enfermedad que me aquejará probablemente de por vida.

Resumiendo, aunque siempre fui un hombre activo, nunca tuve más trabajo que durante los ocho años de mi permanencia en Francia, trabajo que no abandoné hasta ver concluida felizmente la paz, de cara a mis ochenta años, edad a la que todo hombre tiene derecho a esperar algún descanso.



BENJAMIN FRANKLIN. Boston (EE. UU.), 1706 — Filadelfia (EE. UU.), 1790. Político, científico e inventor estadounidense. Decimoquinto hermano de un total de diecisiete, Benjamin Frank-

lin cursó únicamente estudios elementales, y éstos sólo hasta la edad de diez años. A los doce comenzó a trabajar como impresor en una empresa propiedad de uno de sus hermanos. Más tarde fundó el periódico *La Gaceta de Pensilvania*, que publicó entre los años 1728 y 1748. Publicó además el *Almanaque del pobre Richard* (1732-1757) y fue responsable de la emisión de papel moneda en las colonias británicas de América (1727).

El interés de Benjamin Franklin por los temas científicos comenzó a mediados de siglo y coincidió con el inicio de su actividad política, que se centró en diversos viajes a Londres, entre 1757 y 1775, con la misión de defender los intereses de Pensilvania. Participó de forma muy activa en el proceso que conduciría finalmente a la independencia de las colonias británicas de América, intervino en la redacción de la Declaración de Independencia (1776) junto a Thomas Jefferson y John Adams, y se desplazó a Francia en busca de ayuda para proseguir la campaña contra las tropas británicas.

Finalizada la guerra, Benjamin Franklin fue partícipe en las conversaciones para concluir el tratado de paz que pondría fin al conflicto y contribuyó a la redacción de la Constitución estadounidense.

Notas

Introducción

[1] Cf. Louis B. WRIGHT, «Franklin's Legacy to the Gilded Age», en *Benjamin Franklin. A Collection of Critical Essays*, de B. BARBOUR, Prentice Hall Inc. Englewood Cliffs, 1979, página 165. <<

[2] WRIGHT, *ídem*, p. 161. <<

[3] WRIGHT, *ídem*, p. 161. <<

[4] Max WEBER, *Gessamelte Aufsatze zur Religionssoziologie*, J. C. B. Mohr, Tübingen, 1920-21, pp. 1-203. Obra popularizada fuera del mundo germánico por la traducción de Talcott PARSONS, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, en 1930 (Allen and Unwin, Londres, republicada en Charles Scribner's Sons, N. Y., 1958). Hay traducción española, *La Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, 1980. <<

[5] El ensayo de D. H. LAWRENCE «Benjamin Franklin» puede encontrarse en BARBOUR, op. cit., pp. 63-74. <<

[6] Sobre esta característica de Franklin, v. Carl L. BECKER, «Franklin's Character», en BARBOUR, op. cit., pp. 9-13. <<

[7] La edición crítica de la obra de Franklin está siendo llevada a cabo desde 1959 mediante la publicación de *The Papers of Benjamin Franklin*, iniciada por Leonard LABAREE, en la Yale University Press, que hasta la fecha en que se escriben estas líneas comprende veinte volúmenes, hasta el año 1773. Para la parte (aún) no incluida, Albert Henry SMYTHS, *The Writings of Benjamin Franklin*, diez volúmenes, Macmillan, Nueva York, 1905-1907. Para la *Autobiografía*, la edición de Max FARRAND, *Benjamin Franklin's Memoirs. Parallel Text Edition*, University of California Press, 1949, y la de Leonard LABAREE y otros, *The Autohiography of Benjamin Franklin*, Yale University Press, New Haven, 1964. Para una descripción de las andanzas de los escritos de Franklin, v. W. E. LINGEL-BACH,

«Benjamin Franklin's Papers and the American Philosophical Society», en *Studies On Benjamin Franklin*, Philadelphia, Proceedings of the American Philosophical Society, vol. 99, 1955, pp. 359-380. Una selección de la obra de Franklin (cuyos criterios se han seguido parcialmente para la presente traducción) fácil de encontrar es la de L. Jesse LEMISCH, *Benjamin Franklin: The Autohiography and Other Writings*, Signet Books, N. Y., 1961. <<

[8] BECKER, *op. cit.*, p. 10. <<

[9] J. TOUCHARD, *Historia de las Ideas Políticas*, Tecnos, Madrid, 1974, pp. 353-354. Para una indicación del prestigio de Franklin en Francia, v. G. CHINARD, «The Apotheosis of Benjamin Franklin», en *Studies On Benjamin Franklin*, op. cit., páginas 440-473. También Alfred ALDRIDGE, *Franklin and His French Contemporaries*, New York University Press, Nueva York, 1957. <<

[10] Sobre el tema, en relación con Franklin, v. D. B. SHEA, *Spiritual Autobiography in Early America*, Princeton University Press, Princeton, 1968, pp. 234-248, así como David LEVIN, «The Autobiography of Benjamin Franklin. The Puritan Experimenter in Life and Art», en BARBOUR, *op. cit.*, pp. 75-92, y Michael T. GILMORE, «Franklin and the Shaping of American Ideology», *ídem*, 105-124. <<

[11] B. BARBOUR, «Introduction. Franklin, Lawrence and Tradition», en *Benjamin Franklin. A Collection…, op. cit.*, p. 6. <<

[12] BARBOUR, «Franklin and Emerson», *ídem*, pp. 25-29. Del mismo autor, «The Great Gatsby and American Past», en *Southern Review*, 9, pp. 288-299. También W. L. HEDGES «From Franklin to Emerson», en J. A. Leo LEMAY, comp., *The Oldest Revolutionary*. Univ. Pennsylvania Press, Filadelfia, 1976, pp. 139-155. <<

[13] Perry MILLER, «Benjamin Franklin and Jonathan Edwards», en P. MILLER, comp., *Major Writers of America*, Hartcourt, N. Y., 1962. También del mismo autor, «Franklin and the Divided Heritage of Puritanism», en BARBOUR, *op. cit.*, páginas 20-24. La cita más arriba, en BARBOUR, *op. cit.*, p. 8. <<

[14] BECKER, *op. cit.*, p. 12. <<

[15] Sobre estos, Kenneth S. LYNN, «The Dogood Letters», en BARBOUR, *Benjamin Franklin, op. cit.*, pp. 125 y sigs. <<

[16] Sobre el tema, GILMORE, «Franklin and the Shape…», *op. cit*. También, para la relación entre Franklin y la Iglesia calvinista, Melvin H. BUXBAUM, *Benjamin Franklin and the zelous Presbyterians*, Pennsylvania State University, University Park, 1975. <<

[17] V. L. HARTZ, *The Liberal Tradition in America*, Hartcourt, Nueva York, 1955. <<

[18] Sobre el significado político del calvinismo en las Colonias de Norteamérica, v. Th. Jefferson WERTENBAKER, *The Puritan Oligarchy. The Founding of American Civilization*, Grosset and Dunlop, Nueva York, 1947. <<

[19] La obra fundamental de Cotton MATHER, *Magnalia Christi Americana*, puede encontrarse (en base al texto de la edición de 1857) editada en Russel, Nueva York, 1966, con una introducción de Th. ROBBINS. <<

[20] Sobre el tema, I. W. RILEY, *American Philosophy. The Early Schools*, Russell and Russell, Nueva York, 1958, páginas 38 y sigs. <<

[21] Sobre todo, el capítulo VI. Ver la edición de J. PANNIER, *Institution de la Religion Chrestienne*, Les Belles Lettres, París, 1961. <<

[22] RILEY, *op. cit., ibídem*. <<

[23] Aunque, en todo caso, haya que matizar esta afirmación, relativizándola al caso y época de que tratamos, la América del Norte en el tránsito del siglo XVII al XVIII. Ver al respecto Michael WALZER, *The Revolution of the Saints. A Study on the Origins of Radical Politics*, Atheneum, Nueva York, 1968. <<

[24] «Sinners in the Hands of an Angry God» y el resto de la obra de Jonathan EDWARDS se puede encontrar en *Works of Jonathan Edwards*, edición de Perry MILLER, Yale University Press, New Haven, 1959-80, 6 vols. <<

[25] *Papers of Benjamin Franklin*, I, 57-71. <<

[26] *Papers*, I, pp. 101-108. <<

[27] *Papers*, I, 170. <<

[28] Publicadas en Londres por Cane en 1751. *Papers*, IV, 125-130. <<

[29] Ver en general, sobre el tema, Basil WILLEY, *The Eighteenth Century. Background Studies in the Idea of Nature in the thought of the Period*, Beacon Press, Boston, 1961. <<

[30] Ver «The Kite Experiment», 19 de oct. de 1752, en *Papers*, IV, 360-68. <<

[31] Reproducido en *The Complete Stories of Hermann Melvine*, Random House, Nueva York, 1949, 213-21. <<

[32] *Charter of the Academy of Philadelphia* (julio 1753). *Papers*, V, pp. 7-11. <<

[33] Thomas K. MERTON, «Puritanism, Pietism and Science», en *Social Theory and Social Structure*, Free Press, Glencoe, 1957, pp. 574-606. (Hay traducción española, publicada en Alianza Editorial, 1980.) <<

[34] «An Account of the New Invented Pennsylvanian Fire Places», en *Papers*, II, pp. 419-445. <<

[35] Whitney GRISWOLD, «Three Puritans on Prosperity», en *New England Quarterly*, VII (1934), pp. 475 y sigs. <<

[36] WEBER, *op. cit.*, pp. 48-50 de la traducción de PARSONS. <<

[37] Pero ver las observaciones de Reinhard BENDIX en *Max Weber, an Intellectual Portrait*, Doubleday, Nueva York, 1962, página 66 (n.) y sigs., sobre el carácter «secularizado» de la filosofía de Franklin. <<

[38] Empezando por la misma introducción de R. H. TAWNEY a la traducción inglesa de *La Ética Protestante y el Espíritu del capitalismo* (*The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Allen and Unwin,

Londres, 1930). Ver al respecto S. N. EISENSTADT, *Ensayos sobre el cambio social y la modernización*, Tecnos, Madrid, 1970. <<

[39] J. William WARD, «Benjamin Franklin: The Making of an American Character», en BARBOUR, *op. cit.*, p. 50 y sigs. Ver también Charles L. SANFORD, *Benjamin Franklin and the American Character*, D. C. Heath, Boston, 1955. <<

[40] TAWNEY, *op. cit.*, p. 1 (b). <<

[41] V. Louis B. WRIGHT, «Franklin's Legacy to the Gilded Age», en *Virginia Quarterly Review*, 1946, pp. 268-279. <<

[42] BARBOUR, «Franklin and Emerson», *op. cit.*, pp. 25-26. <<

[43] BAUMGARTEN, Eduard, *Benjamin Franklin. Der Lehrmeister der Amerikanischen Revolution*. Vittorio Klostermann, Frankfurt a. M., 1936, pp. 99-100. V. también Clinton ROSSITER, *Seedtime of the Republic. The origin of the American Tradition of Political Liberty*, Hartcourt, Nueva York, 1953, página 281 y sigs. <<

[44] BARBOUR, «Franklin and Emerson», *op. cit.*, pp. 25-26. <<

[45] BARBOUR, «Franklin and Emerson», cit. passim. También, «The Great Gatsby and American Past», *Southern Review*, Spring, 1973, pp. 288-299. <<

[46] Para una selección de los escritos políticos de Franklin, véase *The Political Thought of Benjamin Franklin*, selección y edición de R. L. KETCHAM, Bobbs Merrill, Indianapolis, 1965. <<

[47] Sobre el individualismo como característica constante del pensamiento norteamericano, v. John William WARD, «Individualism: Ideology or Utopia?», en *Hastings Center Studies*, septiembre 1974. <<

[48] Sobre el desarrollo constitucional de las colonias, véase Alfred H. KELLY y Winfred A. HARBISON, *The American Constitution*, Norton, N. Y., 1976, pp. 7-59. <<

[49] WALZER, *op. cit., passim*. <<

[50] BAUMGARTEN, *op. cit.*, pp. 11-13. <<

[51] *Ídem*, p. 12. <<

[52] BAUMGARTEN, *op. cit.*, p. 176 y sigs. <<

[53] «Dissertation…», *Papers*, I, 62. <<

[54] Ver Paul W. CONNER, *Poor Richard's Politics. Benjamin Franklin and his New American Order*. Oxford University Press, Londres, 1965, capítulo I: «Dice, Chess and Politics». Para «Morals of Chess», v. *Writings*, VII, 358 y sigs. <<

[55] Como ejemplo, v. *Papers*, I, 205-208. <<

[56] *Writings*, VI, p. 196. <<

[57] Allan GRIMES, *American Political Thought*, Holt and Co., Nueva York, 1955, p. 75. <<

[58] Allan GRIMES, *American Political Thought*, Holt and Co., Nueva York, 1955, p. 75. <<

[59] Ver la exposición de tal Plan en «Reasons and Motives for the Albany Plan of Union», *Papers*, V, pp. 397-417. <<

[60] «Examination of Doctor B. Franklin in the British House of Commons, relative to the Repeal of the Stamp Act, in 1766», *Writings*, IV, 421-422. <<

[61] Cf. CONNER, *op. cit.*, p. 34. <<

[62] «The Internal State of America», *Writings*, X, 120. «Information to Those Who would Remove to America», puede encontrarse en *Writings*, VIII, pp. 603-614. <<

[63] Notas marginales al libro de RAMSAY, *Thoughts on the Origin and Nature of Government*. Cf. CONNER, *op. cit.*, página 246. <<

[64] Vernon PARRINGTON, *Main Currents in American Thought*, Harcourt, Nueva York, 1927, vol. I, p. 167. <<

[65] *Writings*, V, 122-127. <<

[66] *Papers*, II, 184-185. <<

[67] CONNER, 118-119. También, «A Narrative of the Late Massacres», *Papers*, II, 42-68. <<

[68] CONNER, p. 139. <<

[69] Carta del 20 de marzo de 1786. *Writings*, IX, 499. <<

[70] Cf. CONNER, p. 151. <<

[71] *Ibídem*. <<

[72] Ver al respecto A. J. BEITZINGER, *A History of American Political Thought*, Dodd, Nueva York, 1972, pp. 184 y sigs. <<

Autobiografía

[1] Como prueba de que Franklin era el nombre con que antiguamente se conocía una determinada clase o rango sociales, véase la obra del juez FORTESCUE, *De Laudibus Legum Angliae*, escrita hacia 1412, donde aparece el siguiente pasaje que alude a lo fácil que era formar jurados en cualquier parte de Inglaterra: «Regio etiam illa, ita repersa refertaque est possessoribus terarum et agrorum, quod in ea, villula tam parva reperiri non poterit, in qua non est miles, armiger, vel pater familiars, qualis ibidem Franklin vulgariter nuncupatur, magnis ditatus possessionibus, nec non libere tenentes et alii valecti plurimi, suis partimoniis sufficientes ad faciendum juratum, in forma praenotata».

«Además, en el dicho país, abundan tanto los propietarios agrícolas que es imposible encontrar una aldea, por pequeña que sea, en la que no viva un caballero, un hidalgo o un cabeza de familia, al que suele llamarse Franklin, *que no disfrute de grandes posesiones. Existen también otros propietarios rurales y muchos pequeños terratenientes, cuyos patrimonios les cualifican para formar un jurado en la forma antes descrita*». (De una vieja traducción). <<

[2] En la isla de Nantucket. <<

[3] ¡Silencio, lobos, que mientras Ralph brama a Cynthia llenando de espanto la noche, los búhos le contestan!… («Dunciad», de Pope). <<

[4] Los obreros de artes gráficas siempre llaman capítulos a las imprentas. <<

[5] Textualmente, «Club del ingenio». (*N. del T.*). <<

[6] Textualmente, «el club de todas las noches». (*N. del T.*). <<

[7] Traducción de Nacar y Colunga, Madrid, 1966. (*N. T.*) <<

[8] Traducción de Nacar y Colunga, Madrid, 1966. (*N. T.*) <<

[9] En inglés, bomba de incendios es «fire-engine» (textualmente, «máquina de fuego»). (*N. del T.*). <<

[10] Textualmente, «mojados». (*N. del T.*). <<

[11] Este «diálogo» y la «Militia Act» figuran en el *Gentleman's Magazine* de febrero y marzo de 1756. <<

Otros escritos

[1] Tipo de embarcación de Dublín que alcanzó al barco donde viajaba Franklin. <<

[2] «Caballos de Frisia», defensas para obstaculizar el avance de las tropas. (*N. del T.*). <<

ÍNDICE

BENJAMIN FRANKLIN 3
Sinopsis 4
Autobiografía y otros escritos 5
INTRODUCCIÓN 6
A. EL HOMBRE Y LA OBRA 7
B. FRANKLIN COMO FIGURA PIVOTAL EN EL PENSAMIENTO NORTEAMERICANO 9
C. FRANKLIN Y LA IDEOLOGÍA PURITANA 18
D. FRANKLIN Y EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO 34
E. EL ASPECTO POLÍTICO 47
AUTOBIOGRAFÍA 60
OTROS ESCRITOS 238
A. ESCRITOS SOBRE RELIGIÓN Y CIENCIA 239
B. ESCRITOS ECONÓMICOS 298
C. ESCRITOS POLÍTICOS 314
Notas 352